

Antología de Alonso Aguilar Monteverde

Dup

TOMO 1

TEMAS DE ECONOMÍA POLÍTICA

Antología de
Alonso Aguilar Monteverde

D. JESUS SILVA HERZOG"

HB87 A57



24454



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES ECONÓMICAS



EDITORIAL
NUESTRO TIEMPO

TOMO 1

Antología de Alonso Aguilar Monteverde

TEMAS DE ECONOMÍA POLÍTICA

Antología de Alonso Aguilar Monteverde
TEMAS DE ECONOMÍA POLÍTICA



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ECONÓMICAS

Compilada por

Josefina Morales, Isaac Palacios
e Irma Portos

Tomo I

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

D. R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A.

Primera edición, 1998

Colección: Desarrollo

Diseño de Portada: Vicente Rojo Cama

Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Av. Universidad 771-103 y 104
Col. Del Valle
03100 México, D. F.

ISBN 968-427-215-4 obra completa

ISBN 968-427-216-2 volumen I

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Presentación	9
Sobre desarrollo económico	15
Causas y síntomas de la situación de emergencia	17
El mercado y el desarrollo económico	19
Estructura económica y social de México	25
La economía mexicana	29
Una etapa crítica: el mercado de capitales en México (1900-1910)	39
Inversión extranjera y desarrollo económico en México	45
Un grave problema socioeconómico: La concentración de la tierra en el noroeste	53
El marco histórico del desarrollo latinoamericano	57
Planificación del desarrollo económico	63
Obstáculos al desarrollo latinoamericano. Evaluación de conjunto de las posiciones teóricas anteriores	69
Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano	87
El proceso de acumulación de capital	91
Marxismo y subdesarrollo	101
Hacia una teoría del subdesarrollo	107
Cambios estructurales, etapas históricas y desarrollo económico de México	121
Dialéctica de la economía mexicana	127
Algunos problemas teóricos y prácticos del subdesarrollo	135
El capitalismo opulento de John Kenneth Galbraith	139
Los métodos, las técnicas y las responsabilidades del economista	145
El capitalismo del subdesarrollo	179
Estrategia del desarrollo económico de México	197
Imperialismo y subdesarrollo	203
La oligarquía	209
En torno al capitalismo latinoamericano. Heteroge-	

neidad estructural y capitalismo del subdesarrollo	219
Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina	237
Descomposición del campesinado, mercado interno y subdesarrollo	249
La ciencia y los científicos sociales en América Latina	259
Bibliografía de Alonso Aguilar Monteverde	263

**Alonso Aguilar Monteverde:
un intelectual de Nuestra América**

Cincuenta años de trabajo de Alonso Aguilar Monteverde nos llevan a recorrer la biografía intelectual de un hombre cuya razón apasionada y comprometida con la liberación de México va del profundo cuestionamiento de la realidad y de la historia a la propuesta crítica de una nueva interpretación teórica histórica del desarrollo latinoamericano y a la participación comprometida en la forja de una alternativa nacional latinoamericana. Elaboración intelectual siempre confrontada por la praxis política que lo lleva de la organización estudiantil (Agrupación Revolucionaria de Estudiantes en la que participaron Emilio Krieger, Rogelio y Raúl Álvarez, Luis Echeverría, Jesús Reyes Heróles, Manola Garín y Fernando Rosenzweig, entre otros) a principios de los años cuarenta, a la dirección del Movimiento de Liberación Nacional en los sesenta y a la dirección de Estrategia y del Movimiento del Pueblo Mexicano en los años setenta y ochenta, respectivamente.

Desde su primer trabajo profesional centró su indagación en la problemática del desarrollo. Entre 1946-1952 que trabajó en Nacional Financiera, banca de desarrollo creada por Lázaro Cárdenas en 1934, inició dos de sus líneas centrales de investigación, la problemática del financiamiento del desarrollo en el subdesarrollo y el conocimiento de la estructura económica y social de México, temas pioneros en la investigación económica y, en un sentido más amplio, sociohistórica de nuestro país. Entre 1946-1948, publicó más de cien artículos, uno cada semana, en el Mercado de Valores, el boletín de la Nacional Financiera, sobre la banca, la bolsa, el financiamiento del desarrollo y el mercado de valores; poco después coordinó y escribió —con Raúl Ortiz Mena— la introducción y la metodología de una obra de gran alcance sobre la Estructura Económica y Social de México, y en 1952 fue cesado en la Financiera por sus posiciones críticas. Del curso de invierno de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM de 1952

sobre Mercado y Desarrollo derivó el artículo “El mercado de capitales en México, 1900-1910”.

Entre 1953-1955 continúa trabajando profesionalmente en el sector público, en los primeros años, en el Banco Nacional de Comercio Exterior —de donde sale por presiones del embajador de Estados Unidos— y por unos meses en otro puesto del que de nuevo es despedido por sus posiciones políticas, críticas, que publicaba sistemáticamente en revistas independientes, como *Índice*, que coedita con Narciso Bassols Batalla y donde publica trimestralmente el análisis económico en sus ocho números editados durante 1951-1953, o *Guión*. También colaboraba en las publicaciones del Círculo de Estudios Mexicanos, organismo del que fue presidente de 1955 a 1958 y que aglutinaba a centenares de profesionistas críticos del régimen, como Enrique Cabrera, Jorge L. Tamayo, Matilde Rodríguez Cobo y otros. De 1956 a 1962 trabaja en su despacho profesional realizando estudios especializados sobre la realidad económica del país; en el IV Congreso Nacional de Industriales en 1957 presentó, por ejemplo, una investigación pionera sobre la inversión extranjera que se publicó en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*.

En la década de los sesenta cuando se incrementa la movilización social en el país ante el final del “milagro mexicano”, Alonso Aguilar se encuentra en plena madurez intelectual y política que le permite participar activamente en la formación y dirección del Movimiento de Liberación Nacional —al lado, entre otros, de Cuauhtémoc Cárdenas, Guillermo Montaña, Fernando Carmona y muchos otros ya viejos compañeros— y publicar valiosas contribuciones al estudio de la economía mexicana y latinoamericana. A partir de su profesionalización como investigador de tiempo completo en la UNAM en 1962, trabaja arduamente en la reinterpretación histórica del desarrollo económico de México y de América Latina, publicando su libros *Teoría y política del desarrollo latinoamericano* en 1967, *México: riqueza y miseria* en el mismo año y *Dialéctica de la economía mexicana* en 1968.

En 1966 con Fernando Carmona, Guillermo Montaña, Jorge Carrión, Horacio Zalce, Bernardo Castro Villagrana, Fernando Paz, Ricardo J. Zevada, Jaime Woolrich y otras personas, crea la Editorial Nuestro Tiempo que abrió un cauce por el que se expresan nuevas interpretaciones históricas, teóricas y diferentes ideas políticas que buscaban contribuir a la liberación de Nuestra América.

Desde 1967, en que trabaja en el ensayo sobre “Acumulación del Capital” para el libro *México: riqueza y miseria*, y 1968, en que se publica *Dialéctica de la economía mexicana*, Aguilar Monteverde se interesa cada vez más en la problemática de conjunto del desarrollo capitalista, y en particular en la forma en que surge y se desenvuelve el capitalismo mexicano.

Hasta entonces, en realidad, pocos economistas reparaban en el hecho fundamental de que cuando se habla de desarrollo, se alude de una y otra manera a que el modo de producción dominante en el que ese proceso se desenvuelve, es el capitalismo. Y a la vez, cuando examina éste, Aguilar advierte que el sistema capitalista no es idéntico en todas partes, pues si bien tiene leyes que le son propias, éstas como todas las leyes sociales e históricas son tendenciales y operan a través de la acción humana, y por lo tanto de maneras diversas en diferentes condiciones de espacio y tiempo.

En los primeros años de la década siguiente continúa trabajando en la teorización del subdesarrollo latinoamericano, a partir de la profundización del caso mexicano. *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, publicado en 1972, es un trabajo central sobre la formación de la clase dominante-dominada mexicana. Los libros *Problemas estructurales del subdesarrollo*, *El capitalismo del subdesarrollo* y *Mercado interno y acumulación de capital* publicados entre 1971-1974 avanzan en la relación entre imperialismo y subdesarrollo, temas centrales del Seminario de Teoría del Desarrollo que Aguilar funda en 1972, y dirige durante ocho años, en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

Entre los temas económicos a que presta mayor atención, destacan en esos años aspectos teórico-históricos del desarrollo del capitalismo, contradicciones y modalidades del proceso de acumulación, problemas y rasgos propios del capitalismo mexicano, tendencias del desarrollo en ciertas actividades productivas y financieras, capital monopolista, naturaleza y alcance de la crisis capitalista y fase del desarrollo del sistema y del capitalismo en México.

En 1974-1975 funda con Fernando Carmona, Jorge Carrión, Ignacio Aguirre, Gastón Martínez y Rufino Perdono, entre otros, *Estrategia*, revista bimestral de análisis político, que se publica durante 19 años y contribuye al examen crítico de la realidad económica, social y política de México como base indispensable de la forja de una alternativa

revolucionaria. Tan sólo en los primeros treinta números, o sea entre 1974-1980, publica más de cuarenta artículos, de los que más de la mitad se refieren a cuestiones fundamentalmente económicas, y el resto a problemas sociales, políticos y culturales. Destacando, entre otros, los artículos sobre la fase actual del capitalismo mexicano, el capitalismo monopolista de Estado, la fase actual de la lucha revolucionaria, el problema de las fases en la lucha por el poder, elementos para un programa mínimo, bosquejo de un programa antimonopolista y la lucha antimperialista.

Del trabajo del Seminario de Teoría del Desarrollo publica *Teoría leninista del imperialismo* y *La crisis del capitalismo*, obras mayores y totalizadoras. El trabajo crítico de Alonso Aguilar siempre cuestiona ágilmente las diversas interpretaciones burguesas sobre la realidad y la historia y en *Economía política y lucha social* realizó un agudo debate de las principales teorías económicas.

Otra de las actividades destacadas de Alonso Aguilar fue la formación de estudiantes, investigadores y mexicanos comprometidos con la transformación social de nuestro país, ya en el aula universitaria de la Escuela Nacional de Economía donde fue maestro durante más de 15 años, ya en el Instituto de Investigaciones Económicas donde fundó el Seminario de Teoría del Desarrollo en 1972 o ya en la práctica política donde su contribución en la dirección de varios esfuerzos organizativos fue decisiva.

La proyección internacional de Alonso Aguilar es académica, como lo muestra la activa participación en seminarios, congresos y otras reuniones académicas internacionales, ya en América Latina, Europa, Estados Unidos, China y África y la publicación de sus trabajos en revistas y editoriales prestigiosas como *Monthly Review* y otras de varios países. Y también es la de un intelectual comprometido con la liberación de Nuestra América y la lucha antimperialista, como lo muestra su participación en numerosos eventos internacionales por la emancipación de nuestros pueblos y la solidaridad internacionalista como la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz en 1961, reuniones del Consejo Mundial de la Paz a varias de las cuales asiste en representación del general Lázaro Cárdenas, así como por la defensa del pueblo y la revolución cubana, el reconocimiento de la lucha vietnamita y las luchas latinoamericanas.

Desde que, en 1987, se funda el Movimiento del Pueblo Mexicano, el trabajo político de Aguilar Monteverde se vincula muy de cerca a esa organización que mantiene una posición independiente y unitaria, y apoya la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988. Participa nuevamente en 1994 y en 1997 en las campañas de Cuauhtémoc desde el movimiento ciudadano.

En la década de los noventa, jubilado del Instituto de Investigaciones Económicas, continúa su investigación ante las nuevas realidades, retos y desafíos; el trabajo intelectual de Aguilar aborda los nuevos problemas, siempre a partir de la comprensión crítica de la realidad desde una reinterpretación histórica. La desintegración del socialismo, el nuevo paradigma de la globalización que expresa el grado de internacionalización y desarrollo del capitalismo a nivel internacional y la urgencia de una alternativa latinoamericana llevan a Aguilar a publicar *Hagamos cuentas. . . con la realidad*, libro con Fernando Carmona y el libro *Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, al mismo tiempo que a participar con Guillermo Toriello y otras personas en el proyecto y creación de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA) en 1994, de dimensión continental, y poco después en la creación de AUNA México.

Dada la amplitud del trabajo del autor, la antología no consideró decenas de estudios y se limita a recoger fragmentos de los que se ocupan de temas de Economía Política, dejando de lado su valiosa reflexión sobre la lucha y la práctica política por la liberación de México y de Nuestra América, y se presenta en dos tomos; de los cuales éste primero abarca desde sus trabajos iniciales de 1948-1950 hasta los realizados en 1973. Queremos dejar constancia de que esta antología contó con la participación del autor, sin cuyo esfuerzo difícilmente se hubiera llevado a cabo, así como con la colaboración de Agustín González Mendoza en la preparación de la bibliografía.

Esperamos que este somero esbozo biográfico intelectual de Alonso Aguilar Monteverde permita presentar a un hombre país y Nuestra América es imprescindible.

JOSEFINA MORALES, ISAAC PALACIOS SOLANO
E IRMA PORTOS PÉREZ

SOBRE DESARROLLO ECONÓMICO*

[. . .] para nosotros, el desarrollo económico no consiste en estimular unas cuantas actividades aisladas que tiendan a elevar, por ejemplo, la producción en la agricultura o en otros campos. Ni siquiera consiste en un esfuerzo de carácter exclusivamente económico; no, su radio de acción es mucho más amplio, extendiéndose a lo social, a lo cultural y a lo político, en virtud de que supone el uso y la combinación más adecuados de todos los recursos, desde aquellos de carácter natural hasta los recursos humanos, los económicos y los que denominanse frecuentemente institucionales, entre los que quedan comprendidos los distintos mecanismos con que cada país cuenta para la regulación y el fomento de su actividad social.

El desarrollo económico [. . .] es un movimiento que tiende a acelerar el progreso económico y social a través de la industrialización, como camino para que los países insuficientemente desarrollados diversifiquen su economía y se liberen cada vez más de su posición de abastecedores de materias primas y trabajo barato.

[. . .] La Delegación de México está convencida de que toca a cada país, en el goce de su soberanía inalienable, elaborar y poner en práctica los programas que a su juicio mejor conduzcan al logro del progreso económico. Mas si esto es indudable y debe quedar por lo tanto fuera de toda controversia, de ninguna manera implica la no cooperación ni la no aceptación de la ayuda internacional. Todo lo contrario, convenimos y así lo hemos expresado siempre, en que la cooperación internacional puede y debe ser un valioso factor de estímulo a los países que, privados de recursos bastantes tienen que emprender su desarrollo económico frente a obstáculos de la más variada naturaleza.

[. . .] para que la cooperación internacional llegue a ser eficaz y cada vez más útil en la práctica, deberíamos convenir en que la asistencia,

* Fragmento de la intervención en el debate sobre el tema en la V Asamblea General de la ONU, septiembre de 1950, Nueva York.

cualquiera que sea su naturaleza, tiene que prestarse con espíritu amistoso, otorgarse equitativamente, ajustarse a las leyes y nunca convertirse en un pretexto para intervenir en los asuntos internos del país con el que se pretende cooperar.

Frecuentemente se sostiene que el problema fundamental del desarrollo económico es el financiamiento, y si bien tal punto de vista es unilateral, no cabe duda de que dicho problema tiene gran importancia. El desarrollo económico, se ha dicho mil veces, al tratar de elevar la productividad mediante una producción cada vez mayor de bienes de capital, requiere de ahorros en volumen creciente e incluso de expedientes monetarios que transitoriamente suplan las deficiencias del ahorro, cuando el volumen de inversión excede a las posibilidades inmediatas de capitalización a partir del ahorro disponible. En estas condiciones, los recursos financieros externos pueden contribuir a aliviar la presión inflacionaria unas veces, o a acelerar el ritmo de desarrollo[. . .] en otras ocasiones. . .

CAUSAS Y SÍNTOMAS DE LA SITUACIÓN DE EMERGENCIA*

[. . .] La medida en que la política norteamericana ha hecho del rearme a la manera de Hitler y Schacht el pivote de toda la actividad nacional, nos la da este comentario del National City Bank en su carta correspondiente a enero de 1951: “En Estados Unidos estamos llegando al punto, con mucha rapidez, en que la fabricación de los armamentos se está convirtiendo en el negocio del país.”

[. . .] Al menos en esta ocasión el National City Bank ha hecho un comentario acertado. El rearme, en efecto, es un gran negocio; pero además es el único expediente para aplazar la crisis, ya que resulta muy lucrativo para las industrias pesadas que operan en condiciones de monopolio. No obstante, si creyéramos que por este camino se va a resolver dicho problema incurriríamos [. . .] en un grave error. Lo más probable es que ocurra lo que Alvin Hansen nos anuncia en su obra *La Política Económica y la Ocupación Plena*: “[. . .] que una economía de este tipo, basada en altas utilidades, conduce directamente hacia la depresión”.

Al capitalismo norteamericano ya no le bastan los estímulos que desde 1936 empezó a popularizar la teoría general de Keynes. Hoy día resultaría insuficiente incluso aquella “salvadora” idea de dedicar miles de hombres a cavar hoyos para después taparlos, a menos —y esto no se le ocurrió sugerirlo al señor Keynes— que en tales hoyos, antes de taparse, se enterrara definitivamente a los grandes monopolios.

El funcionamiento anárquico de la economía norteamericana, explicable en virtud de contradicciones fundamentales y de la forma en que éstas se agudizan en los últimos años [. . .] es pues la causa externa más significativa determinante de la inestabilidad que hoy padecemos.

* Fragmentos de la Conferencia dictada en la Escuela Nacional de Economía, el 28 de febrero de 1951, en el ciclo organizado por la Sociedad de Estudios Mexicanos. Publicada en *Investigación Económica*, segundo trimestre de 1951, pp. 189-214.

El agravamiento del peligro de crisis por un lado, y la preparación de la guerra por el otro, han provocado desequilibrios también cada vez más hondos en la economía mexicana, la que ligada íntimamente y subordinada más y más a la de Norteamérica, está pagando un tributo que si hoy parece alto, de seguir las cosas como van puede llegar a ser mucho mayor.

[. . .] la economía mexicana no está exenta de las contradicciones que se advierten en la de Estados Unidos. No sólo no lo está sino que a medida que el país avanza por la senda del capitalismo tienden a acentuarse muchas de estas contradicciones. Esto no quiere decir, sin embargo, que la forma y la intensidad con que tales fenómenos se presentan en México sean similares al modo en que se expresan [. . .] en la economía norteamericana o de otros países [. . .]

Nuestra situación se complica todavía más por el hecho de que, a medida que aumenta la inestabilidad en Estados Unidos, tiende a intensificarse nuestro ciclo económico, como lo hemos visto en los últimos años y particularmente en los últimos meses, en que el alza de precios norteamericanos y la afluencia de dólares traídos por turistas, inversionistas y especuladores, coadyuva grandemente al quebrantamiento de nuestros niveles de precios; y por otro hecho más importante: el que la política económica mexicana, en la medida simplemente en que no logra modificar en forma sustancial este estado de cosas, tiende a acentuar la inestabilidad y el desnivel ya extraordinario de nuestras clases sociales [. . .]

[. . .]Son todos estos hechos, demostrativos de que las mayores concentraciones del ingreso están en manos de unos cuantos miles de personas, los que explican el alza de los precios, la especulación y la creciente inestabilidad. Y si bien tales hechos se relacionan íntimamente con una estructura económica y social determinada, no deberíamos considerar a esta estructura como ajena a la política económica y a la conducta de comerciantes e industriales, de banqueros y de otros sectores de la población. Aquí, como en tantos otros casos opera el fenómeno que señalamos al principio de esta plática, o sea el que un hecho en cierto modo derivado reacciona sobre la causa que lo ha determinado, modificándola e intensificándola. . .

EL MERCADO Y EL DESARROLLO ECONÓMICO*

[. . .] Lo primero que se necesita para que exista un mercado es que haya un volumen suficiente de mercancías. Esta afirmación que en principio puede parecer superficial y hasta obvia, tiene un significado histórico enorme y un valor inapreciable para nuestro análisis. Supone la superación de la etapa en que el hombre produce para satisfacer sus necesidades personales y las de una comunidad más o menos pequeña y aislada. Y aunque en esta etapa del desarrollo de la sociedad ya existen mercados, instituciones que como nos dicen los historiadores se remontan a las civilizaciones más antiguas, la creación del mercado interno y su desarrollo cada vez más rápido corresponde al capitalismo,⁸ o sea a una etapa en que la producción no se obtiene como medio directo de subsistencia sino como una mercancía que ha de pasar a poder de otra persona a través de un proceso de cambio.⁹

Así como la producción de mercancías, o sea la producción mercantil primero y capitalista más tarde, sirve de punto de partida y de condición para el desarrollo del mercado interno, así también tal forma de producción está condicionada¹⁰ y a la vez trae consigo una división del trabajo cada vez mayor.¹¹ Por eso puede afirmarse que la división social del trabajo, al ser la base del desarrollo económico bajo

* Fragmentos de la Conferencia dictada en la Escuela Nacional de Economía, UNAM, el día 12 de febrero de 1952, como parte de los cursos de invierno de ese año. Publicada en *Investigación Económica*, primer trimestre de 1952.

⁸ C. Marx, *El capital* tomo 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1946. "El mercado es una categoría de la economía mercantil que en su desarrollo se transforma en economía capitalista y que sólo con esta última adquiere pleno dominio y difusión general". (V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 15, Moscú, 1950). p. 187.

⁹ C. Marx, *Op. Cit.* vol. 1, p. 46.

¹⁰ *Ibidem*, p. 46

¹¹ *Ibidem*, p. 187.

el capitalismo, es simultáneamente el elemento fundamental en el proceso de creación del mercado interior.¹²

Todavía más, el desarrollo del mercado supone históricamente otras condiciones ligadas a las que ya señalamos, y además, vinculadas entre sí: por un lado, la aparición de lo que suele llamarse el mercado de trabajo, y por el otro la creación y desenvolvimiento de un mercado de capitales. El mercado de trabajo surge cuando la capacidad de trabajo empieza a ser objeto de una relación de cambio, hecho que a su vez está condicionado a que un sector de la población se libre de muchas formas de servidumbre que caracterizan a la producción en la etapa precapitalista, y a que se le prive de los medios de producción. Cuando esto ocurre se dice que el trabajo ha entrado al mercado, donde logra una movilidad que gradualmente va siendo mayor y que, como es bien sabido, constituye uno de los prerrequisitos para el desarrollo de la producción en gran escala. Simultáneamente a este proceso va formándose el mercado de capitales, a consecuencia de la intensificación del proceso de cambio y de la concentración de los instrumentos productivos.¹³

Visto, pues, en una perspectiva amplia y a la vez de carácter histórico, o sea del único modo como a nuestro juicio puede estudiarse la cuestión del mercado frente al fenómeno del desarrollo económico, *el mercado es un mecanismo en el que se expresan las relaciones recíprocas del sistema económico; esto es, no el consumo o la producción o el juego aislado de determinada actividad, sino todos los elementos de la estructura económica y todas las fuerzas de las cuales depende el desarrollo.* En el que más claramente se aprecia este proceso de acción recíproca es en el análisis de la composición del mercado. En efecto lo que ahí encontramos es, junto a un sector de mercancías uno de trabajadores que en el fondo lo que compran y venden son también mercancías, y un sector que corresponde al mercado de capitales. Esta estructura aparentemente simple del mercado, en el fondo es complicada pues consta de gran diversidad de instituciones, de intermediarios y de formas de operación, cuya técnica es más evolucionada en la medida en que es mayor el grado de desarrollo general.

¹² Lenin, *op. cit.*, p. 16.

¹³ Cf. Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1947, p. 222.

*La formación del mercado no es por lo tanto algo esencialmente distinto al propio desarrollo económico; es, como muchos economistas lo han señalado, el proceso de acumulación visto desde un ángulo particular.*¹⁴ Y es importante este hecho en virtud de que, en las opiniones de cuyo examen nos ocupamos al principio de esta exposición, se descuida casi totalmente el estudio del papel que la formación de capitales y la realización de los bienes de producción juegan en el desenvolvimiento del mercado interno, a pesar de que la comprensión cabal de este fenómeno no sólo es necesaria desde el punto de vista teórico, sino concretamente para entender las manifestaciones principales del desarrollo económico en México.

Veamos por qué. Sabemos que uno de los objetivos fundamentales de la economía capitalista, aquel que la distingue de todos los sistemas que la precedieron en la historia, es la acumulación, la cual se manifiesta en una tendencia hacia la concentración de capital y el aumento de la capacidad productiva.¹⁵ Pero, como la intensificación de la acumulación apareja el enriquecimiento de un pequeño grupo y, correlativamente, la miseria de la gran mayoría, la producción de bienes de capital tiende a crecer más rápidamente que la de bienes de consumo. La importancia de esta cuestión en el análisis del mercado radica en que a ella se debe que en cierta medida no sea la compra de artículos de consumo sino la adquisición de bienes de capital el factor que impulsa principalmente el desarrollo del mercado.¹⁶ Dicho en otras palabras, la aceleración del proceso de formación de capitales, sostenido primordialmente en la creciente demanda de bienes de producción, y en el consumo de los grupos altos de la población, es uno de los estímulos más importantes —y lo ha sido en el caso de México— de la formación del mercado. Esto, desde luego, de ningún modo implica que el bajo nivel de vida y la exigua capacidad del consumo de la mayoría de la población no influyan en el proceso de capitalización, o que no tengan relación estrecha con el desarrollo del mercado. Entre todos estos fenómenos existe una íntima vinculación,

¹⁴ John Strachey, *The Coming Struggle for Power*, *The Modern Library*, 1935, pp. 60 y ss.

¹⁵ Cf. John Eaton, *Political Economy*, International Publishers, New York, 1949, pp. 73 y ss. .

¹⁶ Cf. Y. Lenin, *op. cit.*, pp. 32-33 y ss.

y no sólo eso sino que tal vinculación y la forma dinámica en que se expresa, explican que la capacidad de consumo no se desarrolle paralelamente a la capacidad productiva, así como también que, en última instancia, sea la insuficiencia del consumo y el bajo nivel de vida los factores que vuelven más anárquico e inestable el desarrollo económico.

En resumen, hay varios puntos, aparte de otros que ya hemos señalado, que nos parecen fundamentales: 1] el crecimiento de la capacidad productiva e incluso el desarrollo económico mismo, tanto en general como en el caso de México, se vuelven inexplicables si el proceso de formación del mercado se pretende examinar tan sólo, o siquiera principalmente, en relación con el consumo de los grupos más amplios; 2] la insuficiencia del consumo es un hecho que depende simultáneamente de otros dos, que en el desarrollo económico de México se aprecian con toda claridad: por un lado la creciente amplitud e intensidad del desarrollo del capitalismo, y por otro la subsistencia de condiciones económicas y sociales que tienden a frenar ese desarrollo; 3] la acción recíproca de estos factores se expresa no solamente en la insuficiencia relativa del consumo sino en el aumento de la capacidad productiva y en todo el proceso de formación del mercado interno, o sea en las relaciones mutuas de todas las actividades económicas; 4] por ello, el estudio del mercado tiene que emprenderse como un estudio de las características del desarrollo económico en su conjunto.

[. . .] Llegamos así a la conclusión de que la creciente interdependencia de las actividades económicas y la mayor diversificación de cada una de ellas, han sido factores de enorme importancia en la formación del mercado interior. Y si el volumen de la demanda no ha sido en general insuficiente, ello se debe al impulso dado a la formación de capitales, y a que el decaimiento en el nivel de vida de la mayoría del pueblo ha tenido como contrapartida la concentración de una parte creciente del ingreso en manos de un sector minoritario, que de hecho es el que ha disfrutado el aumento de la renta nacional y del incremento de productividad de los trabajadores. La transferencia de ingreso de las capas bajas de la población a las clases más altas —efecto y al mismo tiempo causa de la inflación—, ha provocado además cambios de importancia en la estructura de la demanda y en la composición de la inversión nacional, desplazando una y otra hacia

actividades más o menos ajenas a la suerte de la mayoría de la población.

A nadie escapa que esta situación no puede mantenerse indefinidamente. Si el desarrollo del mercado sigue operándose mediante el empobrecimiento de los sectores más amplios del pueblo, la actividad tenderá a decrecer, los signos de crisis que ya empiezan a advertirse en la economía mexicana se agudizarán y los márgenes ya no de progreso, sino aun de crecimiento simplemente cuantitativo, serán cada vez más estrechos.

Hasta ahora, la concentración creciente del ingreso nacional [. . .] pudo dar salida a la producción de bienes de capital y aun de muchos bienes de consumo y servicios. Pero a medida que la acumulación se ha ido manifestando en un incremento de la capacidad productiva y de la producción, condiciones ambas imprescindibles para el desarrollo ulterior del proceso de formación de capitales, el bajo nivel de vida de la mayoría se ha vuelto un creciente obstáculo para acelerar el ritmo de desarrollo, como fácilmente puede apreciarse a través de las tendencias deflacionarias paradójicamente generadas por una inflación desenfadada. La situación ha llegado a ser tan grave que no hay semana en que la prensa no informe sobre la baja de las ventas en tal o cual rama de actividad. Y no deja de ser interesante que muchos de los abanderados de la tesis de que el país debe desarrollarse al través del "ahorro forzoso" [. . .] empiezan a darse cuenta de que el ingreso nacional está mal distribuido y de que los trabajadores no sólo son vendedores de fuerza de trabajo sino compradores de bienes y servicios.

Y en efecto se requiere cada día con mayor urgencia redistribuir el ingreso nacional, no sólo por razones de orden social y humano, sino porque aun desde un punto de vista estrictamente económico, México está aproximándose a un callejón sin salida. Pero ¿cómo ha de lograrse la redistribución del ingreso nacional? ¿Acaso esperando a que los 10 mil millonarios de que la prensa habla a menudo, renuncien a una parte de sus espurias fortunas? ¿Acaso poniendo en juego expedientes monetarios y fiscales cuya eficiencia sería muy limitada en nuestro medio? No; independientemente de lo que pudiera hacerse en este último campo, la redistribución del ingreso y de la riqueza habría que buscarla, a nuestro juicio, modificando

las condiciones sociales, económicas y políticas del país en un sentido democrático.¹⁷

La lucha contra los elementos adversos no libraré a nuestra economía de las contradicciones esenciales que hoy la afectan. Pero si esa lucha tiene éxito —y la participación del pueblo en ella es una garantía para que lo tenga—, el desarrollo del país será más rápido, el mercado nacional más amplio, y mayor la parte del ingreso dedicada a quienes trabajan.

¹⁷ Se dice que cuando los primeros discípulos de Adam Smith empezaron a enseñar Economía Política en la Universidad, la referencia a cosas vulgares como “trigo” o “rebajas de impuestos” era considerada como una “profanación” de la tradición académica, en tanto que el mero título de Economía Política se hacía sospechoso de “proposiciones peligrosas”. En nuestros días la reacción tiende a ser semejante cuando un economista se refiere explícitamente a los acontecimientos políticos actuales. Y, sin embargo, hoy día la economía y la política se hallan entrelazadas más íntimamente que en los días de Smith y Ricardo: los acontecimientos políticos tienen causas económicas manifiestas, y la prognosis económica gira en la órbita de los movimientos políticos. Para comprender bien a fondo lo que es posible hacer y lo que está aconteciendo, ni el economista puede excluir las conexiones políticas de los acontecimientos económicos, ni el político puede pasar por alto las conexiones económicas”. Cf. Maurice Dobb, *Economía política y capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 248.

ESTRUCTURA ECONÓMICA Y SOCIAL DE MÉXICO

PRESENTACIÓN E INTRODUCCIÓN GENERAL*

[. . .] La presente investigación es [. . .] un estudio de proyecciones estructurales, una investigación de conjunto a través de la cual se dan a conocer no sólo las partes o expresiones parciales del todo económico, sino sus interrelaciones y los hechos básicos para formular una política económica nacional más adecuada [. . .]

La aceptación del término “estructura”, lejos de ser precisa, lleva con frecuencia a confusiones. El vocablo se emplea, sin embargo, considerando el hecho aún más importante de que ha llegado a tener una amplia acogida en el lenguaje, usándose en estudios elaborados en distintos países y, además, porque este método permite un análisis más satisfactorio del sistema económico [. . .]

Los estudios sobre la economía mexicana, sin mengua de una calidad a menudo indiscutible, responden en la mayor parte de los casos a enfoques parciales y a preocupaciones surgidas de la gravedad que en cada época han revestido ciertos problemas económicos y sociales.

La estructura económica y social de México es una investigación en la que se ha pretendido examinar, en forma sistemática, los aspectos más importantes del sistema económico. Éstos no han sido necesariamente los más llamativos o aquellos que puedan haber jugado un papel más significativo, sino más bien los elementos componentes —y no los agregados ocasionales— de la estructura económica y social del país [. . .]

[El estudio. . .] se divide en cuatro grandes partes: la primera, no obstante que tiene un carácter extraeconómico, se encuentra íntimamente vinculada con el fenómeno económico. La segunda está dedicada al examen pormenorizado de las ramas que configuran [. . . las] actividades productivas. La tercera se haya compuesta de varias inves-

* Fragmentos de la Introducción General elaborada por Raúl Ortiz Mena y Alonso Aguilar Monteverde, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

tigaciones de las llamadas “cruzadas”, “transversales” o “verticales”, en la que los elementos extraídos de la segunda parte se hilvanan conforme a criterios uniformes para obtener una visión de conjunto de los recursos naturales, de la ocupación, de la técnica, etc. En la cuarta, finalmente, se recogen en volúmenes especiales las conclusiones de todo el estudio [. . .]

No es un propósito académico ni una ambición desmedida lo que nos ha conducido a iniciar el estudio con el examen de los factores extraeconómicos. Estamos seguros de que si han de entenderse los problemas económicos y sus posibles soluciones, deben estudiarse aquellos factores que condicionan o que dependen de lo económico; que influyen sobre el medio en que el sistema funciona y que delimitan los contornos dentro de los cuales se expresa dicho fenómeno. Por todo ello [. . . se consideró el territorio, la población y la estructura social, e incluso los fenómenos culturales, jurídicos y políticos].

[. . .] En la segunda parte [. . . como ya se dijo, se examinan] las ramas básicas del sistema económico [. . .]

Es posible que el método más comúnmente empleado hasta ahora en México [. . .] haya sido el de circunscribir la investigación a una actividad económica determinada —digamos la agricultura, la industria, los transportes—, a los procesos de producción, quedando en un plano secundario —cuando se toman en cuenta— los problemas de distribución y el examen de los recursos de distinta naturaleza, de cuya combinación depende la producción. Y si bien tal procedimiento puede ser aceptable para una monografía aislada o cuando hay un interés predominante por una cuestión en particular, de ningún modo sería justificable tratándose de nuestro estudio [. . .]

[Por ello, en la parte segunda se examinaron:] 1] recursos, 2] producción, 3] distribución, 4] resultados de la producción, 5] problemas de localización y 6] política económica.

[. . .] hasta el fin de la Parte Segunda lo que se ha estudiado son las actividades fundamentales. Una serie de cuestiones, sin embargo, se consideran parcialmente y de acuerdo con la función que tienen en procesos aislados de la producción [. . .] Con base en estas ideas se incluyeron en la Parte Tercera los temas que siguen: recursos naturales, ocupación y nivel de vida, mercado de trabajo, formación de capitales, técnica, mercado de dinero y capitales, factores de la producción, ingreso y productos nacionales y mercado nacional e inter-

dependencia [económica], estructura de los precios, localización de la actividad económica y política económica nacional.

[. . .] en la Parte Cuarta [se recogen las conclusiones y se hace. . .] una valoración de conjunto.

[En resumen. . .] En la Estructura Económica y Social de México se ha considerado la economía del país como un todo sólo fragmentable para fines de análisis [. . .] Si en estudios menos ambiciosos no es posible de ordinario llegar a proposiciones definitivas, el lector convendrá en que en una investigación del tipo de la nuestra —la primera que se emprende en México y en toda América Latina— el sólo lograr someter a un examen sistemático los componentes de la estructura económica y social es ya una tarea importante [. . .]

LA ECONOMÍA MEXICANA*

HABÍA UNA VEZ UN ARTÍCULO 28**

LOS PECES GRANDES SE COMEN A LOS CHICOS

Al cierre de 1950, los recursos de los bancos de depósito ascendían a 5 046.7 millones de pesos; pero si bien a tal fecha operaban 106 bancos de este tipo, solamente 6 de ellos, o sea menos del 5% del total de instituciones, controlaban cerca del 59% de todos los recursos.

[. . .] El monopolio que ejercen los grandes bancos privados en México no sólo deja atrás las formaciones de este tipo en otros campos de nuestra economía; se compara ya con las condiciones de los países en que más intenso ha sido el proceso de concentración en el presente siglo. En Estados Unidos, por ejemplo, en los años inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial los grandes bancos comerciales absorbían alrededor del 47% del total de depósitos. En Alemania, cuando el nazismo favorecía abiertamente a las instituciones más fuertes, 9 de las principales concentraban el 60% de los depósitos. En Japón, los depósitos en cinco bancos ligados a los grandes intereses industriales llegaron a representar cerca del 42% del total. Y solamente en Inglaterra, los famosos “5 grandes” pudieron controlar el 74.6%. En México, donde casi no se habla del monopolio bancario, 8 bancos concentraban en 1950 más del 71% de los depósitos y exactamente el 74.6% de los recursos totales de los bancos de depósito y ahorro.

Y NO TERMINAN AQUÍ LAS FORMAS DE CONCENTRACIÓN.

Otra de las manifestaciones de monopolio que actualmente se observan en México en el campo de la banca, es la que se ha desarrollado en Nuevo León y concretamente en Monterrey. Examinando la composición de 26 consejos de instituciones bancarias de dicho

* Fragmentos de la sección “La Economía mexicana” de la revista *Índice*.

** *Op. cit.*, núm. 5, julio-septiembre de 1952, p. 56.

Estado, se aprecia fácilmente, aunque a la vez con una preocupación que no puede exagerarse, que todas ellas están controladas por un reducidísimo número de familias y de capitalistas.

[. . .] los grandes bancos no han limitado su influencia al campo exclusivo de las finanzas, sino que se han combinado con poderosos intereses industriales y comerciales, a través de empresas en las que tienen una posición predominante.

[. . .] la presencia de múltiples defectos e irregularidades —defectos e irregularidades que se advierten asimismo en el funcionamiento de los bancos nacionales—, y la existencia de monopolios que como hemos podido comprobarlo no sólo existen en México en el manejo de la carne, del azúcar, los camiones, la venta de pescado y mariscos y las elecciones, sino también en la banca, vuelve inaplazable. . . llevar a cabo una reestructuración sustancial del sistema bancario. De otra manera seguirá faltando crédito a la producción. . . será más y más difícil orientar una política nacional de inversiones; seguirán realizándose las más variadas y perjudiciales especulaciones; continuarán haciéndose fortunas cada vez más cuantiosas, y se intensificará la tendencia hacia el monopolio [. . .] en toda la actividad económica, agudizándose [. . .] la inestabilidad, retardándose el desarrollo nacional y deprimiéndose aún más los ya muy bajos niveles de vida de la mayoría del pueblo [. . .]

EL SALDO DE UNA INDUSTRIALIZACIÓN ANÁRQUICA INGRESOS REALES PER CÁPITA (SUELDOS Y SALARIOS)

[. . .] según las cifras oficiales el ingreso real per cápita ha aumentado, entre 1939 y 1950, de 100 a 161. No vamos a insistir en el examen de estos datos pues creemos mucho más interesante y útil precisar la suerte, no del promedio de los mexicanos, promedio que no existe como entidad real, sino de los sectores que trabajan a cambio de sueldos y salarios [. . .] que recibían el 30.5% del ingreso en 1939 y el 23.8% en 1950 [. . .], de lo que se obtiene que el ingreso real pasará [. . .] de \$443 a \$492 al año, o sea solamente de 100 a 111.

[. . .] ¿Adónde nos lleva este camino? Nos demuestra [. . .] algo muy interesante y que las cifras globales ocultan, a saber: que la producción que se obtiene a cambio de sueldos y salarios, entre 1939 y 1950

aumentó de 100 a 165. De lo que se deduce que la “posición relativa” de quienes reciben sueldos y salarios [. . .] ha venido decayendo desde 1939, pues asignando un nivel de 100 a ese año, bajó a 67 en 1950, (resultado de dividir 110 entre 165) [. . .]

[. . .] Todo lo anterior puede resumirse en una expresión que no por breve y sencilla resulta menos dramática. El saldo del desarrollo industrial de los últimos años, de acuerdo con las cifras oficiales [. . .] fue de un incremento del ingreso real per cápita de 100 a 161, y una baja del ingreso real relativo de quienes reciben sueldos y salarios[. . .] la estimación del ingreso real tampoco basta por si sola para conocer, siquiera de un modo aproximado, el nivel de vida del pueblo. Aparte de otros ajustes se necesita sobre todo establecer lo que se llama la “posición relativa” de quienes trabajan, determinar el ingreso real relativo, o en otras palabras el nivel que guarda el ingreso real medio de un grupo con relación a lo que ese grupo produce, de 100 a 67 [. . .] Ya pueden imaginarse nuestros lectores la conclusión a que se llegaría si dichas cifras se ajustaran a lo que ha venido ocurriendo en la realidad [. . .]

EL ÚNICO CAMINO

[. . .] La industrialización de México debe sin duda alguna acelerarse [. . .] Pero si el proceso de nuestro desarrollo económico no se modifica en sus proyecciones, en sus objetivos y métodos; si no se acompaña de condiciones políticas y sociales distintas, y si no descansa en una creciente participación del pueblo en el manejo del poder público, seguirá siendo lo que ha sido hasta ahora: un instrumento para aumentar lentamente la riqueza nacional, y muy rápidamente las fortunas de una minoría insignificante y el empobrecimiento de las grandes mayorías [. . .]

La mecánica del desarrollo económico bajo el capitalismo, y concretamente la industrialización, tienden a una creciente explotación de las masas trabajadoras. Y ello, no porque al intensificarse la formación de capital y la división social del trabajo no aumente la productividad, sino precisamente porque a pesar de que el trabajo se vuelve más productivo, quien lo desempeña recibe por él una proporción menor de los bienes que produce, y quienes no producen se quedan

con una parte del ingreso que siempre resulta ser, como en la clásica fábula, la parte del león [. . .]

UN NEGOCIO VERDADERAMENTE SEGURO

[. . .] Operan en México 66 compañías de seguros, 44 de ellas en el Distrito Federal, o más bien en la ciudad de México, y 22 en el resto del país. Cuentan con instituciones de seguros solamente 10 estados, careciendo de ellas 19 entidades federativas y los territorios de Baja California y Quintana Roo. Las compañías de la ciudad de México, que por su número representan [. . .] el 66%, como son las más poderosas, controlan el 83% del capital y nada menos que el 89% de los recursos de todas las instituciones de seguros. O en otras palabras, mientras que las compañías de la capital son el doble de las que operan en los estados, su activo es más de ocho veces superior [. . .]

En 1951 las utilidades totales de las instituciones de seguros fueron de 30.7 millones de pesos, y mientras las 9 empresas más importantes obtuvieron 16.6, las 57 restantes, medianas y pequeñas, ganaron ese año 14.1 millones de pesos [. . .] La situación fue aún más grave en 1949 que en 1951, ya que en tal año el propio 14% de las compañías de seguros obtuvo el 59% del total de las utilidades. Y si en vez de establecer estas comparaciones con base en 9 empresas, se consideran solamente 6 de ellas, o sea el 9% de las que operan, nos encontramos con que en 1951 absorbieron el 46.5% de las utilidades. Proporcionalmente, las empresas que obtienen mayores ganancias son La Latinoamericana, La Nacional, La Comercial, La Provincial y América.

[. . .] Hace cerca de 20 años, bajo la administración del general Cárdenas, se dio un gran paso adelante al librar al sistema de seguros de los intereses extranjeros que lo dominaban desde los años de la dictadura porfirista. Se logró así que los recursos concentrados por el sistema de seguros, en vez de abandonar anualmente el país, se quedaran en México. Urge ahora dar otro paso en la misma dirección: lograr que esos recursos sirvan para una adecuada protección de quienes invierten sus ahorros en pólizas de seguros, y sobre todo, lograr que sirvan lo más posible, a través de un nuevo régimen de

inversiones, al desarrollo económico nacional y al mejoramiento de las condiciones de vida de las capas más amplias de la población.

LAS CONDICIONES DEL ÉXITO

(A PROPÓSITO DE LA INSTALACIÓN DE UN NUEVO GOBIERNO)

La primera condición [...] es que se ponga en marcha, desde el momento en que se inicia la gestión del nuevo gobierno, un propósito de cambio [...]

[...] se necesita claridad y limpieza en los propósitos, visión de conjunto de las condiciones del país y de la obra por emprenderse, conocimientos cabales de los problemas económicos... y de las condiciones en que vive el pueblo [...]

Con independencia de lo que pueda hacerse frente al problema agrario y al desarrollo de la agricultura, desarrollo que a su vez depende en gran parte de la estructura y del ritmo de desenvolvimiento de la industria, por lo que hace al mejoramiento del nivel de vida hay varias condiciones que será preciso satisfacer: 1] que no se circunscriba la lucha contra la carestía a unos cuantos artículos alimenticios básicos [...]; 2] que en el intento por suavizar el alza de los precios [...] se tome en cuenta a todo el país; 3] que junto a cualquier medida de emergencia se ponga en marcha una política económica general [...]

Hay que modificar las condiciones del todo inequitativas en que se distribuye el ingreso nacional [...] así como] emplear todos los recursos que el Estado tiene a su alcance, para modificar gradualmente la estructura de las actividades económicas nacionales [...] Alentar aquellas que siendo fundamentales han quedado rezagadas [...]

[...] las tareas por cumplir para alcanzar las metas [...] son en verdad abrumadoras. Ninguna de ellas podrá emprenderse de la noche a la mañana, ninguna tendrá éxito sin el apoyo popular, y todas habrán de realizarse o de frustrarse en la única arena en la que se realizan o frustran los progresos sociales: en la lucha de todos los días [...]

“DISTRIBUIDORA MÉXICO, S. A.”: CERO Y VA UNO*

El problema de los monopolios es posiblemente uno de los que más se ha discutido en los últimos tres meses. A él se han referido diversos

* *Índice*, núm. 8, abril-junio de 1953, pp. 41-54.

funcionarios públicos [. . .]; se han dedicado editoriales [. . .] y sobre él se han emitido opiniones de estudiosos del derecho y de la economía [. . .] El gobierno, por su parte, ha iniciado la campaña prometida por el presidente [. . .], llevando a cabo diversas reformas legales y decretando [. . .] la supresión de la firma denominada “Distribuidora México, S. A.”, a la que el gobierno anterior había concedido la distribución exclusiva de combustibles en el Distrito Federal [. . .]

[. . .] el examen de conjunto de lo que ha venido ocurriendo en torno a la cuestión de los monopolios, pone de relieve junto a actos positivos como el que acabamos de señalar, situaciones aún imprecisas y cuyo esclarecimiento será cada día más necesario para llevar adelante con éxito una campaña antimonopolista que tenga un sentido democrático.

Hasta estos momentos no se sabe cuál será la proyección de la lucha antimonopolista. ¿Se piensa centrarla en torno de los estancos cuyo carácter monopolista expresa el incipiente desarrollo económico del país? ¿Se aspira acaso tan sólo a acabar con monopolios que en esencia son el producto de compadrazgos y de favores oficiales? ¿Se pretende —y ya hemos visto que muchos abrigan esa ilusión— destruir a la CEIMSA y a todas o algunas de las empresas a través de las cuales el Estado trata de regular [. . .] la actividad económica? [. . .]

El sólo planteamiento de estas cuestiones muestra que hay muchos tipos de monopolios [. . .] Y el único [. . .] que debería respetarse es aquel que establece el Estado para intervenir en campos en los que [. . .] los particulares no están en condiciones de poner los intereses generales por encima de los suyos [. . .]

[Junto a empresas. . .] cuyo carácter monopolista deriva del atraso económico [. . .] hay otros monopolios nacionales, en los que directamente se manifiesta el desarrollo del país. Se trata más bien del monopolio que es [. . .] típico del desarrollo del capitalismo, y que [. . .] proviene de la concentración de la producción en grandes empresas. Estas formas de monopolio, que en México se encuentran en la industria azucarera, en la banca, en los seguros y en otras ramas —y que sobre todo en el caso de los bancos operan mediante filiales, subsidiarias, sucursales, diversos tipos de “holdings”, etc.—, también deberán combatirse [. . .] La lucha contra las grandes empresas extranjeras puede y quizás deba manifestarse también en una serie de

medidas, que vayan desde la regulación eficaz de algunas de ellas hasta la nacionalización de otras. Lo que no debe hacerse es respetarlas así sean monopolios, con el simple e inaceptable argumento de que la lucha en este campo puede ser demasiado difícil. Hace unos días el ingeniero Gustavo P. Serrano, presidente de la Cámara Minera, declaró que “la nacionalización de la industria minera de nuestro país sería tanto como un suicidio [. . .]” [*Excelsior*, 20 de marzo.]

Ello explica lo mucho que está en juego y lo difícil que realmente es combatir a los monopolios extranjeros. Mas ¿acaso hay quien piense que no exigió un gran esfuerzo de Bolivia la nacionalización de las grandes empresas que explotaban el estaño? O para no ir tan lejos, ¿[. . .] que la expropiación de la industria petrolera decretada por el gobierno de Lázaro Cárdenas no dio lugar a violentas reacciones y a obstáculos que parecían irrebables? Y sin embargo, los obstáculos se vencieron; el país pudo defenderse del boicot, la industria encontró su camino, y precisamente en estos días hemos celebrado el XV aniversario de un acto que en 1938, como ahora la posibilidad de acabar con otros monopolios extranjeros, también era visto como un suicidio en los grupos reaccionarios [. . .]

PIRATAS A MITAD DEL SIGLO XX

[. . .] México tiene más de 9 200 kilómetros de costas; cuenta además con cerca de 6 500 kilómetros cuadrados de aguas interiores. De las decenas de especies que habitan en los litorales del país, hay por lo menos veinte cuyo valor comercial es elevado, entre las que destacan el camarón, la langosta, diversas variedades de atún, el barrilete, el robalo y el jurel. De explotarse debidamente esta actividad el país derivaría cuantiosos ingresos; obtendría una sólida base para mejorar y diversificar la alimentación del pueblo y contaría con una fuente de trabajo que haría posible [. . .] elevar grandemente el nivel de vida de miles de pescadores auténticos [. . .] Hasta la fecha [sin embargo. . .] el ingreso generado en la pesca [. . .] en su mayor parte beneficia a Estados Unidos. En cuanto a su contribución para mejorar el régimen alimenticio del pueblo, baste decir que se estima que el consumo medio de pescado por habitante en México no llega siquiera a dos kilos anuales [. . .] Y la suerte de los pescadores es tal que no es extraño que sólo obtengan de 10 a 15%

del valor de la producción. El resto. . . queda en manos de empresas disfrazadas de cooperativas, y de la cadena sin fin de intermediarios que separan al productor de los consumidores[. . .]

[. . .] la pesca está siendo afectada por una gran diversidad de problemas [. . .] La explotación clandestina de parte de embarcaciones extranjeras [. . .], no por ser clandestina es menos real ni menos peligrosa [. . .] Se estima que legalmente [. . .] o sea pagando impuestos, los pescadores yanquis se llevan cada año la mitad de la producción pesquera de aguas mexicanas [. . .], y [las dos terceras partes del valor de la captura].

[. . .] hay muchos otros problemas: [. . .] faltan barcos; la mayoría de los que hay son anticuados y la mayoría de los que están en condiciones adecuadas son controlados por unos cuantos grandes empresarios del tipo del general Abelardo L. Rodríguez. Los astilleros tanto de construcción como de reparación de las naves son del todo insuficientes; ocurriendo más o menos lo mismo con las fábricas de hielo, las congeladoras, las empacadoras y los equipos de transporte.

Las técnicas que se emplean en la captura a menudo son antieconómicas e irracionales y los métodos de conservación de las especies, ineficaces [. . .]

Y en la base de toda esta [. . .] estructura hay cerca de 30 mil mexicanos, 30 mil trabajadores auténticos que entregan el producto de su esfuerzo (a destajo), que emplean los más rudimentarios instrumentos, carecen de la ayuda más elemental y viven en condiciones lamentables [. . .]

LOS INTERESES CREADOS

[. . .] Son muy hondos los surcos abiertos en años recientes por una política antipopular; y esos surcos conducen a [. . .] verdaderos callejones sin salida. El organismo económico nacional se encuentra gravemente enfermo. No enfermo de muerte; pero sí enfermo en sus raíces. Tras una aparente y a veces hasta impresionante prosperidad [. . .] de quienes en vano intentan hacer creer que su propia riqueza es un símbolo de bienestar general, lo que hay en México es miseria, una gran miseria.

Pero [. . .] a pesar de todo ello [. . .] hay impulsos y fuerzas en varias direcciones; hay propósitos sanos frente a intencionados designios, hay expresiones de desacuerdo, de pugna, de lucha, y como en toda lucha hay posibilidades, por limitadas que parezcan, de que las cosas cambien y mejoren [. . .]

UNA ETAPA CRÍTICA: EL MERCADO DE CAPITALES EN MÉXICO*

[. . .] En las postrimerías del porfiriato privaban condiciones semifeudales en ciertos campos de la vida económica y social de México; empero, simultáneamente se estaba realizando una importante transformación, un cambio sustancial en el que ejercían su influencia tanto la realización, así fuese mutilada y torcida del ideario de la Reforma, como el incipiente desarrollo de un capitalismo nacional —que había cobrado cierto impulso desde antes de las luchas por la independencia— y sobre todo el capitalismo mundial, en una época en que la exportación de capitales empezaba a dejar atrás a la tradicional exportación de mercancías. La Reforma “tuvo como principales consecuencias, por una parte, el fortalecimiento incontrastable de la aristocracia semifeudal, y por otra, la consolidación de la pequeña burguesía. La aristocracia semifeudal se aprovechó, apropiándose las, de las haciendas desamortizadas del clero y de los terrenos comunales de los pueblos, cuyos habitantes se vieron convertidos en peones de los latifundios, y parte de la pequeña burguesía supo sacar provecho de las propiedades urbanas que antes poseía el clero y de los bienes de

* El presente estudio se elaboró entre septiembre y noviembre de 1952, como primer capítulo de una investigación más amplia sobre “El mercado de capitales en México entre 1900 y 1950”. Hasta hace unos años pensé en la posibilidad de continuarlo conforme al plan original y en que algún día pudiera revisarlo cuidadosamente y enriquecerlo con la lectura de los materiales aparecidos después de 1952. Al proyectarse el presente volumen, sin embargo, me pareció que si bien las páginas que siguen cubren un periodo breve, tienen quizás un alcance demasiado parcial y adolecen de múltiples lagunas y fallas, era preferible dejarlas como estaban y recogerlas como expresión de un ya viejo interés por los problemas del desarrollo económico de nuestro país. Así pcedí finalmente, y aunque tengo conciencia de que volver sobre el tema y trabajar sobre varios nuevos estudios en torno a la economía del porfiriato habría sido seguramente provechoso, por limitaciones de tiempo y por estar investigando en otros campos, me he limitado a releer el original y hacer algunas pequeñas enmiendas de forma. Publicado en *Problemas estructurales del subdesarrollo*, México, UNAM, 1971, capítulo 9.

comunidades' de los pueblos indígenas.”³ “La Reforma —escribía a su vez Porfirio Parra en 1906—, no fue un solo acontecimiento [. . .], no consistió en la introducción en la vasta y confusa masa de la sociedad mexicana, de un factor aislado y único; consistió en la introducción simultánea de un conjunto de factores capaces de determinar un cambio de estructura social [. . .]”; “modificó el orden económico haciendo entrar a la circulación una cantidad enorme de riqueza acumulada, dividiendo la propiedad y facilitando por este medio la creación de una burguesía [. . .]”⁴

Posiblemente este punto de vista exagere la división de la propiedad que trajo consigo la Reforma, y simplifique demasiado la influencia de ese movimiento al referirse tan sólo a la “creación de una burguesía”. Hubo además otro hecho, la contrapartida en cierto modo del anterior, cuyo papel en el desarrollo económico y concretamente en la formación del mercado de capitales debe haber sido decisivo: el crecimiento de la población asalariada, fenómeno de cuya existencia informan diversos documentos de la época; y que sin duda fue un factor condicionante del proceso de acumulación de capital y desarrollo.⁵

El crecimiento del movimiento obrero, o más bien de la población asalariada en general, no es susceptible de cuantificarse en la etapa que estudiamos.⁶ Se sabe, sin embargo, que desde fines del siglo XIX, a medida que la tierra se iba concentrando en manos de medianos, y sobre todo de grandes latifundistas, un número apreciable de campe-

³ *Colección de documentos para la historia económica de México*, vol. v. Citada por Luis Chávez Orozco, *op. cit.*, p. 158.

⁴ *Sociología de la Reforma*, México, 1948, p. 215.

⁵ “. . . la acumulación de capital y la creación de un mercado de trabajo [. . .] son sólo un mismo proceso visto desde dos ángulos diferentes”. John Strachey, *The Coming Struggle for Power*, Nueva York, 1935, p. 60. “La acumulación del capital supone, por tanto, el aumento del proletariado.” C. Marx, *El Capital*, t. I, Fondo de Cultura Económica, vol. II, p. 693, México, 1946.

⁶ Entre 1900 y 1910, la población de México se elevó de 13 607 272 habitantes a 15 160 369. Creció por lo tanto, poco más de 11% durante la década. *Anuario Estadístico de México, 1938*. DAPP, México, 1939, p. 33. Aunque se carece de datos sobre el crecimiento de la población asalariada, hay diversos hechos que permiten suponer que el proletariado debe haber crecido mucho más de prisa que la población en su conjunto. Entre tales hechos podrían mencionarse los siguientes: 1. En los primeros años del siglo aumentó más la población urbana que la rural; 2. Se intensificaron los conflictos obrero patronales y los trabajadores empezaron a hacer uso de la huelga como arma de lucha; 3. Se dictaron varias leyes obreras y comenzó a organizarse el movimiento sindical; 4. Se incorporaron millares de mujeres y niños a la fuerza de trabajo, y 5. Se extendió la mendicidad en las ciudades.

sinos independientes fue reducido al peonaje, dada la imposibilidad de absorber el excedente de mano de obra en actividades urbanas más productivas. Las condiciones de vida de las masas rurales se deprimieron con frecuencia más de lo que ya estaban, y ello, aunado a la actividad que trajeron consigo la construcción ferroviaria, la minería, las nacientes manufacturas y el comercio en las ciudades, provocó desplazamiento de mano de obra y un mayor desarrollo y diversificación del mercado de trabajo.⁷ La competencia ejercida por las nuevas fábricas, como ocurrió en el caso de la industria textil, fue asimismo convirtiendo a los pequeños productores en obreros, unas veces con trabajo y otras sin él, pero para quienes resultaba cada vez más difícil vivir como artesanos independientes. “[...] La invasión del imperialismo —señala Torres Gaytán— coincidió con la proletarización de las masas rurales. Las leyes de desamortización, primero, y las compañías deslindadoras después, provocaron el engrosamiento de las filas de trabajadores libres, motivo por el cual los capitalistas pudieron disponer con facilidad de mano de obra barata para sus industrias.”⁸

El proceso que describimos no fue, desde luego, un fenómeno que se desarrollara rápidamente y en una sola dirección: su curso fue lento, mucho más lento de lo que ha sido de entonces para acá, y además, contradictorio. Y si bien no tuvo la intensidad propia del desarrollo capitalista en otros países, sí tuvo al menos la misma violencia y se tradujo, como en todas las naciones que antes habían atravesado esa

⁷ Refiriéndose a las precarias condiciones de los campesinos, don Andrés Molina Enríquez decía: “Natural es, pues, que la población trabajadora de los campos haya huido de ellos con rumbo a los establecimientos industriales; pero como a virtud de ese movimiento, el número de los obreros ha aumentado considerablemente. . . , la oferta de brazos ha venido excediendo progresivamente a la demanda de los industriales, y éstos han podido ir haciendo un rebajamiento correlativo de los salarios.” *Los grandes problemas nacionales*, México, 1909, p. 237.

J. Rivero y Quijano, por su parte, expresaba unos años más tarde: “La situación caótica en el régimen de salarios, a medida que las vías de comunicación ponían en contacto a todos los mercados del país, fue arrojando la competencia sobre los hombros de los obreros.” *La industria textil del algodón y el maquinismo*, citado por M. de la Cueva. *Derecho mexicano del trabajo*, t. segundo, México, 1949, p. 265.

⁸ Ricardo Torres Gaytán, *Política monetaria mexicana*, México, 1944, nota p. 60.

etapa, en formas criminales de desposesión y explotación de las grandes masas del pueblo.⁹

O sea que los años de la dictadura, y especialmente los primeros del siglo actual, fueron años de transición, años en los que el país atravesó por una etapa en la que si bien eran cada vez más visibles los signos de un desarrollo capitalista en múltiples actividades, el ritmo de ese desarrollo se veía retenido por la insuficiente desintegración de la vieja estructura socioeconómica, fenómeno que a su vez se expresaba principalmente en los anacrónicos sistemas de explotación de la tierra y en los rígidos lazos que todavía ataban a grandes masas de la población a esos sistemas. Esta situación operó como un freno al desarrollo del mercado de trabajo y al proceso de formación de capitales, al reducir la movilidad de la mano de obra. Como dice Maurice Dobb al referirse al desarrollo del capitalismo: “La mercancía fuerza de trabajo no sólo tenía que existir, sino que tenía que estar disponible en cantidades adecuadas en los lugares en donde más se necesitaba: por eso la movilidad de la población trabajadora era una condición esencial.”¹⁰

En resumen, el desarrollo económico de México a fines del siglo XIX y principios del XX fue el producto de la influencia recíproca de múltiples hechos, entre los que destacan la desposesión masiva de los campesinos, el abatimiento del artesanado, la explotación de la cada vez mayor población obrera, la concentración de la riqueza en manos de terratenientes y negociantes nacionales y de otros países, la intensa y desordenada explotación de los recursos naturales y el aumento de

⁹ Abundan los datos que dan cuenta de este hecho. Podrían por ejemplo recordarse las desiguales y violentas guerras contra los yaquis en Sonora y las tribus mayas de Yucatán, los mil abusos contra los campesinos en las haciendas, y tantos otros hechos semejantes; pero nos parece que basta transcribir las dos opiniones que siguen: el profesor Rafael Ramos Pedrueza, al ocuparse de los despojos llevados a cabo por las compañías deslindadoras, indica que “72.000,000 de hectáreas fueron arrebatadas así a pequeños agricultores”. *La lucha de clases a través de la historia de México*, México, 1936, p. 236.

Sobre la condición de los obreros, Mario de la Cueva, escribe; “En el año de 1905 debe haber sido muy dura la condición de los obreros de la industria textil en Puebla; jornada de quince horas, empleo de niños de seis años, salario fijado libremente por el empresario, poderes omnínodos de los capataces. . .” *Op. cit.*, pp. 265-266. Y naturalmente, estas condiciones no eran privativas ni de los trabajadores de la industria textil, ni del estado de Puebla, ni de 1905.

¹⁰ *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1947, p. 274.

la productividad del trabajo.¹¹ Todos estos hechos, y no la “paz porfiriana”, la estabilidad política, las inversiones del exterior o la ortodoxia de la política hacendaria de Limantour, como tantas veces se ha sostenido, fueron los principales factores responsables del grado de desarrollo y del tipo de desarrollo que México logró a principios del siglo actual.¹²

¹¹ Según datos recopilados por el profesor Chávez Orozco, entre 1901-1902, y 1908, el número de obreros en la industria textil disminuyó considerablemente a causa del proceso de modernización; no obstante, la producción aumentó en ese periodo más del 60%, *op. cit.*, p. 160. En otras actividades, tales como la minería, extracción de petróleo, industria cervecera, de jabón, papel, cigarros y otras, la producción también creció mucho más rápidamente que el número de trabajadores.

¹² Emilio Rabasa, por ejemplo, atribuye la transformación material de México en la época a que nos referimos a dos elementos fundamentales: “La paz mantenida por la honrada y firme dictadura del general Díaz, origen de la confianza pública, y el crédito levantado y sostenido por la honradez y la habilidad del ministro de Hacienda, base de la prosperidad económica, de la confianza en el exterior y del bienestar del pueblo.” *La evolución histórica de México*. Ediciones Fuente Cultural, México, p. 151.



INVERSIÓN EXTRANJERA Y DESARROLLO ECONÓMICO DE MÉXICO*

VII. OPINIONES FINALES Y RECOMENDACIONES

[. . .] 1] El desarrollo económico, que hasta hace poco todavía se consideraba como una meta deseable pero difícil de alcanzar por los países atrasados, en el caso de México ha llegado a ser una exigencia indeclinable de orden nacional.

2] El desenvolvimiento nacional debe tener como principales objetivos elevar el nivel de vida, lograr una mejor y más equilibrada integración de la actividad económica y fortalecer la independencia de la nación.

3] Para estimular el crecimiento de la economía mexicana y alcanzar en el lapso más breve posible las metas señaladas, se requiere entre otras cosas acelerar y encauzar adecuadamente el proceso de formación de capitales.

4] Como la mayor parte de la población económicamente activa en México depende todavía de la agricultura y de otras actividades primarias, que a la vez constituyen fuentes de materias primas y mercados para la industria, el proceso de desarrollo debe traducirse en formas eficaces de estímulo de dichas actividades. Sin embargo, en una etapa como la que actualmente atraviesa la economía mexicana, el principal aspecto del desenvolvimiento económico debe ser la industrialización.

5] Sería ideal que la industrialización se expresara en la combinación equilibrada de todos los recursos disponibles y en la coordinación de las diversas actividades productivas. Para ello es preciso que el

* Fragmentos del estudio "Las Inversiones Extranjeras y el Desarrollo Económico de México", que se presentó como ponencia de la Cámara Textil del Norte al IV Congreso Nacional de Industriales. México, 1957. Publicado en *Problemas agrícolas e industriales de México*, México, vol. 9, núm. 1 y 2, enero-junio, de 1957.

desarrollo industrial descansa cada vez más en la instalación y ampliación de industrias mexicanas en renglones básicos tales como la industria siderúrgica y metalúrgica, química, industria pesada, de maquinaria y herramientas y de energía eléctrica y petróleo.

6] Como el desarrollo de la industria mexicana tendrá esencialmente como base al mercado interno, en general toda la política económica del país debe tender hacia el aumento de la productividad y de los ingresos reales, sobre todo de los grupos más grandes de población, para que así se pueda lograr una más amplia distribución de la renta nacional. En este sentido, cada día es más necesario reestructurar la actividad comercial del país a fin de estimular otras ramas de la producción.

7] Independientemente de la necesidad de aprovechar cada vez mejor los recursos humanos, económicos y técnicos disponibles, la aceleración del desarrollo económico del país requiere de capitales cuantiosos y de un alto nivel de inversión, lo que supone la movilización creciente de recursos financieros.

8] [. . .] dado el actual nivel de los precios, el alto costo de la vida y el peligro de que en un momento dado pueda desenvolverse nuevamente un proceso inflacionario que traería consigo inevitables desequilibrios en la estructura de costos e incluso severas presiones cambiarias, el grueso de los recursos financieros deberá provenir de fuentes no inflacionarias.

9] No obstante el rápido incremento reciente de las inversiones internacionales y sobre todo de las norteamericanas, el papel fundamental seguirá correspondiendo al capital nacional público y privado.

[. . .] los más altos intereses nacionales aconsejan que sea el capital nacional, y hasta donde sea posible el capital privado mexicano, el que influya decisivamente en el rumbo y proyección de la economía del país.

10] Si bien es cierto que el capital extranjero puede desempeñar un papel complementario útil en el financiamiento del desarrollo económico de México, a fin de hacer más estable ese desarrollo debería tratarse de reducir lo más posible la dependencia respecto al exterior, sin que esto implique que México haya de aislarse de los demás países.

11] Sin perjuicio de utilizar otros medios de acción, dos de los más importantes están constituidos por la política comercial y la política

financiera. México necesita desplegar mayores esfuerzos para mejorar los términos en su relación de intercambio; diversificar sus fuentes de abastecimiento y los mercados de su producción excedente; perfeccionar sus métodos de venta al exterior; obtener precios remuneradores y estables para sus exportaciones, y obtener un trato más equitativo de los grandes países industriales en las compras de bienes de producción y de artículos manufacturados. Incluso cabría estudiar un tratamiento arancelario preferente, como lo hace Cuba, para aquellos países que brinden a México una favorable balanza comercial.

12] Los recursos financieros con que cuenta el país son limitados e insuficientes. Pero si se reconoce el papel fundamental que en el desarrollo corresponde a esos recursos, se tiene que admitir también que son susceptibles de incrementarse. Si la mayor parte de la inversión en que se sostiene el desarrollo del país se ha financiado con capitales nacionales, nada hay que impida de manera insuperable hacer concurrir esos capitales en proporción todavía mayor. Para lograr tal objetivo se requiere, no obstante, alentar el desenvolvimiento del mercado de valores y capitales y perfeccionar el funcionamiento del sistema de crédito en su conjunto, favoreciendo todo esfuerzo que la iniciativa privada despliegue al efecto.

13] El mercado mexicano de valores está apenas en la primera etapa de su desarrollo; es preciso abrir sus puertas a múltiples empresas que hasta ahora han carecido de acceso a ese sector del mecanismo financiero; mejorar los sistemas de distribución de valores; estimular la organización de nuevas bolsas y promover activamente el desarrollo del mercado por medio de más información, convenciendo al inversionista grande y pequeño de sus ventajas y usando todos los sistemas de persuasión de la publicidad moderna.

En cuanto al sistema de crédito, cuyos grandes progresos no se desconocen, mucho puede hacerse todavía para encauzar sus inversiones y préstamos; lograr mejor distribución económica y geográfica de los recursos que concentren la banca y el sistema de seguros; simplificar y hacer más expeditos los procedimientos; otorgar a la industria, a la agricultura y a otras actividades condiciones más adecuadas en su financiamiento, y organizar sistemas de crédito a los consumidores de productos nacionales. . .

[. . .] Estas recomendaciones tienen, en nuestro concepto justificación evidente, pues si la mayor parte de los recursos bancarios del país

proceden de ahorros nacionales y en cierto sentido de la política monetaria del Banco de México, no es razonable que esos recursos, además de ser insuficientes y escasos, se dirijan a financiar con frecuencia a empresas extranjeras, a las que se acepta en el país por suponer que habrán de concurrir con nuevos capitales.

Una política del tipo de la que se sugiere podría además incluir medidas del Banco de México y en general de las autoridades financieras, destinadas a liberalizar el régimen de inversión de los bancos en favor de ramas de actividad seleccionadas de la industria, como por ejemplo se ha hecho ya en relación con la agricultura, que estuvieran bajo el control de capital mexicano.

14] Lo anterior, junto al constante mejoramiento en la administración de los recursos fiscales del país, contribuiría con seguridad a una más activa y racional movilización de los recursos financieros internos, entrañaría un factor de estabilidad en la vida económica, se traduciría en un aliento mayor al desarrollo de las empresas nacionales y limitaría la dependencia respecto de los financiamientos del exterior.

15] La política mexicana sobre inversiones extranjeras debe ser en todo momento una expresión concreta y estar por tanto subordinada a la política de desarrollo nacional y a la política económica internacional del país. De otra manera [. . .] la aplicación de aquélla puede dar lugar a situaciones inconvenientes y aun lesivas para los intereses nacionales. La mayor contribución de México a su propio progreso y al bienestar de la comunidad internacional consiste en acelerar su desarrollo y en alcanzar las metas que se ha señalado como país soberano.

16] Las actuales discrepancias entre las condiciones económicas y financieras de los diferentes países del mundo, discrepancias que resultan de la falta de uniformidad en el desarrollo de los mismos, hace no sólo posible sino necesaria la cooperación económica y financiera internacional. Empero, para que esa cooperación sea genuina; para que no desenlace en conflictos que a nadie benefician y que a la postre retardan el desarrollo económico, debe desenvolverse en la dirección aconsejada y de acuerdo con el espíritu que presidió la redacción de la Carta de las Naciones Unidas, esto es, contribuir al desarrollo, a la elevación del nivel de vida, a la independencia y al progreso social y cultural de todos los países, y concretamente de aquellos que reciban la ayuda de otros.

17] Aparte de lo anterior, las inversiones extranjeras deben satisfacer ciertas condiciones para ser realmente benéficas a México.

[. . .] Mas lo que se necesita no es sólo precisar las orientaciones y objetivos más amplios de la política nacional en esa materia, sino contar con criterios reguladores definidos y con medios de acción eficaces; y tales instrumentos no existen por ahora.

18] Si se admite que las condiciones propias de cada actividad están sujetas a constantes cambios y que una adecuada reglamentación podría volver deseables inversiones que hasta hoy no lo han sido, la aceptación de nuevas inversiones extranjeras debería tomar muy en cuenta las experiencias obtenidas hasta la fecha en diversos campos.
[. . .]

19] Por lo que hace no ya a los campos de inversión sino al tratamiento aconsejable para las inversiones extranjeras, de acuerdo con su naturaleza, se sugiere:

a] Las inversiones directas destinadas a la explotación de recursos naturales no renovables sólo podrán aceptarse asociadas en minoría a capital nacional mayoritario y siempre que dichos recursos sean transformados en el país.

b] Al establecerse una nueva empresa extranjera, ésta deberá aceptar un mecanismo determinado para que, en caso de dejar de funcionar, puedan explotarse en México sus marcas y patentes.

c] Cuando una empresa extranjera proyecte llevar a efecto reinversiones o ampliaciones de capital, deberá demostrar la conveniencia de tal medida y comprobar asimismo que con ella no se afectará a empresas nacionales.

20] Para que los empréstitos internacionales contribuyan al desarrollo del país es conveniente que reúnan, entre otras las características siguientes:

a] Que se diversifiquen lo más que sea posible, de acuerdo con las condiciones del mercado internacional de capitales.

b]) Que su monto no sea excesivo en relación con las inversiones que con ellos vayan a financiarse.

c] Que se ajusten a la capacidad de pago del país.

d] Que se otorguen en favor de entidades públicas o de empresas privadas mexicanas.

e] Que se otorguen a plazos adecuados de acuerdo con el ritmo de recuperación previsto.

f) Que no obliguen al prestatario a emplear total o parcialmente el importe del crédito en el país prestamista.

g) Que, en la medida en que ello sea razonable, se permita usar parte del crédito para gastos en moneda nacional.

h) Que en caso de un desequilibrio de la balanza de pagos del país prestatario, el prestamista acepte modificar los planes de amortización y pago de intereses, a fin de que los préstamos no ejerzan una presión severa.

i) Que en caso de incumplimiento determinado por causas ajenas a la prudencia y honestidad del deudor, no se afecte el patrimonio de éste al convenir en las condiciones de pago.

j) Que en ningún caso comprometan la soberanía nacional o pongan en peligro el desarrollo presente o futuro de empresas mexicanas.

21] Independientemente de su naturaleza, debería establecerse como elemento importante de nuestra política sobre inversiones extranjeras un orden de prelación respecto de aquellas que se consideran en principio deseables [. . .]

22] La adopción y el desarrollo de una política sobre inversiones del tipo de la que se sugiere, tendiente a proteger en forma eficaz los intereses nacionales, exige expedir una nueva legislación en la materia [. . .]

23] La ley sobre inversiones extranjeras tendría principalmente por objetivos:

a) Establecer las bases más generales y permanentes de la política mexicana en la materia.

b) Establecer medios concretos y eficaces para lograr una adecuada coordinación entre las inversiones nacionales y extranjeras.

c) Organizar el registro nacional de inversionistas extranjeros en el país.

d) Garantizar la protección del capital nacional contra formas de competencia desfavorables e injustificadas de parte de las inversiones extranjeras.

e) Establecer un régimen permanente de vigilancia del cumplimiento de la política nacional en la materia.

f) Establecer un régimen de medidas disciplinarias y sanciones para hacer frente a los casos de incumplimiento.

24] Para lograr la aplicación consecuente y oportuna de las normas reguladoras de la inversión extranjera, probablemente lo más aconsejable sería crear una comisión mixta de inversión extranjera, cuya organización y funcionamiento serían previstos en la propia ley.

25] En virtud de que los sectores privados son los que viven más de cerca los problemas planteados por las inversiones extranjeras, deberían tener una representación adecuada en la comisión de que se habla en el punto anterior, la que a nuestro juicio, a diferencia de la actual Comisión Intersecretarial, debería ser un organismo consultivo con representantes del Ejecutivo y de la empresa privada.

26] Para garantizar la intervención de la comisión en aspectos fundamentales de la política nacional sobre inversiones extranjeras, sería preciso establecer un régimen de control previo obligatorio, a fin de que la comisión colaborara eficazmente con las diversas entidades dependientes del Poder Ejecutivo.

27] La ley sobre inversiones extranjeras debe prever la forma gradual de ajustar a las nuevas normas el estatus de las inversiones existentes, así como la forma en que deban realizarse las futuras inversiones y la manera de evitar desviaciones inconvenientes.

28] Con el fin de que la regulación de las inversiones extranjeras no se limite a la economía de una empresa aislada, sino que alcance a toda la economía nacional, convendría estudiar la posibilidad de incorporar a la política sobre inversiones los principios a los que más adelante se hace referencia [. . .]

[. . .] al estudiar el problema de las inversiones extranjeras, lejos de adoptar una actitud cerrada y de sugerir fórmulas imposibles, se ha procurado en todo momento no perder de vista la necesidad de contribuir al logro del bienestar internacional; por otra parte, en la medida en que la información disponible lo permitió, se examinó con objetividad lo que otros países del mundo han hecho y hacen en el mismo campo; se encontró que son muchas las naciones que en ejercicio de su soberanía y en defensa de sus intereses se enfrentan al problema con nuevos y más eficaces medios de acción. Las proposiciones, pues, no son en modo alguno desmedidas o radicales. Son ideas que se apoyan en experiencias y en las tradiciones mexicanas y que corresponden a un sano y legítimo deseo de proteger los intereses de México. Sobre esta base, se recomienda que el IV Congreso Nacional de Industriales discuta y apruebe hacer llegar al presidente

de la República las conclusiones y recomendaciones propuestas para que, si lo juzga pertinente, las tome en cuenta en la elaboración de una Ley que establezca la política de México sobre inversiones extranjeras. Esta Ley debe enviarse al Congreso de la Unión para que sea discutida y en su caso aprobada en su próximo periodo de sesiones de septiembre de 1957.

UN GRAVE PROBLEMA SOCIOECONÓMICO: LA CONCENTRACIÓN DE LA TIERRA EN EL NOROESTE*

[. . .] si bien el país tiene en vigor un régimen jurídico de acuerdo con el cual las formas típicas de tenencia de la tierra son el ejido y la pequeña propiedad, en los distritos de riego del noroeste poco a poco se ha ido abriendo paso el sistema de grandes explotaciones.

CONCENTRACIÓN DE LA TIERRA EN EL NOROESTE (Hectáreas)

Extensión	Núm. de agricultores ¹	<u>S U P E R F I C I E²</u>	
		Total	Media
Total	620	280 663	45.68
De 200.0 a 300.0	318	81 884	257.50
De 300.1 a 400.0	118	46 469	393.81
De 400.1 a 600.0	86	47 313	550.15
De 600.1 a 1 000.0	69	60 029	869.99
Mayores de 1 000.1	29	44 968	1 550.62

¹ Para determinar el número de agricultores, se excluyó a menores de edad y a mujeres, salvo casos excepcionales en que estas últimas están realmente al frente de una explotación agrícola. Para evitar duplicaciones en el cómputo, tratándose de agricultores que cultivan tierras en diversas zonas, solamente se les consideró en aquellas en que tienen su principal explotación.

² A fin de lograr una imagen apegada a la realidad, solamente se tomaron en cuenta datos cuya exactitud fue posible verificar.

FUENTES: El presente cuadro se basa en una investigación efectuada en los principales distritos de riego del noroeste, en la que se recogieron datos del Registro Público de la Propiedad, de los Registros de Usuarios del Agua, de diversas relaciones de Propietarios Rurales, de Uniones y Asociaciones Agrícolas, de Instituciones y Uniones de Crédito, de numerosos agricultores y en general de personas interesadas en el estudio de los problemas económicos del noroeste.

* Fragmentos del estudio de ese nombre elaborado en 1960 y publicado en el libro *Problemas estructurales del subdesarrollo*, México, UNAM, 1971.

Tan sólo los 620 grandes agricultores considerados específicamente en este estudio, tienen en su poder 280 633 hectáreas de riego, o sea una superficie media de 452.7 hectáreas por persona, lo que significa que menos del 1.8% de los agricultores controla alrededor del 39% de la tierra. Y como esta estimación sólo considera superficies de 200 hectáreas en adelante —y en el caso de la Costa de Hermosillo de 300 hectáreas y mayores—, no parece excesivo afirmar que los grandes agricultores del noroeste, o sea aquellos que siembran más de 100 hectáreas de riego, a pesar de que sólo constituyen menos del 3% del total, acaparan unas 400 mil a 450 mil hectáreas, o sea alrededor del 50% de la tierra disponible [. . .]

Aun si la reforma agraria se hubiera llevado adelante, en lugar de haberse frenado o de haber sido objeto de rectificaciones en las últimas dos décadas, su éxito habría requerido de una política económica general inspirada en los mismos propósitos y orientada hacia las mismas metas de la política agraria; mas no sólo no ha ocurrido tal cosa, sino que mientras verbalmente se ha reiterado la necesidad de proseguir la reforma y de respetar el régimen de tenencia de la tierra surgido de la Revolución y que cristalizó en la Constitución, en la práctica se ha estimulado un desarrollo económico no desdeñable, pero carente de visión histórica y cuyas posibilidades poco a poco se van angostando, pues entre otras consecuencias ha tenido la de fortalecer al pequeño sector social interesado en frustrar el desenvolvimiento de la Revolución y de la reforma agraria y de debilitar, sobre todo políticamente, a la gran masa campesina. [. . .] a pesar de que el Código Agrario limita la pequeña propiedad y la Ley de Riegos establece en su artículo 20 que, “dentro de la zona de riego nadie podrá adquirir en propiedad, posesión, usufructo, arrendamiento o cualquier otra forma de aprovechamiento, superficies que excedan el total del límite máximo fijado por el Código Agrario para la pequeña propiedad en tierras de riego”, en el noroeste no sólo hay personas que disponen de extensiones mayores de 100 hectáreas, sino que muchas de ellas no se conforman ya con superficies de 500 y 1 000 hectáreas.

[. . .] Los pasos dados por el gobierno cardenista entrañaron un gran esfuerzo destinado a que los campesinos adquirieran la tierra por la que años antes habían ofrendado generosamente su vida, e independientemente de su alcance social, dicha política creó las condicio-

nes que hicieron posible acelerar y diversificar el desarrollo económico de México a partir de 1938-1940. Pero el haber dejado inconclusa la reforma agraria y el no haber establecido mecanismos que garantizaran la subsistencia, la consolidación y el buen desenvolvimiento del nuevo régimen de propiedad y explotación de la tierra, precisamente cuando los grupos afectados por la reforma se disponían a recuperar lo que habían perdido, es acaso el factor que más ha contribuido para que el noroeste tenga hoy día la situación agraria que tiene.

Visto el proceso de la reforma agraria en perspectiva histórica, se aprecian dos fases sucesivas contradictorias. En la primera, los viejos latifundistas pierden el dominio sobre la tierra y, casi simultáneamente, buena parte de ella se adjudica a campesinos y pequeños propietarios. La reforma, hasta ahí, parece cumplir su misión y convertir en realidad las promesas de la etapa revolucionaria. Pero el proceso sigue adelante y, en la siguiente fase, en vez de proseguir la dotación y restitución de tierras, los viejos terratenientes y sobre todo la nueva burguesía vinculada a la revolución, se lanzan a acaparar los mejores predios [. . .]

En una economía agrícola, como en gran parte es todavía la del noroeste, la forma en que se distribuyen la tierra y los recursos productivos en las actividades agropecuarias ejerce, como es natural, una influencia decisiva en el patrón conforme al cual se reparten el ingreso y la riqueza económica y social. Ello se ve con tal nitidez en el noroeste, que nadie que conozca la región podría dudar al respecto. Con mucha frecuencia, las mismas familias que destacan en la agricultura son las que sobresalen en la ganadería, en los negocios pesqueros, en el comercio, la poca industria que hay y la banca; lo que no significa que el capital proceda necesariamente de la agricultura, y que de ahí se desplace a otros campos. Lo único que exhibe una clara continuidad es el proceso de acumulación de grandes fortunas y de concentración de la riqueza en manos de una minoría insignificante y privilegiada.

[. . .] desde hace alrededor de veinte años —acaso la segunda guerra mundial podría tomarse como el principal punto de referencia— la vida toda del noroeste ha ido cayendo bajo el control de una burguesía regional, que no por ser regional está desvinculada de poderosos sectores de la burguesía nacional. Entre los ricos empresarios del noroeste suelen encontrarse nombres de viejas familias —Redo y Clouthier en Sinaloa, Salido, Almada, Tapia, Gándara y otras en

Sonora—, pero el núcleo principal está constituido por familias “revolucionarias”, cuyas fortunas empezaron a hacerse después de los años cuarenta [. . .]

A la fecha, como consecuencia en buena parte de lo que ha sido el desarrollo agrícola y económico del noroeste, probablemente no pasen de cuarenta a cincuenta las familias más ricas de la región. Tales familias constituyen propiamente la oligarquía: son las dueñas de buena parte de la tierra así como de las explotaciones ganaderas y avícolas, de los principales establecimientos comerciales, las industrias de mayor importancia, el grueso de la actividad pesquera y los bancos regionales, y pesan, además, grandemente, en la burocracia, el poder público y el rumbo de la política económica y social.

EL MARCO HISTÓRICO DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO

LA REFORMA LIBERAL

[. . .] La irradiación del capitalismo en las primeras décadas del siglo XIX no se realizó [. . .] de una manera rápida ni menos automática. La revolución industrial inglesa y poco después la revolución social y política francesa, a la vez que la culminación de un largo proceso que acompaña al desarrollo del capitalismo europeo en sus primeras etapas, fueron el punto de partida de una era de grandes avances tecnológicos y de profundos cambios estructurales en el mundo occidental. Pero las posibilidades de transmitir de inmediato a Latinoamérica las nuevas técnicas surgidas de la revolución industrial eran casi inexistentes, y a la vez, la posibilidad de absorber esos avances, estaba condicionada por una transformación que aún no se producía en los países latinoamericanos.

Más fácil es que llegaran a nuestras tierras los nuevos conceptos y formas de organización política que la independencia norteamericana y la Revolución francesa habían puesto en boga. Pero la plena incorporación y la vigencia efectiva de esas instituciones democráticas, había de suponer también cambios en la estructura socioeconómica y no solamente proclamas encendidas en favor de la libertad y los derechos del hombre y constituciones hechas de prisa e inspiradas en las de otros países; y fue por ello que el capitalismo tropezó con el obstáculo insalvable de una realidad en la que, incluso años después de la Independencia, la vida de Latinoamérica seguiría girando en torno de un viejo orden social que apenas había empezado a ser destruido.

El liberalismo juega en cierto modo un papel contradictorio en la historia latinoamericana del siglo XIX: en el plano interno surge de él

* Fragmento de "El Marco Histórico del Desarrollo Latinoamericano", *Investigación Económica*, vol. XXIV, núm. 95, tercer trimestre, México, UNAM, 1964, pp. 344-348.

un nuevo ideario democrático que se levanta frente a las posturas tradicionalistas y conservadoras de las castas privilegiadas y de los defensores del viejo orden colonial. En una u otra medida, la reforma liberal contribuyó a abrir el camino a un incipiente desarrollo capitalista, aunque el potencial productivo seguía aún sujeto a obstáculos que no lograban removerse definitivamente. En el plano exterior, el liberalismo se tradujo en la adopción mecanicista de un librecambismo que, lejos de ser un factor real de estímulo al desenvolvimiento nacional, inevitablemente se volvería una ventaja más para los países mejor dotados industrialmente y en particular para Inglaterra, que enarbolando la teoría clásica del comercio proclamaba la libertad como condición del progreso universal.

Los reformadores liberales no sólo se empeñaron en quebrantar el poder territorial del clero, sino que dominados por un desmedido individualismo y una conciencia de clase que empezaba a conformarse, contribuyeron a destruir las comunidades indígenas y las formas de propiedad de la tierra en que tales núcleos descansaban, sin que a la postre se creara o fortaleciera la pequeña propiedad individual ni surgiera una agricultura moderna. Ello ocurrió principalmente en México y Perú, aunque también en Colombia, Ecuador, Guatemala y Venezuela. En México se inició el proceso en 1856 con la llamada “Ley Lerdo”, a partir de la cual, los campesinos empezaron a ser despojados en beneficio de un nuevo tipo de latifundistas nacionales y extranjeros, y al perder la tierra engrosaron las filas de desocupados, peones de las haciendas porfiristas y obreros de los ferrocarriles, la minería y las nacientes manufacturas y servicios urbanos.

Lo sucedido en Perú fue similar: “La política de desamortización de la propiedad agraria —escribe José Carlos Mariátegui— iniciada por la Revolución de Independencia, no condujo al desenvolvimiento de la pequeña propiedad. La vieja clase terrateniente no había perdido predominio. La supervivencia de un régimen de latifundistas produjo en la práctica el mantenimiento del latifundio. Sabido es que la desamortización atacó más bien a la comunidad.”²²

[. . .] Pero cualesquiera que hayan sido las fallas y limitaciones de la reforma liberal, su impacto en el desarrollo económico y social fue

²² José Carlos Mariátegui, “Siete ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana”, *op. cit.*, p. 50.

muy profundo, y muy grande también su importancia como uno de los hechos determinantes del desenvolvimiento y a la vez, sintomáticos del desarrollo inicial del capitalismo latinoamericano.

Como en movimientos similares realizados previamente en varios países europeos, nuestros liberales no defendían libertades abstractas; defendían sus libertades; defendían el derecho de las clases emergentes a gobernar y a disponer de la riqueza económica hasta entonces concentrada en gran medida por un clero político que, en nombre de la religión y del derecho divino, trataba de preservar sus privilegios.

Al desamortizar las tierras del clero y de las comunidades indígenas, la reforma liberal lanzó al mercado la principal riqueza de un país agrícola atrasado; a partir de entonces la tierra podría ser negociada activamente y su utilización servir al proceso de acumulación. Pero acaso lo más importante fue que, si bien con modalidades propias y distintas a las que en una etapa histórica anterior tuvo la desintegración del feudalismo en otros países, en Latinoamérica también se dio el fenómeno de la gradual emancipación del pequeño productor respecto de las trabas que fueron propias del periodo colonial, y también se produjo el despojo del campesinado y la desintegración de los grupos artesanales que precedieron al desarrollo de la industria moderna. En el momento, por consiguiente, en que al amparo de las consignas liberales se disponían nuestros países a sentar las bases de un nuevo régimen político y de una distinta estructura económico-social, empezó a fluir la mano de obra barata esencial al desarrollo de un mercado de trabajo, sin el cual no es posible explicar científicamente el proceso de formación del mercado capitalista.

[. . .] la revolución industrial que en otros países fue decisiva para acelerar la formación de capitales, no estuvo presente entonces en Latinoamérica, como no lo estuvo tampoco el nacimiento de una burguesía nacional agresiva y audaz, dispuesta a romper sin vacilaciones el viejo orden social. Y si en Inglaterra y otros países, la transformación capitalista y el predominio de la industria moderna requirieron alrededor de un siglo a partir de la revolución industrial, en América Latina, cuando el proceso de cambio apenas se iniciaba conforme al patrón clásico del desarrollo capitalista, hizo su aparición el imperialismo. El imperialismo era un hecho nuevo, desconocido hasta entonces, un fenómeno incontenible y de difícil comprensión, que desviaría el curso del desarrollo latinoamericano en el marco de una profunda contrarreforma en que las

consignas racionales y optimistas del liberalismo se alejarían cada vez más de la realidad.

El desarrollo económico latinoamericano a fines del siglo XIX no fue, en consecuencia, el fruto de la intransigente aplicación de un ideario liberal avanzado, sino más bien el producto de las fuerzas e intereses de grupos nacionales y extranjeros aliados en ciertas batallas y opuestos entre sí en otras, la reforma liberal no tuvo la misma intensidad en los diversos países en que se realizó. En unos implicó cambios estructurales más o menos profundos y en otros sólo se tradujo en ajustes institucionales, epidérmicos y transitorios que dejaron en pie los viejos intereses que habrían de buscar la revancha en la primera oportunidad. Como había ocurrido a raíz de la Independencia, a menudo se cayó en la transacción y en posturas puramente declamatorias. En todos los países sobrevivió el latifundio, que si bien tenía una forma diferente y empezaba a coexistir con sistemas modernos de explotación agrícola, seguía siendo una de las principales barreras que detenían el progreso social. El pensamiento positivista se tradujo en un cientificismo superficial, verbalista, pedante y despegado de los problemas reales; la avalancha de capital extranjero desfiguró y desvió una gran fuerza política apoyada en los grupos más conservadores de dentro y de fuera.

En 1880, los terratenientes, cuyos privilegios nunca fueron realmente destruidos, recuperaron el poder en Argentina. En 1891 triunfó la contrarrevolución en Chile, y con el respaldo del capital inglés logró la caída del gobierno de Balmaceda, cuyo impulso renovador había sido extraordinario en los cinco años anteriores. Desde los años ochenta, México vivió bajo la férrea dictadura de Porfirio Díaz, que apenas establecida traicionó el ideario progresista de los reformadores. Por ese entonces se consolidó la tiranía de García Moreno en Ecuador y unos años más tarde la de Estrada Cabrera en Guatemala. Por ello tiene razón Martínez Estrada cuando escribe: “. . . desde 1880 impera una paz romana[. . .], aparecen gobiernos reaccionarios, gobiernos conservadores que imponen un orden y un progreso a fuerza de bayoneta”,¹¹ al igual que cuando expresa que: “El capítulo de las

¹¹ Ezequiel Martínez Estrada, *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, México, 1962, p. 412.

atrocidades policiacas y de los desmanes del ejército forma parte integrante de la historia de las instituciones libres de Hispanoamérica, y acaso sea el que le da los rasgos fisiognómicos de estirpe.”¹²

¹² *Ibidem.*, p. 393.



PLANIFICACIÓN DEL DESARROLLO ECONÓMICO* ¿POR QUÉ PLANIFICAR EL DESARROLLO?

[. . .] Aunque sin superar las limitaciones fundamentales del pensamiento económico neoclásico, tocó a lord Keynes, en su famosa Teoría General, poner en entredicho la validez de algunos de los postulados en que tal pensamiento descansaba, y combatir en particular la llamada Ley de Say, conforme a la cual “toda oferta crea su propia demanda”,¹ principio que los economistas anglosajones convencionales habían aceptado como una especie de dogma, no obstante las críticas de Marx y, sobre todo, el hecho de que el desequilibrio que en teoría se descartaba como imposible, era cada vez más evidente en la realidad. Keynes nunca llegó a examinar el desarrollo del capitalismo en una perspectiva histórica, ni menos a pensar en la posibilidad de que tal sistema fuera eventualmente sustituido por otro; pero se alejó del pensamiento tradicional más ortodoxo, y a partir del rechazo de la Ley de Say y de la crítica a la tesis de que el desempleo y en general la subutilización de los factores productivos sólo podía ser “friccional” y transitoria, formuló una teoría de la ocupación según la cual el funcionamiento espontáneo del sistema económico, dejado al libre juego de las fuerzas del mercado, no necesariamente conduce a la

* Versión revisada y considerablemente ampliada de una ponencia que el autor presentó al V Congreso Internacional de Planificación, celebrado en la ciudad de México en octubre de 1964. Aquí tomamos algunos fragmentos.

¹ “Nadie produce sino con vistas a consumir o vender, y nadie vende sino con la intención de comprar alguna otra mercancía que le pueda ser útil a sí mismo, o que pueda contribuir a la producción futura. Al producir, en consecuencia, el hombre necesariamente se convierte en el consumidor de sus propios bienes, o en el comprador y consumidor de los bienes de otra persona [. . .] Las producciones son siempre compradas por las producciones o por los servicios; el dinero es solamente el medio a través del cual se efectúa el cambio.” *Principles of Political Economy* (Gonner), pp. 273-275, en Paul M. Sweezy, *The Present as History*, pág. 256.

ocupación plena. En realidad, el equilibrio económico puede restablecerse en un momento dado en un nivel inferior al del empleo pleno: de ahí la necesidad de abandonar la doctrina del *laissez-faire* y de asegurar que el Estado y el Banco Central adopten medidas tendientes a lograr el mayor nivel de ocupación y de ingreso, contribuyendo a mantener una alta tasa de inversión, en buena parte a base de crecientes obras públicas y de una política monetaria adecuada, y un nivel también alto de poder de compra en manos de los consumidores, mediante una política fiscal y de servicios sociales que coadyuve a una mejor distribución del ingreso.

Keynes nunca mostró especial interés por la planificación económica. En rigor consideró siempre que el mecanismo del mercado continuaría jugando un papel esencial en la determinación de los precios, el volumen de producción y la asignación de los recursos; consideró, asimismo, que el empresario privado seguiría siendo el centro de la actividad económica, y no reparó seriamente ni en el papel distorsionador de los monopolios ni en las desventajas que pudiera tener aplicar el creciente gasto público a fines económicamente improductivos o aun francamente antisociales; y menos aún en las contradicciones más graves y profundas del sistema económico. Pero a pesar de todo ello, a partir de los años en que el keynesianismo se puso de moda en prácticamente el mundo entero, empezó a hablarse más y más de la planificación económica.

En parte ello fue así debido al convencimiento de que una intervención estatal de alcances meramente anticíclicos, no sería suficiente para alentar el desarrollo económico; a los éxitos iniciales, pero no por ello menos espectaculares, que la Unión Soviética logró en la década posterior a 1929, y a las condiciones creadas por la segunda guerra, que por razones estratégicas elementales obligó a racionalizar el empleo de los recursos productivos y a desplazar de prisa una parte considerable de la capacidad productiva hacia fines bélicos.

[. . .] Ante la destrucción y el envejecimiento de su maquinaria y equipo, Francia lanzó el Plan Monnet, en tanto que en Inglaterra y Estados Unidos se hacían planes para garantizar el mantenimiento de un alto nivel de empleo, como los de Beveridge y Wallace, y Francia y la misma Inglaterra tomaban medidas para extender el radio de acción del Estado en la banca, en diversos servicios y aun en ciertas industrias fundamentales.

En los propios países subdesarrollados, la planificación comenzó a atraer una atención cada vez mayor. Naciones europeas como Polonia, Hungría y Rumania, tradicionalmente pobres y luego tremendamente destruidas por la guerra, empezaron a planificar su desarrollo. A partir de 1935, México puso en marcha dos planes sexenales que, con todas sus limitaciones, entrañaban un nuevo concepto sobre la responsabilidad del Estado, y desde 1939, Nehru hablaba en la India de la necesidad de “un plan de desarrollo nacional que cubriera todas las ramas de la vida material y cultural del pueblo, y cuyas diferentes partes se eslabonan entre sí”.²

El auge de los movimientos de liberación nacional en Asia y África después de la segunda guerra, la agudización de la tensión internacional con motivo de la “guerra fría”, las realizaciones económicas sin precedente en los países socialistas, las demandas cada vez más perentorias de bienestar social de parte de las masas en las naciones industriales de Occidente, y la exigencia igualmente categórica de una aceleración del desarrollo económico en los países atrasados, contribuyeron a nuevos avances en el campo de la planificación y la programación, y sobre todo a nuevas actitudes mentales, más receptivas y abiertas, ante la necesidad de asegurar en unos casos un alto nivel de actividad, y en otros un ritmo de crecimiento mucho más rápido que el obtenido hasta entonces.

En Francia y Alemania, y poco después en otros países continentales europeos, desde los años treinta empezaron a abrirse paso las tesis keynesianas. En Francia, en particular, durante varios años, la política económica se orientó en esa dirección, multiplicándose entre los principales economistas las críticas a los clásicos, inspiradas en los escritos del economista inglés. Pero poco tiempo después de haber terminado la guerra, la actitud de los economistas franceses empezó a modificarse: ahora no sólo criticaban a Smith o Ricardo por sus planteamientos demasiado “abstractos” y altamente “subjetivos”, o por afirmar el principio de la interdependencia objetiva de los fenómenos económicos, sino que criticaban también a Keynes. ¡Los keynesianos empezaban a volverse antikeynesianos!

² Mahalanobis, *Talks on Planning*, Asia Publishing House, Calcuta, 1961.

Del entusiasmo de unos años antes pasaban a una actitud reservada y escéptica. En el fondo no se trataba de una nueva posición ideológica sino más bien de una situación nacional diferente, de otro momento en el desarrollo del capitalismo francés, cuya preservación y estímulo requería de una terapéutica más enérgica que la keynesiana. Keynes había demostrado que en el marco del *laissez-faire* no podría lograrse la ocupación plena. La corriente “realista” o “dirigista” francesa iría más lejos, y trataría de hacer ver que el keynesianismo tampoco garantizaría el pleno empleo. Y a partir de allí, Perroux, James y otros autores, añadirían que la disminución de la tasa de interés no era un medio eficaz para estimular la inversión, que la política monetaria keynesiana era en conjunto “inflexible”, y que la política de gastos públicos crecientes entrañaba un grave peligro inflacionario y provocaba un comprensible descontento de las masas populares. Keynes, diría Emile James, “no planteó la cuestión de un dirigismo sistematizado o de una economía planificada, ni formuló una sola proposición en favor de reformas estructurales importantes”.³ Y ¿cuáles serían algunas de esas reformas? En esencia: poner en marcha un plan económico nacional, ampliar el radio de acción del Estado en ciertas ramas de la economía sin que ello lesionara a los empresarios privados, alentar el desarrollo de empresas mixtas, y actuar sobre la inversión a través de medidas no sólo monetarias sino fiscales y de otra naturaleza, en un sistema de planificación “indicativa” o “flexible”, en el que, sin embargo, no sólo seguirían presentes las contradicciones fundamentales del capitalismo sino incluso los desacuerdos inzanjables entre el Estado y las empresas privadas, que a menudo se resolverían en la práctica dejando al sector público a la zaga de los intereses de los grandes monopolios. Como bien dice Jacques Germain, “se nos repite con frecuencia que la oposición entre el sector público y el privado está hoy día superada. No desearíamos otra cosa que creerlo; pero para ello habría que admitir: o bien que el sector privado ha renunciado a servir sus intereses particulares para entregarse exclusivamente al interés general, o bien que los dioses de la economía han suprimido toda incompatibilidad, toda divergencia entre los intereses particulares y el interés general. . . En otras palabras, habría que admitir

³ *Histoire de la Pensée Economique au XX^e Siècle*, pp. 343-344. Citado en *Theories of “Regulated Capitalism”*

(hipótesis en nuestra opinión muy discutible) que vivimos actualmente en la ciudad radiante que preconizaron los fisiócratas.”⁴

[. . .] La planeación económica no es una panacea; no es tampoco un expediente del que pueda echarse mano en forma arbitraria, al margen o por encima de las condiciones objetivas que en cada país prevalezcan. Pero es un hecho cada vez más claro que los países económicamente subdesarrollados requieren de la planificación para acelerar su desenvolvimiento, y para aprovechar y combinar adecuada y racionalmente sus recursos. Alguien podría decir que no es la planificación lo decisivo, sino el desarrollo; que lo que importa en los países pobres es lograr una mayor inversión y una mejor canalización de la misma, avanzar en el campo tecnológico y preparar adecuadamente a la población para poder enfrentarse con éxito a los grandes problemas no resueltos; y en verdad tales cuestiones son fundamentales. Mas independientemente de ellas, hay una razón histórica profunda y no un hecho meramente circunstancial, que establece hoy día una relación estrecha, indisoluble entre la planificación y el desarrollo: para que una economía crezca a largo plazo en condiciones satisfactorias es menester, desde luego, entre otras cosas, acelerar el proceso de acumulación de capital y utilizar de la mejor manera todo el potencial productivo. En otros tiempos, en la fase ya lejana del capitalismo competitivo, por ejemplo, ese proceso se realizó en varios países europeos bajo la acción de las fuerzas espontáneas del mercado. Pero esos tiempos han quedado definitivamente atrás, y no volverán jamás. El desarrollo económico no es ya ni habrá de ser en adelante el resultado de la espontaneidad. Ni siquiera podrá surgir de una intervención tímida, unilateral y vacilante del Estado en la vida económica, sino que requerirá grandes esfuerzos y cambios profundos, nuevas concepciones, una mayor racionalización y buena dosis de planificación económica. ¿Quiere esto decir que sin planificación no habrá desarrollo alguno, sino tan sólo estancamiento y postración? No necesariamente. Aunque el mecanismo del mercado no es ya en ningún país un motor capaz de impulsar por sí sólo el desarrollo en condiciones satisfactorias, la intervención del Estado, la política de estímulos más o menos artificiales a la empresa privada y la puesta en

⁴ *Proceso al capitalismo*, Barcelona, 1962.

marcha de unos cuantos programas parciales y fragmentarios del tipo de los que hoy existen en casi todos los países atrasados, pueden contribuir a un desarrollo semejante al que en estos últimos años se ha logrado, es decir: a un desarrollo lento, inestable, disparejo e inarmónico, con grandes desperdicios de recursos naturales y humanos, sin la más elemental coordinación, sujeto a fuertes presiones inflacionarias, y a graves, y a menudo crónicos desequilibrios de balanza de pagos, y caracterizado en conjunto por una gran dependencia económica, financiera y aun política y cultural. Este tipo de desarrollo es posible sin planificación.

Lo que en cambio no es viable es que, en ese marco, los países pobres puedan dejar de serlo en un plazo razonable, puedan reforzar su independencia, utilizar sus recursos en su propio beneficio y lograr que sus pueblos vivan en condiciones realmente dignas.

OBSTÁCULOS AL DESARROLLO LATINOAMERICANO

EVALUACIÓN DE CONJUNTO DE LAS POSICIONES TEÓRICAS ANTERIORES*

¿Quién puede aceptar, en primer lugar, las explicaciones biológicas, raciales, psicológicas o meramente climáticas, conforme a las cuales la razón de ser de nuestro atraso consiste en que somos inferiores a otros seres, a veinte años de que los nazis trataron de imponer sin éxito su “superioridad” aria sobre el mundo entero? Hablar de hombres inferiores y superiores, fuertes y débiles, pasivos y voluntariosos, perezosos y emprendedores, y pretender usar tales categorías para explicar el subdesarrollo, es algo que carece de toda base científica; es algo tan ocioso e infundado como tratar de explicar nuestro atraso —a la manera del profesor Stark— en razón de que somos “impulsivos” en vez de “flemáticos”, o como creer, como solía hacerse en la Europa Occidental del siglo pasado, que nadie podría vivir ni menos progresar en climas diferentes a los de Francia, Holanda o Inglaterra.

Igualmente inaceptables parecen aquellas explicaciones según las cuales los pueblos latinoamericanos son pobres porque son ignorantes, porque prefieren ser pobres, porque sus hábitos y estructuras mentales son refractarios al cambio o porque la “imagen” que se forman de éste resulta a la postre contraria al cambio mismo.

Lo menos que puede decirse del empeño con que numerosos economistas occidentales tratan de demostrar que las “actitudes” y “hábitos mentales” prevaecientes en los países subdesarrollados son refractarios al progreso, es que tal punto de vista, aparte de ser a menudo estrictamente superficial y un poco estereotipado, exhibe un historicismo mecanicista en el que, en primer lugar se razona como si el proceso de cambio en los países atrasados fuera a producirse en condiciones similares a las que correspondieron a los países hoy

* Fragmentos de “Obstáculos al Desarrollo Latinoamericano”, ponencia a la III Reunión de Facultades de Economía de América Latina, realizada en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, México, 1965. Tomados de la versión publicada en el libro *Desarrollo y Desarrollismo*. Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969.

industrializados de Occidente y, en segundo, se supone en particular que “las clases empresariales” y los incentivos típicamente capitalistas, han de ser los agentes decisivos de ese cambio, sin reparar de ordinario en que, paradójica pero explicablemente, en muchísimos países subdesarrollados, los empresarios privados, tanto nacionales como extranjeros, y su filosofía digamos ortodoxa del desarrollo, no sólo no son un factor dinámico capaz de imponerse a quienes supuestamente ofrecen una tenaz resistencia al progreso, sino que son precisamente ellos y sus intereses los baluartes tanto del *statu quo* como de los obstáculos que es necesario vencer para encontrar una salida al subdesarrollo.

En cuanto al “estructuralismo sociológico” de autores como Hose-litz, creemos que tiene razón Gunder Frank cuando señala que las características que atribuye a los países subdesarrollados no son las que tienen en realidad, y que el autor evade el examen de las funciones sociales que más influyen sobre el desarrollo y el subdesarrollo, como son las ocupaciones políticas y económicas de más alto rango. Siguiendo el “estructuralismo ocupacional” de Parsons, Hoselitz abandona todo intento de “examinar la estructura socioeconómica del sistema como un todo” y en lugar de ello considera algunas de sus partes aisladamente. Como resultado, “la idea de promover el cambio de ciertas características de la sociedad, en vez de transformar la estructura social, económica y política, deriva evidentemente en una política de conservación estructural del *statu quo*”.⁵³

¿Y qué pensar de los enfoques en que se insiste en que el principal problema está ligado a deficiencias y limitaciones cuantitativas y cualitativas de los recursos productivos, o en el mejor de los casos, a la forma defectuosa en que tales recursos se combinan?

Lo primero que salta a la vista es que muchos países económicamente atrasados, no son propiamente pobres en cuanto al caudal de recursos naturales de que disponen. Tal podría decirse en Latinoamérica de Argentina, Colombia, Venezuela, México, Perú y desde luego, de Brasil, o en otros continentes, de China y la India, cuyos recursos naturales siempre han superado a los de países ricos como Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suiza y tantos más.

⁵³ Andre Gunder Frank, “In Economic Development and Cultural Change”, (inédito).

Tampoco parece que el rápido ritmo de crecimiento demográfico o el bajo nivel cultural de la población sea el obstáculo principal al desarrollo. Sin desconocer que un crecimiento demográfico más moderado podría a corto plazo aliviar la presión sobre muchos países subdesarrollados, la experiencia demuestra que es el desarrollo lo que permitirá gradualmente lograr tal cosa y no el descenso de la tasa de crecimiento de la población —descenso que además es sumamente difícil lograr en los países económicamente atrasados—, lo que habrá de impulsar el desarrollo económico.

Desde otro punto de vista, difícilmente podría aceptarse la tesis de que el predominio de una técnica de baja eficiencia es una de las causas principales del subdesarrollo, pues aun admitiendo que en general ésa es una de las características del atraso, ni es el obstáculo fundamental, ni son la falta de empresarios y de espíritu de empresa lo más importante, ni es tampoco la escasez de capital, a la que aquí y allá se recurre para explicar, entre otros hechos, precisamente el bajo nivel técnico.

“[. . .] El principal obstáculo al desarrollo —afirma Paul Baran— no es la escasez de capital [. . .] Lo *escaso* en todos esos países es lo que hemos llamado el excedente económico real que se invierte en la expansión de los medios de producción. El excedente económico *potencial* de que puede disponerse para tales inversiones, es grande en todos ellos, claro está no es grande en términos absolutos [. . .] Empero [. . .] es grande [. . .] en *proporción* a su ingreso nacional y en consonancia con esto, aunque no basta para obtener grandes incrementos absolutos de la producción, sí permite alcanzar *tasas muy elevadas de crecimiento*.”⁵⁴

En otras palabras, como veremos con mayor precisión más adelante, el problema de los países económicamente atrasados, y en particular de los latinoamericanos, no consiste en que no puedan crear el capital que requiere el desarrollo, sino en que una gran parte de él se pierde o inutiliza de múltiples maneras. O sea que lo que importa no es que haya una supuestamente baja capacidad de ahorro derivada a su vez de un bajo nivel del ingreso, sino el hecho de que una serie de factores estructurales tienden a mantener la tasa de inversión por

⁵⁴ P. A. Baran, *La economía política del crecimiento*, México, 1959, p. 256.

debajo del nivel necesario —y a la vez posible— para impulsar el desarrollo y para influir en su canalización.⁵⁵

La forma en que se esgrime el argumento de la “escasez de capital” y en que se relaciona con un coeficiente de capital dado, no sólo no explica las causas más profundas del subdesarrollo sino que ofrece salidas engañosas. “Una ecuación a la que se hace continua referencia en las teorías modernas del crecimiento —escribe Dobb— [. . .] es aquella según la cual la tasa de crecimiento es igual al cociente que resulta de dividir la *ratio* de inversión entre la relación capital-producto.” “Esta clase de cálculos [. . .] se usa a menudo para derivar conclusiones pesimistas sobre la posibilidad de los países atrasados de librarse rápidamente del atraso por sus propios esfuerzos. Se aduce así que sólo pueden romper el ‘círculo vicioso’ del atraso y la pobreza atrayendo capital extranjero y ayuda exterior, y aceptando en consecuencia las condiciones políticas que ello impone [. . .].” “Es curioso, observa Dobb, cómo frecuentemente se usan las perogrulladas aritméticas para ‘demostrar’ conclusiones reaccionarias”.⁵⁶

En otras ocasiones, el argumento de la escasez de capital o de ahorro se utiliza para justificar las altas ganancias de las empresas y la inequitativa distribución del ingreso que inevitablemente implican. Ello es en esencia lo que hace Arthur Lewis cuando afirma que: “La razón en virtud de la cual son bajos los ahorros en una economía subdesarrollada, relativamente al ingreso nacional, no es que la gente sea pobre sino que las utilidades capitalistas son bajas [. . .] A medida

⁵⁵ En uno de sus más recientes estudios, la señora Joan Robinson hace notar que “. . . el énfasis sobre el ahorro es más desorientador que útil. El problema característico de una economía subdesarrollada —dice— consiste en que la tasa actual de acumulación es demasiado baja. . . Tales economías tienen frente a sí la pesada tarea de elevar sus tasas de crecimiento, y, por mucho que se ingenien para mantener una baja relación capital-producto, ello habrá de entrañar. . . una elevación global de la *ratio* ahorro-ingreso.” *Economic Philosophy*, London, 1962, p. 117. Y ello puede hacerse, pues como señala Nicholas Kaldor, “. . . incluso los países más atrasados, poseen un ‘potencial de ahorro’ inexplorado mucho mayor que su ahorro real, y que si fuese[. . .] movilizadado adecuadamente bastaría para sostener altas tasas de progreso económico.” “El verdadero potencial de ahorro de una colectividad —añade el autor— radica en su ‘consumo innecesario’, es decir, el consumo que excede de las necesidades mismas. . . y que, por tanto, puede comprimirse sin repercusiones desfavorables en la capacidad de trabajo ni en los incentivos económicos.” *Ensayos sobre desarrollo económico*, México, 1961, pp. 58 y 86.

⁵⁶ Maurice Dobb, *Economic Growth and Underdeveloped Countries*, 1963, p. 40.

que se expande el sector capitalista, crecen las utilidades relativamente y se reinvierte una proporción creciente del ingreso nacional”.⁵⁷ O dicho en otras palabras, subraya el propio autor: “los ahorros se incrementan proporcionalmente al ingreso nacional, podemos dar por sentado que tal cosa ocurre porque va creciendo la participación de las utilidades en el ingreso nacional [...]”⁵⁸ ¡Como si realmente hubiera en nuestro tiempo un paralelismo entre la intensidad del desarrollo económico y el aumento de las utilidades de las empresas y la expansión del sector capitalista!

Algo semejante ocurre cuando se pretende que el pequeño potencial de inversión de los países subdesarrollados no sólo es producto de que la mayoría de la población carece de toda capacidad de ahorro, sino de la influencia que el “efecto demostración” ejerce en los grupos de ingresos medios y altos. Por una parte tal argumento deja casi siempre de lado la contribución decisiva que históricamente ha dado el pueblo a la formación del ahorro y a la acumulación de capital y se olvida de que, como dice un autor refiriéndose al capitalismo del siglo XIX: “Bajo el proceso aparente de un ahorro voluntario funcionaba en realidad un mecanismo de ahorro forzoso por el que la clase dominante conseguía acaparar, en provecho propio, la mayor parte del producto social.”

“La oposición entre el ahorro del siglo XIX y el de hoy es, pues, menor de lo que parece de hecho; unos y otros mecanismos, los antiguos y los nuevos, están fundados en la coacción; solamente se ha modificado la naturaleza y el grado de esta coacción.”⁵⁹

Por otra parte, la tesis de que hablamos pretende en el fondo incluso justificar el desperdicio y el desenfreno de que son responsables las clases altas en los países atrasados, y soslayar la verdadera estructura social y la manera en que ésta influye en la distribución de la riqueza y el ingreso, apelando a un “efecto demostración” que parece resultar de atributos naturales supuestamente inherentes a la especie humana.

La idea de que el nivel de consumo depende en buena medida del “efecto demostración”, debido al atractivo que, sobre todo en ciertos sectores ejercen los patrones de consumo de los países industriales,

⁵⁷ W. A. Lewis, “Desarrollo Económico con Oferta Ilimitada de Mano de Obra”, *El Trimestre Económico*, núm. 108, p. 674.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 645.

⁵⁹ Jacques Germain, *Proceso al capitalismo*, Barcelona, 1962, p. 111.

deja en realidad de tomar en cuenta los efectos múltiples y sin duda complejos de la distribución de la riqueza y el ingreso sociales. El “efecto demostración” es producto de una estructura socioeconómica que, en última instancia determina el reparto del ingreso, la composición de la oferta, el carácter de la demanda, las relaciones entre ambas, los patrones de consumo y la posibilidad de modificación y desplazamiento de los mismos. Y ello es precisamente lo que no se considera en las explicaciones más convencionales.

Pasemos ahora a recordar brevemente las explicaciones de los círculos viciosos. No obstante el atractivo que tienen, y el hecho de que a menudo se consignan en ellas factores que están presentes en una economía subdesarrollada, la verdad es que tampoco llevan muy lejos. Como algunos autores han señalado, los círculos viciosos son imprecisos en cuanto a su alcance: no son propiamente tales, pues de serlo, ello querría decir que la pobreza y el atraso han sido y serán permanentes; fácilmente puede llegarse —como ha dicho Nurkse— a la afirmación carente de todo sentido de que “los países pobres son pobres porque son pobres”, lo que en otras palabras equivale a decir que el subdesarrollo es la causa del subdesarrollo y, sobre todo, a pesar de que en ellos parecen incluirse los obstáculos más importantes, lo que en realidad se hace a menudo es precisamente excluirlos, o en el mejor de los casos, tomar por causas lo que en rigor son simplemente síntomas, efectos o rasgos externos del proceso de desarrollo, o bien soslayar las verdaderas causas y dar a ciertos hechos una importancia que en la práctica no tienen. Se puede aceptar, con Myrdal, que “normalmente la causación circular constituye una hipótesis más adecuada que la del equilibrio estable para llevar a cabo el análisis teórico de un proceso social”, ya que es indudable que los fenómenos económicos no se presentan en procesos lineales; pero lo que resulta difícil de aceptar es que las desigualdades económicas internacionales y las internas “[. . .] son causa una de otra en el flujo circular del proceso acumulativo.”⁶⁰

No podría aceptarse tal explicación, porque equivale en cierto modo a decir que en la sociedad hay ricos porque hay pobres y que hay pobres porque hay ricos. Y si bien es cierto que entre unos y otros hay una relación indisoluble, que es la explotación, ésta no podría

⁶⁰ G. Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, 1959, pp. 32 y 64.

explicarse en el marco de ningún círculo vicioso o siquiera en el más sutil y sofisticado de la “causación circular acumulativa”.

Pero continuemos este rápido examen, considerando en seguida el argumento según el cual el principal obstáculo al desarrollo consiste en que la economía en los países atrasados es una economía dual, o sea “[. . .] una economía ‘desarticulada’ —según la expresión de Perroux— [en la que] no existe ningún nexo económico entre los dos sectores que la integran. El sector desarrollado vive de la dependencia del extranjero, del cual no es más que una prolongación. El sector autóctono se estanca y no recibe del sector desarrollado los impulsos necesarios.”⁶¹

En las economías atrasadas, hay, en efecto cierta dualidad —pluralidad de condiciones—, más fácil de advertir y más acentuada que en los países industriales. En ellos se observan, por ejemplo, fuertes contrastes sociales, agudas desigualdades económicas y muy diversas técnicas productivas y formas de organización, lo que fundamentalmente se explica por la acción de la ley del desarrollo desigual del capitalismo y por las condiciones históricas que han determinado la actual estructura socioeconómica de esos países. Mas el hecho de que haya marcadas disparidades y aun violentos contrastes entre unas ramas o sectores y otros de la economía; el que en la agricultura o en la industria se usen técnicas primitivas junto a las modernas y el que, a consecuencia de esos y otros hechos, los niveles de productividad y de eficiencia sean muy distintos de un caso a otro, no significa, a nuestro juicio, como se empeñan en demostrarlo los “dualistas”, que las economías subdesarrolladas no vivan en el marco de una formación social determinada, sino más bien entre dos o más de ellas —normalmente precapitalismo y capitalismo— en una situación en que aquel no acaba de morir y éste no logra imponerse en definitiva.

Tal punto de vista adolece de graves limitaciones; supone, en primer lugar, de una manera artificial y apologetica, que el capitalismo sólo ha penetrado en los sectores más modernos de las economías subdesarrolladas; identifica tendenciosamente el progreso de esos sectores con la expansión del capitalismo y, en consecuencia, divorcia a éste del atraso y del abandono de las zonas más pobres; tiende a considerar, en el fondo de una manera mecanicista, que si el capita-

⁶¹ R. Barre, *Desarrollo Económico*, México, p. 25.

lismo jugó un papel progresivo al irrumpir en las viejas sociedades de los países hoy industrializados tal papel habrá de repetirse en las naciones hoy subdesarrolladas; no examina el desenvolvimiento del capitalismo en un plano histórico realista, ni por lo tanto la medida en que tal sistema ha penetrado en las viejas estructuras y, por último, exagera la supuesta resistencia al cambio social y económico de esas estructuras, y no repara en el hecho de que, en gran medida es el capitalismo el que ha perdido vigor y no es ya capaz de expandir y dar un gran impulso a las fuerzas productivas.⁶²

Desde luego, el capitalismo no se ha desenvuelto en los países subdesarrollados conforme al “patrón clásico” surgido en Europa Occidental; pero de ello no puede concluirse que en tales países no haya capitalismo sino más bien yuxtaposición de capitalismo y precapitalismo, que ha impedido hasta ahora el predominio de un sistema sobre el otro.

Tampoco es exacta la cómoda identidad que con frecuencia pretende establecerse entre capitalismo extranjero y progreso y precapitalismo y atraso. Aparte del hecho fundamental de que progreso y atraso no son símbolos de dos sistemas sociales distintos, sino más bien dos caras de una misma moneda, o sea, dos manifestaciones diferentes y aún contradictorias de un modo de producción, abundan en los países subdesarrollados los casos en que el sector más ligado al mercado exterior y a lo que en la versión dualista se considera “capitalismo”, lejos de ser el más moderno y el de más alta productividad, se queda atrás de otros que abastecen el mercado interno, y en los que el proceso de integración y modernización ha avanzado más de prisa en virtud de otros factores.⁶⁴

Pero acaso el defecto fundamental de la tesis dualista consiste en que el atraso del sector tradicional o “precapitalista”, no sólo no obedece a su aislamiento del sector moderno, a que en él no haya penetrado el capitalismo o a que éste haya tropezado con una resistencia tenaz y a la postre invencible, sino más bien a lo contrario; es decir, a que la irrupción violenta y desgarradora del capitalismo

⁶² Véanse: Andre Gunder Frank, “Not Feudalism, capitalism”, *Monthly Review*, diciembre de 1963; y Alonso Aguilar Monteverde, “El Marco Histórico del Desarrollo Latinoamericano”, *Investigación Económica*, vol. xxiv, núm. 95, pp. 368-375.

⁶⁴ En México, por ejemplo, es indudable que, en general, la producción de trigo para el mercado interno se ha modernizado y organizado mejor que, digamos la de café, que casi en su totalidad es un producto de exportación. Y lo mismo podría decirse de ciertas industrias nacionales y de la minería extranjera de exportación.

europeo en los hoy países subdesarrollados, en vez de que se tradujera en la transformación y, en un momento dado en la liquidación de las viejas formas productivas, tendió a preservarlas, en muchos casos incluso las creó y en todos las incorporó a un capitalismo débil, que en verdad nunca ha tenido ni llegará a tener el impulso renovador que le fue característico en otra etapa histórica.

Como dice Baran, “los efectos de la penetración capitalista en el mundo exterior fueron extremadamente complejos. Dependieron de la naturaleza predatoria de esta penetración [. . .] y también del estadio de desarrollo alcanzado por las sociedades que estuvieron expuestas al contacto exterior.” “La transfusión misma y sobre todo los métodos con que se perpetró, tuvieron quizá un impacto aún más profundo sobre países víctimas [. . .] resquebrajaron con violencia explosiva el movimiento glacial de sus antiguas sociedades y aceleraron vertiginosamente el proceso de descomposición de sus estructuras precapitalistas; [. . .] sin embargo, ésta es sólo una cara del problema. La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados, al precipitar [. . .] la maduración de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las obras. La remoción de una gran parte del excedente [. . .] no podía sino causar un serio retroceso de la acumulación primaria de capital [. . .]”⁶⁵

Refiriéndose al atraso de la India, y en particular a varios rasgos de aquellos que algunos autores consideran típicos del “precapitalismo” y de los sectores “tradicionales” o “estáticos” de las sociedades duales, el ex primer ministro Jawaharlal Nehru afirmaba hace unos años: “[. . .] casi todos los problemas principales que tenemos en la actualidad se gestaron durante el dominio británico y son el resultado directo de la política británica: el problema de los príncipes, el de las minorías, el de los diferentes intereses creados, tanto extranjeros como hindúes; el de la carencia de industrias y el descuido de la agricultura; el del profundo atraso de los servicios sociales; y sobre todo el de la trágica miseria del pueblo”.⁶⁶ ¡Qué distinto planteamiento al de quienes se empeñan en demostrar que el atraso es simplemente el fruto de que

⁶⁵ P. Baran, *op. cit.*, pp. 165 y 167-168.

⁶⁶ “The Discovery of India”. en P. A. Baran *La economía política del crecimiento*, p. 174.

el capitalismo no ha podido desenvolverse y arraigar en las “zonas oscuras” de los países subdesarrollados! Recordando, a su vez, la experiencia de Chile, el economista Aníbal Pinto ha señalado que “las ‘relaciones sociales de producción’ evolucionaron en el sentido de la organización capitalista, pero el fenómeno no tuvo contrapartida en el sistema económico desde el ángulo fundamental del progreso tecnológico y de los ajustes y mutaciones típicas de la ‘revolución industrial’. Se estableció el techo sin haber construido los cimientos del proceso.”⁶⁷ Lo que en realidad equivale a nuestro juicio a decir que, a diferencia de lo que ocurrió en Europa Occidental en otros tiempos, el capitalismo latinoamericano, a pesar de su ya larga evolución, no ha sido capaz de librar a nuestros países del atraso.

Una última limitación de las teorías dualistas consiste precisamente en que, a pesar de todo lo anterior y al margen en consecuencia de la realidad histórica, sugieren que sólo en la medida en que el capitalismo vaya poco a poco extendiéndose y volviendo más homogénea la economía de los países atrasados, estos podrán encontrar el camino del progreso. ¡Como si no hubiera sido el capitalismo y en particular el capitalismo extranjero, el causante de la heterogeneidad que se presenta como supuesta causa del atraso!

Las teorías que ponen el mayor énfasis en las etapas del crecimiento, tienen probablemente menor interés que las examinadas en estas líneas. A pesar de la propaganda que en los últimos años se ha hecho a Rostow, sus ideas centrales poco o nada contribuyen a conocer los obstáculos al desarrollo latinoamericano. En primer lugar sus etapas del desarrollo no parecen ser aquellas en las que se ha desenvuelto el proceso histórico, el marco real y las contradicciones de éste no están presentes, las leyes del desarrollo propias de cada formación socio-económica no se toman en cuenta, ni tampoco se consideran las relaciones entre los países industriales y los subdesarrollados en la órbita del capitalismo. A pesar de su grandilocuencia, lo que no hace el profesor Rostow es un análisis propiamente “estructural”, y aparte de ello, inexplicablemente se olvida, como apunta Gunder Frank, del hecho evidente de que las sociedades “tradicionales” correspondientes a la primera etapa del desarrollo, han sido desde hace siglos incorporadas al sistema del capitalismo.

⁶⁷ A. Pinto, *Chile: Una economía difícil*. México, 1964, p. 165.

Rostow tiene razón al señalar que el proceso de desarrollo “no es continuo ni uniforme”. Pero “[. . .] su teoría de las ‘etapas’ en realidad no nos dice nada fuera de indicarnos que existen tales etapas. Las otras cuatro etapas se encuentran comprendidas en la del ‘impulso inicial’, y nada le agregan a ésta.” “Resulta [. . .] sorprendente ver cómo el profesor Rostow, después de haber construido un sistema ficticio que no guarda ninguna semejanza con el marxismo, descubre su incapacidad hasta para vencer a un enemigo semejante ‘escogido’ por él mismo.” “En este sentido, el suyo es un documento importante, ya que nos demuestra, en forma particularmente elocuente, el bajo nivel a que ha descendido el pensamiento social de Occidente en la era actual de la guerra fría.”⁶⁹

Tampoco nos dicen dónde están los obstáculos fundamentales al desarrollo las teorías del “gran impulso” y del “esfuerzo crítico mínimo”. Que el desarrollo no es un proceso suave, uniforme y armonioso, es algo que ya nadie discute. Se acepta que el atraso sólo puede superarse en tanto el proceso de cambio adquiera *momentum* y pueda imponerse sobre los factores que frenan el desarrollo. Pero, admitiendo la necesidad del “impulso inicial” o el “esfuerzo crítico mínimo”, lo que no parece convincente es que el principal obstáculo al desarrollo consista en que en los países subdesarrollados faltan las condiciones para ese gran “salto” o “jalón” hacia adelante. Señalar tal cosa es como decir que en ellos hay subdesarrollo porque no se han satisfecho los requisitos del desarrollo. ¿Y cuáles son las condiciones necesarias para el “gran salto”?

Leibenstein, por ejemplo, lo que en esencia propone es hacer en los países subdesarrollados lo que en otras condiciones históricas hicieron las naciones industriales de Occidente, y por encima de todo: fortalecer el incentivo de lucro, no obstante que en las condiciones presentes en los países subdesarrollados, ése no es el camino para crecer de prisa y utilizar mejor los recursos productivos. Como en otros casos se identifica aquí el mayor desarrollo capitalista con la aplicación del principio de racionalidad económica, lo que a estas alturas es muy discutible, pues como dice el profesor Lange: “el carácter privado, restringido, y la forma antagónica de operación del

⁶⁹ P. A. Baran y E. J. Hobsbawm. “Las Etapas del Crecimiento Económico”, *El Trimestre Económico*, núm. 118, México, 1963, pp. 285 y 295.

principio de racionalidad económica en el marco del modo capitalista de producción, significa que su aplicación por las empresas capitalistas no garantiza el uso óptimo de los medios desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, es decir, el uso óptimo de las fuerzas productivas de la sociedad. La máxima economía en el empleo de los medios en una empresa está ligada al desperdicio social de los mismos, que se expresa en el desperdicio de recursos humanos y de fuerzas productivas materiales.”⁷⁰

O en otros términos, si en el marco del patrón clásico del crecimiento no coincidieron los intereses individuales de los empresarios capitalistas con los de la sociedad, menos lo harían hoy en los países subdesarrollados, donde aquellos intereses se divorcian cada vez más de los del pueblo y la nación.

Por lo que se refiere a las “imperfecciones del mercado”, nadie puede dudar de que están presentes. La perfección de la economía de mercado sólo existió en la teoría económica clásica y en los esquemas del equilibrio estático. En la práctica, en la fase misma del capitalismo competitivo, el sistema fue alejándose más y más de un funcionamiento armonioso y estable, y en la actualidad, cada día se acepta en forma más extendida que el mecanismo del mercado, lejos de garantizar el mejor aprovechamiento de los recursos productivos y por lo tanto un ritmo acelerado de desarrollo, constituye más bien una traba al crecimiento de los países pobres.

Pero las tesis que subrayan las “imperfecciones del mercado” adolecen en general de una limitación prácticamente insuperable, que a nuestro juicio consiste en que no relacionan esas “imperfecciones” con el proceso mismo de desarrollo del sistema económico; más bien las ubican en un marco estático y formalista, o, si acaso, las vinculan a ciertas modalidades institucionales de carácter enteramente secundario.

En unos casos, en efecto, el reconocimiento de que el mercado funciona mal lleva en el fondo a la ilusión de que el mundo, y en particular los países subdesarrollados, debieran volver a un régimen de libertad económica idílico y remoto, que no sólo supondría acabar con las interferencias monetarias, financieras, comerciales, industriales, sindicales, etc., y, desde luego con las prácticas monopolísticas, sino en realidad revertir el proceso histórico. En otros casos, lo que se hace en esencia es

⁷⁰ Oscar Lange. *Political Economy*. vol. 1., Varsovia, 1963, pp. 175-176.

sugerir algún tipo de “planeación” que tenga la virtud de remozar a las economías de mercado sin afectarlas realmente en su estructura. Típica entre estas opiniones es la de Arthur Lewis cuando después de criticar la planeación integral afirma: “La moraleja evidente de todo esto es que nuestra meta debe consistir en preservar los mercados libres siempre que sea posible [. . .] esto no significa que [el mercado] estará libre de control [. . .] ya que el Estado puede hacer toda la planeación que quiera controlando en su oportunidad el mercado, que controla a los empresarios. El Estado puede planear hasta donde desee, pero debe planear no por compulsión, sino por la manipulación del mercado.”

En seguida hace notar que el problema principal consiste en que la inmovilidad de los recursos condiciona desfavorablemente la oferta, y que “una escasez general de mercancías en una economía es un fenómeno monetario debido a la inflación, y cuyo remedio apropiado [. . .] es la deflación”.⁷¹

Más razonable es pensar, como observa otro autor, que, en tal caso, “la preocupación principal debe ser alcanzar un aumento rápido de la productividad del sistema, para aumentar la elasticidad de la oferta [. . .]; la ejecución de una política fiscal y monetaria anti-inflacionista no restablecerá el equilibrio en su totalidad ni en forma permanente.”⁷²

Consideremos en seguida la opinión de quienes sostienen que el obstáculo principal al desarrollo consiste en la presencia de factores internacionales adversos, que fundamentalmente se manifiestan en el

⁷¹ W. A. Lewis, *La planeación económica*, México, 1957, pp. 23 y 25.

⁷² H. Flores de la Peña, *Los obstáculos al desarrollo económico*, México, 1955, p. 165. El propio autor indica que: “El desarrollo resulta un problema demasiado serio e importante para dejar que lo resuelvan las fuerzas del mercado[. . .] una política de desarrollo implica el guardar el equilibrio externo, lo que significa intervenir en la selección de las inversiones y sujetar a la economía a un estricto control en sus relaciones con el exterior”. “La Teoría del Desarrollo Económico”. *El Trimestre Económico*, núm. 105, p. 59. O en términos más explícitos: “En la etapa histórica en que nos corresponde planificar el desarrollo; el éxito de éste requiere la integración de una economía gradualmente más nacional [pues] la inversión extranjera es un elemento de capitalización y de interferencias nocivas en el desarrollo[. . .] Todos los factores señalados anteriormente (cambios estructurales, mejor distribución del ingreso y otros) permiten acelerar el crecimiento de una economía; pero el mero establecimiento de un plan económico no los sustituye: su éxito será una función directa del grado en que estas transformaciones se operan.” H. Flores de la Peña, “Problemas de Planeación y Desarrollo en América Latina”. Ponencia presentada en el Seminario de Planificación Económica y Social organizado por la Escuela Nacional de Economía de México en abril de 1965.

intercambio comercial y el movimiento de capitales. Desde luego, aún hoy día, muchos autores occidentales no están de acuerdo en el efecto desfavorable del comercio internacional. “Reconozco —dice el profesor Cairncross— cierto escepticismo en torno a la supuesta ineficiencia del comercio exterior para producir innovaciones y desarrollo. No me parece del todo convincente hablar como si el comercio exterior pudiera contenerse dentro de un enclave, sin transmitir su influencia dinámica al resto de la economía.”⁷⁴ Higgins, por su parte, siguiendo a Myint, escribe algo que en verdad se antoja irónico: “La contribución de la empresa occidental al sector doméstico [campesino] de exportación, fue actuar como intermediario entre el campesinado y el mercado mundial y estimular la demanda de importaciones de esos campesinos.”⁷⁵ Myrdal hace notar que “el principal efecto positivo del comercio internacional sobre los países subdesarrollados ha sido, de hecho, fomentar la producción de los productos primarios [. . .]; y esta producción, que emplea en gran medida mano de obra no calificada, ha constituido el núcleo de sus exportaciones”.⁷⁶ Y frente a quienes sostienen que el efecto del comercio ha sido desfavorable para los países subdesarrollados, Meier y Baldwin afirman que “los hechos históricos son la mejor refutación de tal argumento, pues difícilmente puede dudarse de que, después de entrar a los mercados internacionales, los países subdesarrollados se encuentran mejor que antes”.⁷⁷

El argumento es de lo más superficial. Implica entre otras cosas que si los países atrasados no hubieran tomado el camino que tomaron, no habrían tomado ningún otro, sino vegetado en un total estancamiento; se desentiende de la realidad de las relaciones entre los países dominantes y los dependientes, y en el fondo, no parece tener otro propósito que defender y justificar —al margen de todo examen objetivo del proceso histórico— a los grandes países industriales de Occidente.

La verdad, sin embargo, como muchos autores lo han demostrado en los últimos años, es que, tanto el intercambio de mercancías como de capitales ha sido obviamente perjudicial para los países subdesarro-

⁷⁴ *Op. cit.*, p. 215.

⁷⁵ B. Higgins, *Economic Development*, Nueva York, 1959, p. 348.

⁷⁶ B. Myrdal, *op. cit.*, p. 66.

⁷⁷ Meier y Baldwin, “*Economic Development*”, p. 326.

llados. La teoría clásica del comercio ha sido un arma al servicio de las grandes potencias, y en lugar de llevar a un desarrollo armonioso de la comunidad económica internacional, ha sido una de las causas del atraso y de que múltiples países, entre otros los latinoamericanos, tengan economías débiles, unilaterales, deformes, monoexportadoras, monoexportadoras, y dependientes de un mercado exterior en cuyas tendencias poco o nada pueden influir. Lo que no advierten muchos de los teóricos a que antes nos hemos referido es que, como dice Sachs, “el atraso en las estructuras institucionales de los países coloniales y dependientes, surge de haberles impuesto el patrón típico de las ‘economías de exportación’ ”.⁷⁸

Fundamentalmente lo mismo ha ocurrido con las inversiones extranjeras, que de diversas maneras han contribuido a empobrecer a los países subdesarrollados y concretamente a los de América Latina, unas veces enviando al exterior parte de su potencial de inversión y en otros momentos reinvertiendo sus utilidades y subordinando aún más a las economías atrasadas a sus intereses.⁷⁹

En una actitud distinta y aun opuesta a la de autores como Haberler, Viner, Lewis y otros, que en el fondo defienden la estructura actual de las relaciones económicas internacionales, Baran hace notar que la tendencia al deterioro en la relación de intercambio no es un factor decisivo del atraso. “Si bien —comenta— no puede negarse que esta tendencia existe [...] y que su importancia para algunos países es evidente, lo menos que puede decirse es que su validez general para el desarrollo económico de los países atrasados es muy dudosa.”⁸⁰ Reconociendo que, como este autor señala, “el principal obstáculo al crecimiento económico rápido de los países atrasados, es la forma en que se utiliza su excedente económico potencial”, creemos que la importancia del deterioro secular en la relación de intercambio es

⁷⁸ J. Sachs, *Foreign Trade and Economic Development*, Varsovia, 1965, p. 11.

⁷⁹ Como bien dice Baran: “. . . resulta muy difícil precisar qué ha perjudicado más al desarrollo económico de los países atrasados, si la extracción de su excedente económico por el capital extranjero o su reinversión por las empresas extranjeras: Si se observan los magros beneficios directos que obtienen estos países de la inversión extranjera y, sobre todo, cuando se considera el impacto total que han tenido las empresas extranjeras en su desarrollo, se ve que éste ha sido, de hecho, el sombrío dilema a que se enfrentan los países atrasados.” *La economía política del crecimiento*.

⁸⁰ Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*, pág. 261.

mayor que lo que él admite. A nuestro juicio, Baran exagera el grado real de inelasticidad de la oferta en los países subdesarrollados, y aunque tiene razón al decir que el aumento de los precios de las exportaciones no trae consigo en realidad un incremento de la capacidad de importación, sino más bien una creciente salida de fondos que deriva de las mayores ganancias de las empresas extranjeras, nos parece que deja de lado el hecho de que, al igual que en el caso de las inversiones extranjeras, el deterioro en la relación de intercambio a todas luces perjudicial para los países subdesarrollados, que sin duda afecta el monto y la forma de utilización de su excedente económico y por lo tanto el proceso de acumulación de capital y de desarrollo, lo que no significa, desde luego, que si esos países tuvieran mejores relaciones de intercambio, ello bastaría para que crecieran más de prisa y en forma más adecuada [. . .]

A esas posiciones conservadoras, que por encima de sus distintos y a veces atrayentes matices exteriores se nutren en el keynesianismo y genéricamente en el neoclasicismo; que carecen de objetividad y espíritu crítico, que pretenden despojar a la economía de su profundo carácter social, que se pierden entre los árboles sin ser capaces de ver el bosque, que suponen que el desarrollo sólo requiere “ayuda exterior” o si acaso unos cuantos retoques institucionales, que confunden los síntomas del atraso con sus causas profundas, que consideran a la propiedad privada como una institución permanente y no como una categoría histórica, que construyen modelos simplistas que no resultan de la abstracción científica ni del análisis serio de las leyes económicas fundamentales; a esas posiciones, llamamos en conjunto “teoría metropolitana del desarrollo”, para distinguirlas de la contribución sin duda positiva e importante que otros economistas de los países industriales, muchos de ellos hostilizados por “heterodoxos” en sus respectivos centros de estudio y desde luego, pensadores de los países socialistas, han dado en años recientes a la mejor comprensión de los problemas de las naciones subdesarrolladas. Entre tales economistas están Paul Baran, Maurice Dobb, Charles Bettelheim, Joan Robinson, Paul M. Sweezy, Nicolas Kaldor, Oscar Lange, Michael Kalecki, Ignacy Sachs y muchos otros.

Respecto de aquellos economistas, de los que manejan esquemas superficiales, toman el rábano por las hojas y “[. . .] se muestran indispuestos e incapaces para reconsiderar sus teorías, porque tal

reconsideración podría hacer dudar sobre las ventajas de la economía de empresa privada [. . .]”⁸⁴ podría recordarse el siguiente pasaje de Marx: “Toda la ciencia sería superflua si la apariencia de las cosas coincidiera con su esencia. La ignorancia de este principio básico se traduce inevitablemente en el descenso de la economía hasta un empirismo de poca profundidad y el abandono de la gran tradición del pensamiento social [. . .]”⁸⁵

⁸⁴ Dudley Seers, “The Economics of The Special Case”, en Tomás Balogh, “The Conventional Wisdom of John Kenneth Galbraith”, *New Left Review*, Londres, verano de 1964, p. 89.

⁸⁵ Paul A. Baran, “Reflexiones sobre el subconsumo”, *El Trimestre Económico*, núm. 103, p. 433.

REFLEXIONES SOBRE EL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO*

ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y SUBDESARROLLO

[. . .] Pretender que el atraso es el resultado directo del bajo ingreso y de la limitada capacidad para ahorrar; atribuir, a la inversa, a esta insuficiente capacidad de ahorro el bajo volumen del ingreso, o relacionar ambas cuestiones, en lo que Myrdal llama la “noción vaga” del círculo vicioso del subdesarrollo, no es por cierto un gran avance ni una sólida base desde la cual se pueda intentar una explicación teórica medianamente satisfactoria. Los problemas de fondo en que una teoría del subdesarrollo debe, a nuestro juicio, centrar su atención, son otros: explicar, por ejemplo —y no mediante tautologías—, por qué el ingreso y el ahorro son bajos, por qué se desaprovecha o subemplea crónicamente una parte sustancial del potencial productivo, por qué el proceso de acumulación de capital tiene los caracteres que tiene, por qué a los países pobres toca la peor parte en las relaciones económicas internacionales, y hasta dónde los factores determinantes del subdesarrollo son accidentales, pasajeros, de carácter formal o cuando más institucional, o son en realidad fenómenos en los que se expresan, por un lado la interacción de las fuerzas productivas y el marco social en que se utilizan el potencial humano, la técnica y los recursos materiales, y del otro, las condiciones históricas que han moldeado la estructura del subdesarrollo.

La economía latinoamericana de hoy no es lo que es por casualidad. La explicación de su atraso no se halla en el presente o siquiera en la estrecha perspectiva de lo ocurrido en las últimas décadas. Para entender sus causas profundas y poder superar los obstáculos más tenaces al desarrollo, es preciso hurgar en el pasado y tratar de

* Fragmentos del estudio de este nombre, publicado en la *Revista Mexicana de Sociología*, en 1967, y después recogido en *Problemas Estructurales del Subdesarrollo*, UNAM-IIEC, México, 1971, pp. 23 y 26.

reconstruir el proceso histórico que en los últimos cuatro siglos determinó que mientras unos países se industrializaran, muchos más quedaran a la zaga y aun se convirtieran en víctimas del desarrollo.

[. . .] Lo que fundamentalmente interesa es comprender el funcionamiento global, la macrodinámica de la economía latinoamericana como una entidad cambiante cuyo desarrollo, o más bien subdesarrollo, se produce en el marco de una formación socioeconómica determinada, y no por cierto en la tierra de nadie o en los imprecisos linderos del dualismo social.

[. . .] El capitalismo [. . .] se introduce en Latinoamérica bajo el régimen colonial, y ello es, precisamente, lo que le imprime rasgos esencialmente distintos a los típicos del capitalismo mercantil europeo y, a partir del siglo XVIII, del capitalismo industrial en expansión. El capitalismo latinoamericano es en sus orígenes un producto de importación, un hecho que no surge de una transformación gradual previa de las relaciones de producción y de los recursos productivos, sino de un desgarramiento inesperado, extraño y violento como lo fue la conquista, y del dominio y explotación de una metrópoli extranjera a lo largo de tres siglos.

En un sentido estricto, el colonialismo que sufre América Latina no significa, sin embargo, el estancamiento. Bajo el dominio hispanoportugués se producen cambios significativos y a veces profundos; crecen las fuerzas productivas y se abre paso lentamente y con grandes dificultades un nuevo sistema de producción. Al mismo tiempo es ese sistema, con sus encomiendas y repartimientos de indios, con sus estancos y prohibiciones, con su explotación irracional de minas y bosques, su tributo oneroso e injusto de oro y plata, su fanatismo y el uso combinado y traumatizante de la cruz y la espada, para postrar y reducir a la servidumbre a pueblos antes libres, el que detiene y deforma el desarrollo latinoamericano.

[. . .] En ese contexto histórico se desenvuelve el capitalismo Latinoamericano y se fragua el subdesarrollo. Mas no es este último —vale la pena subrayarlo—, el que frena el desenvolvimiento capitalista, sino el peculiar capitalismo latinoamericano el que hace imposible un verdadero desarrollo; lo que es comprensible porque el capitalismo de Latinoamérica poco o nada tiene que ver con el modelo clásico, o siquiera con la versión neoclásica que surge con la industrialización alemana y la restauración Meiji en Japón.

Entre otras diferencias, el proceso capitalista es en América Latina mucho más inestable y violento que en los países hoy industrializados. Y mientras en estos últimos significó:

[. . .] mayor independencia, rápidos procesos de integración nacional, un acelerado desarrollo de la industria y la aparición de una nueva y emprendedora burguesía, en Latinoamérica se configuró un modelo distinto cuyos signos más característicos serían la dependencia, la profunda desigualdad en el desarrollo nacional, la desintegración regional, el estancamiento de la industria y la presencia de una clase dominante-dominada [. . .]²⁰

Inherentes a ese capitalismo —que nosotros hemos denominado *capitalismo del subdesarrollo*, para distinguirlo tanto del capitalismo tradicional como del “precapitalismo” que ciertos autores suponen todavía dominante en los países económicamente atrasados—, son la dependencia estructural, el desarrollo lento y profundamente desigual, la concentración de la riqueza y el ingreso, el subempleo crónico de los factores productivos, el enriquecimiento de unos cuantos frente a la miseria de las masas populares y, como consecuencia y en cierto modo causa de todo ello, los caracteres desfavorables del proceso de acumulación de capital.

La dependencia que sufre Latinoamérica no es sólo comercial, financiera o siquiera simplemente económica. Es una dependencia múltiple, entrelazada, profunda, verdaderamente *estructural*. El imperialismo no juega en ella el mero papel de un factor “externo” desfavorable, ni tan sólo el de un “enclave” interno, a la manera señalada por Singer. Es mucho más que ambas cosas: es el marco en que viven los países latinoamericanos y la base en que descansa el poder económico y político de las oligarquías y *gorilarquías* que los gobiernan. Por eso la dependencia es estructural: porque el sistema económico social de los países de América Latina es dependiente como un todo, y porque el subdesarrollo resultante es a la vez elemento orgánico, parte integrante de la estructura mundial capitalista.

²⁰ Alonso Aguilar M., “El Proceso de Acumulación de Capital”, en *México: riqueza y miseria*. Nuestro Tiempo, México, 1967.

La desigualdad en el proceso de desarrollo es otra causa del atraso digna de mención. En el orden internacional se manifiesta en el dramático contraste entre los países capitalistas ricos y pobres, entre los que tienen de todo y los que nada tienen. Y en el orden interno se expresa en constantes fluctuaciones, en formas extremas de concentración y en una serie casi interminable de disparidades y desequilibrios profundos: entre una minoría escandalosamente rica y una mayoría deplorablemente pobre, entre el campo y la ciudad, entre los diversos centros urbanos, entre el capital extranjero y el nacional, entre las exportaciones y las importaciones de bienes y servicios, la agricultura y la industria, las industrias modernas y las tradicionales, unas regiones y otras, etcétera. En mucho mayor medida que en los países industriales, el desarrollo está sujeto en Latinoamérica a continuos y bruscos altibajos que afectan el nivel de la demanda global, acentúan la inestabilidad, determinan con frecuencia el crecimiento artificial de la capacidad productiva y conllevan, a la postre, el subempleo crónico y a la vez cíclico de los recursos humanos y materiales. En mucha mayor medida, también en Latinoamérica se polarizan el reparto de la riqueza y el ingreso y se intensifica la explotación del trabajo de los asalariados y pequeños productores [. . .]

EL PROCESO DE ACUMULACIÓN DE CAPITAL*

LOS FACTORES CONDICIONANTES DEL PROCESO Y SUS PERSPECTIVAS

El potencial de ahorro

Hemos visto que la tasa neta de formación de capital es en México todavía bastante baja: comparable, en realidad, al promedio correspondiente a Latinoamérica. Se podría aducir que a pesar de ello la tasa de crecimiento del producto es en general satisfactoria, debido a una más favorable relación media y marginal capital-producto, que en el fondo deja ver que, dadas otras condiciones —rápido aumento de la población y de la fuerza de trabajo, avances tecnológicos, mayor flexibilidad en la oferta y un más favorable “multiplicador sociológico”— ha sido posible que nuestro país continúe desarrollándose sin necesidad de acelerar el proceso de acumulación.

Aun a corto plazo, sin embargo, acaso nadie podría sostener que la producción por habitante pueda seguir creciendo bajo la influencia favorable de nuevos aumentos en la relación producto-capital o de adelantos técnicos que no supongan mayores inversiones. Más bien parece que el problema de elevar la tasa de inversión bruta y sobre todo neta se volverá insoslayable, y que apenas se plantea tal cuestión es preciso evaluar el potencial de ahorro, y de vuelta se está frente al problema de si ese potencial es o no suficiente.

A primera vista, el solo hecho de que la tasa neta de inversión no pueda fácilmente exceder del 10-12%, parecería indicar que nuestra capacidad de ahorro es realmente modesta; y en el marco del análisis económico tradicional y del esquema del “círculo vicioso de la pobreza”, aun podría tratar de demostrarse que, lamentablemente, ésa es la situación pues es obvio que el excedente real, o sea la diferencia entre el ingreso y el consumo corriente, es bien pequeño. Pero si las

* Fragmentos del ensayo del autor recogido en el libro *México: riqueza y miseria*. Nuestro Tiempo, México, 1967.

magnitudes —y con ellas la composición y distribución del ingreso y del consumo— se toman como datos, como constantes y no como variables, lo que debiera ser el punto de partida de una exploración necesaria y prometedor se convierte en una mera perogrullada. El problema en los países subdesarrollados no es precisar si la diferencia entre el ingreso y el consumo es pequeña sino descubrir las causas de que así sea y encontrar la manera de que esa diferencia sea mayor y mejor aprovechada y de que su crecimiento no se realice a costa de la mayoría de la población; pero como dice Baran: “la economía ‘pura’ ni siquiera ha llegado a asomarse a este problema [. . . por lo que] hemos de buscar su solución en la economía política del crecimiento.”³²

Recientemente, varios economistas chilenos intentaron cuantificar el potencial de ahorro en su país. Pues bien, con base en un supuesto conservador, llegaron a la conclusión de que tan sólo el consumo excesivo de la clase alta representaba en 1950 entre 2 y 2.5 veces el monto de la inversión bruta de ese año, y de que entre 1940 y 1960, dicho consumo había igualmente excedido con mucho la formación de capital, lo que les permitió llegar a la conclusión de que “[. . .] carece de base objetiva la afirmación de que el mayor problema del escaso desarrollo económico de Chile estriba en la insuficiencia del ahorro potencial; por el contrario, el despilfarro de recursos a través del consumo excesivo de determinados grupos sociales, y su comparación con la inversión real efectuada en el país, demuestran claramente la existencia de enormes posibilidades potenciales de capitalización interna [. . .]”³³

En un intento inicial de medición de la capacidad de ahorro de México, en otro reciente estudio se estimó —conforme a la misma metodología— que tan sólo el consumo excesivo representó en 1963 probablemente un mínimo de 80% al 107% de la inversión bruta de ese año, o sea alrededor del doble de la inversión neta.³⁴

De múltiples maneras podría demostrarse que el ahorro potencial que se desperdicia en México y, en general en los países subdesarro-

³² Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*, 1959, p. 38.

³³ Pedro Vuskovic, Nathan Novic M. y Jorge Farba, *Un ensayo de medición del excedente económico potencial*, Santiago, Chile, 1964, p. 55.

³⁴ Sofía Méndez Villarreal, *Financiamiento interno y desarrollo económico*, tesis profesional, México, 1966, pp. 83-84.

llados, es enorme, y que si una parte siquiera de las cuantiosas sumas que se destinan al atesoramiento, a la especulación en el mercado de bienes raíces, a los bancos del extranjero, al comercio de artículos de lujo, a numerosos servicios improductivos e innecesarios y a pagar el tributo de la dependencia económica y tecnológica a través de un comercio exterior y un movimiento internacional de capitales desfavorables, se dedicara a fines de desarrollo, otros serían el alcance y las perspectivas del proceso de acumulación de capital.

Acumulación de capital y explotación del trabajo

[. . .] Con base en todo lo anterior se puede afirmar que, si bien es cierto que el nivel del excedente en una economía atrasada y dependiente como la nuestra, está desfavorablemente condicionado por factores estructurales internos y externos, también lo es que, a pesar de esa decisiva, y en el marco de la dependencia del imperialismo, insuperable limitación, existe un potencial de ahorro —o sea una diferencia entre lo que el pueblo produce y lo que consume— que si no se convierte en un alto coeficiente de inversión y en un rápido crecimiento de la capacidad productiva nacional, es porque una altísima proporción de dicho excedente queda en manos y es dilapidado por unos cuantos millares de grandes propietarios, remitido al exterior por las empresas extranjeras, perdido a consecuencia de una desfavorable relación de intercambio y destinado a gastos improductivos e innecesarios por el gobierno.

Y no solamente son, en realidad, los trabajadores propiamente dichos y los más pequeños productores, quienes con sus bajísimos niveles de consumo contribuyen involuntariamente a aumentar el potencial de ahorro. Seguramente hay cada día un mayor número de pequeños comerciantes, de empleados públicos y de empresas privadas, de modestas amas de casa, de obreros calificados y estudiantes, que a pesar de sus ingresos generalmente bajos contribuyen también a la formación del ahorro nacional, tanto en la forma ya examinada —o sea produciendo más de lo que obtienen como sueldo, salario e ingreso— como destinando “voluntariamente” una parte pequeña de ese ingreso a la compra de ciertos valores o a otras formas de ahorro institucional.

[. . .] En otras palabras, el examen del proceso de acumulación de capital revela que no sólo está presente la condición de que el pueblo consume menos de lo que produce o, en otros términos, que ahorre voluntaria o involuntariamente, sino una situación en que la creciente productividad del trabajo está haciendo posible que la producción crezca mucho más de prisa que el ingreso de los trabajadores. En este sentido, la miseria de las masas, que caracterizó en otros países y otras etapas al desarrollo del capitalismo, se da en México en no menor medida. Lo que no está presente es la posibilidad de que al amparo de la propiedad privada de los medios de producción y del móvil del lucro la burguesía sea capaz, como lo fue en sus mejores tiempos, de movilizar e invertir productivamente el excedente y de lograr una rápida transformación de la estructura socioeconómica que permita acelerar el desarrollo. Como decía alguna vez Jawaharlal Nehru: “[. . .] una sociedad basada en la propiedad privada en que descansa el capitalismo, no satisface ya las exigencias del presente siglo. Tal sistema puede haber sido adecuado en otras épocas —e indudablemente, al capitalismo pueden acreditarse grandes realizaciones—, pero el mundo ha superado ese estado de cosas [. . .]”⁵³

Riqueza y miseria

A principios del siglo XIX, el ilustre Alejandro de Humboldt vino a América; y tras recorrer lo que entonces era oficialmente la Nueva España, escribió: “México es el país de la desigualdad.” Desde entonces han transcurrido muchos años, más de un siglo y medio, en realidad. En ese lapso México logró su emancipación política, perdió más de la mitad de su territorio en una guerra de rapiña, sufrió la agresión extranjera, fue víctima de una larga dictadura y vivió una cruenta revolución social que dejó en los campos de batalla alrededor de un millón de seres humanos. En ese siglo y medio cambiaron muchas cosas, y quizá poco queda de lo que Humboldt consideró característico de la Nueva España. Mas a pesar de esos cambios, a pesar del camino recorrido y de que la nación no es hoy lo que fue hace cincuenta o

⁵³ Citado por I. Sachs., en *Patterns of Public Sector in Underdeveloped Economies*, Bombay, 1964, p. 33.

cien años, aún podría afirmarse que México es el país de la desigualdad.

En pocas naciones del mundo los ricos son, comparativamente, tan ricos y los pobres tan pobres como en México. Los contrastes de riqueza y miseria son realmente violentos. Frente a un pequeño grupo de mexicanos y extranjeros privilegiados que tienen todo, y que como hemos visto son, en rigor, los dueños de gran parte de la riqueza nacional, hay todavía una masa enorme de hombres y mujeres que nada tienen y que sólo trabajan para malcomer. El claroscuro de riqueza y miseria es un rasgo siempre distintivo, una constante en el paisaje social de México: ciudad y campo, colonias residenciales y barriadas proletarias, grandes y modernas avenidas y oscuras y sucias callejuelas, residencias impresionantes y vecindades deprimentes, negociantes prósperos y campesinos miserables. Paseo de la Reforma y Lomas de Chapultepec, de un lado, y la Mixteca Oaxaqueña y el Valle de la Muerte, del otro, son los extremos de bienestar y abandono típicos de un país atrasado y contradictorio, en que la justicia sólo es tema de discursos demagógicos, promesas incumplidas y todavía vagas aspiraciones populares.

Determinar la magnitud de la miseria en México no es tarea fácil; medir aquello de que se carece es siempre más difícil que estimar lo que se tiene. Aun así abundan los datos que ponen de relieve que la pobreza sigue siendo la condición de millones de mexicanos. Las propias cifras oficiales, con todo y ser insuficientes, ofrecen una imagen en verdad desgarradora [. . .]

Perspectivas

[. . .] Las condiciones económicas cambian en respuesta a situaciones objetivas y no a buenos deseos, y todo parece indicar que México está frente a una perspectiva en la que, probablemente, irán perdiendo impulso algunos de los factores que hasta hoy han mostrado mayor dinamismo, y volviéndose más difícil superar ciertos escollos, en virtud de que, lejos de ser circunstanciales o siquiera ajenos al proceso de desarrollo, son a menudo su corolario inevitable e incluso su punto de sustentación. Esto no quiere decir que pensemos que México ha de caer en el abandono o estancamiento y que el crecimiento de las

fuerzas productivas haya de interrumpirse de golpe y de manera arbitraria.

Para impulsar un proceso de desarrollo acelerado, en el que durante algunos años el producto nacional creciera entre el 8 y el 9%, en que la formación neta de capital alcanzara un nivel satisfactorio —digamos del 15-16% del ingreso nacional—, en el que dicha inversión se orientara hacia las actividades económicas y socialmente más productivas y los recursos todos se utilizaran de un modo medianamente racional, sería preciso llevar a cabo cambios profundos en la distribución de la riqueza y del ingreso y en la estructura de la producción y la demanda, que ni son fáciles ni están a la vista en nuestro país.

¿De donde podrían surgir los factores capaces de imprimir al desarrollo económico un ritmo más rápido y de expandir y encauzar en otra dirección el proceso de acumulación de capital? En los últimos años, el aumento del consumo tanto público como privado ha sido probablemente —del lado de la demanda— lo que más contribuyó a lograr una tasa aceptable de crecimiento del ingreso nacional. Pero una situación semejante no podría sostenerse a largo plazo, a menos que surgiera la posibilidad de incrementar en grande escala las exportaciones. La verdad, sin embargo, es que la capacidad de compra de las capas más amplias del pueblo está siendo en el fondo frenada por el propio proceso de acumulación de capital y por una rígida política que hace que los sectores populares consuman mucho menos de lo que producen. Y el problema no se circunscribe al llamado sector “moderno” de nuestra economía: está también presente en las áreas económicamente más atrasadas, donde los asalariados y pequeños productores proporcionan mercancías y en particular mano de obra barata y, cualquiera que sea el volumen del excedente que generen, sólo retienen lo necesario para vivir a niveles prácticamente de subsistencia.

Podría aducirse que tal estado de cosas sólo transfiere una parte de la demanda hacia el sector de ingresos medios y altos que es precisamente el que, a través de la compra de casas, bienes duraderos de consumo, ropa, alimentos, servicios, y en general un creciente poder de compra real, puede servir de base para un rápido desarrollo económico; y que, en todo caso, los programas de inversión pública y, en segundo lugar las exportaciones y el turismo, son capaces de

suplir cualquier deficiencia en la inversión privada debido a un consumo excesivo de los grupos de alto ingreso.

Ciertamente, la posibilidad de que tales factores contrarrestantes pudieran entrar en juego es digna de tomarse en cuenta; mas en nuestra opinión no invalida el punto de vista de que la perspectiva de crecimiento y mejor utilización del potencial productivo del país es todo menos prometedora o siquiera favorable.

El aumento sustancial de la capacidad de consumo de los estratos mayoritarios de la población podría, sin duda, sobre todo a corto plazo, estimular la producción, el mejor aprovechamiento de la capacidad productiva existente e incluso la formación de capital; pero en la práctica no es fácil que ello se produzca con un movimiento sindical débil, enajenado, traicionado por muchos de sus dirigentes y comprometido en buena medida a los intereses del sector patronal y del gobierno, y en un mercado en que la oferta de mano de obra supera en general crónicamente a la demanda, tanto en el campo como en las ciudades.

El aumento del consumo en los sectores intermedios y altos podría también entrañar un estímulo y traducirse en elevaciones de la demanda, que de momento alentarán la producción y la inversión misma. Al propio tiempo, sin embargo, la mayor concentración del ingreso y del poder de compra en manos de un sector minoritario provocaría seguramente desequilibrios cada vez más profundos en el reparto de la riqueza y el ingreso, en la formación del mercado interno, en la balanza de pagos y en todo el proceso de desarrollo; pues a la vez se traduciría, en mayor medida que hasta ahora, en la expansión del consumo suntuario, en graves distorsiones de la oferta y de la estructura productiva, en la dilapidación creciente de toda clase de recursos y, en última instancia, en que sólo una pequeña parte del potencial de ahorro absorbido por los grupos de más altos ingresos se destinara a la acumulación de capital; lo que agudizaría la peculiar contradicción, típica de muchos países subdesarrollados, de bajos niveles de consumo de las masas, crecientes posibilidades de ahorro e insuficientes niveles de inversión.

Por lo que se refiere al sector público no parece viable que pueda llevarse adelante, en forma indefinida, una política de incremento cada vez más rápido de los gastos corrientes, y menos aún que la

inversión crezca en un futuro cercano mucho más de prisa que hasta ahora y se convierta en el factor que imprima mayor dinamismo al proceso de desarrollo. Como bien dice un autor, una “vigorosa acción gubernamental” podría alterar la actual distribución del ingreso y alentar el desarrollo, pero “tales medidas [. . .] tendrían que adoptar formas que los hombres de negocios considerarían generalmente hostiles a los intereses de las empresas privadas; incrementos de salarios, aumentos de impuestos destinados a reducir el despilfarro [. . .]”⁵⁸ y —agregaríamos— muchas otras, de mayor envergadura, que tendrían que afectar los intereses de los grupos privilegiados y suponer cambios de fondo en la orientación de toda la política económica oficial [. . .]

[. . .] ¿Quiere esto decir que no hay, a la vista, posibilidades de cambio? De ninguna manera. Tarde o temprano, los intereses del pueblo acabarán por imponerse sobre los privilegios de la minoría. El panorama político de América Latina descubre un escenario en pleno proceso de cambio. La Cuba de hoy, la de Fidel y el *Che*, no es la Cuba de apenas ayer: la de los traficantes, de los hoteles de lujo, los garitos, los bohíos deprimentes y los millares de trabajadores ociosos después de cada zafra azucarera. Los gorilatos de Brasil o Argentina no son ya las viejas y en apariencia inexpugnables fortalezas ante las que el pueblo retrocedía atemorizado o caía acribillado e inerme. Por cada Marighela asesinado nacen a la lucha muchos jóvenes dispuestos a entregar también su vida y seguir adelante hasta el triunfo. El Uruguay de los tupamaros y las acciones revolucionarias no es ya el pequeño, cosmopolita, plácido país del Mar del Plata, atento a las modas europeas y cuya “democracia” debía supuestamente revivir en América el modelo suizo. El Perú de los incas empieza a despertar tras un sueño de siglos. Las calles y los campos de Venezuela, Colombia y Guatemala son frecuentes escenarios de la violencia de la oligarquía y la contraviolencia revolucionaria; y desde la otra punta del subcontinente, acaso para convertir los Andes en la Sierra Maestra de la tierra firme de América, Chile emerge al proceso revolucionario con una fórmula propia y una alianza popular que abre nuevas perspectivas a todos los pueblos.

⁵⁸ Raymond Vernon, *The Dilema of Mexico's Development*, Cambridge, 1963, p. 184.

México mismo, el de 1970, no es el México de antes; no es siquiera el de 1968. A las luchas espontáneas de los estudiantes ha seguido un proceso de toma de conciencia que seguramente dará frutos crecientes. El pueblo empieza a aprender de los hechos mismos, de sus propias acciones [. . .] Empieza a comprender que para cambiar una situación petrificada por la injusticia y el privilegio [. . .] es menester organizarse, entregarse a la lucha con decisión y disciplina, cobrar en ella conciencia cada vez más clara de los problemas y de la posibilidad de resolverlos, y evaluar rigurosamente las fuerzas en pugna para poder ubicar y, a la postre, vencer al enemigo. El mundo vive una etapa de cambios revolucionarios. Desde Vietnam hasta Cuba y desde Argelia hasta Chile, desde la vieja Indochina a la nueva China, los pueblos empiezan a abrir nuevos caminos, y México no podrá sustraerse a las exigencias indeclinables del progreso.

Nuestro pueblo también habrá de pasar del mundo de la necesidad al de la libertad; pero no sin antes pagar el precio, el alto precio que la historia siempre ha cobrado por la libertad.

MARXISMO Y SUBDESARROLLO*

II. CRÍTICAS AL "DETERMINISMO" ECONÓMICO DE MARX

[. . .] Desde hace prácticamente un siglo se repite, con empeño digno en verdad de mejor causa, que el desarrollo de la sociedad es un complejo fenómeno que Marx reduce inaceptablemente a una simple dimensión económica. Y el gastado argumento se reitera y pretende hacer valer, en particular en los países económicamente atrasados, por quienes temen que éstos descubran en el marxismo el camino de su liberación. Son tantas las críticas que se hacen a Marx que algunos de sus autores dan la impresión de no haber tenido tiempo siquiera de leerlo: Que es fatalista y no reconoce el valor de los grandes hombres en la historia, que su doctrina descansa en meras deducciones lógicas, que sus formulaciones son dogmáticas, que muchas de sus previsiones han resultado infundadas, que entre el primero y el tercer tomo de *El capital* hay contradicciones insalvables, que a los factores no económicos se asigna un papel secundario, son apenas algunas de las objeciones que los laboriosos enciclopedistas del antimarxismo han reunido a lo largo de décadas.

¿Cómo es posible que, pese a tantos y tan implacables enemigos, mientras la figura de Marx se afirma con el tiempo como una de las grandes figuras de la historia, los alegatos de sus críticos van siendo olvidados o sólo se manejan a menudo al bajo y vulgar nivel de la propaganda anticomunista? Las críticas al marxismo han caído casi siempre en el vacío, en parte, por lo menos, debido al hecho insólito de que con no menor frecuencia han atribuido al autor de *El capital* lo que nunca dijo. Probablemente a nadie se han imputado tantas cosas falsas como a Marx. ¿Quién puede sostener que su doctrina es fatalista y que menosprecia al hombre, cuando alienta tal confianza

* Fragmento de una intervención en la mesa redonda celebrada en el auditorio Justo Sierra, de la UNAM, el 13 de noviembre de 1967, con motivo del primer centenario de la publicación de *El capital*. Recogido en el libro *Problemas estructurales del subdesarrollo*.

en el progreso de la sociedad y postula que es el hombre el que hace su propia historia, y cuando, además, en la praxis de la revolución ofrece páginas tan extraordinarias como las de la vida de Lenin, que demuestran que la lucha revolucionaria, o sea el esfuerzo humano es indispensable para liberarse de la explotación y la injusticia?

¿Y qué decir del argumento según el cual el “determinismo económico” de Marx dejó por completo de lado los factores políticos y culturales, o sea de la insidiosa opinión de que los fundadores del socialismo científico, y sobre todo Engels, sustancialmente modificaron e incluso en buena medida abandonaron su “rígida” posición inicial?

Marx nunca postuló el mecanicista y burdo determinismo que sus enemigos le atribuyen, ni tuvo del “comportamiento humano” la idea que el profesor Rostow le imputa, de ser un mero “ejercicio de maximización de ganancias”.¹ Nunca negó que entre los múltiples factores que influyen en el desarrollo de la sociedad hubiera una constante interacción, ni sostuvo tampoco que el papel de los fenómenos no económicos o de carácter superestructural fuera pasivo.² La presencia de ciertas interrelaciones en el desarrollo del proceso social se advierte en Hegel y en el materialismo francés, e incluso empieza a tomar cuerpo desde la iniciación de los tiempos modernos, en que el hombre se percata de que el mundo en que vive no es cuadrado sino redondo, de que no es estático sino cambiante, y de que su transformación no está sujeta a mandatos divinos o siquiera a principios absolutos y uniformes. Si alguien tiene clara conciencia del carácter y de la importancia de esos cambios, así como de las interrelaciones que surgen entre fenómenos de la más diversa naturaleza son Marx y Engels, cuya teoría de la historia tiende precisamente a explicar los mecanismos fundamentales de transformación de la sociedad.

¿Y qué es lo que aporta esta teoría? Esencialmente aplica el método dialéctico y muestra que el papel de las ciencias sociales no es estudiar

¹ W. W. Rostow, *The Process of Economic Growth*, Oxford University Press, 1960, p. 329.

² El profesor Rostow pretende despojar al marxismo de todo valor cuando sentenciosamente afirma “Los sectores de la sociedad interactúan las fuerzas culturales, sociales y políticas, al reflejar diferentes aspectos de la aspiración humana, ejercen su propio auténtico impacto en la revolución de las sociedades, incluyendo su evolución económica. No son una superestructura derivada de la economía.” *Ibidem.*, p. 330.

fenómenos acabados sino procesos. Las verdades eternas no existen. En vez de objetos muertos, de cosas inanimadas, fijas e inmutables, es necesario reparar en el cambio, en la transformación constante, en la concatenación de los procesos y en su integración en un todo.³

O sea que no basta advertir el movimiento como escenario de la historia: es preciso también descubrir su naturaleza y, podría decirse, su *modus operandi*. Los fenómenos sociales no se desenvuelven regularmente, en equilibrio, en secuencias circulares en que sólo se repitan de manera uniforme y constante. Lejos de ello son contradictorios. Éste es el núcleo central de la teoría del materialismo: “[. . .] un proceso no puede continuar inalterado, en sentido alguno, en un mundo real que inevitablemente acarrea contraprocesos [. . .]”, que, a su vez, “al unirse con el proceso original producen una verdadera novedad o la próxima etapa de desarrollo”.

Los cambios de una etapa son el resultado de contradicciones internas de una fase previa, y no de una evolución gradual.

“[. . .] Los cambios graduales conducen eventualmente a situaciones críticas, en las que el cambio no puede ser ya gradual [. . .]” “Lo viejo y lo nuevo no son nunca distintos; aunque se hallan en oposición, reaccionan continuamente el uno en relación con el otro; pero lo viejo no se transforma en lo nuevo: lo que sucede más bien es que lo nuevo se separa violentamente de lo viejo y lo destruye [. . .]” “El materialismo dialéctico —por consiguiente— al mismo tiempo que insiste en la totalidad de la interacción, insiste igualmente en la distinción y en el cambio abrupto [. . .]”⁴

Las contradicciones dialécticas no son ideas abstractas, no son meras formas o categorías conceptuales desligadas del mundo real: son relaciones a través de las cuales se expresan las leyes del desarrollo de la sociedad, entrelazadas en su operación con la acción humana, entendida ésta como la acción de las clases sociales, de masas, de pueblos y no de individuos aislados. Por eso es tan importante comprender el alcance de la tesis expuesta por Marx en las primeras líneas de *El 18 brumario*: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas [. . .] con que se encuentran directamente,

³ Véase F. Engels, *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.

⁴ John Bernal, *Libertad de la necesidad*, México, 1958, pp. 587 y 595-597.

que existen y transmiten del pasado [. . .]”⁵ ¡Qué lejos están tales formulaciones del determinismo que suele atribuirse a Marx! Pretender que lo único que cuenta para éste es lo económico, es desfigurar su pensamiento hasta extremos grotescos; es como creer que al profundo y riguroso análisis de Marx y Engels escaparon las obvias interrelaciones señaladas por el profesor Rostow. “La interacción (concretamente) entre la política y la economía —escribe Plejanov— existe. . .” Pero ¿por qué quedarnos en ella? “[. . .] ¿es que la existencia de la interacción nos prohíbe ir adelante en nuestro análisis de la vida de la sociedad? [. . .] Las instituciones políticas influyen en la vida económica [. . .] bien facilitan su desarrollo o lo impiden [. . .]”⁶

Todo eso es cierto y, en buena medida, elemental. Entre lo económico y lo no económico hay relaciones estrechas y dinámicas. Desde la superestructura política o jurídica ciertos factores suelen influir de diversas maneras sobre la estructura económica, y lo mismo ocurre con la conexión existente entre las relaciones de producción dominantes y el desarrollo de las fuerzas productivas. A este respecto, en particular, “[. . .] solamente en un discurso populachero puede hablarse sobre la economía como la primera causa de todos los fenómenos sociales. Lejos de ser una primera causa es consecuencia, una ‘función’ de las fuerzas productivas.”⁷

Sólo porque incluso en nuestros días y en nuestro medio se sigue obstinadamente tergiversando el papel que el marxismo asigna al factor económico, nos permitiremos transcribir varios párrafos de dos famosas cartas de Engels, ambas escritas en 1890, la primera a J. Bloch y la segunda a C. Schmidt:

Según la concepción materialista de la historia el elemento determinante de la historia es *en última instancia* la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el *único* determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base,

⁵ Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, tomo I, Moscú, 1951, p. 224.

⁶ J. Plejanov, *El desarrollo de la concepción monista de la historia*, México, 1958, p. 145.

⁷ *Ibidem*, p. 148.

pero las diversas partes de la superestructura —las formas políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etcétera, las formas jurídicas y en consecuencia inclusive los reflejos de todas esas luchas reales en los cerebros de los combatientes: teorías políticas, jurídicas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas— también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos preponderan en la determinación de su *forma*. Hay una interacción de todos esos elementos, en el seno de la interminable *multitud* de accidentes (es decir, de cosas y hechos cuyo vínculo interno es tan lejano o tan imposible de demostrar que los consideramos como inexistentes y que podemos despreciarlos), el movimiento económico termina por hacerse valer como necesario. Si no fuese así, la aplicación de la teoría a cualquier periodo de la historia que se elija sería más fácil que la solución de una simple ecuación de primer grado.

Nosotros hacemos nuestra historia, pero en primer lugar con premisas y condiciones muy determinadas. Entre éstas, las económicas son en definitiva las decisivas. Pero las condiciones políticas, etcétera, y por cierto inclusive las tradiciones que obedecen a los cerebros humanos, también desempeñan un papel, aunque no decisivo.

Y en la carta del propio Engels a Schmidt, se dice:

[. . .] Los reflejos económicos, políticos y demás, son iguales que los del ojo humano: pasan por una lente convergente y por ello aparecen invertidos, patas arriba. El hombre del mercado monetario sólo ve el movimiento de la industria y del mercado mundial en el reflejo invertido del mercado de valores, y así el efecto se convierte para él en causa.

Allí donde hay división del trabajo en escala social hay también recíproca independencia entre los diversos sectores del trabajo. El factor decisivo es en última instancia la producción. Pero cuando el comercio de productos se independiza de la producción misma, entonces sigue un movimiento propio, el que, si bien es gobernado en conjunto por la producción, en casos particulares y dentro de esta dependencia general sigue leyes particulares contenidas en la naturaleza de este nuevo factor; este movimiento tiene fases propias y reaccúa a su vez sobre el movimiento de la producción.

[. . .] Si Barth supone que nosotros negamos todas y cada una de las reacciones de los reflejos políticos, etcétera, del movimiento económico sobre el movimiento mismo, simplemente embiste contra molinos de viento [. . .] Lo que les falta a esos señores es dialéctica. Nunca ven otra cosa que causa por aquí y efecto por allá. El que esto es una abstracción vacía, el que tales opuestos polares metafísicos únicamente existen en el mundo real durante la crisis, en tanto que todo el vasto proceso se produce en forma de interacción (si bien de fuerzas muy desiguales, siendo con mucho

el movimiento económico el más fuerte, el más elemental y decisivo) y el que todo es relativo y nada absoluto: esto nunca terminan de verlo. Para ellos Hegel nunca existió.⁸

De las transcripciones anteriores queda claro que el principal punto de sustentación de muchas de las críticas que se hacen a Marx son los prejuicios de sus autores, y que la tendencia a identificar las “condiciones materiales” de que él habla con un mezquino interés individual en obtener determinados beneficios, distorsiona la concepción materialista de la historia y vuelve del todo incomprensible el desarrollo de la sociedad. La naturaleza y el alcance que el marxismo atribuye al factor económico son muy diferentes: no se le concibe como un dato concreto, específico, aislado, que arbitrariamente se elija como fenómeno determinante, sino como una compleja estructura sujeta a continuos cambios. La vida social, para Marx, se desenvuelve conforme a leyes que se expresan en ciertas relaciones. Pues bien: “el conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la vida social. El modo de producción de la vida social, política e intelectual en general.”⁹

O en otras palabras del propio Marx: “[. . .] las relaciones sociales se hallan íntimamente enlazadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción y al cambiar el modo de producción, la manera de ganar su vida, cambian todas sus relaciones sociales [. . .]” Cuando se habla de estas relaciones no se alude, desde luego, a conexiones o modalidades propias de determinados procesos productivos, a algo parcial o fragmentario. “[. . .] Las relaciones de producción de cualquier sociedad forman un todo.”¹⁰

⁸ Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, 1957, pp. 309 a 314.

⁹ Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, La Habana, 1966, p. 12.

¹⁰ Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Argentina, 1946, pp. 118 y 119.

HACIA UNA TEORÍA DEL SUBDESARROLLO*

[. . .] Avanzar en la elaboración de una teoría en el complejo campo de las ciencias sociales, sobre todo en un momento en que las fuerzas en conflicto se polarizan, las fricciones se ahondan y los desacuerdos se multiplican, reclama un gran esfuerzo de sistematización y de síntesis, así como escapar a las presiones políticas y aun a las meramente emocionales que a menudo vuelven imposible distinguir la realidad de su apariencia. Mas así como el logro de un mínimo de objetividad no se consigue evadiendo o tratando de soslayar la realidad, sino viviéndola y enfrentándose a ella, esforzándose por desentrañarla, actuando como parte comprometida en el proceso de cambio y no pretendiendo ser un juez superior e inapelable cuyos fallos se produzcan al margen de la contienda y de los intereses en pugna; así también, el propósito de destacar con sencillez y congruencia las variables decisivas del fenómeno del atraso económico no puede consistir, como algunos autores pretenden, en hacer tentadores y simplistas modelos matemáticos globales, en los que se cuantifiquen e interrelacionen tres o cuatro variables, olvidándose del dinamismo del proceso de desarrollo, de los factores con frecuencia esenciales que, por lo menos hasta ahora no son susceptibles de medición numérica y de que, en el fondo, como bien señala la señora Robinson, aún no se ha avanzado suficientemente en el conocimiento de las fuerzas determinantes de la acumulación de capital y de las reacciones de la comunidad en los diferentes sistemas sociales, como para expresar ese conocimiento “en términos algebraicos”.¹

Acaso el rasgo común que más sorprende y desconcierta en las teorías burguesas del desarrollo, es el de que a pesar de los refinamientos metodológicos y técnicos de que se hace gala en ciertos planteamientos, lo que escapa a ellos es la realidad social del desarrollo y el

* Fragmentos del capítulo 3 del libro *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, UNAM, México, 1967.

¹ Joan Robinson, *Economic Philosophy*, Londres, p. 107.

subdesarrollo y su examen objetivo. Tales teorías parecen moverse en un mundo en que los fenómenos económicos resultan de leyes psicológicas inmutables, de propensiones extraeconómicas, de motivaciones individuales, círculos viciosos, funciones lineales o, en el mejor de los casos, procesos de causación circular. Refiriéndose, precisamente, a la teoría del desarrollo dominante en los centros universitarios de occidente, el profesor Furtado expresa con razón que: “[. . .] ese punto de vista presenta la falla fundamental de pasar por alto que el desarrollo económico posee una nítida dimensión histórica. La teoría del desarrollo que se limita a reconstruir —dice— en un modelo abstracto —derivado de una experiencia histórica limitada— las articulaciones de determinada estructura, no puede pretender un elevado rango de generalidad.”²

No es extraño, en tal virtud, que el observador encuentre con frecuencia incomprensibles tales esquemas y modelos teóricos, y se pregunte dónde están en ellos el imperialismo, la presión asfixiante de los países fuertes sobre los débiles, la explotación brutal que muchos pueblos de los hoy atrasados han sufrido, las clases sociales y sus luchas irreconciliables, los cambios en la estructura social, el desperdicio y la corrupción; dónde está ese fenómeno complejo, envolvente, profundo y vasto de la dependencia, cuya sola presencia condiciona toda posibilidad de desarrollo capaz de satisfacer las necesidades de los países económicamente atrasados; dónde está, en una palabra, la realidad.

Al tratar de explicar en una perspectiva histórica los factores que a nuestro juicio más influyen en el atraso latinoamericano, somos conscientes de las limitaciones de nuestro esfuerzo. Sabemos que Latinoamérica es un continente complejo y múltiple, y que para trazar una política nacional concreta sería preciso internarse en el bosque y acercarse a muchos de los árboles. Comprendemos también que hacer una teoría del desarrollo exigiría un esfuerzo que rebasa con mucho tanto el marco de este trabajo como el límite de nuestra capacidad, y acaso de cualquier capacidad individual. Podríamos, en defecto de ello, tratar de construir un modelo simplificado y estático —semejante a algunos de los muchos que se han puesto de moda en

² C. Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*. . . , pp. 149-150.

la literatura reciente del desarrollo—; pero creemos que intentar tal cosa no tendría especial utilidad teórica o práctica.

[. . .] Nuestra meta es otra diferente y más ambiciosa: tratamos más bien de destacar la presencia y de establecer la interrelación dinámica de los factores que fundamentalmente han moldeado y siguen condicionando el desarrollo latinoamericano. Porque lo que parece claro es que no son factores aislados los que están en juego, sino elementos cuya interacción ha determinado el subdesarrollo y cuya trabazón interna es preciso, en consecuencia, descubrir, aunque su ponderación rigurosa haya de requerir de estudios adicionales y de esfuerzos tendientes a sustanciar y verificar detalladamente lo que nosotros sólo hemos de bosquejar toscamente en estas páginas.

Entre tales factores, aquellos a los que dedicaremos la mayor atención —y que en general son, a la vez, de los que a menudo ni siquiera se mencionan en las explicaciones más convencionales— hemos elegido los siguientes: el colonialismo, el librecambismo, el imperialismo, el tipo peculiar de capitalismo que ha surgido en los países económicamente atrasados, el fenómeno de la dependencia, la tendencia a la concentración, el defectuoso y antisocial reparto de la riqueza y el ingreso nacional y —como consecuencia y en parte también causa de todo ello— el cuadro desfavorable en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital y desarrollo.

El colonialismo fue el primer canal de acceso del capital europeo a nuestros países, de un capitalismo incipiente, subordinado desde su nacimiento, cuya irrupción constituyó un hecho desquiciador y entorpecedor del desarrollo latinoamericano. En una etapa histórica posterior, cuando el capitalismo se consolidaba como sistema dominante y los países de América conquistaban su independencia política, fue el librecambismo, en el marco conceptual de la filosofía liberal, el puente que mantuvo en contacto a esos países con el mercado mundial en expansión. Al pasar el sistema de la fase competitiva a la del monopolio, surgió el imperialismo, y bajo su influencia —en ciertos aspectos aún más negativa que la del viejo colonialismo mercantil— en Latinoamérica, al igual que Asia y África, se convertiría en uno de los tres grandes proveedores de materias primas y alimentos para las potencias de Occidente y, más tarde, en comprador importante de sus manufacturas.

Así como la evolución del capitalismo llevó al imperialismo y éste ha agudizado el subdesarrollo en vastas regiones del mundo, en el nuevo marco histórico, distinto sin duda a aquel en el que se industrializaron los países europeos, Estados Unidos y aun Alemania y Japón, surgió un capitalismo diferente, contrahecho, profundamente irracional, lleno de imperfecciones y desajustes estructurales e incapaz en gran medida de movilizar el potencial productivo en torno al móvil del lucro.

Todavía más, mientras que el capitalismo europeo tradicional se desarrolló en marcos independientes que permitieron a la burguesía nacional de cada país orientar el proceso como más convenía a sus intereses y, en ciertos momentos incluso a los intereses generales de la sociedad, bajo el capitalismo del subdesarrollo, presente en Latinoamérica, la nota distintiva a ese respecto sería la dependencia, una dependencia que no sólo se da en campos aislados: la economía, la técnica, la política, la cultura, sino en todos ellos; una dependencia profunda, recíproca, estructural, derivada de la subordinación, de la desigualdad del desarrollo y de las injustas relaciones existentes entre los grandes países imperialistas y las naciones pobres.

Como resultado de todo ello, el proceso de desenvolvimiento económico tenía que ser lento y accidentado en América Latina y la riqueza y el ingreso nacional se repartirían en condiciones aún más inequitativas desde el punto de vista social y francamente perjudiciales en lo económico, que las conocidas en los países hoy industrializados y que traerían consigo patrones en que el bajísimo nivel de vida de las masas populares, lejos de tener como contrapartida una alta tasa de inversión, se expresaría en una increíble y aun escandalosa concentración del ingreso en manos de las minorías privilegiadas, en las más variadas e irracionales formas de dilapidación del excedente económico y en una insuficiente y lenta formación de capital [. . .]

EL COLONIALISMO

[. . .] Muchos de los economistas occidentales que se ocupan del subdesarrollo, descartan la influencia de este factor, y aun tratan de demostrar que la dominación colonial fue favorable: “[. . .] la parte de la India en que el dominio británico fue más completo y duró más tiempo

—escribe, por ejemplo, el profesor Galbraith— es hoy [. . .] la más progresista del subcontinente”.³

Myrdal, por su parte, hace notar que “la explotación no es tal, sino más bien una regla del juego del mercado [. . .]” “En realidad —añade— la actividad económica de los colonizadores representó una forma impulsora de la expansión económica, la cual, en ausencia de las peculiares relaciones de dominio del colonialismo, no hubiera tenido lugar.”⁴ [. . .] Lo que se piensa en los países que han sido víctimas del coloniaje, es bien distinto a lo que creen algunos economistas metropolitanos: “El gobierno británico en la India —se expresa en la *Declaración de Independencia* de esta nación— no sólo ha privado al pueblo de libertad sino que ha descansado en la explotación de las masas y arruinado al país económica, política, cultural y espiritualmente [. . .]” El ex primer ministro Nehru, como ya vimos en líneas precedentes, señalaba a su vez que: “[. . .] casi todos los problemas principales [de la India] se gestaron durante el dominio británico y son el resultado directo de la política británica [. . .]” Y el economista Singh, aludiendo al mismo hecho, afirma que: “La agricultura, la fuente principal de acumulación de capital en un país predominantemente agrícola, se organizó sobre una base de la que sólo podía surgir una economía subdesarrollada [. . .]”⁵

Lo mismo podría decirse de América Latina, donde el dominio colonial subordinó por siglos a casi todos los países de la región a los intereses metropolitanos, obstruyó el desarrollo independiente, desgarró y destruyó violentamente, hasta aniquilarlas en muchos casos, las expresiones más valiosas de las viejas culturas autóctonas; impuso por la fuerza una nueva religión, interrumpió el proceso del desarrollo histórico, introdujo instituciones inadecuadas a la realidad americana, desfiguró las economías nacionales, generalizó la explotación y el despojo, monopolizó el comercio e hizo de cada país un granero y más comúnmente una mina de metales preciosos, cuyos beneficios siempre se destinaron a la metrópoli [. . .]

[. . .] la colonia significó —señala el historiador argentino, Sergio Bagú— una operación de las más brutales proporciones. El indio fue arrebatado por

³ J. K. Galbraith, *Economic Development*, Oxford University Press, 1964, p. 16.

⁴ G. Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México, 1959, p. 70.

⁵ B. Singh, *Indian Economy, Yesterday and Today*, India, 1964, p. 62.

la fuerza de su comunidad, su familia y su hogar [. . .] Con el correr del tiempo las cosas fueron empeorando. Pueblos enteros de indios desaparecieron [. . .] El trabajo en la nueva sociedad, es una maldición y el indio es siempre. . . el culpable, el vil, el despreciable [. . .]⁸

[. . .] La política de España —escribe a su vez Mariátegui— obstaculizaba y contrariaba totalmente el desenvolvimiento económico de las colonias al no permitirles traficar con ninguna otra nación y reservarse como metrópoli, acaparándolo exclusivamente, el derecho de todo comercio y empresa en sus dominios.¹⁰

En todo el periodo de la América Colonial —recuerda al respecto un economista argentino— el rasgo distintivo de la organización económica fue el régimen de monopolio excluyente impuesto por las metrópolis.¹¹

E invocando los autorizados testimonios del padre Las Casas, el libertador Bolívar escribía en 1815: Tres siglos ha, dice usted, que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana, y jamás serían creídas por los críticos modernos, si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades [. . .]¹²

[. . .] El proceso de incorporación al sistema colonial de los países europeos fue todo menos terso y suave: “La cruel rapacidad de la política colonial durante los siglos XVII y XVIII, difirió poco de los métodos con que los cruzados y los comerciantes armados de las ciudades italianas habían robado a los territorios bizantinos del Levante en los primeros siglos.”¹³

[. . .] Ha sido, en fin, tan fuerte la influencia del colonialismo en el subdesarrollo económico, que incluso algunos de los caracteres psicológicos que se observan en los países subdesarrollados, son sin duda residuos de la herencia colonial. Por ello no es casual que al distinguir los diversos grupos de países en que el mundo se divide hoy, la señora-

⁸ Sergio Bagú, *Estructura social de la Colonia*, Buenos Aires, 1952, pp. 129 y 130.

¹⁰ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1952, p. 15.

¹¹ Aldo Ferrer, *La economía argentina*. México, 1963, p. 27. Sobre lo que tal monopolio significó para Chile, véase: Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*. Santiago, 1959.

¹² Simón Bolívar, en *Hispanoamérica en lucha por su independencia*, México, 1962, p. 26.

¹³ M. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1946, p. 208.

Robinson caracterice a los países atrasados como regímenes “coloniales, neocoloniales y ex coloniales.”¹⁶

EL LIBRECAMBISMO

Desde las postrimerías del régimen colonial empezaron a suavizarse las restricciones legales al comercio exterior latinoamericano. El monopolio tradicional, sin embargo, siguió de hecho en vigor, limitando grandemente las posibilidades de intercambio con los países que empezaban a industrializarse y que, desde tiempo atrás habían superado e incluso dominado económicamente a España y Portugal.

El triunfo de las luchas por la independencia no trajo consigo cambios fundamentales inmediatos en la estructura socioeconómica de las nacientes repúblicas. En la mayor parte de los casos se necesitarían varias décadas para sentar las bases de los nuevos regímenes sociales y políticos. Pero tratándose específicamente del comercio, el fin del coloniaje habría de significar el desplome inevitable de toda la vieja política mercantil sostenida enérgicamente por España y del sistema del monopolio comercial [. . .]

Durante la primera mitad del siglo XIX, las exportaciones latinoamericanas crecieron apreciablemente. La doctrina de los costos comparativos se hallaba en apogeo, los países latinoamericanos no podían improvisar una industria propia y el aumento de la demanda de alimentos y materias primas, procedente, sobre todo, de Inglaterra, operó como un factor dinámico que habría de provocar sensibles cambios en la economía latinoamericana. Fue en la segunda mitad del siglo, empero —en rigor después de 1860— cuando el crecimiento económico se aceleró desde México y Cuba hasta Brasil, Argentina, Uruguay, Chile y Perú. A medida que el desarrollo del capitalismo y el creciente intercambio hicieron posible crear un verdadero mercado mundial, los países latinoamericanos se incorporaron de prisa a ese mercado y su comercio se incrementó a un ritmo sin precedente. Pero el mayor comercio con el extranjero no significó la industrialización de Latinoamérica, del mismo modo que la adopción de una política liberal hacia el exterior no trajo consigo, especialmente en la primera mitad del siglo, una transformación socioeconómica interna que

¹⁶ Joan Robinson, *Op. cit.*, pág. 99.

permitiera liberar el potencial productivo de las trabas que impedían su mejor utilización.

La fórmula dominante fue una en que la libertad hacia afuera se hacía paradójicamente coincidir con la sujeción interior y a menudo con una verdadera tiranía interna, y en la que el librecambismo, se abría paso y a la vez chocaba con otros ismos: el fanatismo, el latifundismo, el militarismo [. . .]

En resumen, la vigencia del librecambismo como pauta rectora de las relaciones económicas internacionales, si bien alentó cierto crecimiento sobre todo en los países del sur del continente, no hizo posible un verdadero desarrollo. En realidad, la industrialización no llegó a cobrar impulso; las obras de infraestructura realizadas de preferencia en el último tercio del siglo XIX, sirvieron fundamentalmente para consolidar los intereses del capital extranjero; el latifundio siguió siendo la forma de tenencia de la tierra predominante aun en los países en que, como México, el clero fue despojado de su gran riqueza territorial; y el modelo “inglés” de división internacional del trabajo, basado supuestamente en la especialización resultante de las ventajas relativas de cada país, sólo sirvió en el fondo para imprimir a la economía latinoamericana un marcado carácter de economía primaria de exportación, para distorsionar gravemente su estructura, dar un aliento unilateral a ciertas actividades, postergar a otras y agudizar la dependencia respecto a los países que empezaban a especializarse en la producción y exportación de manufacturas.

EL IMPERIALISMO

El siguiente gran obstáculo que a nuestro juicio ha impedido el desarrollo latinoamericano, sobre todo a lo largo del presente siglo, es el imperialismo. Si ciertos economistas no conceden mayor importancia al colonialismo, e incluso suponen favorable al régimen de librecambio, respecto al fenómeno del imperialismo suelen adoptar actitudes todavía más superficiales y dogmáticas, llegando al extremo de no mencionarlo siquiera o de sólo hablar de él en ocasiones excepcionales, como si se tratara de un tema deleznable, intrascendente e indigno de las academias y universidades [. . .]

Robert L. Garner, ex funcionario del BIRE, expresaba hace una década en una conferencia de hombres de negocios celebrada en

Nueva Orleans, que: “Aun cuando muchos de los países latinoamericanos no parecen haberse percatado de ello, han terminado los días del imperialismo en las inversiones en el continente occidental [. . .]”¹⁸

Hacia mediados del siglo, Latinoamérica inició un desarrollo comercial e incluso industrial que, en condiciones históricas distintas pudo haber sido el punto de partida de un desenvolvimiento análogo al que años atrás habían logrado otras naciones. La política de desarrollo de entonces se trazó en general bajo la inspiración de un liberalismo que, en el plano interior, buscaba la desamortización de una riqueza concentrada en manos muertas —eclesiásticas y laicas— y la transformación de una vieja estructura social y política; y en el plano exterior descansaba, como antes hemos visto, en un sistema de libre comercio que, a la vez, constituía en ese momento la mejor arma de Inglaterra para llevar a cabo su expansión comercial en América Latina y en el mundo [. . .]

Aún hoy, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el fenómeno del imperialismo como una categoría histórica específica, no es difícil advertir que en amplios círculos subsiste una increíble confusión sobre lo que es y lo que representa para América Latina. Se sigue pensando por muchos, como observaba Bujarin hace cerca de cuatro décadas, que el imperialismo es “en general una política de conquista”, según la cual “puede hablarse con el mismo derecho del imperialismo de Alejandro de Macedonia y de los conquistadores españoles, que del imperialismo de Cartago y de Iván III, del de la antigua Roma y de la moderna Norteamérica, del de Napoleón y Hindenburg”. “Pero como es de sencilla esta teoría, es de absolutamente falsa; falsa porque ‘explica’ todo y a la vez nada.”¹⁹

¿Y cuáles son los principales efectos que el imperialismo ha ejercido y ejerce en particular sobre el desarrollo económico de Latinoamérica?²³

¹⁸ Citado por Alonso Aguilar M., “La Inversión Extranjera”, Conferencia en la Escuela Nacional de Economía, México, 1955.

¹⁹ Nicolai Bukharin, *Imperialism and World Economy*, Londres, 1939, p. 112.

²³ Sobre la influencia del imperialismo en el subdesarrollo económico, véanse: Maurice Dobb, *Economía política y capitalismo*, Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*; Paul Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, y P. Baran y P. M. Sweezy, *Monopoly capital*.

Con frecuencia se piensa que el imperialismo obstruye toda posibilidad de desarrollo en los países dependientes. Se le presenta como una traba absoluta y como un escollo a veces irrebalsable; pero el rol del imperialismo en la configuración del subdesarrollo es mucho más complejo y dinámico. Bajo su influencia, el capitalismo se desenvuelve incluso con mayor celeridad que antes: las fuerzas productivas se expanden; se extiende la economía monetaria; se generaliza el trabajo asalariado; crecen las importaciones y exportaciones, sobre todo de capital, y este solo hecho influye grandemente en la consolidación del sistema económico.²⁴ Pero como hemos de ver más adelante, el capitalismo que surge en el país dependiente no es ya un factor decisivo, como lo fue en la metrópoli, del desarrollo económico. Hecha esta aclaración, veamos qué papel juega el imperialismo en Latinoamérica:

1. El imperialismo hizo surgir un sistema de relaciones comerciales “neomercantilistas”, siempre favorables a la metrópoli [. . .]
2. Al amparo de una teoría del comercio favorable a los intereses de los países industriales, Latinoamérica se especializó en la producción y, sobre todo, la exportación de unos cuantos productos primarios [. . .]
3. A fines del siglo XIX, las inversiones del exterior empezaron a adquirir un gran relieve en Latinoamérica, a medida que los países industriales ampliaban su radio de influencia. Pero tales inversiones no se canalizaron hacia el desarrollo industrial, sino que fundamentalmente se destinaron a crear economías externas y en general condiciones favorables al propio capital extranjero invertido en actividades primarias [. . .]
4. Otro efecto negativo consiste en que el imperialismo implica una súbita “exportación de monopolios” hacia Latinoamérica [. . .]

EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

La presencia del capitalismo en el panorama latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente a partir de 1880, es

²⁴ “La exportación de capital ejerce una influencia sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido, acelerándolo extraordinariamente.” V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, México, 1936, p. 99.

manifiesta: el incremento del comercio y, sobre todo del movimiento internacional de capitales, el gran desarrollo agrícola y comercial de los países del Río de la Plata, el auge del salitre en Chile y Perú, el resurgimiento de la minería en México, el rápido crecimiento de las vías férreas en múltiples países, la expansión de la industria azucarera en las Antillas, la mayor intensidad del transporte marítimo, los despojos masivos de campesinos y la consiguiente mayor movilidad de la mano de obra, la generalización del trabajo asalariado, la desamortización de la propiedad eclesiástica, la formación de un nuevo tipo de latifundios, la destrucción de múltiples ramas artesanales, la extensión de los servicios públicos, la implantación de la educación laica y la adopción de nuevas formas de organización política, son hechos que ponen de relieve que, con ritmos del siglo XIX fue arraigando el capitalismo en Latinoamérica, del mismo modo que por entonces lo hacía también en países como la India y otros de Asia y África.

En el desarrollo capitalista de Latinoamérica hay, sin embargo, diferencias profundas con lo que ese proceso había sido en Europa; el capitalismo latinoamericano no fue la culminación de un desarrollo histórico cuya propia dinámica llevaría a un nuevo tipo de relaciones de producción. Desde el periodo colonial en adelante, fue un fenómeno artificial; y ni siquiera el tránsito de una etapa a la siguiente fue el fruto de una maduración interna previa, sino de hechos que se producían, en buena parte, al margen de Latinoamérica [. . .] El nacimiento del imperialismo en los países industriales fue el fruto natural de la concentración de capital y del monopolio; en Latinoamérica, en cambio, fue en gran medida un hecho súbito, inesperado, artificial, que nada tenía que ver con el grado de desarrollo nacional de los recursos productivos en los países de la región.

Una segunda diferencia, ligada estrechamente a la anterior y que en cierto modo se desprende de ella, consistió en que el capitalismo que empezó a desenvolverse en Latinoamérica a partir de la Colonia, fue un fenómeno importado, extranjero, mientras que en otros países había sido enteramente o por lo menos fundamentalmente nacional, lo que habría de traer consecuencias políticas y sociales importantes. Otra más consistió en que el grado de violencia con que el capitalismo irrumpió en las viejas estructuras fue mucho mayor que en los países metropolitanos en que el proceso se había iniciado. En fin, en tanto

que, en estos últimos países la expansión capitalista había significado mayor independencia, rápidos procesos de integración nacional, un acelerado desarrollo de la industria y la aparición de una nueva y emprendedora burguesía, en Latinoamérica se configuró un modelo distinto, cuyos signos más característicos serían la dependencia, la profunda desigualdad en el desarrollo nacional, la desintegración regional, el estancamiento de la industria y la presencia de una clase dominante-dominada.

En otras palabras, al cobrar impulso el capitalismo latinoamericano cuando el capitalismo europeo había sufrido profundos cambios, entrado ya al estadio del monopolio e iniciado, en un sentido histórico su descomposición, el cuadro es enteramente otro mucho menos favorable que el anterior, y en el que, en vez de “manos invisibles” y mecanismos automáticos de ajuste, lo que Latinoamérica conoce son alcabalas, estancos y monopolios; en vez de un estado guardián que se limite a regular discretamente y desde atrás la actividad económica y de regímenes políticos liberales, lo que hay son interferencias y acciones estatales de todo tipo y gobiernos autoritarios y dictatoriales, que en gran medida son un instrumento para crear y mantener privilegios; en vez de empresarios ahorrativos e innovadores surgen rentistas ociosos, burócratas ineficientes, jerarcas militares y latifundistas conservadores e intermediarios insaciables, que en conjunto absorben y dilapidan una parte sustancial del excedente económico; en suma, en vez de una clase obrera vigorosa y combativa, las clases populares siguen dispersas, heterogéneas y enajenadas, y en vez de un capitalismo nacional pujante que se traduzca en cambios estructurales profundos y en una rápida acumulación de capital, aparece un capitalismo débil, incipiente, alienado, inestable y profundamente contradictorio, incapaz de multiplicar las fuerzas productivas en un lapso razonablemente breve y que, contra lo que pudo pensarse a partir del desarrollo europeo de los siglos XVIII y XIX, está lejos de ser el símbolo de una racional utilización de los recursos productivos [. . .]

LA DEPENDENCIA ESTRUCTURAL

A menudo se piensa que los países latinoamericanos son países independientes, cuyas relaciones con las grandes potencias pueden ser en un

momento dado desfavorables, a consecuencia de su pobreza y su debilidad. En otras ocasiones se tiende a creer que la dependencia consiste tan sólo, o se expresa por lo menos, principalmente, en el campo del comercio exterior, y en otras más se la vincula al aspecto financiero, como si únicamente consistiera en que nuestros países financian en parte su desarrollo con inversiones y préstamos del exterior.

La dependencia es algo mucho más complejo y profundo, que afecta en sus bases mismas toda la estructura económica y que constituye —como ha dicho el profesor Bettelheim— una “red” de la que los países atrasados tendrán que librarse para poder elevar el nivel de vida de sus pueblos. El mismo autor considera que la dependencia asume principalmente dos formas: una política y otra económica, destacando en esta última, a su vez, la dependencia comercial y la financiera.

En el caso de Latinoamérica podría hablarse más bien de una dependencia o subordinación *estructural*, es decir, de una dependencia que es económica, tecnológica, cultural, política y aun militar a la vez, que influye grandemente en la fisonomía de toda la estructura socioeconómica y que, en particular, condiciona muchos de los rasgos principales del sistema y del proceso de desarrollo. Sin embargo debe entenderse que la dependencia: “[. . .] no entraña necesariamente —como bien lo aclara Bettelheim— el estancamiento del desarrollo y menos aún el retroceso general de [las] fuerzas productivas. Pero implica un tipo de desarrollo particular que conduce a la hipertrofia de algunos sectores que las clases extranjeras dominantes tienen interés en desarrollar, y a la paralización, e incluso el retroceso, de otros sectores.”³⁵

La dependencia estructural de que hablamos, no sólo se extiende a los más diversos campos sino que las formas que asume se interinfluyen recíprocamente y vuelven muy difícil romper el sistema de subordinación. Así, por ejemplo:

1. La dependencia económica es causa y a la vez en cierto modo consecuencia de la subordinación tecnológica, cultural y política.
2. La dependencia comercial y la financiera están estrecha y mutuamente ligadas entre sí.

³⁵ Charles Bettelheim, *Planification et Croissance Accélérée*, París, 1964, pág. 32.

3. La dependencia tecnológica se traduce con frecuencia en una mayor subordinación económica.
4. La dependencia cultural agudiza la subordinación económica y desalienta la lucha por la independencia política.
5. Y la dependencia política impide que los países que la sufren protesten con energía por las agresiones económicas del imperia-
lismo y busquen nuevos caminos para su desarrollo.

CAMBIOS ESTRUCTURALES, ETAPAS HISTÓRICAS Y DESARROLLO ECONÓMICO EN MÉXICO*

I. ALGUNAS CUESTIONES METODOLÓGICAS

La determinación de las etapas que han correspondido a cambios profundos en la estructura socioeconómica mexicana no es, ni mucho menos, sencilla. Entre nuestros economistas, sociólogos, antropólogos e historiadores faltan aún criterios definidos sobre los periodos fundamentales de la historia mexicana, que se consideren estrechamente ligados a cambios de carácter estructural. A menudo se repite el esquema que los textos escolares de historia han popularizado y se ofrecen como principales etapas las que corresponden al México precortesiano, a la colonia y a la república, subdividiéndose esta última en la Independencia, la Reforma y la Revolución [. . .]

Cuando los periodos elegidos se asocian a cambios propiamente estructurales, la divergencia de opiniones se vuelve más evidente y aun se antoja imposible lograr cierta base de acuerdo. Al tratar, por ejemplo, de destacar los rasgos principales de cada etapa y de la formación social correspondiente, se observan discrepancias en verdad desconcertantes. Mientras que la colonia fue para unos totalmente feudal, para otros fue incluso esclavista; y en tanto que ciertos historiadores hacen llegar el feudalismo mexicano hasta la independencia, otros lo extienden al porfiriato y otros más hasta los años veinte y aun los treinta del presente siglo. Algunos prefieren tomar posiciones intermedias más ambiguas y atribuyen a la estructura socioeconómica un carácter "semifeudal", que al parecer ha sido un rasgo crónico de la sociedad mexicana, un atributo que estuvo presente en la colonia, hace trescientos años, y que lo sigue estando hoy, bien entrada ya la segunda mitad del siglo XX.

* Fragmentos de la intervención en el Seminario sobre Periodización en la Historia de México, realizado en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, marzo de 1968. Publicado en *Problemas estructurales del subdesarrollo*, México, 1971.

En esas condiciones no sólo resulta difícil distinguir las etapas correspondientes a ciertos cambios estructurales sino incluso determinar la estructura social dominante, lo que en otras palabras significa que el problema de definir el módulo conforme al cual se han realizado tales cambios, se desplaza con frecuencia a planos más elementales: ¿Es la estructura imperante en un país como el nuestro feudal, semifeudal o capitalista? ¿Constituyen esas diversas situaciones tres etapas sucesivas del proceso histórico? ¿Desde cuándo es México un país capitalista y por qué? ¿Arranca nuestro capitalismo, como muchos afirman, de la industrialización de la época de la segunda guerra mundial, de las reformas cardenistas de los años treinta o de la Revolución de 1910, o tiene su origen en el porfirismo, la Reforma liberal, las luchas por la Independencia de hace 150 años o incluso en el régimen colonial?

La convicción de que el proceso histórico se desenvuelve en fases sucesivas y de que, en consecuencia, sólo puede comprenderse e integrarse en tanto esas fases se delimiten con objetividad y cierta precisión, y el reconocimiento, a la vez, de la dificultades que implica relacionar cada etapa a transformaciones estructurales, ha llevado recientemente a pensar en formas de periodización que, en verdad hacen caso omiso de dichas transformaciones. El profesor Toynbee nos habla de veinte y tantas “civilizaciones” que han surgido y se han desenvuelto en la historia conforme a un patrón general, de corte en cierto modo spengleriano; y refiriéndose a Latinoamérica y al llamado Tercer Mundo, señala que tales países se desplazan actualmente “[. . .] de un sistema estático, tradicional de vida, en que el cambio era la excepción, a uno dinámico en el que el cambio es la regla [. . .]”¹ El tránsito de una etapa a otra se divorcia así del concepto y aun del fenómeno mismo del desarrollo de una formación socioeconómica, y en vez de un proceso histórico cambiante, que se desenvuelve desigual y contradictoriamente, la evolución social parece repetirse en forma circular y mecánica, y como si el paso de un estadio a otro implicara el súbito traslado de lo estático a lo dinámico.

Desde una posición metodológica similar, aunque evidentemente más convencional, el profesor Rostow renuncia a su vez al análisis

¹ Arnold Toynbee, *The Economy of the Western Hemisphere*, Oxford University Press, 1962, p. 41.

objetivo del proceso histórico, entendido como una serie de formaciones socioeconómicas ligadas entre sí y que dialécticamente resultan unas de otras, y propone cinco etapas que van desde la “sociedad tradicional” hasta aquellas formas que como la economía norteamericana, se caracterizan por altos niveles de consumo. Los rasgos estructurales de un sistema social son, para el profesor Rostow, secundarios: “[. . .] El fenómeno central del mundo de las sociedades postradicionales —afirma tajantemente— no es la economía —y si ésta es o no capitalista— sino el procedimiento global a través del cual se eligen las decisiones [. . .]” Con base en tal premisa concluye que: “[. . .] el capitalismo, o sea el centro del análisis marxista de la fase posfeudal, es por consiguiente una base analítica inadecuada para el estudio del funcionamiento de las sociedades occidentales [. . .]”²

Resulta comprensible que se subraye la importancia del procedimiento a través del cual se eligen las decisiones pues de ese “procedimiento” dependen, en buena medida el monto del excedente y la dirección en que se utilice, el patrón y el ritmo del desarrollo, la forma en que se repartan el ingreso y la riqueza social y, en resumen, la posibilidad de que las fuerzas productivas crezcan de prisa y el hombre pueda vivir mejor; pero lo que a nuestro juicio es inaceptable es pensar que “el sistema de decisiones”, o en otras palabras, que el mecanismo mediante el cual se determine lo que ha de ahorrarse o destinarse al consumo, lo que ha de invertirse en actividades productivas o improductivas, lo que ha de dedicarse a obras básicas o dilapidarse sin provecho de nadie, y el que todo ello se haga a través del mercado o mediante, digamos, la planificación, no tenga que ver con la economía y con el hecho de que ésta sea o no capitalista [. . .]

Frente a quienes utilizan el esquema rostowiano y aceptan que los países subdesarrollados lo son porque no han llegado o apenas se acercan al *take off* y aun tienen por delante varias etapas que recorrer para lograr altos niveles de consumo de las naciones industrializadas, bajo la influencia de Boeke³ y otros autores, en años recientes se han puesto de moda las posiciones dualistas de quienes, o bien suponen

² W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge University Press, 1960, p. 150.

³ J. K. Boeke, *Economics and Economic Policy of Dual Society*, Nueva York, 1953.

como estructura dominante en los países atrasados un impreciso “precapitalismo”, con el que coexisten formas capitalistas de diversa amplitud y grado de importancia, o bien concluyen que el carácter dual y aun plural de tales sociedades, vuelve difícil y riesgoso determinar la estructura dominante [. . .]

Ante las dificultades que plantea cualquier intento serio de periodización, en que los cambios estructurales del proceso económico se asocien al desenvolvimiento de determinadas formaciones sociales, ¿no será preferible abandonar tal enfoque y limitarse a examinar ciertas etapas convencionales?, ¿no será mejor olvidarse de si nuestra economía es o no capitalista o precapitalista, y sustituir el examen de tipo estructural por una descripción monográfica ordenada que explique, verbigracia, las principales fases recorridas por la agricultura, la industria y el comercio?

El problema es más complejo y los caminos para resolverlo más angostos de lo que a primera vista pudiera parecer. Si los obstáculos con que tropiezan los países económicamente atrasados fueran meramente técnicos o incluso institucionales, podría optarse sin dificultad por otros enfoques. Mas en nuestros días ha llegado a convenirse en que tales obstáculos no son accidentales ni de carácter superficial, sino que están indisolublemente ligados a la estructura socioeconómica. Por eso es necesario ubicar el estudio del subdesarrollo en un marco propiamente estructural, y por ello es preciso conocer el desenvolvimiento histórico de las estructuras prevalecientes, o sea el contexto real en que han surgido muchos de los graves problemas que hoy afectan a los países pobres.⁷

El intento de determinar las etapas fundamentales del desarrollo socioeconómico de un país, en otras palabras, no responde a un vano

⁷ A diferencia de las explicaciones más generalizadas en los centros académicos de los grandes países de Occidente, en las que predomina un tipo de análisis que se desenvuelve en el marco de ciertos planteamientos neoclásicos o, cuando más, de nuevas variantes institucionalistas, desde hace diez o quince años ha venido gestándose en Latinoamérica una corriente de pensamiento que intenta reivindicar las viejas y mejores tradiciones objetivistas en el estudio del proceso socioeconómico y que empieza, concretamente, a reapreciar el curso del desarrollo histórico de nuestros países y su ubicación dentro del fenómeno capitalista. La contribución de estas nuevas líneas del pensamiento, que cobran impulso en los círculos intelectuales de la izquierda, ha sido ya significativa para la formulación de una teoría del subdesarrollo, y seguramente lo será más en los próximos años.

y pretencioso academicismo, sino a la necesidad de contar con un instrumental teórico cada vez mejor, que permita ahondar en el conocimiento del subdesarrollo y contribuya eficazmente a superarlo.

Al proponer ciertas etapas para el estudio del proceso económico mexicano, quisiera dejar claras varias cosas: la primera es que nos contraeremos a examinar el problema a partir de la conquista española; la segunda, que dadas las insuperables limitaciones de tiempo y la necesidad de reflexionar mucho más en torno a estas cuestiones, las ideas que presente serán por fuerza esquemáticas y en general, meras hipótesis de trabajo para fines de discusión; la tercera, que el desarrollo correspondiente al presente siglo, en particular, sólo será bosquejado en unos cuantos trazos iniciales y, por último, los periodos que proponga, lejos de ser tajantes y exactos, serán fases amplias, a menudo con linderos imprecisos, pues como alguna vez dijo Marx: “[. . .] entre las diversas épocas de la historia social no es posible tirar líneas abstractas más definidas y exactas que entre las eras de la historia geológica [. . .]”⁸

II. ETAPAS DEL DESARROLLO ECONÓMICO EN MÉXICO

En el lapso de poco más de cuatro siglos comprendido entre la conquista y nuestros días, la estructura económica de México ha recorrido, a nuestro juicio, cinco grandes etapas:

- 1] La primera se extiende aproximadamente de principios a fines del siglo XVI, cubre unos sesenta años y corresponde al momento histórico en que, en el marco general de una sociedad precapitalista, la conquista española hace posible sentar las bases de la economía mercantil;
- 2] La segunda va desde fines del siglo XVI hasta principios del siglo XVIII, y está ligada al afianzamiento o consolidación de la economía mercantil colonial;
- 3] La tercera se asocia al apogeo y a la vez a la decadencia de esa economía colonial, comprendiendo desde principios o acaso mediados del siglo XVIII, hasta mediados del XIX;

⁸ Karl Marx, *El capital*, vol. 1, p. 391, citado por C. Lange en *Political Economy*, Londres, 1963, p. 19.

- 4] La cuarta etapa podría denominarse de “la Reforma”, y ubicarse entre los años cincuenta y fines de la década de los setenta, o sea en un corto periodo de poco más de dos décadas, en que el capitalismo comercial surgido al iniciarse el régimen colonial culmina propiamente en un nuevo sistema social; en una formación, sin embargo, cuyos caracteres difieren en aspectos fundamentales del capitalismo europeo tradicional;
- 5] Finalmente a partir del porfiriato se inicia la era del imperialismo, bajo la cual vivimos todavía, y en la que el capitalismo mexicano afirma el carácter de un sistema dependiente, distinto al de la fase propiamente competitiva y también al capitalismo monopolista de los grandes países industriales.

En cada uno de dichos periodos sería posible, naturalmente, distinguir varias subetapas y aun mover las líneas divisorias [. . .]

DIALÉCTICA DE LA ECONOMÍA MEXICANA*

EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

[. . .] Con frecuencia se tiende a pensar que el capitalismo se vuelve el sistema económico dominante a partir del momento en que el cambio, o sea la producción para el mercado, adquiere cierta significación. Y así como toda forma de servidumbre suele tomarse como un signo de feudalismo, la existencia del cambio, del móvil del lucro y aun de una economía monetaria se identifica con el capitalismo. Se confunden, así, dos categorías distintas: la economía propiamente mercantil, y en cierta manera el capital comercial, con el capitalismo, a secas, como sistema o modo de producción. Se olvida que el uso de la moneda es muy anterior al capitalismo y que el mercado

[. . .] aparece cuando la economía mercantil; se crea por el desarrollo de esta economía mercantil y el grado de fraccionamiento en la división social del trabajo determina la altura de su desarrollo; se extiende cuando la economía mercantil pasa de los productos a la fuerza de trabajo, y sólo a medida que esta última se convierte en mercancía abarca el capitalismo toda la producción del país, desarrollándose principalmente a cuenta de los medios de producción, los cuales van ocupando en la sociedad capitalista un puesto más y más considerable.¹²

[. . .] En las primeras etapas de la sociedad colonial están presentes, como hemos visto, los signos propios de una economía mercantil. El capital propiamente dicho aún no existe, y menos aún el capitalismo como modo de producción dominante. La existencia de dinero, de riqueza monetaria, de comerciantes y mercados anuncia, inequívocamente, el tránsito hacia el capitalismo; pero todo ello no es todavía capitalismo. Éstas no son cuestiones meramente semánticas, como algún lector podría pensar, sino problemas fundamentales que es

* Fragmentos del capítulo seis de este libro, *Nuestro Tiempo*, México, 1968.

¹² V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, p. 47.

preciso tomar en cuenta para comprender la dinámica del desarrollo económico de cualquier país. Dinero y capital no son la misma cosa; son dos categorías económicas diferentes, aunque ligadas entre sí a través del tiempo; dos fases sucesivas de un proceso histórico que antecede al capitalismo.

“El concepto de capital implica el *dinero* como su punto de partida, implica, por lo tanto, la existencia de riqueza en forma monetaria [. . .]” La concentración de esta riqueza monetaria es un requisito para la aparición del capital; pero en cuanto riqueza monetaria “[. . .] antes de ser transformada en capital pertenece a la prehistoria de la economía burguesa [. . .]”²⁰ En otras palabras, el capital es “dinero que se convierte en mercancías, para luego, arrancado de éstas, volver a convertirse en más dinero del que representaba la suma original [. . .]”²¹

La conversión del dinero en capital no resulta de un acto de prestidigitación que torne mágicamente una cosa en la otra: es fruto de una transformación socioeconómica profunda, que afecta todas las relaciones sociales y concretamente modifica la estructura de clases y hace posible el nacimiento de los capitalistas, sin la que no podría explicarse la existencia del capital y del capitalismo [. . .].

[. . .] el proceso tiene en México modalidades que difieren de lo ocurrido en otros países europeos o incluso americanos, y algunos de sus rasgos más característicos parecen ser los siguientes:

- 1] En una primera etapa, el trabajador es explotado directamente, más que a través del cambio;
- 2] A medida que las tierras de los campesinos pasan a manos de una nueva clase terrateniente, mientras algunas comunidades se refugian en lugares apartados donde puedan quedar a salvo de la explotación de los nuevos amos, muchas más se desintegran y sus miembros se vuelven jornaleros agrícolas o buscan trabajo en las ciudades y en los reales de minas;²³
- 3] El trabajo asalariado no se impone de inmediato; aunque poco a poco gana terreno, coexiste con el trabajo directo de los produc-

²⁰ Karl Marx, *Precapitalist Economic Formations*, pp. 108, 118 y 113.

²¹ F. Engels, Comentarios a *El capital*, tomo I, vol. II, p. 946.

²³ “. . . al expropiar a la masa del pueblo de la tierra se echan las bases para el régimen capitalista de la producción”, K. Marx, *El capital*, tomo I, vol. II, p. 858.

- tores tanto del campo como de las ciudades, que logran retener sus precarios medios de producción por más tiempo;
- 4] El trabajo nunca llega a ser enteramente libre, pero las trabas y relaciones de tipo precapitalista van perdiendo vigencia, primero en las leyes y después en la vida diaria; y el propio proceso de transformación de la economía imprime a la mano de obra cierta movilidad;²⁴
- 5] A diferencia de lo que ocurre bajo el capitalismo inglés, el avance técnico es lento y la división del trabajo tropieza con múltiples trabas que, en última instancia condicionan desfavorablemente el proceso de cambio, el nivel de la productividad del trabajo, el monto del ingreso y la magnitud del excedente económico;
- 6] Mientras la “descampesinización” del productor rural se lleva a cabo, en un sentido histórico, relativamente de prisa, la aparición y la desintegración del artesanado y el desarrollo de la actividad manufacturera se desenvuelven con gran lentitud, hecho que por sí solo disloca todo el funcionamiento del proceso, en comparación con el modelo clásico [...]

[...] En el México de la época de la Reforma —es decir, de los años setenta a ochenta— el capitalismo es ya, a nuestro parecer, el sistema socioeconómico dominante. El capitalismo mexicano sin embargo, lejos de ser un gran motor del desarrollo, es un mecanismo que al mismo tiempo que opera como motor, hace las veces de freno del crecimiento de las fuerzas productivas. Tal sistema es para nosotros el *capitalismo del subdesarrollo*, un capitalismo “[...] cuyos signos más característicos son la dependencia estructural, la profunda desigualdad en el desarrollo nacional, la desintegración, el estancamiento de

²⁴ “La población de las grandes ciudades —según Humboldt— no es estable. . . Los campesinos van de las ciudades para servir en las casas que no tienen esclavos; y un gran número de hombres salen de ellas para trajinar como arrieros o para establecerse en los lugares donde hay considerables trabajos mineros. . .” *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, México, 1941, t. II, p. 145. “Los peones de todos los minerales —a fines del siglo XVII— permanecen poquísimos tiempo en ellos y el menor asomo de bonanza en cualquier otro, los hace abandonar aquel en el que están ganando un miserable jornal a costa de mucho trabajo. . . Los peones de agricultura (sólo trabajan tres meses), los nueve restantes vagan de provincia en provincia. . .” L. Castillo Ledón, *La conquista y colonización española en México*, México, 1932, p. 53.

la industria y la presencia de una clase dominante-dominada, [. . .] un capitalismo débil, incipiente, alienado, inestable y profundamente contradictorio, incapaz de multiplicar las fuerzas productivas en un lapso razonablemente breve y que, contra lo que pudo pensarse a partir del desarrollo europeo de los siglos XVIII y XIX, está lejos de ser el símbolo de una racional utilización de los recursos productivos.”²⁵

Dadas sus profundas diferencias con el capitalismo, digamos clásico, podría pensarse que una estructura económica de tales caracteres no es realmente capitalista. Mas proceder así supondría creer que el capitalismo de los países pobres debiera ser esencialmente igual al de las naciones ricas; y lo que es aún menos aceptable, adoptar la actitud anticientífica de querer encontrar, en una realidad histórica concreta, rasgos propios de un modelo extraño en vez de tratar de comprender teóricamente esa realidad y explicar el marco en que se desenvuelve. Ésta es una cuestión de fondo en un estudio estructural. Todo el proceso de nuestro desarrollo ha sido distinto, a veces incluso exactamente inverso al que fue típico del capitalismo europeo. Y ello es dialécticamente explicable, pues nuestra pobreza no es sino la otra cara de un sistema cuya riqueza ostentan las grandes potencias. Que los países atrasados de hoy no hayan llegado al capitalismo como lo hicieron Inglaterra y otras naciones, sino como países explotados cuya economía sufrió siempre tremendas deformaciones, es el fruto inevitable de una sociedad de clases que se desenvuelve desigualmente y en la que, así como hay ricos y pobres en el seno de cada país, los hay también en la comunidad internacional.

[. . .] Cuando decimos que la estructura de la economía mexicana de la época de la Reforma es ya capitalista, no queremos sugerir que todas las huellas de formaciones anteriores hayan desaparecido. Antes al contrario, muchos rasgos del viejo sistema —tanto económicos como culturales— sobreviven y coexisten con el nuevo, e incluso éste nunca llega a ser capaz de destruirlos en su totalidad. Las relaciones dominantes son sin embargo capitalistas. El proceso de transformación iniciado siglos atrás ha culminado en un nuevo sistema productivo, la fase propiamente mercantil ha sido superada y aunque ciertas formas

²⁵ Alonso Aguilar M., *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, 1967, p. 101 y 102.

de acumulación de capital siguen siendo a menudo primitivas, los mecanismos de regulación capitalistas han logrado imponerse definitivamente sobre ellas. En efecto:

—El largo y accidentado proceso de desposesión de las grandes masas se ha realizado en lo fundamental, y casi toda la tierra está en manos de una burguesía terrateniente;

—Los medios de producción, en general, tanto en la agricultura como en la ganadería, la minería, el comercio y la raquífica industria de entonces, son controlados por empresarios capitalistas;

—La propiedad privada de esos medios de producción constituye la forma dominante de control de los mismos; y aunque el Estado interviene en ciertos aspectos de la vida económica, en la esfera productiva predomina claramente la empresa privada;

—Las viejas castas han desaparecido o se han fundido con las nuevas clases sociales. Los capitalistas forman ya una clase social bien definida, y el proletariado, si bien difiere en muchos aspectos del que surge del modelo clásico —pues el capitalismo del subdesarrollo es siempre industrialmente débil— existe ya como masa depauperada, que sólo dispone de su fuerza de trabajo y que, a través de la producción de mercancías, genera un excedente;

—El trabajo asalariado, o sea el que desempeñan los peones, jornaleros, obreros propiamente dichos, empleados públicos y privados, trabajadores a domicilio, etc., tienen ya gran importancia aunque sus formas y los bajos niveles de ingreso den cuenta a la vez del escaso desarrollo de las fuerzas productivas, de la miseria del pueblo y de las limitaciones que ésta impone al desarrollo económico;

—La economía del país se ha incorporado definitivamente al mercado internacional, y vuéltese parte integrante de la estructura capitalista en desarrollo;

—En fin, aun cuando la división del trabajo es insuficiente y su extensión tropieza con obstáculos frecuentemente insuperables, la producción está definitivamente sometida al móvil del lucro y el excedente es apropiado por los capitalistas nacionales y extranjeros.

[...] Para entender tales cuestiones es necesario examinar qué ocurre con el excedente económico, es decir, qué factores condicionan su monto, cómo y quién lo utiliza, y en qué medida su empleo

contribuye o no a impulsar el desarrollo. Creer, como ya hemos dicho, que si no hay desarrollo y prosperidad ello significa que no hay capitalismo, conduciría únicamente a no comprender el papel histórico del capitalismo en vastas áreas del mundo en que, más que progreso y rápidos avances técnicos, trajo explotación, desigualdades profundas, miseria y violencia. Creer, por otra parte, que la economía mexicana no generó hasta entonces un excedente, y que, por definición, en consecuencia, no podía haber acumulación de capital, es quedarse en la formulación estática y simplista de quienes ven feudalismo en todas partes, y cerrar los ojos ante realidades cambiantes cuya contradictoria evolución culmina, precisamente, con el predominio de las relaciones capitalistas.

No es difícil demostrar que en la etapa en que hemos situado el advenimiento de la nueva estructura económica hay un excedente apreciable. Aun no pudiendo contar con cifras numéricas exactas para determinar su magnitud, la sola existencia del cambio lo demuestra, pues el cambio no puede darse si no hay qué cambiar, o en otras palabras, si no hay excedente; todavía más, incluso podría decirse que “cuando una economía llega a incorporarse al sistema capitalista, prácticamente todos los bienes que produce se convierten en excedente, excedente en el sentido de que están en el mercado”.²⁶

[. . .] En resumen, aun después de consumada la Reforma, el desarrollo económico de México fue pobre y desigual, no porque la estructura económica fuese precapitalista, sino porque nuestro capitalismo, el de México y el de toda América Latina, fue un agente histórico incapaz de impulsar el rápido crecimiento de las fuerzas productivas. La ausencia de una industria propia, sobre todo de bienes de producción, que la metrópoli española a lo largo de varios siglos, e Inglaterra y otras nacientes potencias a partir del momento en que México logra su emancipación política le impidieron crear, condicionó desfavorablemente el proceso de acumulación y cambió en forma radical el modelo capitalista. Sin una industria más o menos pujante, la desintegración del artesanado tenía que ser lenta y más accidentada, y lento también el ritmo de absorción de la mano de obra y en general

²⁶ Oliver C. Cox, *Capitalism as a System*, Nueva York, 1964, p. 101.

de todos los recursos disponibles. En ese contexto, el subempleo de los recursos sería crónico y tanto la tasa de inversión como la relación capital-producto serían desfavorables, pues aun en las cortas etapas en que el monto del excedente fue más satisfactorio, las clases dominantes desperdiciaron una buena parte del mismo, los países de los cuales se dependía reclamaron otra no menor y las constantes luchas internas, en las que se expresaba la competencia por el poder entre las clases dominantes y el descontento frente al atraso, la explotación y la dependencia, contribuyeron incluso a la destrucción física de buena parte del capital nacional.

[...] En la mayoría de los países subdesarrollados —escribe Baran, en un pasaje sin duda aplicable a México—, el capitalismo tuvo una carrera particularmente torcida. Habiendo pasado por todos los dolores y frustraciones de la infancia, nunca experimentó el vigor y la exuberancia de la juventud y comenzó a mostrar, prematuramente, todos los rasgos penosos de la senilidad y la decadencia. Al peso muerto del estancamiento que caracterizó a la sociedad preindustrial, se sumó todo el impacto restrictivo del capitalismo monopolista.⁴¹

⁴¹ Paul A. Baran, *Economía política del crecimiento*, México, 1967, p. 204.

ALGUNOS PROBLEMAS TEÓRICOS Y PRÁCTICOS DEL SUBDESARROLLO*

II. REQUISITOS ESENCIALES DE UNA TEORÍA DEL DESARROLLO

[. . .] ¿Por qué nuestros países no parecen ser capaces de remontar la corriente del atraso económico y lograr niveles de producción e ingreso medianamente aceptables? Para responder a esta interrogante sería preciso ahondar en el examen del proceso histórico que generó el subdesarrollo y derivar de ahí los elementos esenciales de una explicación teórica unitaria y congruente. Pero nuestro objetivo en esta ocasión es mucho más concreto y modesto: nos proponemos tan sólo hacer algunas reflexiones principalmente en torno al problema de la acumulación de capital.

Sabemos que éste no es el único factor condicionante del desarrollo y que, debido a la dialéctica peculiar del proceso, incluso suele ser la consecuencia del mismo. Aun así creemos que la formación del capital tiene tal importancia, que poco se puede comprender acerca de la naturaleza del subdesarrollo si no se repara en ella y en ciertas cuestiones conexas. Como dice la señora Robinson (*Economic Philosophy*), “para un análisis a largo plazo [del desarrollo], lo que necesitamos saber es precisamente qué gobierna la ‘inversión autónoma’.” Y “para entender las motivaciones de la inversión, tenemos que comprender la naturaleza humana y la manera en que ésta reacciona frente a las diferentes clases de sistema social y económico en el que ha de operar [. . .]”

Apenas se plantean tales cuestiones se advierte que el estudio de los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo está lejos de ser sencillo. Para conocer a fondo tales problemas se requiere una teoría adecuada que permita situarlos en su justa perspectiva histórica y que desborde con mucho los marcos de la teoría económica tradicional, a la que frecuentemente sólo han interesado los problemas del

* Fragmentos del estudio escrito en 1969 y publicado en *Problemas estructurales del subdesarrollo*, IIEC-UNAM, México, 1971, pp. 77-79.

equilibrio estático, o cuando bien ciertos cambios aislados, mas no la proyección de éstos a largo plazo y menos aún la determinación rigurosa de las causas y consecuencias de los mismos. En las últimas décadas algo se ha avanzado sin duda en la comprensión de los factores más inmediatos que determinan el nivel y las variaciones del ingreso. Sin embargo, “[. . .] para entender las causas y los procesos del desarrollo económico [. . .] no será suficiente relacionar [ciertos] factores del crecimiento a los cambios en la producción. También aspiraremos a entender y explicar los cambios de esos determinantes inmediatos. Y tales explicaciones reclamarán estudios que, de hecho en cada caso rebasan las fronteras normales de la teoría económica.” Por eso puede afirmarse que la teoría del desarrollo es “[. . .] una materia que explica los cambios a largo plazo, por un lado en esos factores, y la influencia de tales cambios sobre la producción, por el otro.”⁶

En las palabras de Schumpeter: “[. . .] todo proceso concreto de desenvolvimiento reposa finalmente sobre el desenvolvimiento precedente”; mas no sólo es “resultado de las condiciones económicas [. . .], sino de la situación anterior tomada en su totalidad”. “[. . .] Las causas y, por tanto la explicación del desenvolvimiento, deben buscarse fuera del grupo de hechos que describe la teoría económica.”⁷

De lo que queda claro que para intentar una explicación teórica seria del desarrollo y el subdesarrollo se necesita concebirlos como procesos, como fenómenos dinámicos que se producen en un marco histórico cambiante. Como el propio Schumpeter nos recuerda, la teoría es útil en tanto sirva, no en cuanto pretenda ser el amo de la investigación histórica.⁸

⁶ Moses Abramovitz, “The Economics of Growth”, t. I, en A. *Survey of Contemporary Economics*, Illinois, 1952, pp. 135 y 177.

⁷ J. A. Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, 1944, pp. 97 y 104. Según este autor, “el desenvolvimiento es un fenómeno característico, totalmente extraño a lo que puede ser observado en la corriente circular, o en la tendencia al equilibrio. Es un cambio espontáneo y discontinuo en los cauces de la corriente, alteraciones. . . que desplazan siempre el estado de equilibrio existente con anterioridad”, p. 105. “Estas alteraciones. . . en los cauces de la corriente circular, y estas perturbaciones del centro de equilibrio, aparecen en la esfera de la vida industrial y comercial y no en la esfera de las necesidades de los consumidores de productos acabados”, pp. 105-106.

⁸ “Theoretical Problems of Economic Growth”, en *Essays of J. A. Schumpeter*, Cambridge, 1951, p. 235.

Pero lo que no queda tan claro es hasta dónde el análisis de esos fenómenos puede hacerse en el ámbito de la teoría económica y a partir de qué momento debe llevarse más allá de sus fronteras. Si un estado de cosas es producto “de la situación anterior tomada en su totalidad”, el examen del proceso de cambio tendrá que desbordar, casi podría decirse por definición, los linderos de esa teoría. Esto parece más o menos obvio. El problema de fondo, sin embargo, sobre todo desde el punto de vista del análisis económico —y en torno al cual, además, surgen las mayores discrepancias—, consiste en definir con precisión tales linderos. Y lo que a este respecto se antoja casi tan obvio como lo anterior es que en el marco de la teoría económica neoclásica y en general de la economía subjetiva, es incluso imposible advertir siquiera los principales problemas del subdesarrollo. Es imposible hacerlo porque las categorías analíticas que es necesario emplear, escapan y aun suelen ser del todo extrañas a las concepciones y la metodología económica tradicionales. El concepto mismo de estructura socioeconómica, las relaciones de producción y su conexión dialéctica con las fuerzas productivas, la influencia del régimen de propiedad en las motivaciones de los agentes económicos, en el reparto de la riqueza y el ingreso, en la asignación de los recursos productivos y por lo tanto en la composición y las relaciones entre la inversión y el consumo, la explotación interna y la dependencia a escala internacional y aun la noción misma del excedente económico y su influencia,⁹ sin la que no es posible avanzar en el estudio del proceso de acumulación de capital y por ende del desarrollo y el subdesarrollo,¹⁰ o son cuestiones totalmente ignoradas, o sólo se introducen unas veces como datos dados e intocables, otras como asuntos de interés meramente “moral” y otras más, como motivos de preocupación en disciplinas distintas a la economía.

⁹ Paul A. Baran hace notar que “la comprensión de los factores responsables del tamaño y del modo de utilización del excedente económico es una de las tareas fundamentales de una teoría del desarrollo económico”. A pesar de lo cual “ni siquiera intentan examinarse en el reino de la economía ‘pura’. Tenemos que buscarla en la economía política del crecimiento.”

¹⁰ “El rudimento de una teoría pura del desarrollo —Señala Schumpeter— que se halla implícito en la doctrina tradicional de la formación de capital, se refiere solamente al ahorro y a la inversión del pequeño aumento anual que éste provoca. No hay nada falso en esta afirmación pero pasa por alto cosas mucho más importantes.” *Op. cit.*, p. 110.

Para penetrar con éxito en los problemas estructurales del subdesarrollo es indispensable superar las limitaciones de la teoría económica convencional o burguesa, examinar críticamente lo que a menudo sólo se aborda con fines apologéticos y reivindicar la vieja y siempre nueva economía política, introduciendo al campo propio del análisis económico no sólo las igualdades sino también las desigualdades, lo estático y lo dinámico, lo uniforme junto a lo discontinuo, lo estructural del lado de lo propiamente formal o institucional, los fenómenos susceptibles de cuantificarse y aquellos que, por su naturaleza, reclaman un análisis cualitativo. Porque, como indica Dobb, “. . . desde el ángulo de la determinación de las causas, especialmente del movimiento y del cambio, tal caracterización (es) esencial”. Precisamente por ello, “Una preocupación constante de Marx en su análisis fue ‘penetrar a través del disfraz exterior en la esencia interna y en la forma íntima del proceso de producción’, más allá de la apariencia del mercado con que se contentaban los *epígonos*.”¹¹

¹¹ Maurice Dobb, *Papers on Capitalism, Development and Planning*, Nueva York, 1967.

EL CAPITALISMO OPULENTO DE JOHN KENNETH GALBRAITH*

II. CRÍTICA A LA "SABIDURÍA CONVENCIONAL"

La obra de Galbraith es sin duda importante y digna de estudio. En el relativamente corto lapso de quince años publica siete libros de magnitud y alcance variables,¹⁴ a lo largo de los cuales va forjándose una teoría cuyos trazos finales se precisan en *El nuevo estado industrial*. La obra no es sólo significativa por su volumen sino porque tiene unidad, porque en ella se examinan cuestiones del mayor interés y porque, a diferencia de otros economistas, que paradójicamente emplean las palabras y a veces el lenguaje matemático para no entenderse con los demás, Galbraith escribe para ser comprendido. Y justo es reconocer que escribe bien y en no pocos pasajes con ingenio y lucidez. "La obscuridad —dice— acaso nunca denota complejidad de la materia central, y ciertamente nunca expresa superioridad académica. Lo que usualmente significa es, o inhabilidad para escribir en un inglés claro y —esto más a menudo— un pensamiento confuso e incompleto."¹⁵ En un momento en que algunos economistas pretenden hacer de la economía algo incomprensible y de la incapacidad para razonar lógicamente una virtud académica, resulta oportuna una crítica tan autorizada como la de Galbraith y estimulante confirmar que, aun ciertos profesores de Harvard, pueden, si se lo proponen, decir cosas sensatas e inteligibles sobre problemas económicos reales.

Galbraith arranca, a la manera de Keynes, de una crítica a las ideas económicas dominantes en los círculos académicos anglosajones.

* Fragmentos del ensayo publicado en la revista *Problemas del Desarrollo*, núm. 1, IIEC-UNAM, México, octubre-diciembre de 1969.

¹⁴ *American Capitalism, The Great Crash, The Affluent Society. The Liberal Hour, Economics and the Art of Controversy, Economic Development y The New Industrial State.*

¹⁵ J. K. Galbraith, *The New Industrial State*, p. 411.

Como su antecesor inglés repite las bien conocidas objeciones a la Ley de los Mercados de Say, pero va más lejos en el rechazo de lo que él llama la “sabiduría convencional”. La sabiduría convencional “[. . .] no es patrimonio exclusivo de ningún grupo político.”¹⁶ Es un fenómeno que en parte se explica en virtud de la dificultad de comprobar los hechos sociales y de la posibilidad de que, dentro de ciertos límites, cada quien sostenga lo que le parezca aunque, a la postre, sea la propia realidad la que se encargue de exhibir la invigencia de tales ideas.¹⁷ Entre tanto, lo que importa es que éstas se acepten, que sugieran estabilidad, que se impongan sobre otras y que aun no siendo novedosas se difundan en los círculos más exclusivos. La sabiduría convencional es, en cierta medida, “un rito religioso, un acto de afirmación como leer las Escrituras o ir a la iglesia”.¹⁸ Convencional fue durante mucho tiempo defender el equilibrio presupuestal o la no intervención del Estado en la economía, como lo es hoy el keynesismo, “cuya obsolescencia se halla en nuestros días bien avanzada.”¹⁹

La primera idea convencional de que debemos librarnos para entender lo que es hoy la economía norteamericana, es la que de la competencia sigue funcionando a la manera clásica. El productor ya no vende a los precios que el mercado le fija. El papel y las formas que asume la competencia han cambiado radicalmente, y la eficiencia del sistema —cualquiera que pueda ser— ya no es producto de la acción del viejo mecanismo coordinador que en otros tiempos fue el mercado. “[. . .] Una gran distancia separa al oligopolio de la competencia del modelo competitivo [. . .]” “Los precios ya no son una fuerza impersonal que elige el hombre eficiente, que lo compele a adoptar la forma y escala más eficientes de operaciones y que desbanca al ineficiente e incapaz.”²⁰ Todo esto, desde luego, no es nuevo; pero lo interesante es que un autor como Galbraith lo acepte.

¹⁶ *The Affluent Society*, Boston, 1958.

¹⁷ El hombre de sabiduría convencional —dice el autor con gracia— “se expone a ser devastado por los hechos. Pero para entonces puede ya haber muerto. Solamente la posteridad es injusta. . . con él.” “Y todo lo que hace la posteridad es enterrarlo en el olvido.” *Ibidem*, p. 19.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 7, 10, 11 y 13.

¹⁹ *Ibidem*, p. 18.

²⁰ *El capitalismo americano*, pp. 84 y 86. Sobre el planteamiento que al respecto hace el autor, véase en particular, los capítulos II y IV.

La competencia de precios no es el único baluarte de la sabiduría convencional: otro es el logro de un alto nivel de producción. “Todo lo que incrementa el producto a partir de un volumen dado de recursos incrementa el bienestar.” De la producción dependen la estabilidad económica e incluso política, el triunfo electoral y la seguridad militar, y por ello la producción —señala Galbraith— es el programa —y la nueva alquimia— de los liberales. En el marco de la ortodoxia keynesiana “lo que importa es producir. La cuestión del reparto del producto [. . .] es a todas luces secundaria.”²¹

Pero el “último reducto” de la sabiduría convencional es la teoría de la demanda del consumidor. Esta teoría descansa en dos pilares: 1] “[. . .] que la urgencia de las necesidades no disminuye apreciablemente en tanto más se satisfacen, pues a las necesidades físicas suceden los deseos psicológicos”, y 2] “que las necesidades se originan en la personalidad del consumidor y, en todo caso, son datos dados para el economista [. . .]”, al que sólo debe interesar “maximizar los bienes que satisfacen tales necesidades”.

En las palabras del profesor Samuelson “el consumidor es, por así decirlo, el rey [. . .]”,²² el motor del sistema, la entidad en la cual surgen las necesidades y desde la que, a través del mercado y los precios, se determina la forma en que ha de actuar el productor. La soberanía del consumidor es indiscutible, y sus deseos, por lo tanto, deben ser plenamente satisfechos, así sean caprichosos o extravagantes. Para lograr tal cosa nada mejor que distribuir el gasto de modo de que la utilidad marginal sea más o menos la misma en las diferentes alternativas,²³ y asegurar que, en respuesta a la libre elección del consumidor, se logre la mejor combinación de los recursos productivos.²⁴

²¹ *The Affluent Society*..., pp. 141, 189 y 190.

²² Citado por J. K. Galbraith, *The New Industrial State*, p. 221.

²³ O como dice el profesor Samuelson: “cada artículo —digamos el azúcar— se consume hasta el punto en que la utilidad marginal de cada dólar ‘o centavo’ que se gaste en él sea exactamente igual a la utilidad marginal de un dólar ‘o de un centavo’ que a su vez se gaste en cualquier otro producto, por ejemplo sal’ . . .” Paul A. Samuelson, *Economics*, citado por J. K. Galbraith en *The New Industrial State*, p. 223.

²⁴ Al respecto, Galbraith recuerda que, en la teoría tradicional, se llega a la conclusión de que “. . . la asignación óptima de los factores resulta de que la interferencia con el mercado sea mínima”. J. K. Galbraith, *Ibidem*, nota al pie de la página 58.

La comparación del grado de urgencia de las satisfacciones marginales plantea tales problemas y resulta tan difícil de probar, que la sabiduría convencional vuelve a ese hecho—dice Galbraith— su mejor defensa. “Y sin embargo queda en pie una falla en la argumentación. Si las necesidades del individuo han de considerarse urgentes deben ser originales y responder a su iniciativa. La urgencia no existe si le son impuestas por otro. Y sobre todo no deben derivar del proceso de producción a través del cual se satisfacen.” En otras palabras: “no se puede postular que la producción satisface las necesidades si éstas son precisamente creadas por tal producción”.²⁵

Esto es lo que ocurre en una sociedad opulenta: “[. . .] las necesidades son crecientemente creadas por el proceso a través del cual se satisfacen [. . .]” hasta llegar a depender de los productores mismos, quienes activamente las estimulan por medio de la publicidad y una enorme organización de ventas, lo que provoca el llamado “efecto dependencia”. Las implicaciones teóricas de este hecho para la “economía del bienestar” son obvias: aun admitiendo que el “efecto dependencia” sólo opere en un sector de la economía —que en la práctica es por cierto fundamental— “dado que la demanda [. . .] no existiría de no ser creada, su utilidad o urgencia, de no mediar tal estímulo, sería igual a cero”. Es decir, “[. . .] si consideramos tal producción como marginal, podemos decir que la utilidad marginal de la producción total presente, ex publicidad y promoción de ventas, es cero.”²⁶ Lo que en otras palabras significa que el comportamiento del consumidor no sólo es el eje o la guía del mercado y del sistema económico, sino que está sometido a tales presiones y puede llegar a ser tan ajeno a las necesidades propias de cada individuo, que más bien parecería exhibir “[. . .] las preferencias del Instructor”.²⁷

No deja de ser desconcertante —como lo reconoce el profesor Galbraith— que en muchas escuelas de Economía sigan repitiéndose los viejos dogmas de la economía marginalista, mientras la realidad toma caminos diferentes y aun opuestos a los que supone la teoría. En ésta, como en otras cuestiones importantes, Galbraith deja atrás a Keynes, —quien como el lector recordará— más que objetar el análisis

²⁵ J. K. Galbraith, *The Affluent Society*, págs. 152-153.

²⁶ *Ibidem*, p. 160.

²⁷ J. K. Galbraith, *The New Industrial State*, p. 224.

“clásico” rechazaba los “supuestos tácticos” que le servían de base: Si aceptamos que “el volumen de la producción —pensaba en efecto, Keynes— [...] está determinado por fuerzas exteriores al esquema clásico [...], no hay objeción que oponer contra su análisis de la manera en que el interés personal determinará lo que se produce, en qué proporciones se combinarán los factores de la producción con tal fin y cómo se distribuirá entre ellos el valor del producto final”.²⁸

²⁸ J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, 1943, p. 333.

LOS MÉTODOS, LAS TÉCNICAS Y LAS RESPONSABILIDADES DEL ECONOMISTA*

LAS LEYES ECONÓMICAS

[. . .] ¿hay en realidad leyes económicas? Los economistas clásicos, como es sabido, creyeron en ellas y aun convirtieron ciertas situaciones concretas, propias de una fase del desarrollo del capitalismo, en principios generales que supuestamente expresaban la armonía de un orden natural. Algunos de sus continuadores y, desde luego, Marx y Engels, trataron de descubrir las leyes fundamentales a través del estudio del proceso económico, abandonando principios puramente deductivos y, a consecuencia de ello, metafísicos y estáticos.

Bajo la influencia del positivismo y el historicismo el examen empírico de los hechos pasó al primer plano, y a la vez que tendieron a menospreciarse el racionalismo y sus esquemas apriorísticos se subestimó el análisis teórico, propiamente causal. Los historicistas consideraron, con razón, que de poco o nada sirve reiterar postulados que nunca se cumplen en la realidad; pero llevados de un extremo empirismo, negaron la existencia de leyes y despojaron a la ciencia de la posibilidad de construir ciertas abstracciones que pudieran explicar los aspectos esenciales del proceso social. Se cuenta al respecto que, en una ocasión, Pareto daba una conferencia cuando lo interrumpió Gustav Schmoller, gritándole: ¿pero, hay leyes en la economía? Al salir Pareto, acercándose (a Schmoller) en la actitud de un mendigo, le preguntó: Perdone, señor, ¿puede usted decirme de algún restaurant donde se pueda comer sin pagar? No, le respondió Schmoller, no sé de ninguno donde pueda usted comer sin pagar, pero aquí hay uno en que puede usted pagar muy poco. ¡Ah, contestó Pareto riendo: 'entonces, sí hay leyes en la economía!'¹

* Fragmento del capítulo 5 de *Economía política y lucha social*, México, Nuestro Tiempo, 1970.

¹ Wilfredo Pareto, *The Mind and Society*, en Lewis S. Feuer, "Dialectics and Economic Laws," *Science and Society*, otoño, 1941, p. 346.

El empirismo y el pragmatismo fueron una reacción explicable frente a la tendencia a convertir ciertos principios en formulaciones dogmáticas no sujetas a verificación o comprobación de ninguna clase: fue una respuesta obligada a ciertas formas extremas de doctrinarismo, cuyos esquemas se suponían válidos sin siquiera tratar de confrontarlos con la realidad.

En esencia, el empirismo o positivismo, en sus diversas manifestaciones, confía a la ciencia y en particular a la economía una función meramente descriptiva, de recolección, de registro, clasificación y resumen de hechos que, en el mejor de los casos se relacionan mecánicamente entre sí, con frecuencia en formas meramente cuantitativas. El empirismo niega o se desentiende de hechos fundamentales tan sólo porque su existencia no es comprobable experimentalmente, y si bien subraya el valor que para el conocimiento tienen los fenómenos reales, se queda a menudo en la superficie y en la apariencia de los mismos. Lo que es más grave, al elevar “la experiencia” al primer rango en el proceso del conocimiento, cae en un instrumentalismo deleznable y en una actitud cerrada que empieza por criticar ciertas posiciones doctrinales, real o supuestamente dogmáticas, y desenlaza en un rechazo arbitrario de conceptos y métodos científicos fundamentales.

El interés de los historicistas en el proceso social no deja de ser aparente y superficial. El positivismo concibe a la sociedad, no como un complejo de relaciones de clases y grupos cuyos intereses expresen su posición en el proceso productivo, sino como un conjunto de individuos aislados cuyas reacciones psicológicas y fisiológicas dan la pauta para comprender los acontecimientos históricos. Comte llega a decir que los fenómenos sociales y los fisiológicos son “indudablemente similares”; Rickert proclama sin reservas: “A nosotros sólo nos importa el individuo”, y Meinecke, llevando el empirismo a lo que bien podría considerarse un extraño y peculiar *em purismo*, expresa que el objetivo más alto de la historia es “la contemplación pura de los hechos históricos [. . .]”, en “un santuario íntimo [. . .]”² A partir de tales formulaciones la historia deja de ser una ciencia, las relaciones de causalidad son remplazadas por un determinismo teleológico, el mundo se vuelve

² Citado por A. Tiumeniev, “Marxism and Bourgeois Historical Science”, en *Marxism and Modern Thought*, Londres, 1936, p. 272.

estacionario y el hombre es convertido en un espectador pasivo e impotente, o cuando más en un atento observador que, desprovisto de todo instrumental teórico, se limita a estudiar fenómenos concretos y aislados, sin poder jamás integrarlos en un todo coherente y sin comprender su verdadera proyección histórica. Hasta dónde tales actitudes pueden llevar a la incompreensión de cuestiones fundamentales, nos lo recuerda el simpático comentario del profesor Saline, asistente a un congreso de Historia celebrado en Zurich, en 1928: "Esta mañana, cuando venía hacia acá, yo sabía lo que debería entender por capitalismo; pero después de haber escuchado los discursos de los oradores, dudo mucho que todavía lo sepa."³

El pragmatismo "renuncia a todo intento de descubrir la naturaleza de la realidad y siempre se plantea, ante cualquier formulación o teoría el problema de *qué tan útil es*, no el de si es o no verdadero [. . .]"⁴ En ese sentido no deja de ser significativo su estrecho parentesco con las posiciones de los teóricos de la utilidad [. . .].

Entre quienes niegan la existencia de las leyes económicas y ponen en duda el carácter científico de la economía hay otra corriente, igualmente idealista, pero aun más inconsistente que el pragmatismo, que en el fondo atribuye a los conceptos científicos un carácter puramente subjetivo. Schoeffler, por ejemplo, sostiene que "el error fatal que ha conducido hasta ahora a esta ciencia por una ruta falsa es el haber tratado de descubrir leyes económicas autónomas y empíricas [. . .]", que según él no existen. La economía debe abandonar la pretensión de basarse en tales leyes "pues es un arte comparable a la medicina".⁶ Otros, en cambio, atribuyen a los principios de la economía el carácter de categorías puramente formales y abstractas del tipo de las categorías kantianas, sin conexión alguna con la realidad. Así, Von Mises considera que la economía "es una ciencia *a priori* [. . .] que goza de una independencia respecto a la experiencia y de una generalidad abstracta semejante a la de las matemáticas y la lógica".⁷

³ *Ibidem*, p. 291.

⁴ John Lewis, *Marxism and the Irrationalists*, Londres, 1955, p. 111.

⁶ Citado por P. Hennipman, "Críticas Recientes a la Ciencia Económica", *El Trimestre Económico*, núm. 102, abril-junio de 1959.

⁷ K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, 1946, p. 197.

Conforme a esta concepción las generalizaciones que la economía establece carecen de contenido concreto, pues todo dato histórico resulta para ellas “metaeconómico” [. . .] En resumen, mientras algunos suponen que las leyes económicas son principios *a priori*, de validez general y cuya verificación es innecesaria, otros las menosprecian y aun niegan, sosteniendo que son meras abstracciones subjetivas, incapaces de ofrecer un conocimiento concreto de los hechos. Caen, en rigor, en un grosero y burdo factualismo, y acaban por no entender lo que, lúcida y plásticamente explicaba Poincaré: que “el sabio debe ordenar; [. . .] se hace una ciencia con hechos como una casa con piedras; pero una acumulación de hechos no es una ciencia, lo mismo que un montón de piedras no es una casa [. . .]”⁹

¿Y cuáles son la naturaleza y el alcance de las leyes económicas? En primer lugar son objetivas, son fenómenos reales, son rasgos característicos del proceso económico, que la ciencia sólo descubre y racionaliza a través de teorías o postulados que, en un sentido estricto constituyen las *leyes* de la economía política.¹⁰ Las leyes económicas, entonces, no son meros conceptos especulativos o supuestos lógicos desprovistos de significación histórica; son caracteres fundamentales de la realidad misma, en los cuales se expresa el proceso económico. Las leyes de la economía política, o las “categorías económicas”, son a su vez “[. . .] Expresiones teóricas de relaciones de producción históricas que corresponden a un grado determinado de desarrollo de la producción material [. . .]”¹¹ Y, precisamente por ello, “[. . .] desde el momento en que únicamente se quiere ver en esas categorías ideas, pensamientos espontáneos independientes de las relaciones reales, no queda más remedio que asignar como origen de estos pensamientos [. . .] la razón pura.”¹²

Las leyes económicas no son idénticas: las hay de diverso alcance, carácter y grado de importancia. Si bien todas tienen una significación

⁹ Citado por José Antonio Mayobre, “Filosofía y Ciencia Económica”, *El Trimestre Económico*, enero-marzo de 1952, p. 137.

¹⁰ Véase sobre este tema el *Tratado de economía política* del doctor O. Lange, pp. 49, 51 y ss.

¹¹ K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, 1946, p. 197.

¹² *Ibidem*, p. 113 (un interesante ensayo sobre las leyes económicas es el de J. R. Núñez Tenorio, *Marx y la economía política*, Caracas, 1969).

histórica, o sea una influencia restringida y aplicable a determinadas condiciones reales, unas operan en periodos de tiempo y en planos más amplios o generales que otras. Por lo que hace a su naturaleza, al igual que en otras ciencias, suelen clasificarse en causales, estructurales o concomitantes y funcionales. Y como en la economía se trabaja en estrecho contacto con otras disciplinas científicas, es común que junto a las leyes económicas se manejen leyes propias de la psicología, la biología, la historia, la sociología y aun la física y otras ciencias exactas [. . .]

Comentando el método dialéctico que Marx emplea para descubrir “la ley económica que preside los movimientos de la sociedad moderna”, M. Bloch hace notar que “[. . .] para él no existen [las] leyes abstractas [. . .] Cada época histórica tiene sus propias leyes [. . .] Tan pronto como la vida supera una determinada fase de su desarrollo, saliendo de una etapa para entrar en otra, empieza a estar presidida por leyes distintas [. . .] Los viejos economistas desconocían el carácter de las leyes económicas cuando las comparaban a las leyes de la física y la química [. . .] Los organismos sociales se distinguen unos de otros tan radicalmente como los organismos vegetales y animales [. . .] Más aún, al cambiar la estructura general de aquellos organismos, sus órganos concretos, las condiciones en que funcionan, etc., cambian también de raíz las leyes que los rigen.”¹⁶

[. . .] La importancia de las leyes económicas no sólo deriva de que si se las olvida se puede incurrir en graves errores, sino de que su conocimiento profundo es indispensable para comprender y poder influir en el curso del proceso social. O dicho de otra manera, su estudio tiene significación teórica y también eminentemente práctica, pues de él depende, en el fondo, la posibilidad de trazar una política económica adecuada y eficaz.

Pero el entender el origen, la naturaleza, el alcance y la forma en que actúan las leyes sociales no es una tarea sencilla. Es algo que reclama tiempo, esfuerzo, dedicación, una metodología adecuada y, acaso sobre todo, una buena dosis de independencia y honradez de quienes se entregan al estudio científico de los problemas sociales, para poder distinguir, como alguna vez dijo Marx, la apariencia de las cosas de su esencia.

¹⁶ Citado por K. Marx en *El capital*, t. 1, vol. 1, pp. 16-17.

LOS MÉTODOS DE LA ECONOMÍA

La economía, como toda disciplina a través de la cual se pretende examinar sistemáticamente fenómenos reales, utiliza métodos científicos. ¿Cuáles son estos métodos, o al menos los principales? [. . .]

De una manera muy amplia podría decirse que hay esencialmente dos métodos para el estudio de los fenómenos sociales y, en consecuencia, para el examen de los problemas económicos, a saber: el método idealista y el materialista, o si se prefiere —aunque ello no es rigurosamente correcto—, el subjetivo y el objetivo [. . .]

¿Qué es lo que caracteriza al primero de esos métodos, o sea a la concepción idealista? Fundamentalmente, la creencia de que el motor de la historia son las ideas. En el espiritualismo de Berkley, en el agnosticismo de Kant, en la dialéctica absolutista de Hegel, en el utilitarismo inglés, el historicismo alemán o el positivismo francés, en el individualismo de Carlyle, la teoría económica de Keynes o las más recientes versiones del pragmatismo norteamericano, a pesar de todas sus posibles diferencias, está presente esa creencia, a manera de un eje en torno al cual giran todas las concepciones idealistas. En términos generales estas concepciones tienden a ser subjetivistas, lo que resulta explicable dada la base filosófica en que descansan. Pero en algunas de sus variantes el enfoque subjetivista se combina y aun es desplazado por ciertas nociones objetivas. Los economistas clásicos ingleses, por ejemplo, manejan tales nociones, sólo que en el marco de un racionalismo abstracto y estático que los hace concebir las leyes del desarrollo histórico como leyes naturales e inmanentes.

Por encima de sus variantes, hay ciertos rasgos comunes en las posturas idealistas dominantes en la economía: su centro de referencia es el individuo: sus ideas, sus opiniones, su personalidad, sus intereses, gustos y necesidades. Desde el utilitarismo de Bentham y el concepto del *homo economicus* a las teorías de la soberanía del consumidor, es el individuo como sujeto aislado y no como elemento de un proceso social, lo que importa. Las leyes económicas, cuando no se suponen inexistentes se postulan como principios absolutos e intemporales, que en el intento de lograr una vigencia universal acaban, paradójicamente, por no corresponder a realidad alguna. El principio de la utilidad se vuelve el signo mismo de la racionalidad, y las variaciones meramente cuantitativas el rasero por el cual se mide la satisfacción.

“[. . .] si queremos saber qué es útil para un perro, tenemos que penetrar en la naturaleza del perro [. . .] Aplicado [el principio] al hombre [. . .] tendremos que conocer ante todo la naturaleza humana. Y Bentham —dice Marx— no se anda con cumplidos. Con la más candorosa sequedad, toma al filisteo moderno, especialmente al *filisteo inglés*, como *hombre normal* [. . .]”¹⁸

El utilitarismo lleva al cuantitativismo y éste al tecnocratismo más superficial. “La tarea [que el neopositivismo asigna al economista] —señala con razón el profesor Pesenti— consiste en destacar las relaciones cuantitativas [. . .]” Y esta posición conduce fácilmente a “[. . .] la exaltación del instrumento técnico, el que deja así de ser auxiliar del conocimiento para convertirse en el conocimiento en sí [. . .] y, sobre todo, en la afirmación de que no es posible formular leyes de largo alcance [. . .] inherentes al sistema y relativas a [su] dinámica”.¹⁹ Y lo que es más: en rigor no sólo se niega la existencia de tales leyes y, por tanto de la economía como ciencia, sino del movimiento histórico mismo; por lo que el sistema social, la estructura económica como suma de relaciones cambiantes surgidas del proceso productivo, se toman como datos fijos, inalterables y de los cuales caprichosamente se divorcia a la problemática económica.

El método materialista es todo lo contrario: reconoce la existencia de un mundo exterior, de una realidad objetiva, independiente, que no es un mero reflejo mental sino un conjunto de fenómenos naturales o sociales cuyo movimiento se rige por leyes de diversa naturaleza y alcance. Dentro de la corriente materialista ha habido dos posiciones fundamentales: el materialismo mecanicista primitivo, que arranca de varios pensadores de la Antigüedad y que probablemente culmina en Feuerbach, y el materialismo dialéctico, que a partir de lo mejor del pensamiento occidental forjan Marx y Engels en su teoría de la historia. El materialismo de Feuerbach, como el de algunos naturalistas, es un tanto elemental. Pese a que contribuye con una nueva teoría del conocimiento en la que éste aparece como un reflejo de la propia realidad, y no a la inversa, llevado acaso por su antihegelianismo no logra comprender ni el papel de la abstracción en la formación del

¹⁸ K. Marx, *El capital*, t. I, vol. II, p. 688.

¹⁹ A. Pesenti, *Lecciones de economía política*, La Habana, 1964, pp. 23-24.

conocimiento ni, sobre todo, el carácter dialéctico del desarrollo de la materia y, en general, de la vida en todas sus formas. Corresponde a Marx y Engels superar estas limitaciones y fundir, en una nueva y magistral síntesis, el pensamiento filosófico:

Mi método dialéctico —explica Marx— no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel sino que es, en todo y por todo, su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y éste la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre.²⁰

El materialismo dialéctico repara en la interdependencia de los fenómenos, en su movimiento ininterrumpido, en las contradicciones internas que determinan su dinámica, en la forma en que se suceden y entrelazan los cambios cuantitativos y los cualitativos, y en el papel que en el proceso social y, en relación con la naturaleza, juega la acción humana. Según tal método, por consiguiente, el desarrollo “[. . .] no es reversible, no es un movimiento circular, simple repetición de lo ya sucedido, sino un movimiento progresivo, ascendente, un desarrollo de lo simple a lo complejo, un paso de un estado cualitativamente viejo a otro absolutamente nuevo [. . .]”²¹

Y en una crítica análoga a la hecha a Hegel, el autor de *El capital* expresa en la primera de sus tesis sobre Feuerbach:

La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa, la realidad, lo sensible, bajo la forma del objeto o de la contemplación, no como actividad humana sensorial, como práctica [. . .]

Feuerbach subestima el poder de la abstracción y cae en la contemplación pasiva, olvidando que, “para el análisis de las formas económicas [. . .] el único medio de que disponemos [. . .] es la capacidad de abstracción [. . .]”²²

²⁰ K. Marx, prólogo a la segunda edición alemana de *El capital*.

²¹ A. Pesenti, *op. cit.*, pp. 28-29.

²² K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, Montevideo, 1968, Apéndice p. 665 y K. Marx, prólogo a la primera edición de *El capital*.

¿Y cómo trabaja el economista? ¿Cómo relaciona los hechos y los principios, el pasado y el presente, lo abstracto y lo concreto, la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción?

Acaso uno de los principales problemas metodológicos a los que se enfrenta no solamente la economía, sino la ciencia en general, es el de integrar sus conocimientos con base en la unidad de esas y otras categorías, unidad que si bien es difícil de lograr, aun conceptualmente es a la vez indispensable al proceso cognoscitivo para poder descubrir el carácter profundo de cualquier fenómeno [. . .] La historia no termina en el pasado sino que se extiende al presente, a un presente que es fruto de lo que ha quedado atrás y antesala de un porvenir que es también historia y horizonte que la ciencia económica, en particular, debe tratar de prever. Lo mismo podría decirse de las relaciones existentes entre la teoría y la práctica.

“La abstracción juega un papel particularmente importante en la economía política, debido a que el proceso económico es muy complejo [. . .]”²³ Y ¿cómo se construyen las formulaciones abstractas con que trabaja el economista? Dos posiciones encontradas han tendido tradicionalmente a chocar alrededor de este problema: la de quienes piensan que toda abstracción es una reflexión puramente deductiva, que sólo pone de relieve la superioridad de las ideas, y la de quienes, advirtiendo la significación de los hechos, esto es de la práctica, tienden a su vez a menospreciar el conocimiento doctrinal y el proceso de racionalización que entraña. Es el marxismo, en realidad, con su concepción dialéctica del conocimiento y de todo el proceso histórico el que logra integrar esos y otros términos aparentemente antitéticos, en una síntesis de la que anteriormente no se había percatado la ciencia. Y es por eso, entre otras cosas, que “el científico de hoy no puede ya darse el lujo de ignorar el marxismo”.²⁴

Consiste tal síntesis, que para el economista tiene un valor inapreciable, en comprender que la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción, no son categorías esencialmente distintas ni menos aún excluyentes. La teoría no surge al margen de la práctica, como tampoco el pensamiento cobra vida al margen de la acción. Las abstracciones no pueden ser arbitrarias o caprichosas; “[. . .] no pueden ser construccio-

²³ O. Lange, *op. cit.*, p. 102.

²⁴ J. D. Bernal, *Science in History*. . . , p. 616.

nes mentales subjetivas sino que deben resultar y a la vez ser la expresión [. . .] del proceso económico [. . .]” “De la experiencia a la abstracción y de la abstracción a la experiencia, pasando por la concretización sucesiva —expresa Lange—, tal es el camino de todo proceso cognoscitivo del que emerge un verdadero conocimiento.”²⁵

Y el alcance históricamente limitado de las abstracciones empleadas en la ciencia, y en particular en la economía, lejos de restarles importancia afirma su valor de categorías analíticas, de conceptos y formulaciones que, por abstractas que resulten, valen en tanto expresen fielmente lo esencial de ciertos fenómenos reales.²⁶

[. . .] Los hechos, las formas múltiples que asume la actividad económica son desde luego fundamentales. “Sin empirismo —decía Herzen— no hay ciencia, de la misma manera que no la hay en el empirismo utilitario.”²⁷ O en otras palabras: “Es una paradoja de la ciencia que si bien tiene sus raíces en la observación de los hechos, también va más allá de ellos. La ciencia nunca es un catálogo de observaciones: es una interpretación de esas observaciones [. . .]”²⁸

Teoría y práctica, por consiguiente, son para la economía dos condiciones igualmente importantes y de cuya interinfluencia deriva el conocimiento. Sin una posición teórica correcta es imposible comprender la realidad del proceso económico, y sin un conocimiento profundo de la práctica, incluso de las cosas diarias a veces más modestas, tampoco es posible forjar una teoría económica verdaderamente científica [. . .] A veces olvidamos que “la ciencia no es sino un campo a ambos lados del cual discurre la vida”,³¹ y que el economista debe hallar su principal fuente de inspiración, no en el laboratorio ni en el gabinete sino en la calle, en la plaza pública, en el campo y las ciudades, en los barrios populares y en los sitios apartados, en el diario ajetreo por sobrevivir y en el complejo de relaciones sociales entre quienes trabajan y quienes explotan a los que trabajan. Es tan impor-

²⁵ O. Lange, *op. cit.*, pp. 105 y 101.

²⁶ “Hasta las categorías más abstractas . . . son . . . el producto de condiciones históricas, y no poseen plena validez sino para estas condiciones y dentro del marco de ellas mismas. . .” K. Marx, *Contribución a la crítica* . . . p. 264.

²⁷ A. Herzen, *Obras filosóficas escogidas*, Moscú, 1956, p. 107.

²⁸ John Lewis, *op. cit.*, p. 104.

³¹ A. Herzen, *op. cit.*, p. 78.

tante el contacto con la realidad que, por ejempló, Leontieff, llega a decir que las previsiones de Marx, que él considera brillantes, fueron posibles gracias a ese conocimiento de la realidad. “[. . .] ni sus realizaciones analíticas ni la superioridad metodológica que suele asignársele —escribe— pueden explicar el récord logrado por el marxismo en cuanto a previsiones correctas. Su fuerza radica en el conocimiento empírico del sistema capitalista [. . .]” “[. . .] La significación de Marx para la teoría económica moderna consiste en que es fuente inagotable de observación directa”.³²

[. . .] ¿Y en qué consiste esa realidad a la que se llama la práctica? A nuestro juicio no en meros rasgos aislados e inconexos de la estructura social sino en aquello que le es característico y que está íntimamente ligado a la actividad productiva o, en otras palabras, en los elementos que configuran la base y las notas distintivas de un sistema económico. Es ésa la práctica que debe importar al economista, y no los datos concretos, reales también pero en buena medida irrelevantes, que pueden extraerse del examen particular y fragmentario de un aspecto del fenómeno económico.

El conocimiento surge de la práctica [. . .]

Y cómo se comprueba la validez de un análisis económico? Por lo que hace al aspecto metodológico del problema, el método histórico es el instrumento más valioso de que el economista puede echar mano. Pero conviene añadir que el contexto en que ese método ha de emplearse es precisamente la práctica. Como observa Marx en su segunda tesis sobre Feuerbach:

[. . .] Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente escolástico.³⁴

Lo que, en otras palabras equivale a señalar que el conocimiento no es un fenómeno académico de alcance individual o una información que se obtenga contemplativamente en los libros, sino un proceso

³² Wassily Leontieff, “The Significance of Marxian Economics for Present Day Economic Theory”, *The American Economic Review*, vol. xxviii, Supl. 1, marzo de 1938.

³⁴ J. B. Haldane, *La filosofía marxista y las ciencias*, Buenos Aires, 1946, p. 26.

social que se nutre y afirma en la práctica. Equivale a establecer, como dicen los anglosajones, que *The proof of the pye is in the eating*; o en la expresión similar de Mao, que “para conocer el sabor de una pera, hay que transformar la pera comiéndosela [. . .]”³⁵ Es decir: el conocimiento parte de la práctica y a través de la práctica alcanza el plano teórico y, entonces, ha de regresar a la práctica. “El problema de saber [en consecuencia] si la teoría corresponde a las realidades objetivas no se encuentra enteramente resuelto en el proceso de conocimiento de lo perceptivo a lo racional [. . .] La única vía para resolverlo completamente es redirigir el conocimiento racional a la práctica social y aplicar la teoría a la práctica, para ver si se pueden lograr los resultados previstos.”³⁶

Solamente así es posible hacer en la práctica lo que se postula en la teoría, advertir lagunas y fallas en ésta o, en su caso dar con los factores que imposibilitan su realización [. . .] “cuanto más entienda un hombre —observa Bernal— cómo funciona la sociedad; cuanto más comprenda lo que puede hacer fácilmente y bien y lo que no es capaz de hacer, más posibilidades existen para su actividad y para su iniciativa [. . .]”³⁷

Lo que escribía Marx en el prólogo a *El capital*, sobre los obstáculos que se levantan frente al economista que realmente se interesa en descubrir la verdad, tiene hoy tanta vigencia como hace un siglo:

La libre *investigación científica* tiene que luchar en la Economía Política con enemigos que otras ciencias no conocen. El carácter especial de la materia . . . desencadena contra ella las pasiones más violentas, más mezquinas y más repugnantes que anidan en el pecho humano; las furias del interés privado [. . .] Hoy día, el ateísmo es un pecado venial en comparación con el crimen que supone la pretensión de criticar el régimen de propiedad consagrado por el tiempo.

LAS TÉCNICAS E INSTRUMENTOS DE ANÁLISIS

Aunque el economista parece requerir en ocasiones de un sexto sentido, de una capacidad de penetración especial e incluso de un

³⁵ Mao Tse-tung, “El conocimiento y la práctica”, *Estudios filosóficos*, México, 1958, p. 33.

³⁶ *Ibidem*, p. 39. Sobre este interesante tema, véase el cap. 13 de Maurice Cornforth, *Science and Idealism*, Nueva York, 1947.

³⁷ J. D. Bernal, *La libertad de la necesidad*, México, 1958, p. 38.

poco de suerte para acertar en el diagnóstico y sentar las bases de una solución satisfactoria a sus problemas el instrumental con que trabaja se vuelve cada vez más complejo y, definitivamente, se aleja de la improvisación, la mera intuición y las “corazonadas” [. . .]

Mas apenas se intenta establecer la importancia de las diversas técnicas con que trabaja el economista, se multiplican las discrepancias y aun suele advertirse un celo y una pasión mayores que los que provocan las divergencias en torno a cuestiones metodológicas realmente fundamentales.

Tales reacciones no dejan de ser explicables: afloran en ellas prejuicios, deformaciones profesionales, rivalidades ideológicas, intereses poco o nada científicos y aun actitudes irracionales que, en el fondo responden a la idea pueril de que, lo que cada quien sabe es lo más importante [. . .] La verdad es que es tan diverso, vasto y complejo el instrumental a disposición del economista, que si bien en principio y un tanto en teoría se supone que debe familiarizarse con todas las técnicas y métodos de estudio propios de su oficio, en la práctica resulta punto menos que imposible lograrlo, sobre todo si han de usarse todos ellos a un nivel académicamente satisfactorio. Y esto no hace sino contribuir, complementariamente, a abonar el terreno para la divergencia y para que cada quien subraye las deficiencias y limitaciones de los procedimientos empleados por su vecino.

“Lo que distingue al economista ‘científico’ de todas las demás gentes que piensan, hablan y escriben sobre tópicos económicos —nos dice el profesor Schumpeter en uno de los más completos y autorizados estudios en la materia— es el dominio de las técnicas [. . .]” ¿Y cuáles son estas técnicas? El propio autor considera que las más importantes son la historia, la estadística y la teoría, seguidas inmediatamente después por la sociología económica,³⁹ aunque la economía tiene también relaciones estrechas con la psicología, la lógica, la filosofía y, desde luego, la política.

¿Cuál es la principal de esas técnicas o instrumentos de análisis económico?

El auge de la corriente matematicista en ciertos círculos académicos, en particular en las ciencias sociales, no deja de ser explicable: el

³⁹ Véase *The University Teaching of Social Sciences, Economics*, Editado por UNESCO, Dinamarca, 1954.

rápido desarrollo de la física y la astronomía, los avances recientes del método estadístico en múltiples campos, la popularidad de la cibernética y la posibilidad de cuantificar fenómenos hasta hace poco prácticamente desconocidos, el impacto de la revolución tecnológica de las últimas tres décadas, el uso creciente de la programación matemática en las economías planificadas, la tendencia ya señalada a despojar a la economía de su carácter de ciencia social y a convertirla en una mera técnica de obtención y maximización praxeológica de ciertos fines y, desde luego, el obvio interés de los grupos dominantes en los países capitalistas, de que la economía y los economistas contribuyan a preservar el presente *estatus* social, en vez de estudiar sus fallas más profundas y de tratar de modificar la estructura socioeconómica, son algunos de los factores que han influido para que las matemáticas se pongan de moda entre los economistas.

Los teóricos de la utilidad marginal utilizaron crecientemente el cálculo y los sistemas de ecuaciones requeridas para elaborar los modelos del equilibrio económico general y parcial. El uso de métodos cuantitativos, aunque limitado en su alcance por el carácter estático y demasiado universal y abstracto de las elaboraciones teóricas, sobre todo de Walras y Pareto, tuvo importancia; pero, a la vez condujo a serias desviaciones que apartaban a la ciencia económica del proceso social en torno al cual debía girar. En una de sus notas sobre *El capital*, Engels escribe al respecto:

“[. . .] la Economía venía encasillándose hasta aquí en una posición científica tan abstracta y absoluta como las matemáticas. Ignoramos la suerte que habrán de correr las otras doctrinas de este libro, pero creemos que jamás podrá discutírsele a su autor el mérito de haber puesto fin a esta concepción cerrada de la ciencia económica [. . .]”⁴⁰

El énfasis de Engels era comprensible, pues Jevons, por ejemplo, había afirmado: “Nuestra ciencia debe ser matemática simplemente porque trata de cantidades.” En el marco positivista dominante —comenta el profesor Bernal—, tal actitud parecía ser científica y objetiva. “Pero no era ni objetiva ni políticamente neutral [. . .]”,⁴¹ sino apológ-

⁴⁰ F. Engels: K. Marx, *El capital*, t. II, vol. I, México, 1946, p. 952.

⁴¹ Citado por J. D. Bernal, *Science in History*, Londres, 1957, p. 753.

tica. Y en cuanto a la economía walrasiana, si bien el juego de interrelaciones que manejaba se prestaba, sin duda, y aun requería un tratamiento matemático, y daba la impresión de un sistema verdaderamente armonioso, tal sistema poco tenía que ver con la realidad económica y sus desequilibrios cada vez más profundos.

Algunos admiradores de Marshall tienden a subrayar la importancia científica de su preocupación matemática;⁴² en tanto que otros la estiman poco acertada y reveladora de una discutible preferencia por cuestiones meramente formales. Stigler, por ejemplo, pregunta: “¿Qué parte de los *Principios* de Marshall es más matemática en origen y forma? Sin duda que su teoría de la utilidad. Pero ésta es precisamente la parte [. . .] que está definitivamente equivocada [. . .]”⁴³ Y es curioso que el propio Marshall emitiera un juicio análogo al comentar la aparición de la *Economía política* de Jevons, y decir que si bien se debían a los matemáticos ciertas sugerencias interesantes “[. . .] todo lo que ha tenido importancia en sus razonamientos y resultados, con alguna excepción si acaso, se podía haber descrito en el lenguaje ordinario [. . .] El libro que comentamos —añadía— mejoraría si las matemáticas se omitieran y se retuvieran los diagramas [. . .]” Y, unos años más tarde, volviendo sobre Jevons, escribía: “Será interesante [. . .] ver si puede evitar que las matemáticas lo arrastren y lo alejen de los hechos económicos reales.”⁴⁴

[. . .] Hasta hace poco más de una década el uso de los instrumentos matemáticos seguía siendo limitado en la enseñanza y aun en el trabajo de investigación. Según un estudio de la UNESCO, todavía en 1954 la estadística y las matemáticas ocupaban un lugar relativamente secundario y en ciertos casos opcional en los planes de estudio de la mayor parte de las universidades de Francia, Alemania, Bélgica, Italia, e incluso Inglaterra y Estados Unidos,⁴⁶ no obstante que en estos últimos dos países, en particular, seguía predominando en buena medida el sistema de enseñanza neoclásico y el empleo de muchas de las herramientas marshalianas.

⁴² Véase, por ejemplo, el prólogo de Manuel de Torres a los *Principios* de Marshall, en la edición española ya citada en esta exposición.

⁴³ George J. Stigler, *El método matemático en la economía*.

⁴⁴ Citado por J. M. Keynes en *Essays in Biography*, Londres, 1961, p. 159.

⁴⁶ Véase: *The University Teaching of Social Sciences, Economics*, editado por la UNESCO, Dinamarca, 1954.

Desde la segunda guerra mundial, sin embargo, en parte bajo la influencia del empleo de nuevas técnicas de muestreo, encuestas y análisis de mercados, control de tiempos en las fábricas e investigación de operaciones, y en parte debido a la confección de modelos macroeconómicos, a ciertas reformulaciones de la teoría del equilibrio, como las de Hicks y Von Newman, y al uso creciente de la programación lineal como medio de elección en ciertas alternativas, la economía matemática, como especialidad, y en general el uso de ciertas técnicas cuantitativas en estudios económicos de diversa naturaleza, empezaron a cobrar un auge inusitado.

Una de las técnicas que sin duda ha despertado mayor interés es la llamada de insumo-producto (*input-output*), que, a partir de los primeros intentos de análisis intersectorial hechos en la URSS, desarrolló posteriormente Wassily Leontieff en Estados Unidos.⁴⁷ Consiste esencialmente esta técnica en un cuadro o tabla —cuya composición puede ser muy simple o muy compleja, según el número de actividades consideradas— en el que, utilizando como esquema una matriz algebraica y un sistema de registro como el de la contabilidad por partida doble o de doble entrada, se muestran las relaciones existentes entre las actividades o sectores seleccionados, es decir lo que cada uno de ellos entrega y recibe de los demás. En cada fila o renglón se descompone (horizontalmente) el producto (*output*) de la actividad en cuestión en dos grandes rubros: demanda intermedia y demanda final que, desde luego, pueden desglosarse en otros. La primera comprende la parte de la producción absorbida por la propia actividad que la genera (por ejemplo, la parte de la producción agrícola que retiene o consume la misma agricultura), y la que utilizan como producto intermedio otras actividades. La demanda final, a su vez, es lo que resta de la producción después de cubrir esos consumos interindustriales, o sea lo que se destina a los consumidores finales, a la inversión o que se exporta al exterior.

⁴⁷ Entre los muchos materiales sobre el tema podrían mencionarse los trabajos del propio Leontieff: *The Structure of American Economy*, Nueva York, 1941; su ensayo "Dynamic analysis", en *Studies in the Structure of American Economy*, Nueva York, 1953, y el artículo "The Structure of Development", aparecido en *Technology and Economic Development*, Nueva York, 1963.

En las columnas del cuadro, en cambio, se registran (verticalmente) los llamados insumos (*input*), o sea los factores internos que cada actividad requiere directamente para producir lo que produce y lo que, en su caso, importa de fuera, y que, sumados a otros gastos y servicios (valor agregado), constituyen el valor bruto de la producción.

Establecidas las relaciones intersectoriales se determinan, en lo que es propiamente la matriz, los coeficientes de insumo o coeficientes técnicos, es decir, la proporción o *ratio* con que cada insumo participa en el producto del sector de que se trate, y que, por cierto, en el esquema de que hablamos aparecen como coeficientes fijos, por considerar el profesor Leontieff que las relaciones que expresan son relativamente constantes o invariables.

Los defensores más entusiastas de esta nueva técnica suelen atribuirle toda clase de virtudes. Consideran que es un instrumento esencial para el estudio estructural de un sistema económico, un magnífico auxiliar para estimaciones de costos por ramas, y un valioso medio para advertir y evitar desequilibrios de diferente naturaleza en el proceso económico, para orientar una política de desarrollo y para asegurar la mayor coherencia a la planificación. Pero al menos hasta ahora, el uso que de ella se ha hecho en la práctica es bastante modesto, habiendo servido fundamentalmente para enriquecer la información estadística y estudiar ciertas interdependencias sectoriales.

Sin dejar de reconocer el interés de la técnica de que hablamos, —en la que su propio autor ve esencialmente una “herramienta analítica”— sucede con ella algo realmente paradójico: mientras en los países capitalistas, donde no existe y, en rigor no es posible la planificación económica, se ha puesto un gran empeño en la confección de matrices de insumo-producto, —y aun ha llegado a declararse que, en tanto no se cuente con ellas será muy difícil planificar— en los países socialistas, o sea donde sí se emplea la planificación se ha prescindido, en general, de la técnica de Leontieff, aunque no, desde luego, del análisis intersectorial en que ésta descansa. Se ha prescindido de ella, en parte por haberse preferido utilizar medios más sencillos, flexibles y directos, como son los balances físicos y económicos, y, sobre todo porque se pensó que, en una fase de crecimiento económico acelerado, en la que, casi por definición, tenía que producirse un rápido avance y una profunda transformación tecnológica,

resultaba inaconsejable formular planes de desarrollo con base en coeficientes técnicos fijos, como los propuestos por Leontieff. Acaso más adelante se la emplee en mayor medida [. . .]

[. . .] En cuanto al valor de la técnica para ciertos análisis estructurales también parece discutible, pues más que descubrir los rasgos esenciales de la estructura económica como un complejo de relaciones sociales de producción, exhibe solamente ciertas relaciones *técnico-económicas* y ello de una manera estática. Y por último parece asimismo exagerado pensar que con ayuda de una matriz de insumo puedan evitarse y corregirse oportunamente ciertos desequilibrios, ya que el problema de una economía de mercado no es tanto que no pueda prever o aun localizar con precisión ciertos desajustes, sino más bien que sólo puede combatirlos después de que han causado bastante daño. En la expresión de Dobb, el mercado es un mecanismo de coordinación *ex post*, o sea, *a posteriori*, y no *ex ante*.

Al margen de la utilidad del empleo de ciertos métodos matemáticos y del hecho, sobre todo, de que el conocimiento de la realidad económica a través, entre otros medios, de la estadística, es algo de que ninguna metodología debe prescindir, es igualmente cierto que alrededor de la economía matemática han surgido con frecuencia situaciones que, lejos de contribuir a esclarecer problemas fundamentales, se vuelven un motivo más de confusión y aun entrañan un grave peligro para las ciencias sociales.

Concebido el proceso económico no como una relación social entre hombres, sino como una simple relación de medios y fines, de cantidades o, cuando más, de hombres y cosas, resulta comprensible que los problemas sociales más complejos se vuelvan fáciles de apresarse en unas cuantas fórmulas simplistas y estáticas, y el economista se convierta a su vez, para usar la expresión de Marx, en “el hombre de las fórmulas”; en un mecánico limitado y rutinario que, de hecho renuncia al empleo combinado o alternativo de su instrumental analítico, pues en la “caja de herramientas” de que habla Joan Robinson, deja solamente una para usarla en todos los casos.

[. . .] Algunos economistas llegan a tales extremos de mecanicismo y aun de sectarismo, que no contentos con tratar de acomodar caprichosamente la realidad a sus preconcepciones, atribuyen al fenó-

meno económico un carácter meramente cuantitativo y desdén en consecuencia todo lo que no pueden medir.

“Se está haciendo un esfuerzo —escribe uno de ellos— para construir la teoría económica como una ciencia profética cuantitativamente rigurosa. . . ; la nueva teoría es lo que es porque comprende la verdadera naturaleza de una ciencia cuantitativa.”⁵⁰ Bajo el lema “la ciencia es medición”, —comenta a su vez críticamente el profesor holandés Hennipman— y apoyándose en la autoridad de la fuerte tendencia al positivismo empírico, “todo recurso a fenómenos no observables ni mensurables está considerado como desprovisto de valor científico”.⁵¹

Dentro de un marco mental semejante es comprensible que el economista Fourastié declare paladinamente: “Una discusión sobre el valor, sobre la plusvalía, sobre las cosas que no pueden verse [. . .], no me interesa.”⁵² Lo que equivale a decir que lo que interesa al economista es la apariencia de los fenómenos y no su esencia. Y la verdad es que en ese abstracto, impersonal y enigmático mundo de meras cantidades, una de las pocas cosas concretas que se advierte es la cantidad de insensatez y vanidad de que algunos son capaces de hacer gala.⁵³

[. . .] “Si se define a la ciencia estrechamente y se limita su campo de operación —escribe el profesor Bernal— a magnitudes físicas que pueden medirse con mayor o menor precisión y a cambios que son cíclicos y siguen leyes eternas, entonces es posible excluir de la ciencia no sólo al marxismo, sino a todo el estudio de las sociedades humanas: su historia, su economía y su política; de hecho las ciencias sociales en su totalidad [. . .]” “Sería absurdo [sin embargo] esperar que los precisos métodos de comprobación que son válidos en la física y en la biología

⁵⁰ G. Sebba, “The Development of the Concepts of Mechanism and Model in Physical Science and Economic Thought”, *The American Economic Review*, Papers and Proceedings, 1953.

⁵¹ P. Hennipman, *op. cit.*, p. 272.

⁵² Citado en *Theories of Regulated Capitalism*, autores varios, p. 5.

⁵³ El economista Samuelson, por ejemplo, llevado de ese cuantitativismo, demuestra la objetividad de que es capaz al recordar en un artículo que, en una ocasión, le fue muy celebrada por un auditorio tejano la opinión de que: “Desde el punto de vista de la economía pura, Carlos Marx puede considerarse un postricardiano menor [. . .] un precursor, no carente de interés, del análisis de insumo-producto de Leontieff [. . .]” “Economists and the History of Ideas”, *The American Economic Review*, marzo de 1962, p. 12.

[. . .] puedan aplicarse a los fenómenos sociales, que son mucho más complejos.”⁵⁴

A propósito de la naturaleza y de la complejidad de los fenómenos económicos, me viene a la memoria una anécdota: relata Keynes que, en una ocasión, el físico alemán Plank le contaba que, siendo joven, había pensado estudiar economía, pero que le había parecido muy difícil. Según Keynes, el profesor Plank podía dominar el cuerpo de economía matemática en unos días, “[. . .] pero la amalgama de lógica e intuición y el vasto conocimiento de los hechos, la mayor parte de ellos imprecisos, que se requiere para la interpretación económica en su forma superior, es, sin duda, tremendamente difícil para aquellos cuyo talento consiste principalmente en la facultad de imaginar y seguir, hasta sus últimas expresiones, las consecuencias y condiciones previas de hechos relativamente simples que se conocen con un alto grado de precisión”. El propio Keynes, en otro pasaje de la misma obra, escribe: “Nosotros nos enfrentamos a cada momento con el problema de la unidad orgánica, de la discreción, de la discontinuidad; el todo no es igual a la suma de las partes; las comparaciones cuantitativas fallan, los pequeños cambios producen grandes efectos, el supuesto de fenómenos continuos, uniformes y homogéneos, no se satisface en la práctica.”⁵⁵ Lo que claramente sugiere que el economista se enfrenta a menudo a diferencias cualitativas —“químicas”, no mecánicas— esencialmente distintas a los pequeños cambios cuantitativos supuestos en ciertos modelos.

“Nuestra ciencia—afirma a su vez el profesor Pigou— es una ciencia nueva. No obstante los progresos que se han hecho en los métodos estadísticos, sus análisis son todavía, en su mayor parte, como observó Marshall hace casi cincuenta años, cualitativos, no cuantitativos [. . .]; del proceso de cambio, del paso de una situación de equilibrio a otra, del orden de los sucesos durante ese paso, de las condiciones en que ese movimiento es acumulativo y, por así decirlo, se autopropaga, sabemos muy poco [. . .]”⁵⁶

⁵⁴ J. D. Bernal, *op. cit.*, pp. 599 y 600.

⁵⁵ J. M. Keynes, *Essays in Biography...* pp. 158 y 282.

⁵⁶ A. C. Pigou, *Teoría y realidad económica*, México, 1946, p. 27.

Opiniones como las transcritas se oyen también con frecuencia entre distinguidos matemáticos. Así, el profesor Wiener señala al respecto:

[. . .] He encontrado que la sociología y la economía matemática o la econometría sufren bajo un malentendido de lo que es el uso adecuado de las matemáticas en las ciencias sociales y de lo que puede esperarse de las técnicas matemáticas [. . .]

[. . .] Los economistas han desarrollado el hábito de vestir sus muy imprecisas ideas con el lenguaje del cálculo infinitesimal [. . .] Las matemáticas que emplean los científicos sociales y la física matemática que usan como patrón son la matemática y la física matemática de 1850 [. . .]⁵⁷

Es ocioso preguntarse si el instrumental matemático puede o no usarse con provecho en la economía. Es obvio que puede y debe emplearse. Pero igualmente obvia debiera ser la proposición inversa, es decir: que son pocos los fenómenos económicos susceptibles de mediciones rigurosas, y que a nada conduce, por lo tanto, ir de una posición extrema, en la que se pretende que las matemáticas de nada sirven a la economía, a otra no menos infundada, en la que los números se vuelvan una nueva forma de la magia. El ingenioso juego de palabras del profesor francés Villey, debiera poner en guardia a quienes caen en este extremo: “Contar —nos dice— contar siempre, contar todas las cosas: ¿No es eso exponerse a no tener en cuenta y a no dar cuenta de aquello que no se cuenta y que es sólo lo que cuenta?”⁵⁸

“Las matemáticas son necesarias para determinar magnitudes y por ello son especialmente importantes como un instrumento de inferencia deductiva de la economía política.”⁵⁹ Con su ayuda es posible, como dice el profesor noruego L. Johansen, dar mayor precisión a ciertos argumentos, resolver problemas difíciles de abordarse con procedimientos no matemáticos, utilizar más eficientemente la estadística en ciertas cuantificaciones y usar métodos susceptibles de desarrollarse a través de las computadoras electrónicas. El que las matemáticas “no

⁵⁷ Norbert Wiener, *Dios y Golem*, S. A., México, 1967, pp. 95 y 98.

⁵⁸ D. Villey, “Examen de conscience de l'économie politique”, citado por P. Hennisman, *op. cit.* p. 267.

⁵⁹ O. Lange, *Political Economy*, Londres, 1963, vol. 1, p. 138.

sean muy útiles para dar respuesta a los problemas básicos de la economía *política* [. . .] no es razón para no aplicar los métodos matemáticos a problemas más restringidos, en los que pueden aplicarse provechosamente. Es sólo razón para dejar que el análisis matemático *suplemente*, en vez de *reemplazar*, los métodos básicos de la economía política.”⁶⁰

Las matemáticas, como la economía psicológica y la sociología económica, tienen un campo de acción importante, pero a la vez limitado.⁶¹ ¿Cuál es ese campo? Si recordamos que la economía estudia leyes económicas, y que, como ya vimos, éstas pueden ser causales, concomitantes o funcionales, podríamos decir que el campo natural de los métodos matemáticos es el de estas últimas, el de aquellas leyes que operan “cuando hay una conexión o relación entre hechos que son cuantitativamente mensurables, [y] por ello pueden formularse como funciones matemáticas”.⁶²

¿Son las leyes funcionales las más importantes en el proceso económico? Desde luego que no. Las principales son las causales, entendiendo por éstas, aquellas que expresan relaciones y aun contradicciones entre fenómenos cuya expresión cuantitativa resulta imposible o por lo menos muy difícil. En otras palabras, si bien las leyes funcionales son causales por naturaleza, éstas, en cambio, adoptan pocas veces la forma de leyes funcionales. No obstante lo cual, por cierto, no faltan economistas dados a asignar, casi siempre “a ojo de buen cubero”, “[. . .] un peso numérico o porcentaje a la ‘influencia’ de los diversos ‘factores’, olvidando que”, “[. . .] a menos que podamos discernir el nexo causal de las cosas no conoceremos los sistemas más próximos o más amplios que constituyen sus propiedades o los caminos que siguen en sus relaciones cambiantes.”⁶³

Es decir, “[. . .] en la medida —como señalaba el distinguido economista mexicano Juan F. Noyola— en que las matemáticas sirven para

⁶⁰ L. Johansen, “Marxism and Mathematical Economics”, *Monthly Review*, enero de 1963, pp. 505 y 507.

⁶¹ “[. . .] los defensores de las matemáticas [. . .] olvidan con frecuencia —escribe Seligman— que el radio de cuestiones con el que trabajan es esencialmente limitado, porque los procesos sociales no se prestan a ser reducidos a formas cuantitativas exactas”. Edwin R. A. Seligman, *Principles of Economics*, Nueva York, 1914, p. 31.

⁶² O. Lange, *op. cit.*, p. 49.

⁶³ R. Mac Iver, *Causación social*, México, 1949, pp. 66 y 68-69.

manejar eficazmente relaciones funcionales o relaciones de causalidad entre magnitudes [. . .] son un instrumento útil de análisis y trabajo, [aunque] al mismo tiempo, nunca debe olvidarse que las matemáticas no dicen nada sobre la esencia de esas relaciones”.⁶⁴

[. . .] Los métodos matemáticos —señala al respecto Magdoff— generalmente “. . .no conducen a una mayor comprensión de los problemas fundamentales de la sociedad capitalista e incluso muy a menudo se usan para evadirlos [. . .]”⁶⁶ O, como dicen Baran y Sweezy, los modelos matemáticos en que con frecuencia se excluyen elementos fundamentales de la realidad, “[. . .] no sólo no contribuyen a ampliar nuestra comprensión de los principios conforme a los cuales funciona el sistema sino que contribuyen a oscurecerlos [. . .] Tales modelos sustituyen a la economía capitalista por un sistema racional imaginario, cuyo nombre es lo único que tiene de común con el capitalismo.” “Y así, los elaborados modelos matemáticos que se usan en la macroeconomía, sirven para ocultar la irracionalidad de la organización económica que pretenden explicar.”⁶⁷ Y es que “[. . .] en tanto la técnica matemática esté al servicio de un modo particular de pensamiento, los conceptos que formule estarán calculados para ocultar, más que para descubrir, la realidad”. “El modo de pensar que se oculta en la teoría subjetiva del valor —comenta al respecto Dobb— primero crea un reino imaginario y, después, olvidando la enorme distancia que separa a ese mundo abstracto de la realidad, se atribuyen a ésta relaciones aparentemente universales. Esto es confundir el pensamiento y adulterar la realidad. Es poner de cabeza todas las cosas [. . .]”⁶⁸

[. . .] En resumen, la confección de modelos matemáticos entraña una forma de abstracción que, en principio, puede desde luego contribuir a esclarecer ciertas relaciones. La cantidad y la calidad no son datos independientes entre sí: entre ellos hay una relación estrecha e indisoluble, que los vuelve en rigor dos aspectos esenciales de un mismo fenómeno, como son, por ejemplo, la forma y el contenido. Entre cantidad y calidad hay, sin embargo, una interacción dialéctica,

⁶⁴ “Los métodos matemáticos en la planificación económica y sus perspectivas de aplicación en Cuba”, *Publicaciones*, núm. 2, La Habana, 1962, p. 7.

⁶⁶ Harry Magdoff “The achievement of Paul Baran”, *Monthly Review*.

⁶⁷ “Economics of two worlds”, *Monthly Review*, marzo de 1967, pp. 16 y 17.

⁶⁸ M. Dobb, *Economía política y capitalismo. . .*, p. 179.

que en el campo de las ciencias sociales suele adoptar caracteres especialmente complejos, pues el límite de la abstracción está en ellas señalado, no por la lógica interna de un razonamiento, sino sobre todo por su validez histórica. Es esta situación la que, de hecho, vincula entre sí los diversos métodos con que trabaja el economista. En efecto, sin un planteo teórico riguroso en el cual se sustente, y con mayor razón, si se asocia a una postura teórica inconsistente y errónea, el instrumental matemático pierde todo o al menos gran parte de su valor. Y a la vez, si tanto ese instrumental como el marco teórico en que se utilice no tiene una clara y bien definida dimensión histórica, su papel se vuelve enteramente secundario.

La abstracción, en otras palabras, adopte o no una forma matemática, sigue siendo el medio de que esencialmente debe echarse mano para el estudio de los fenómenos económicos. Pero esa abstracción, si bien supone con frecuencia un alto nivel de generalidad, reclama también un contacto estrecho con la realidad, pues desprovista de ese contacto la teoría deja de tener valor práctico, y a la postre, significación teórica.

Es “[. . .] por ello —señala el profesor Lange— que la comprobación histórica es el principal método de verificación de las leyes y teorías económicas [... y por lo que tal] comprobación es necesaria para delimitar el alcance histórico de la validez de esas leyes y teorías”.⁶⁹

El rango que Lange asigna al método histórico no es exagerado ni obedece solamente a su posición materialista. Schumpeter, por ejemplo, coincide con él, y si bien reconoce a la estadística un papel fundamental en el análisis económico, no titubea al decir que el método histórico es “[. . .] con mucho, el más importante”.

A riesgo de hacer una cita demasiado larga, creo que vale la pena reproducir la opinión de este autor, ya que, sobre todo entre algunos jóvenes economistas que se han formado o quizá más bien deformado en alguna universidad norteamericana o bajo su influencia tecnopragmática, priva a menudo la opinión de que la teoría, y aun en mayor medida la historia, son secundarias frente a las técnicas estadístico-matemáticas y al conocimiento numérico o en el mejor de los casos puramente empírico de ciertas relaciones económicas, lo que inevita-

⁶⁹ O. Lange, *op. cit.*, p. 129.

blemente lleva a un metodologismo estrecho y mecanicista, que en poco tiempo convierte a un mal economista en uno peor.

Deseo declarar desde el principio —escribía Schumpeter en la obra a que dedicó los últimos años de su vida— que si tuviera que empezar de nuevo mi trabajo en el campo de la economía, y sólo pudiera estudiar —pero a la vez elegir— uno de los tres métodos (teoría, estadística e historia) escogería la historia económica por tres razones:

—Primera, porque el objeto de la economía es esencialmente un proceso único [. . .] y nadie puede esperar entender los fenómenos económicos de ninguna época, incluyendo el presente, si no tiene un dominio adecuado de los *hechos históricos* y un volumen satisfactorio de *sentido histórico*, (lo que, aclara el autor, no supone desde luego dejar de utilizar la teoría);

—Segunda: el informe histórico no puede ser puramente económico sino que debe reflejar, inevitablemente, hechos ‘institucionales’ [. . .] y por ello proporciona el mejor método para entender cómo los hechos económicos y no económicos *se relacionan* entre sí y cómo *deberían* relacionarse las diversas ciencias sociales unas a las otras;

—Tercera: [. . .] el hecho de que la mayor parte de los errores fundamentales que actualmente se cometen en el análisis económico, se deben con mayor frecuencia a la falta de experiencia histórica que a cualquier otra falla en el equipo del economista [. . .]⁷⁰

Frente a los teóricos que, como Schumpeter, subrayan la importancia del método histórico, hay muchos otros que tienden a desdeñarlo. Toda la corriente subjetivista que desenlazó en la escuela neoclásica podría ser un buen ejemplo de esta posición, a la que habría que asociar a Lord Keynes, quien siempre supuso al capitalismo como algo *dado*, preexistente, externo, desligado del proceso histórico y sus leyes objetivas, y cuyo comportamiento, en todo caso, sólo tiene relación con ciertas propensiones subjetivas del individuo, como la “ley psicológica fundamental” que él atribuye a la naturaleza humana. La economía tradicional utiliza, en realidad, un método ahistórico y categorías conceptuales que pretenden tener valor absoluto. “Su interés en los sistemas sociales —como dice Sweezy— es puramente incidental, su relación con el entendimiento de la historia no es algo que interese al economista *qua* economista”. “Si los keynesianos [en

⁷⁰ J. A. Schumpeter, *op. cit.*

particular] poseen alguna teoría coherente de la historia, lo cierto es que han tenido mucho éxito para impedir que aparezca en sus escritos económicos [. . .] pero lo más probable es que la mayoría de ellos no haya pensado siquiera en el problema [de las relaciones entre la economía y la historia] y que considere que ocuparse de él es una pérdida de tiempo.”⁷¹

[. . .] La historia no sólo aporta elementos para conocer escuetamente los hechos sino para comprender su significado y para configurar y poner a prueba la validez de una explicación teórica “[. . .] Los principios no son —decía Engels— el punto de partida de la investigación, sino su resultado final, y [. . .] no son aplicables a la naturaleza y a la historia del hombre, sino que, al contrario, son abstraídos de éstas.”⁷²

LA ECONOMÍA, ¿CIENCIA O “VACA LECHERA”?

Después de un largo recorrido, en el que hemos tenido que ocuparnos de cuestiones acaso demasiado áridas pero a nuestro juicio fundamentales, podemos ahora volver al punto de partida con ideas más claras que en un principio. ¿Cómo orientar el estudio de la economía en países como los nuestros? ¿Cómo formar a los economistas [. . .]? ¿Qué misión esencial confiar a quienes trabajan en el campo económico en naciones pobres [. . .]?

Cuando se plantean tales cuestiones, surge con frecuencia una opinión superficial, sintomática del deseo de ciertas personas de no enfrentarse a los problemas de fondo[. . .] Menos conocimientos generales, teóricos e históricos; menor preocupación por la problemática social y más y mejores instrumentos técnicos concretos, podría ser la divisa de esta corriente pragmática y oportunista, que de modo inevitable desemboca en un metodologismo que convierte a la técnica —tomada en su acepción más pobre y estrecha y no en el amplio concepto schumpeteriano— de medio auxiliar para entender una realidad social compleja, en centro y fin de la actividad del economista. Conforme a tal criterio las escuelas universitarias no debieran ser veneros de inquietud juvenil ni escenarios abiertos en que se discutan

⁷¹ Paul M. Sweezy, “Marxian and orthodox economics”, en *The Present as History*, Nueva York, 1953, p. 312.

⁷² Citado por Pesenti, *op. cit.*, p. 27. Véase además, E. H. Carr, *What is History*.

con pasión los problemas sociales y los movimientos ideológicos de nuestro tiempo, sino tranquilos laboratorios, disciplinados y eficientes talleres, en que maestros y estudiantes se desentiendan del mundo que los rodea y sólo se ocupen de conocer las técnicas del oficio.

Que el economista debe conocer y dominar esas técnicas, en parte en la escuela y en parte en la vida después de egresar de la universidad, es incuestionable. Mas el problema medular no consiste en decidir si un economista debe o no aprender los trucos de su profesión, sino en si debe o no enfrentarse a los problemas económicos fundamentales de la sociedad en que vive.

[. . .] En los sistemas académicos tradicionales se parte habitualmente de la teoría, y aun de categorías doctrinales demasiado abstractas y difíciles de comprender, acompañándose el estudio teórico del manejo gradual de ciertos instrumentos propiamente técnicos y dejando para el fin la aplicación de los conceptos a la realidad. A veces, sin embargo, la realidad no es siquiera objeto de un examen sistemático y los principios se formulan al margen de ella y se discuten en planos puramente especulativos; en otras ocasiones la teoría se desenvuelve por su lado, divorciada totalmente de la práctica. Gracias a esa peculiar secuencia, que en el fondo se aparta de lo que es esencial al proceso cognoscitivo en cualquier disciplina científica, los estudiantes se confunden fácilmente, se pierden durante largos tramos de su carrera, aprenden en forma mecánica y sin mayor interés, les resulta difícil llegar a emplear y combinar el uso de los instrumentos de que la universidad los provee y casi siempre acaban por menospreciar la realidad y, al propio tiempo, por desdeñar una teoría que no les sirve para nada concreto y positivo.

Sin dejar de reconocer que ciertos conocimientos pueden adquirirse simultáneamente y no por fuerza en fases sucesivas que se ordenen de una manera lógica, en el caso de los economistas y de quienes trabajan en otras ciencias sociales, tendría quizás un valor inapreciable empezar por definir al menos los contornos y caracteres fundamentales de la realidad que, a partir de allí debiera ser el centro principal de atención, referencia y estudio. El conocimiento parte siempre de la práctica, y la formación del economista debiera, a nuestro juicio, fincarse también en un mínimo contacto con la realidad, que desde el primer momento permitiera al estudiante, incluso como estímulo para su desarrollo ulterior, ubicar la economía de su país en la

compleja estructura de la economía mundial y obtener una información inicial y esquemática, pero básica a la vez, de lo que es esa economía y de lo que son sus problemas fundamentales.

El familiarizar desde un principio al estudiante con aspectos fundamentales de la realidad que ha de constituir el objeto de su carrera, no debiera desenlazar, naturalmente, en un practicismo superficial y rutinario, sino servir para hacer ver al economista en ciernes que para entender esa realidad, para penetrar en sus tejidos más íntimos, para conocer su funcionamiento y mejorar sus condiciones y, desde luego, los patrones de vida de quienes producen con su esfuerzo la riqueza social, es menester contar con instrumentos científicos [. . .] sin esa teoría, el empleo de las técnicas estadísticas y matemáticas y aun del método histórico tiene un alcance sumamente limitado, lo que no implica que tales instrumentos no puedan aportar datos concretos o conocimientos del proceso económico, necesarios a su vez para una buena formulación teórica.

“[. . .] el economista —señala con razón Furtado— debe tener una idea clara de lo que es la economía como ciencia. Debe saber que toda ciencia trabaja con esquemas conceptuales, pero elabora y prueba esos esquemas a base de la observación del mundo objetivo [. . .]” “Saber observar metódicamente el mundo real —añade—, esto es, retirar de la realidad, con los medios disponibles, los elementos necesarios a la representación de la misma en términos económicos es más importante que un refinado conocimiento de los más sutiles modelos estadísticos.”⁷⁴

Comprender que la economía es una ciencia tiene importancia decisiva [. . .] dado su carácter de ciencia social, su objeto consiste en relaciones sociales, en relaciones entre hombres en cuya acción se expresan factores estructurales e institucionales. “[. . .] El economista sin preocupaciones sociales, sin un sentido social de la economía —escribe Jesús Silva Herzog—, es un mutilado que se mueve en ámbito estrecho, sin alas en el pensamiento y sin capacidad constructiva y creadora.”⁷⁵ Y la naturaleza social de la economía y el interés que

⁷⁴ Celso Furtado, “Consejos a los jóvenes economistas”, *La Gaceta*, Fondo de Cultura Económica, México, octubre de 1962.

⁷⁵ J. Silva Herzog, *Homilía para futuros economistas*, México, 1961, pp. 24-25.

quien trabaja en ella debe tener en los problemas sociales no riñe, naturalmente, con la legítima aspiración de que el trabajo profesional sea una manera digna de ganarse la vida. Simplemente supone que la realidad social es el terreno en que la economía se desenvuelve y que el economista no debe encasillarse en su gabinete ni menos hacer de su oficio un anzuelo para pescar en aguas turbias. “El móvil del economista no debe ser su propio enriquecimiento porque entonces se transformaría [. . .] en un simple y vulgar mercader. El economista debe ser investigador social, vasallo de la verdad porque sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre [. . .]”⁷⁶ O como decía Engels: “[. . .] la economía no es precisamente una vaca lechera para ordeñarla, sino una ciencia que impone a quien la profesa un culto serio y celoso”.⁷⁷

Pero ¿cómo llegar al conocimiento de la verdad? Sería ocioso subrayar que sin el cotejo constante, dialéctico, creador de la teoría y la práctica no es posible el conocimiento y menos aún la determinación científica de la verdad [. . .] ¿A qué conduce importar teorías de fuera, que no sólo no han surgido del examen objetivo y científico de nuestras realidades, sino que a menudo han sido desde hace tiempo descartadas en los propios países de los cuales proceden, o aun se han formulado tendenciosamente, al parecer para que nadie entienda las causas del atraso?

¡Bien que se conozca lo que se hace y piensa en otros países, incluso lo que se piensa sobre nosotros! Los economistas deben trabajar con espíritu abierto y en la actitud receptiva de quien sabe que siempre se puede aprender de los demás. Pero la exigencia indeclinable que se le plantea es ahondar en el complejo fenómeno del subdesarrollo, conocer su estructura y funcionamiento, precisar las causas que lo han determinado y contribuir a superarlo. Y apenas se trabaja seriamente en esa dirección, se vuelve evidente que no es fácil avanzar con el instrumental teórico convencional; es menester construir nuevas hipótesis, volver la cara a nuestras realidades, advertir que el subdesarrollo es un fenómeno esencialmente distinto, aunque íntima y a la vez dialécticamente ligado al desarrollo de otros países, y reparar en fenómenos complejos que ni siquiera se introducen en los planteos teóricos tradicionales.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 27.

⁷⁷ F. Engels, *El capital*, vol. I, t. II (apéndices), p. 944.

“[...] La Economía como ciencia —afirma el profesor Maza Zavala— se nutre de la realidad social, del complejo de las relaciones humanas.” Es un “sistema de interpretación de la trama social en función del modo de producción [...]” “La materia propia de la Economía es la realidad vital, en tiempo y espacio determinados y concretos; pero [...] esta realidad no constituye una isla en medio del océano, sino parte a su vez de una realidad más amplia [...]” “La realidad en América Latina es el subdesarrollo [...]”, [y] “[...]el subdesarrollo no existe *per se*, de manera autónoma, sino que existe y es lo que es porque existe el capitalismo monopolista con sus tentáculos enclavados en el seno de nuestros países [...]”⁷⁸

LA ALTERNATIVA DEL ECONOMISTA

Desde luego no todos los economistas han de dedicarse a estudiar los mismos problemas. En una época como la presente, en la que es imposible saber de todo, las especialidades son necesarias aun en el ámbito relativamente limitado de una disciplina científica. O trabajamos en campos específicos, en busca de que nuestros conocimientos sean más profundos, o caeremos en un extemporáneo enciclopedismo económico, conforme al cual se pretenda que el economista conozca teoría económica, historia, estadística y matemáticas, sociología, psicología, teoría política, cibernética, geografía, idiomas, para terminar a la postre sabiendo nada de todo.

Urge contar con buenos especialistas que conozcan a fondo la estructura de la economía mundial y el papel que en ella juegan nuestros países [...]. Las ciencias sociales no pueden divorciarse de la lucha política, porque es en el contexto de esta lucha, no en el gabinete o en el laboratorio, donde realmente se desarrollan. El economista no puede ver la vida social como un espectador que cómodamente se instala en un teatro en que otros son los protagonistas: él es también actor, porque la economía no es una ciencia contemplativa. El economista debe explicar las cosas como son, evaluarlas críticamente, determinar sus causas y contribuir a mejorarlas, indagar en torno a los factores que impiden el progreso y, cuando realmente se interesa en

⁷⁸ D. F. Maza Zavala, “La crisis de la Universidad latinoamericana y la enseñanza de la Economía”, *Desarrollo*, Colombia, enero de 1970.

“el mejoramiento del nivel de vida y del bienestar del pueblo [. . .] señalar cuáles son [. . .] las condiciones sociales más favorables para lograr tales fines [. . .]”⁸¹

Cierto que algunos asignan al economista y a su ciencia una supuesta neutralidad moral, que para otros es atributo de la ciencia en general. En nuestro campo, tal postura respondería esencialmente a este planteamiento: lo que no sea puramente económico no me concierne; corresponde en todo caso a los políticos y a ellos toca decidir lo que ha de hacerse [. . .] El economista, en síntesis, debe ser neutral, permanecer al margen y por encima de la contienda. Pero, “¿permanece éticamente neutral —pregunta un autor— el sociólogo o el especialista en ciencia política que aborda el problema de la posibilidad de exterminio de la especie humana, por la guerra nuclear, o que estudia los problemas del hambre [. . .]?” Y responde: “El hombre moderno, y en primerísimo lugar el científico, sabe que no puede colocarse más allá del bien y del mal, porque el bien y el mal son de factura humana [. . .]” “¿Y quién que tenga todo esto en cuenta podrá sostener que la ciencia es éticamente neutral y que, por consiguiente, el científico no tiene, *qua* investigador, problemas morales y éticos?”⁸²

En los países económicamente atrasados la responsabilidad del economista es, quizá, aún más indeclinable [. . .] ¿Cómo aceptar, sobre todo, la estructura socioeconómica como un dato dado, invariable, en países en que es precisamente esa estructura lo que determina el atraso y el subdesarrollo? Adoptar la actitud ahistórica y en el fondo estrictamente apologética, de suponer que la ciencia económica nada tiene que ver con el análisis crítico del capitalismo, porque el marco de una formación social rebasa el campo de acción propio del economista, equivale a castrar al economista y a sostener que éste nada tiene que hacer frente al problema del subdesarrollo, salvo construir modelos inaplicables a la realidad y limitarse a exhibir su impotencia frente a hechos tales como la dilapidación de los recursos productivos y la dependencia y el dominio del imperialismo.

⁸¹ Charles Bettelheim, Citado por J. D. Bernal en *Science for a Developing World*, Londres, 1962, p. 79.

⁸² Véase, sobre este tema, C. P. Snow, “The Moral Un-Neutrality of Science”, *Monthly Review*, febrero de 1961, así como Mario Bunge, *Ética y Ciencia*, Buenos Aires, 1960, pp. 32, 33 y 35.

El verdadero estructuralismo, no el simple institucionalismo seudorevolucionario que, en rigor, se mueve más cerca de la cúpula que de la base del edificio social implica estudiar las relaciones sociales de que algunos economistas de moda aislan a la economía, como si se tratara de la peste.

Creer que frente al capitalismo y frente a la lucha social que ha desatado es posible adoptar la habilidosa y cómoda postura de no comprometerse, de no estar ni con él ni en su contra, todo ello al amparo de un deleznable neutralismo moral que casi siempre tiene su contrapartida en un eclecticismo cobarde, academizante y estéril, que no logra, sin embargo, ocultar las verdaderas posiciones y los obvios compromisos de quienes lo defienden, es, aparte de todo, enteramente pueril. “La posteridad decidirá —escribía Ingenieros hace cerca de medio siglo— el sentido de la evolución social: pero, mientras tanto, los contemporáneos tendrán que colocarse en uno u otro platillo de la balanza, a riesgo de gravitar en el vacío o de renunciar a toda gravitación.” “El espíritu revolucionario —añadía el ilustre argentino— es hoy un estado de fe colectiva en la posibilidad de vivir en un mundo mejor que el presente; el espíritu reaccionario es falta de esa fe, adhesión a los intereses materiales creados por la inmoralidad capitalista [. . .] El privilegio y la justicia son incompatibles [. . .] [y] ningún optimismo autoriza a suponer que el pasado cederá sin resistencia al porvenir [. . .]”⁸⁴

Del positivismo económico y de la tesis de la neutralidad política ha surgido una escuela que, como expresa ingeniosamente Roll, “dan tentaciones de bautizar con el nombre de ‘economía esquizofrénica’, [porque] pide al economista que divida su personalidad [. . .]: hablar de política es hablar como ciudadanos, no como economistas [. . .]” “Se arguye que el economista sólo se ocupa del análisis de lo que es [. . .] y que se le debe excusar del estudio de lo que debe ser [. . .], y que, como es inevitable que se comprendan mal [sus] juicios [. . .], por mucho que afirme que habla [. . .] (como) ciudadano, lo mejor que puede hacer es callarse [. . .]”⁸⁵

⁸⁴ José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires, 1921, pp. 231 y 232.

⁸⁵ Erich Roll, *Historia de las doctrinas económicas*, México, 1962, pp. 12 y 14. “[. . .] La renovación universitaria (en particular) tiene entre nosotros, los latinoamericanos —señala Silva Michelena— un claro contenido político; reducir el problema únicamente a sus aspectos académicos, que los tiene, es cerrar los ojos irresponsablemente. La acción no puede orientarse por tanto a la integración de la universidad al país; esto es lo que **buscan las clases dominantes**. El movimiento de renovación tendrá pues que buscar fórmulas de acción para cambiar las estructuras internas de la universidad y estimular su capacidad crítica”, *op. cit.*, p. 87.

Intentar sustraerse a la política es como querer vivir al margen de la realidad. Más que una postura supuestamente apolítica y neutral, es una actitud que sólo conduce a servir los intereses creados o, en el mejor de los casos, a aislarse estérilmente en una torre de marfil [. . .] Sin una profunda comprensión de la política la enseñanza de las ciencias, y en particular de las ciencias sociales, cae en el más vulgar e intrascendente academicismo, del mismo modo que sin un estudio riguroso, disciplinado y serio la política se torna fácilmente en deleznable politiquería. Y deleznable politiquería es, a propósito, considerar que en la universidad sólo “hacen política” quienes critican el estado de cosas existentes, y no quienes lo defienden con no otro argumento que sus prejuicios y sus intereses.

[. . .] Los problemas económicos más importantes, aquellos que, en particular, son esenciales en un país subdesarrollado, tienen implicaciones políticas evidentes. Decidir, por ejemplo, a qué ritmo ha de incrementarse el ingreso nacional, cuánto ha de invertirse, en qué proporción han de participar el Estado y la empresa privada en la vida económica, cómo ha de canalizarse la inversión, qué ha de producirse, qué niveles de consumo han de corresponder a los ricos y a los pobres; qué política ha de adoptarse frente a la inversión extranjera; todo ello, al igual que determinar las causas del atraso económico y tratar de superarlo; todo el problema del desarrollo económico, en última instancia, es un problema fundamentalmente político, que debe interesar al economista *como* economista y como ciudadano.

Sea con su palabra o con su silencio, el economista toma posiciones, las toma, incluso, cuando a la sombra de una extraña y sospechosa neutralidad se ostenta vanamente como imparcial en la defensa del *statu quo*.

El economista no puede ser imparcial en una sociedad de clases.

[. . .] En los días en que el macartismo asolaba los medios culturales de Estados Unidos, en que se desataba una violenta cacería de brujas y atribuía a todo intelectual de izquierda propósitos subversivos y antipatrióticos, el profesor Einstein escribió algo cuya vigencia no es hoy menor que entonces y en lo que, sobre todo los jóvenes economistas que sinceramente desean servir a su pueblo, debieran meditar.

“El intelectual debe estar preparado para la cárcel y para afrontar las mayores dificultades económicas, para sacrificar su bienestar per-

sonal en aras del bienestar cultural de su país [. . .] Si suficientes personas se resuelven a dar un paso de tanta gravedad, a la postre tendrán éxito. Si no es así, los intelectuales [. . .] no merecerán nada mejor que la esclavitud que pretende imponérseles.”⁸⁶

⁸⁶ A. Einstein, *Carta a Monthly Review, Nueva York, julio de 1953*.

EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO*

I

LA TEORÍA BURGUESA DEL DESARROLLO, EL "DESARROLLISMO" Y CIERTAS SIMPLIFICACIONES PELIGROSAS

[. . .] ¿Qué críticas se hacen a las teorías del desarrollo que, fundamentalmente con fines de exportación, se fabrican en ciertas universidades extranjeras? [. . .]

1] Lo primero que tales teorías pretenden, como se sabe, es ser explicaciones objetivas, neutras, no comprometidas con ningún interés que no sea el de la verdad. Su objetividad y neutralidad resultan, sin embargo, francamente sospechosas, y su vano rechazo de toda ideología un ardid idealista más o menos hábil, aunque en el fondo engañoso e inaceptable [. . .]

2] Frecuentemente caen en el pragmatismo y el metodologismo. Parecen interesarse más en el andamiaje que en el edificio propiamente dicho, que pretende construirse; y desprovistas de todo enfoque teórico desenlazan en una especie de culto a la estadística y a los números, a los hechos concretos así sean secundarios y aislados y a la mera acumulación y recopilación de datos y circunstancias de no mayor interés, o desembocan en un tecnocratismo pedante y superficial, en el que, a partir de análisis simplistas se construyen no menos simplistas y rígidos modelos econométricos, que poco o nada tienen que ver con la realidad cambiante y contradictoria a que supuestamente se refieren.

* Fragmentos de un ensayo elaborado a partir de otros estudios del autor, así como de dos ciclos de conferencias en el II Seminario sobre Desarrollo e Integración de América Latina, organizado por el Centro de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central de Venezuela, y el segundo, impartido en un Curso de Perfeccionamiento Docente en la Escuela de Economía de la Universidad Central de El Salvador.

El ensayo se publicó por primera vez en el número 8 de la revista *Problemas del Desarrollo* del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, correspondiente a julio-septiembre de 1971; y, con la debida autorización de dicho Instituto, se recogió después en cinco ediciones del libro *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, publicado por la Editorial Nuestro Tiempo.

3] Adoptan un peculiar y suave gradualismo que hace del desarrollo de la sociedad un proceso uniforme, terso, unilineal, que se desenvuelve en línea recta, verticalmente —o cuando más, circularmente— en el trayecto que va de la economía “tradicional” a la “moderna”, conforme a una teoría del *continuum* en la que el desarrollo es el punto final de una ruta corta y sin mayores accidentes ni largas esperas intermedias, en tanto que el subdesarrollo es una fase inicial que precede al desarrollo y siempre culmina en éste [. . .]

4] Las explicaciones de que hablamos aceptan el cambio; pero no como éste se produce en la realidad sino en tanto sea armonioso y equilibrado, es decir, en tanto corresponda a lo que ciertos políticos oficiales mexicanos llaman, en su jerga demagógica y pintoresca —que seguramente envidiarían incluso el profesor Nurkse y los teóricos del “crecimiento equilibrado”—: un “cambio con estabilidad y con justicia”. Rechazan, por el contrario, los cambios cualitativos propiamente estructurales, a los que, por lo demás, no consideran de interés para la teoría del desarrollo [. . .]

5] El progreso económico y social se concibe o hace descansar en una fácil, ininterrumpida y creciente diseminación de avances técnicos desde los países más avanzados hasta los menos favorecidos, y el desarrollo, en consecuencia, resulta no sólo la meta de los países subdesarrollados sino la condición de su progreso [. . .]

6] Los fenómenos socioeconómicos se estudian de manera aislada y fragmentaria, con frecuencia cayendo en un parcelamiento arbitrario del método científico y de la propia realidad que trata de estudiarse, lo que procede de, y a la vez desenlaza en enfoques unilaterales como el economicismo, el sociologismo, el historicismo, el psicologismo y el matematicismo, en vez de combinar métodos, técnicas y procedimientos propios de las diversas disciplinas utilizables en el examen del desarrollo social [. . .]

7] En fin, al construir sistemas explicativos sobre conceptos meramente formales, o en el mejor de los casos sobre hechos parciales desconectados del proceso real del desarrollo se cae en un formalismo estático, abstracto e idealista, de supuesto alcance universal y por ende de “mayor” generalidad y valor científico, o se combina la teoría y un análisis a corto plazo de los factores del crecimiento del ingreso, en el que los fenómenos propiamente estructurales se ignoran o dejan de

lado como si su estudio no sólo resultara impropio en tal perspectiva analítica, sino incluso fuera ajeno a la economía y a la sociología [. . .]

No obstante todas sus fallas y limitaciones, las teorías a que nos referimos siguen inspirando muchas de las explicaciones académicas del subdesarrollo y aún influyen grandemente en la estrategia y la política económicas en América Latina [. . .] Tomando como punto de referencia lo que, sobre todo en los países del sur del continente ha dado en llamarse “desarrollismo”, podemos apreciar lo que esencialmente distingue a tales posiciones y lo que significan, no ya como formulaciones teóricas sino en su aplicación práctica.

¿El “desarrollismo”, en qué consiste? La verdad, no es fácil precisarlo. “Como todas estas expresiones que brotan en la confrontación ideológica —comenta el doctor Prebisch— es confuso el significado del concepto. Acaso se refiere a la actitud de quienes no creen que sean necesarias grandes transformaciones para acelerar el curso presente del desarrollo, y confían en que las disparidades sociales se irán desvaneciendo por la propia dinámica del desarrollo. ¡Lo esencial es desarrollarse; se verá después lo que se hace!”⁵

Tal es, en efecto, una versión del “desarrollismo”. A nuestro juicio la más simple: la que podríamos llamar “hamiltoniana”; una versión que, esencialmente ve en el desarrollo un fenómeno de crecimiento cuantitativo de ciertas variables macroeconómicas. Mas en el curso de los últimos años se ha ido configurando otra variante, en la que sin dejar de reconocerse que se requieren ciertos cambios y aun admitiéndose, verbalmente, que algunos de ellos son estructurales, en la práctica sólo se aceptan aquellos que no ponen en peligro el orden, o si se prefiere, el desorden de cosas existente.

La doctrina desarrollista comienza a gestarse bajo la depresión de los años treinta, cuando las exportaciones de productos primarios se derrumban catastróficamente y caen con ellas la capacidad de importación, los ingresos y gastos públicos, el circulante monetario y el volumen de inversión y de ahorro, el nivel de ocupación, el ingreso nacional y la actividad en todo el sistema. Dicha doctrina se refuerza en los años de la segunda guerra mundial, en que se vuelve imperioso fabricar bienes que antes se importaban y que el conflicto hace

⁵ Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*, México, 1970, p. 23.

imposible producir y distribuir por los canales tradicionales, y toma una forma académicamente más precisa cuando, en 1949, Prebisch y la CEPAL subrayan que el avance técnico, lejos de propagarse en beneficio de los países económicamente más atrasados, es retenido y concentrado por las naciones industriales que compran barato y venden caro al resto del mundo. Son los pobres, por consiguiente, quienes comparten sus modestos incrementos de productividad con los ricos, y no a la inversa. Y, a la creciente desigualdad que tal situación genera, se añade un crónico deterioro en la relación de intercambio que, a su vez, resulta de la “insuficiencia dinámica del desarrollo” y de la mayor velocidad con que crece la demanda de manufacturas (importaciones) frente a la de productos primarios (exportaciones) de los países subdesarrollados⁷ [. . .]

El “desarrollismo”[. . .] está en crisis; en crisis grave e irreparable. En vez del desarrollo vigoroso e independiente que sus apologistas nos ofrecían, lo que está a la vista es un crecimiento desigual, contradictorio, deforme, enfermizo y subordinado que, después de veinte, treinta y en algunos casos cincuenta años no logra romper los obstáculos más tenaces ni resolver las necesidades más ingentes y elementales de las grandes mayorías de nuestros pueblos [...]

Confiar la independencia económica a una industrialización y a una burguesía cada vez más dependientes —ahora sabemos de sobra— ha demostrado ser tan vano como confiar la causa de la libertad económica a los monopolios, encomendar a los ricos la liquidación de la pobreza, o, lo que es lo mismo: dejar la iglesia en manos de Lutero. Y lo que es más: el fracaso del “desarrollismo” no sólo ha puesto en claro la ineficacia de una política sino la invalidez de una teoría, aun de toda una concepción del desarrollo y de la ciencia social [. . .]

Sobre las viejas teorías sólo se pueden forjar, como lo comprueba la experiencia de las últimas décadas, estrategias erróneas y políticas inadecuadas. Se necesitan nuevos enfoques teóricos, nuevas perspectivas de análisis, objetivas y realistas, que partan del examen metódico y riguroso de los hechos y no de prejuicios, buenos deseos y hasta intereses inconfesables. Se requiere ir al fondo de los problemas, no quedarse en la forma o en la superficie; no ver únicamente el subde-

⁷ Cf. Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, Naciones Unidas, Nueva York, 1949.

sarrollo en el corto plazo sino como un fenómeno dinámico, propiamente histórico, complejo, múltiple, ramificado y de largo alcance [. . .]

En esos nuevos cauces, muchos aún prácticamente desconocidos pero atrayentes y prometedores, se replantean los viejos problemas, se renueva su examen, se abren brechas antes inexistentes, se abandonan lugares comunes y tesis simplistas y dogmáticas, y del contacto estrecho y el estudio cada vez más serio de las diversas realidades nacionales y de la región en su conjunto van emergiendo dudas, inquietudes, desacuerdos, opiniones discutibles, parciales y aun erróneas si se quiere; pero también formulaciones más frescas, más congruentes y lúcidas que anuncian la proximidad de una pródiga cosecha intelectual que a todos habrá de enriquecernos.

El problema del subdesarrollo, que en otras épocas fue dado por supuesto como un fenómeno natural e inevitable, que casi nadie intentó ubicar con precisión en el tiempo y el espacio; el mismo que más tarde fue convertido en "etapa inicial" de un proceso sencillo y ascendente, en el que en cierto modo por inercia se irían escalonando los peldaños superiores; lo que, en otras palabras tendió hasta hace poco tiempo a asociarse a un precapitalismo ambiguo y en gran medida liquidado, comienza por fin a ser visto como lo que es: como un proceso histórico que, lejos de haber quedado al margen del desarrollo capitalista de las últimas centurias, surgió dialécticamente de él y de la explotación interna e internacional a que dio lugar [. . .]

En tal perspectiva resulta indispensable emplear un nuevo instrumental analítico: abrir la vieja "caja de herramientas" y revisar cuidadosamente lo que hay en ella; ver qué puede seguir sirviendo y qué es menester sustituir por herramientas mejores. Y así como en el contexto de un análisis que, con todas sus variantes, en sus versiones más certeras tiende a ser histórico-estructuralista, empieza a trabajarse sistemáticamente sobre el fenómeno de la dependencia, entendida ésta como una categoría histórica real y a la vez como un instrumento analítico de singular importancia [. . .]

A veces se tiende a enfoques estructuralistas cuyo alcance y naturaleza no es fácil comprender ni, menos todavía aceptar, pues si bien responden al propósito de situar el subdesarrollo en una perspectiva más amplia, que permita apreciar la totalidad del fenómeno y no solamente sus partes, a menudo se cae en un estructural-funcionalis-

mo, que en verdad poco difiere y poco añade a las explicaciones funcionalistas más socorridas, pues sus proposiciones no escapan a un formalismo esencialmente ahistórico. Otras veces se circunscribe el examen del subdesarrollo a rodeos periféricos y superestructuralistas más o menos insuficientes, y otras más se postula un estructuralismo confuso, unilateral, primario, mecanicista, en el que la interrelación de los fenómenos fundamentales se diluye y aun pierde del todo y la estructura socioeconómica —cuyo contenido mismo resulta no pocas veces impreciso— o bien se toma como un dato dado, como un escenario fijo y meramente de fondo, y no como un fenómeno cambiante, propiamente histórico, cuyos desplazamientos y contradicciones deban ser cuidadosamente estudiados, por ser ellos, precisamente, los que conforman el subdesarrollo [. . .]

A veces tendemos a manejar los elementos “internos” y “externos” que condicionan el subdesarrollo con cierta laxitud y sin establecer adecuadamente las vinculaciones e interrelaciones de unos y otros. Y mientras en ciertos estudios se cae en el parroquialismo, en enfoques estrechos en los que se exagera la nota nacional y se pone demasiado énfasis en el desenvolvimiento interno del fenómeno, sin advertir que mucho de lo que se cree más característico, más típico y propio de ciertos países suele ser incluso la modalidad específica y aun la consecuencia directa de fenómenos generales que adoptan formas peculiares en cada país, en otros estudios, sobre todo a últimas fechas —aunque esta tendencia ha sido común entre investigadores extranjeros que en cierto modo ven nuestros problemas “desde afuera”— el interés se desplaza habitualmente hacia lo internacional, hacia lo real o supuestamente más general, dejando de apreciarse lo que hay de específico en cada nación y lo que, concretamente ha sido en ellas el subdesarrollo capitalista [. . .]

Aun hoy se advierten posiciones que, inexplicablemente, parecen ver en el imperialismo un fenómeno ajeno y a veces una política “externa” que, de manera arbitraria, pretende imponerse a lo “nuestro” desde “afuera”; así como una diversidad de puntos de vista que si bien aceptan que es preciso estudiar más de cerca y con mejores armas teóricas la realidad latinoamericana, adolecen, a la vez, de esquematismo excesivo o incurren en otras fallas que suelen privarlos de valor. Tal es el caso, en nuestro concepto, del esquema analítico

que podríamos llamar “centro-periferia”, en el que el subdesarrollo se atribuye casi exclusivamente a un patrón de relaciones internacionales en que los países del “centro” determinan, digamos, de arriba abajo, como si se tratara de un fenómeno físico, las condiciones de la “periferia” del sistema. Y lo mismo podría decirse de la opinión según la cual el desarrollo latinoamericano del último siglo sólo ha sido un proceso en dos movimientos, en los que sucesivamente se recorren la fase “del crecimiento hacia afuera” y la del “crecimiento hacia adentro” [. . .]

Lo dicho hasta aquí muestra qué complejo es el fenómeno del subdesarrollo y qué difícil, en particular, es comprender su dinámica, sus contradicciones, la forma en que interactúan ciertos factores fundamentales, así como la manera en que éstos se relacionan, recíprocamente, con el proceso de acumulación de capital. Y a la vez, todo ello afirma la necesidad de ahondar en el estudio del subdesarrollo [. . .].

II

EL MARCO HISTÓRICO DEL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

El subdesarrollo no es, como algunos suelen pensarlo todavía hoy, una etapa, un estadio inferior o inicial más o menos incipiente del desarrollo, por el que hayan pasado en otros tiempos las naciones ya industrializadas; no es tampoco un desajuste superficial y pasajero, susceptible de estudiarse en el marco de la teoría tradicional del equilibrio o siquiera de la macroestática keynesiana, y menos aún, de corregirse mediante tal o cual política de corto alcance. En rigor es un fenómeno histórico, un estado de cosas ligado estrecha e indisolublemente a la evolución del capitalismo, o sea al proceso socioeconómico mismo y al comportamiento de sus relaciones productivas básicas tanto en la esfera nacional como internacional. Para comprender, por ello, qué es y cómo funciona una economía subdesarrollada, es necesario verla en una justa perspectiva: en su conjunto y no fragmentariamente, como una realidad cambiante y no como algo petrificado, como una estructura social concreta y no como expresión de rasgos supuestamente universales o meramente institucionales, y como parte integrante de un todo, no como una entidad aislada [. . .]

Definir el curso que sigue el subdesarrollo y delimitar sus etapas principales no es, desde luego, una tarea sencilla. La historia es un

flujo de relaciones complejas que se desenvuelven desigual y dialécticamente, no de manera uniforme ni paralela, y que se entrelazan de tal modo que a menudo sólo es posible distinguirlas con fines de ilustración y de análisis. Cuando se habla de ciertas etapas, por consiguiente, debemos comprender que no son tramos precisos cuyos linderos estén nítidamente establecidos sino periodos amplios, sin líneas de demarcación tajantes [. . .]

En cada una de esas etapas es posible y aun conveniente distinguir dos o más subperiodos. Pero lo que deseamos no es desplegar aquí ni menos aún explicar en detalle el esquema antes mencionado; nos interesa más bien insistir en una cuestión metodológica que, incluso desde el punto de vista de su contenido y alcance es, a nuestro juicio, fundamental; a saber: que sin perjuicio de usar otros criterios, la delimitación de los periodos o fases principales debiera seguir de cerca los cambios estructurales que afectan el proceso que se estudia, es decir, tanto el tránsito de un modo de producción al siguiente como el desarrollo interno de cada formación específica; y la que más importa, en tratándose del subdesarrollo latinoamericano es, sin duda, la del capitalismo [. . .]

Es por ello que en la cuarta etapa de nuestro esquema —segunda mitad del siglo XIX—, al menos por lo que a México se refiere, encontramos hechos cuya importancia parece decisiva para la comprensión teórica del subdesarrollo. En esa etapa que, como ya hemos dicho se inicia con la reforma liberal, culmina un largo periodo histórico, una fase que corresponde a lo que llama Marx “acumulación originaria” del capital, en la que no sólo se generalizan y afirman las viejas relaciones mercantiles sino que, dialécticamente, se transforman en relaciones capitalistas de producción [. . .]¹⁹

¿Por qué decimos entonces que es cuando se instaura el capitalismo, al menos en México? Porque tras de siglos de despojarse a las masas rurales de la tierra y de los medios para trabajarla, en esos años se consuma la desposesión del campesinado y la concentración de los recursos agrícolas en poder de la burguesía; porque en ellos se acelera

¹⁹ “Todo el desarrollo del capital comercial tiende a [. . .] convertir más los productos en mercancías. Sin embargo, su desarrollo, considerado de por sí, es [. . .] insuficiente para llevar a cabo y explicar la transición de un régimen de producción a otro [. . .]” K. Marx, *El capital*, t. III, vol. I, p. 394.

la desintegración del artesanado y cobra impulso un modesto aunque no deleznable desarrollo industrial: se modernizan sectores importantes de la agricultura ante la creciente demanda interna y, sobre todo, externa, de materias primas y alimentos; se expande con rapidez la red ferroviaria, la que además de constituir un nuevo medio de comunicación y de transporte entraña una importante fuente de trabajo y, por lo tanto, de plusvalía, así como un dinamizador de la demanda de capital y del desarrollo en su conjunto: Porque es entonces, además, cuando se incrementa el tráfico marítimo y se estrecha, por diversos conductos, la comunicación con otros países y, en general, con las nuevas corrientes comerciales y financieras; se expande el comercio exterior y altera sensiblemente la composición del intercambio y, sobre todo, cuando se integra en definitiva la economía nacional al mercado capitalista mundial, se generaliza la propiedad privada de la tierra y de los principales medios de producción, cobra impulso la explotación del trabajo asalariado en el campo y las ciudades y se configura un mercado laboral y de capitales y una estructura de clases en que el proletariado toma, en la pirámide social, su lugar de clase desposeída y explotada, en tanto la burguesía deviene clase dominante-dominada, característica del capitalismo del subdesarrollo.²⁰

III

EL MERCADO INTERNO EN EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

Origen histórico del capitalismo latinoamericano

[. . .] El capitalismo latinoamericano no surge, como algunos parecen creerlo, inopinada, súbitamente. Con frecuencia se sugiere que al desarrollarse el sistema en otros países los nuestros adoptan de inmediato, en forma mecánica, la nueva estructura socioeconómica, como si el capitalismo del subdesarrollo se configurara, *pari passu*, con la expansión del capitalismo en su conjunto y como mero reflejo o función de éste. Conforme a tal esquema el sistema resulta, por un lado, no un fenómeno que se produzca de manera dialéctica sino derivada, pasiva y funcional, y por el otro, lejos de ser un proceso

²⁰ Véanse Alonso Aguilar M., *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, 1967, así como *Dialéctica de la economía mexicana*, México, 1968.

anárquico y profundamente contradictorio y desigual, aparece como algo que se desenvuelve con singular, extraña uniformidad [. . .]

En otros esquemas se procede en cierto modo a la inversa: se desconoce o al menos se subestima la importancia del fenómeno capitalista en ascenso, o bien, arbitrariamente, se tiende a divorciar lo que acontece en los centros metropolitanos y en general en los países económicamente más avanzados, de lo que ocurre en la periferia del sistema, a la que se supone feudal, semifeudal o simplemente rezagada, en un sentido histórico, respecto de aquéllos [. . .]

Abundan los datos que comprueban que a lo largo de siglos, Latinoamérica, al igual que Asia y África, fue despojada de gran parte del excedente comercial que, pese a todos sus tropiezos y vicisitudes, fue capaz de generar. La succión del potencial de ahorro de los países coloniales contribuyó, pues, en forma no desdeñable, a hacer más ricas a las naciones ricas y a acelerar en ellas el desarrollo capitalista; pero tal fenómeno condicionó también, e incluso deformó profunda y gravemente el desarrollo de aquéllos [. . .]²⁶

Acaso no sea ocioso recordar, pues a menudo se cae en graves confusiones al respecto, qué es lo esencial del proceso de acumulación originaria y cuál es su relación fundamental con el desarrollo del mercado y, por lo tanto, del capitalismo.

La acumulación originaria del capital no consiste, únicamente, en la concentración paulatina de una cada vez mayor riqueza mercantil, o sea de una masa de mercancías o de dinero derivada del comercio, de la compraventa de los más diversos productos; consiste sobre todo en un desarrollo del mercado que cumple, entre otras funciones, la de convertir el dinero en capital: en una “polarización” que altera las relaciones productivas básicas, que “crea” a los capitalistas, de un lado, y a los trabajadores asalariados, del otro, dejando en manos de aquéllos los medios de producción y en poder de éstos la energía, la capacidad productiva, la fuerza de trabajo.

²⁶ El profesor Baran, en un bien conocido pasaje de su *Economía política del crecimiento*, señala que “La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados, al precipitar con irresistible energía la maduración de algunas de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las otras[. . .]”; su desarrollo —añade— “fue violentamente desviado de su curso normal, fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental”, pp. 168-169.

“La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. . .”³⁰ Y por otro lado, no es “[. . .] fruto del régimen capitalista, sino punto de partida de él”.³¹ O como dice Dobb: “El capitalismo mercantil no es una fase del capitalismo; es más bien un prerrequisito, una fase previa [. . .]”³²

Hay, aquí, varias cuestiones que debieran quedar bien claras: 1] Lo esencial de la acumulación originaria del capital no es, como su nombre pudiera sugerirlo, la acumulación misma de capital; es más bien la separación, la disociación, el divorcio casi siempre violento y aun brutal, del productor y sus medios de producción. 2] En segundo lugar no se trata, como suelen decirlo quienes aún hoy pretenden justificar la existencia de ricos y pobres bajo el capitalismo, de un fenómeno natural, y por ello fatal e inexorable,³³ sino de un proceso social, histórico, que en una fase de su desarrollo acompaña a la producción mercantil. Acumulación originaria y producción mercantil no son, por lo tanto, sinónimos. Aquélla es una modalidad específica de ésta, un fenómeno particular que se da en el contexto de una economía mercantil, por cierto bastante avanzada ya en su desarrollo. Por ello no es casual que Marx señale:

La circulación de mercancías es el punto de donde arranca el capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman *las condiciones históricas previas* bajo las que surge el capital. La biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.³⁴

[. . .] La ausencia de un desarrollo manufacturero-mercantil cuando ya había condiciones objetivas propicias para lograrlo tuvo gran significación histórica, pues aunque la producción de mercancías llegó

³⁰ “Con esta polarización del mercado de mercancías —señala Marx— se dan las condiciones fundamentales de la producción capitalista [. . .] El proceso que engendra el capitalismo sólo puede ser uno: el de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que de una parte convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados [. . .]” K. Marx, *El capital*, t. II, vol. I, p. 802.

³¹ *Ibidem*, p. 80.

³² Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1946, p. 17.

³³ *Ibidem*, p. 163.

³⁴ K. Marx, *El capital*, t. I, vol. II.

a tener bastante importancia, la expansión del mercado fue lenta y nunca pudo autosostenerse: En efecto, la producción siempre fue relativamente pequeña y poco diversificada, costosa, y con frecuencia de baja calidad. La demanda de mano de obra no creció al ritmo a que podía haberlo hecho bajo la influencia de una industria manufacturera doméstica y la propia oferta no se vio engrosada con los nuevos brazos y los nuevos oficios que, de haberse contado con una industria en desarrollo, habrían surgido a consecuencia de una cada vez mayor división del trabajo y del desplazamiento que, seguramente, se habría operado desde el campo a las ciudades al elevarse la productividad rural y comercializarse la agricultura [. . .]

De la acumulación originaria al capitalismo del subdesarrollo

[. . .] De haber surgido, en el último tercio del siglo XIX, una pujante industria nacional en Latinoamérica, una industria moderna y diversificada como la que se establece en Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, en Alemania desde los años cincuenta, y sobre todo después de 1871, o en Japón, a partir de la llamada “Restauración Meiji”, la fase de acumulación primaria del capital se habría eslabonado con la siguiente etapa del proceso, o sea con aquella en que el advenimiento del capitalismo, como nuevo modo de producción, impulsa, y sobre todo, transforma en otros países la acumulación de capital comercial en acumulación de capital industrial.

[. . .] El capitalismo latinoamericano de fines del siglo XIX no es un sistema ortodoxo, maduro y, menos todavía, cabalmente integrado. Junto a las relaciones propiamente capitalistas que por entonces son ya las dominantes, hay todavía relaciones precapitalistas y formas primitivas de acumulación de capital que se entrelazan con las nuevas y que, estrictamente hablando, subsistirán por mucho tiempo. Aún quedan numerosos productos que no se comercializan plenamente, y frente al nuevo y todavía desorganizado ejército de trabajadores asalariados, que a veces más bien parece una chusma informe y miserable, hay muchos pequeños productores que, consciente o inconscientemente, oponen resistencia al nuevo sistema y, lejos de considerarse proletarios se sienten y aspiran a ser propietarios [. . .]

La relación mercado interno-mercado mundial en la fase imperialista

La clave del problema parece más bien estar en la forma en que en los países subdesarrollados se desenvuelve el mercado interior. Veamos qué es lo que ocurre al respecto y por qué las cosas son así y no de otra manera:

“[...] Aunque es cierto [...] —comenta el profesor Baran— que la división del trabajo depende en gran parte de la propia división del trabajo, en las regiones atrasadas de hoy, esta secuela no se desenvolvió de acuerdo con el plan. Tomó un curso distinto, es decir, la división del trabajo tal como surgió, se parecía más a la distribución de funciones entre un jinete y un caballo. Todo mercado que aparecía en los países coloniales y dependientes no se convertía en el mercado interno de estos países, sino que, a través de la colonización y los tratados injustos, se transformaba en un apéndice del mercado interior del capitalismo occidental.”⁴⁵

[...] Bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado interno siempre es, además de interno, un mercado internacional, esto es, abierto al exterior, una parte integrante, podría decirse, del mercado mundial.⁴⁶ Ello es así por una razón fundamental: porque careciendo los países económicamente atrasados de la industrias estratégicas que en cada etapa del desarrollo del sistema proveen los medios de producción más modernos, y necesitando, a su vez, esas industrias, de materias primas, alimentos, fuerza de trabajo y mercado de destino para su cada vez mayor producción, el desarrollo económico capitalista sólo podrá darse en adelante —incluso en el modelo de “crecimiento hacia adentro”— a través de un proceso en el que, al mismo tiempo que el naciente capitalismo en dichos países se abre al movimiento internacional de mercancías y capitales, el también naciente capital monopolista penetra, como nunca antes, en su economía. Es decir, mientras el mercado interno se *internacionaliza*, el capital internacional se *interna* o *internaliza* en el corazón de las economías atrasadas [...]

⁴⁵ Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, México, pp. 200-201.

⁴⁶ “[...] bajo el capitalismo —indica Lenin— el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior”. V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XXII, p. 258.

Generalmente no se repara, en los estudios sobre el subdesarrollo, en la relación *competencia-dependencia*, e incluso llega a pensarse en esta última como si se tratara de una constante que, a lo largo de siglos, sólo sufre cambios de forma: Se olvida que lo esencial del imperialismo es el desplazamiento de la libre concurrencia por el monopolio y, sobre todo, que al concentrarse la producción y el capital no sólo se modifica la dinámica interna del proceso económico sino que se acentúa, a escala nacional e internacional, la falta de uniformidad característica del desarrollo capitalista; y se agudiza y cambia profundamente el carácter de la dependencia.⁴⁷

Podría decirse que, en cierto sentido, la competencia engendra la dependencia no sólo porque, en general supone el enfrentamiento del fuerte con el débil, que usualmente acaba eliminando o al menos subordinando a éste respecto de aquél, sino porque en el proceso capitalista el imperialismo y la creciente explotación de los países subdesarrollados son la resultante dialéctica del desarrollo del sistema y, en particular, del creciente antagonismo que acompaña a la intensificación de esa competencia. La dependencia, por consiguiente, no es algo circunstancial ni menos aún, ajeno a la forma en que se desenvuelve la producción misma en una economía capitalista: es más bien su resultado, pues en un sistema en que la profunda desigualdad de las fuerzas contendientes es uno de sus rasgos más característicos, la competencia entre ellas es al propio tiempo una compleja interdependencia que, en el momento mismo en que una de las fuerzas en pugna se muestra inferior a la otra, se convierte inevitablemente en dependencia [. . .]

En resumen, bajo el capitalismo del subdesarrollo nada hay genuinamente nacional; acaso lo único propio, realmente exclusivo de tal régimen sea la subordinación a lo ajeno, la alienación creciente de las clases dominantes y la lenta, pero firme decisión de los sectores más conscientes del pueblo, de abrir al desarrollo nacional un cauce independiente [. . .]

Incluso podría decirse que bajo el capitalismo del subdesarrollo no existe o deja de operar el “mercado libre”, o sea el mecanismo autorregulador característico de los buenos, viejos tiempos de la libre

⁴⁷ “El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan la diferencia entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial”, V. I. Lenin, *Ibidem*, p. 288.

conurrencia. Y ello, tanto porque ésta nunca se da plenamente en la fase de tránsito hacia el capitalismo como porque, en general, éste aparece en Latinoamérica, como nueva formación social, cuando en los países más avanzados y en el sistema de conjunto está por concluir o se ha liquidado ya la etapa propiamente competitiva [. . .]

Esto no significa, empero, que al frustrarse la posibilidad de un desarrollo autónomo donde el capitalismo se instaura en el momento en que el sistema está a punto de iniciar su fase imperialista, la mano de obra asalariada que afluye al mercado de trabajo permanezca ociosa y sin posibilidad de explotarse. Como en el modelo clásico, en la versión neoclásica de las postrimerías del siglo XIX se da también una aceleración del desarrollo económico e incluso una segunda revolución industrial que requiere una vasta red de comunicaciones y transportes, instalaciones mineras modernas, una oferta adecuada de alimentos, y por encima de todo una abundante y fluida provisión de mano de obra barata. Pero en el modelo que se configura a partir del capitalismo del subdesarrollo, el patrón conforme al cual se desenvuelve el mercado interior cambia, como hemos visto, sustancialmente. Ahora no es la industrialización interna, propiamente nacional, el principal agente dinamizador del proceso económico. En vez de una rápida diversificación de la economía latinoamericana lo que se realiza es una innecesaria, excesiva, perjudicial y sumamente onerosa especialización en uno o dos productos primarios. Las manufacturas, pese a todo, logran cierto desarrollo, y el *capital industrial*, tomado en la amplia acepción en que, por ejemplo, lo hace Marx —o sea como producción capitalista—, desplaza y en gran medida suplanta al viejo capital mercantil.⁵⁰ [. . .]

La aparición del mercado, como se sabe, es muy anterior al capitalismo, pero el mercado mundial es un fenómeno netamente capitalista, un fenómeno que habría sido imposible en una etapa histórica anterior, y que, como tal, supone que las nuevas relaciones de producción hayan llegado a ser las dominantes en un gran número de los países que lo integran. O sea que si bien en él se expresa y culmina un largo proceso de desarrollo y generalización de las relaciones mercan-

⁵⁰ “[. . .] la minería, la agricultura, la ganadería, la manufactura, la industria del transporte, etcétera, constituyen ramificaciones impuestas por la división social del trabajo y, por tanto, esferas especiales de inversión del capital industrial [. . .]” K. Marx, *El capital*, t. III, vol. 1, p. 390.

tiles, su dimensión propiamente mundial —el pleno dominio del mercado como mecanismo en el que fundamentalmente se produce a partir de la explotación de trabajo asalariado—, supone cambios cualitativos profundos como son los que acompañan a la instauración y el desarrollo inicial del capitalismo, de un lado, y del otro, a la consolidación definitiva y al tránsito del sistema a su fase propiamente monopolista [. . .]

Lo que —añadiremos con fines de ilustración y de síntesis—, significa en otras palabras que, habida cuenta del carácter dialéctico y por lo tanto de la constante interacción de los factores que condicionan el proceso social, el mercado mundial se desenvuelve conforme a una secuela que en el fondo es la misma del capitalismo —y por lo tanto en general del subdesarrollo— en la que se entrelazan y suceden hechos como los siguientes:

Descomposición de las formaciones precapitalistas — mayor división social del trabajo y generalización de las relaciones mercantiles — creciente disociación, generalmente por medios violentos, del productor y sus medios de producción — ramificación de las comunicaciones y expansión del comercio internacional a partir de los grandes descubrimientos de fines del siglo XV y principios del XVI — conquista de numerosos pueblos antes independientes y desarrollo del colonialismo — debilitamiento de los gremios artesanales y auge de las manufacturas en los países más avanzados — revoluciones económicas y políticas burguesas — instauración, en varios países, del capitalismo como nuevo modo de producción (de fines del XVIII a principios del XIX) — tránsito de la industria manufacturera a la gran industria moderna — generalización del trabajo asalariado y extensión del mercado propiamente capitalista — industrialización, a diversos niveles, de los países capitalistas independientes — modernización y ampliación de las comunicaciones y transportes — conformación de un nuevo patrón de relaciones económicas y políticas internacionales, agudización de la dependencia e incorporación de numerosos países al sistema capitalista — conversión del mercado internacional en un verdadero mercado mundial — internacionalización del mercado de trabajo y de dinero y capitales — concentración de la creciente producción y el capital — agudización de las crisis de sobreproducción — aparición de los monopolios y advenimiento del imperialismo — modificación profunda del régimen de competencia y del régimen de dependencia tradicionales — intensificación de la lucha revolucionaria y de liberación nacional — crisis general del capitalismo, y advenimiento del socialismo como nuevo modo de producción.

[. . .] la industria, y en particular la gran industria capitalista, fue decisiva en la creación del mercado mundial; en segundo, que el desarrollo de ese mercado y del capitalismo como sistema desnacionalizó a la industria, o en las palabras de Marx: le “quitó” “su base nacional”. Y se la quitó, en nuestra opinión, en un doble sentido y de manera irreversible: internacionalizando, por un lado, a la industria, hasta entonces todavía fundamentalmente nacional, y volviendo, por el otro, históricamente imposible, en aquellos países que a partir de ahí iniciaran su desarrollo capitalista, el nacimiento y sobre todo la expansión de una industria genuinamente nacional [. . .]

Los cambios a que nos referimos no son simples modificaciones de grado: son transformaciones profundas que alteran el funcionamiento del proceso y del sistema económico en su conjunto. El que la instauración del capitalismo como nuevo modo de producción en los hoy países subdesarrollados, coincida con, o se produzca después del momento histórico en que surge el mercado mundial y en que se abre la fase monopolista del sistema no es un mero accidente o una curiosa historia singular, y singularmente compleja, una encrucijada o coyuntura que condiciona todo el proceso del subdesarrollo capitalista en Latinoamérica.

A ello obedece, en última instancia, que “nuestro” capitalismo no sea ya lo que en otras naciones y otras épocas. Aquí ya no será un agente capaz de imprimir gran celeridad al proceso económico ni, menos aún, de colocar a los países en que se vuelva el sistema dominante, a la vanguardia del progreso; ni siquiera será un capitalismo de segunda clase, más o menos dependiente, como puede serlo hoy el de muchos —acaso la mayoría— de los países europeos, en los que no obstante su creciente dependencia se opera un sensible crecimiento y se logran niveles de ingreso y de vida más o menos satisfactorios [. . .]

ESTRATEGIA DEL DESARROLLO ECONÓMICO DE MÉXICO*

[. . .] Una estrategia de desarrollo supone la capacidad real —no sólo la intención— de influir en forma decisiva sobre el curso del proceso económico, cosa que en una economía capitalista dependiente es muy difícil de lograr, ya que por un lado tal proceso se desenvuelve bajo la acción directa de la ley del valor y, por el otro —y aquí también entra en juego esa ley— en el marco de una dependencia estructural cuya influencia rebasa y habitualmente se impone a cualquier estrategia o política económica de alcance meramente institucional. Lo que no quiere decir que no haya una política económica más o menos coherente, sobre todo de corto y mediano plazo, que a través de múltiples medidas ejerza cierta influencia y tienda en general a reafirmar, más que a modificar, contrarrestar o cancelar el funcionamiento propio de una economía capitalista.

El desarrollo es un fenómeno múltiple y de largo alcance en el que dialécticamente se entrelazan y chocan fuerzas sociales e intereses antagónicos de clases diferentes. Y como no sólo supone cambios de grado o de forma en ciertas variables sino transformaciones cualitativas, realmente estructurales, su estudio obliga a emplear una metodología que desborda con mucho el análisis formalista, los esquemas del equilibrio estático y el ámbito estrecho en que se mueve la teoría económica tradicional, la sociología funcionalista y la ciencia política burguesa. El intento de examinar la dinámica del desarrollo, su estrategia y no sólo lo que podríamos denominar su táctica, debe proyectarse en una amplia perspectiva, en un marco propiamente histórico que permita apreciar el fenómeno en su conjunto y no parcial o fragmentariamente, así como situar el presente como fase de un proceso y no como una coyuntura o situación aislada. Sólo así

* Fragmento del ensayo preparado por el autor en junio de 1972, para el Seminario Afro-Latinoamericano sobre Estrategia del Desarrollo organizado por el Instituto Africano de Desarrollo y Planificación, que tuvo lugar en Dakar, Senegal, en septiembre de ese año.

puede aspirarse a comprender el porqué de ciertas situaciones y el papel de los factores estratégicos en juego, o sea de los hechos, las fuerzas, los agentes históricos determinantes del desarrollo y el subdesarrollo [. . .]

Algo más sobre la estrategia económica

Al recordar ciertos rasgos fundamentales de la realidad mexicana, sin los que sería imposible intentar un examen objetivo de la estrategia económica seguida hasta ahora, hemos iniciado ya la evaluación crítica de esta última. Sin embargo, conviene continuar tal examen y precisar con mayor claridad los medios y métodos que México ha utilizado para impulsar su desarrollo y darle los caracteres que hoy tiene.

[. . .] el panorama económico del país no es ni mucho menos, lo que en las versiones más simplistas y convencionales del “milagro” mexicano tiende a presentarse como la realidad. Por consiguiente, en nada avanzaríamos si nos limitáramos a repetir lo que tantas veces se ha dicho en años recientes acerca de las virtudes “sin paralelo” de la estrategia mexicana del desarrollo. Mas el hecho es que la economía de México no es estacionaria; es una economía dinámica que crece y cambia continuamente, y cuyo desenvolvimiento así como la imagen desconcertante y contradictoria que hoy ofrece, deben ser objeto de una explicación racional [. . .]

Perspectivas del desarrollo mexicano

¿Cuál parece ser la perspectiva de una estabilidad así sostenida y un desarrollo que, a pesar de sus logros, no ha sido capaz de librar el país del subdesarrollo? A nuestro juicio hay fundamentalmente dos posiciones —y por lo tanto una doble perspectiva— aunque cada una de ellas con ciertas variantes.

Según la primera, que esencialmente es la posición de la clase en el poder y sus defensores, los problemas del desarrollo de México no son de fondo: son dificultades propias del proceso, más o menos inevitables y que podrán superarse mediante una política adecuada. ¿En qué podría consistir tal política? Al responder a esta cuestión es cuando surgen ciertas diferencias.

Para el sector más conservador, la estrategia formulada hasta ahora debe seguir orientando el desarrollo, si acaso con un mayor énfasis en el apoyo a la agricultura, una política más activa de exportación y de fomento del turismo, una reforma educativa de claro acento tecnocrático y ciertos ajustes menores aquí y allá, que despejen las dudas que hay en el ambiente, estimulen la confianza de los empresarios y permitan reforzar la estabilidad, que es la condición esencial del desarrollo[. . .]

En fin, según otra posición, en parte ligada a elementos del gobierno y en parte a ciertos intelectuales de orientación nacionalista pequeñoburguesa, el desarrollo sólo podrá impulsarse en los próximos años si se realiza una reforma política de clara orientación democrática,²¹ que vuelva al país a sus orígenes revolucionarios y que, como en la época de Lázaro Cárdenas, movilice al pueblo en torno a un programa avanzado. En el fondo esta posición conviene en que bajo el capitalismo es posible el desarrollo, a partir de la acción de un Estado al que se supone relativamente independiente; y más bien subraya que la alternativa real consiste en: reforma democrática o violencia autoritaria.²²

No cabe duda que ciertas reformas, sean políticas o económicas, son viables. De hecho, son casi inevitables pues el reformismo es el arma principal de que dispone la burguesía para preservar la estabili-

²¹ “En conclusión, el sistema político, como una consecuencia del rápido proceso de cambio socioeconómico [. . .], tendrá que redefinirse. En su apertura y su redefinición, de un sistema relativamente rígido a uno más flexible en donde la participación asuma características más efectivas, parece descansar la condición sobre la que puede preservarse la estabilidad política así como el desarrollo económico sostenido del país.” José Luis Reyna, “Movilización y participación política”, *El perfil de México en 1980*, varios autores, IIS-Siglo XXI, 1972, vol. 3, p. 535.

²² “Es importante —escribe Octavio Paz— destacar la relativa independencia del Estado mexicano y de su órgano político porque de otra manera se corre el riesgo de no ver cuáles son los verdaderos términos de la disyuntiva actual. Si es cierto que el Estado está controlado, hay que tener el valor de extraer la conclusión lógica de esa preposición; el Estado se apoya en las masas *contra* o *frente* a la burguesía y al imperialismo, el Estado las controla para *convivir* o *paclar* con ellas. Ése es el dilema del Estado y del Partido [. . .]”. “Carta de Octavio Paz a Adolfo Gilly”, *Plural*, núm. 5, México, febrero de 1972. Esta posición coincide, en esencia, con la sostenida desde años atrás por una corriente reformista según la cual el Estado en México no es esencialmente burgués ni está ligado estrechamente a la oligarquía.

dad, a la vez que para impulsar ciertos cambios que no entrañen mayor peligro. Pero el problema no consiste en saber si se pueden o no implantar determinadas reformas sino en saber si con ellas se puede aspirar a hacer frente con éxito a los obstáculos que impiden el desarrollo. Y a estas horas parece claro, en México y en toda América Latina, que el reformismo no resolverá uno solo de los problemas fundamentales.

Frente a esas posiciones hay otra que si bien muestra también variantes, descansa en la convicción de que los problemas del desarrollo son estructurales y de que el capitalismo, en consecuencia, lejos de ser capaz de abrir en nuestro tiempo la perspectiva de un desenvolvimiento vigoroso e independiente es incluso el mayor obstáculo a rebasar, el mayor obstáculo porque el sistema, en su fase imperialista supone el predominio del capital monopolista de Estado, la acentuación del desarrollo desigual, la exacción constante del excedente, la concentración y dilapidación de la riqueza en manos de una burguesía comprometida con los intereses extranjeros y empeñada en preservar un viejo orden de cosas, la superexplotación del trabajo humano y la inequidad en el reparto del ingreso, el subempleo crónico de los recursos productivos y la agudización de desequilibrios y contradicciones que una estrategia del desarrollo que no ataque los problemas de fondo no es capaz de corregir o superar.

Esto no significa que, como suele sugerirse en los esquemas más elementales de la izquierda, el desarrollo de México sólo ofrezca a estas horas la perspectiva del estancamiento o del agravamiento inevitable de sus problemas y la consiguiente, gradual pérdida del impulso en el ritmo de crecimiento. El receso que la economía mexicana ha sufrido desde fines del año setenta puede ceder ante una nueva situación internacional y ante las medidas internas que están ya en acción. Pero aun admitiendo esta posibilidad o incluso que la economía mexicana recobre las tasas de crecimiento de las últimas décadas, lo más probable es que persista el subdesarrollo y se agudicen sus más graves deformaciones. En efecto,

— No parece que, sin cambios que rebasan con mucho el marco de la estrategia oficial, pueda aspirarse a elevar sustancialmente la tasa de formación de capital; o a modificar la composición de la inversión pública o privada;

- No parece que, aun contando con cuantiosos financiamientos extranjeros, pueda aspirarse a sostener una tasa de crecimiento económico que, dada la severidad de las presiones en juego, tendría que no ser inferior al 8% anual;
- No parece que el capital nacional privado o público esté en condiciones de desplazar a las grandes empresas trasnacionales en la presente fase del proceso sustitutivo de importaciones —o de exportaciones—, ni menos que haya la posibilidad de un desarrollo capitalista independiente;
- No parece que, con base en una estrategia como la empleada hasta ahora sea posible contrarrestar el crecimiento enfermizo del sector terciario, aumentar sensiblemente la importancia de la industria como fuente de trabajo y corregir los profundos desequilibrios —geográficos, sectoriales, económicos, etc.—, que afectan a la economía mexicana;
- No parece posible, salvo en las previsiones optimistas y hechas en el papel por ciertos tecnócratas, que México sea capaz de elevar sustancialmente el nivel de empleo y de reducir de manera apreciable el subempleo rural y urbano.²³
- No parece, siquiera, que el sector público pueda corregir a corto plazo su déficit financiero, ni que la balanza de pagos cambie fácilmente de signo y deje de ejercer la presión que hasta ahora ha ejercido sobre un Estado que, imposibilitado por su propia naturaleza para tomar los recursos financieros donde éstos se concentran, acuda al financiamiento externo y al crecimiento en espiral de la deuda exterior;
- Y desde luego no parece que, en tales condiciones, pueda lograrse una mejor distribución de la riqueza, la que, antes al contrario, seguramente seguirá concentrándose en el pequeño sector de nacionales y extranjeros que constituyen la minoría privilegiada.

²³ Aun suponiendo que mediante una selección de técnicas más adecuadas pudieran lograrse avances en tal sentido, ni es fácil optar en una economía dependiente por una selección tecnológica distinta, ni el problema de la subutilización de la mano de obra es esencialmente un problema técnico sino socioeconómico. De aquí que lo más probable es que siga adelante la concentración urbana, la multiplicación de los cinturones de miseria y el crecimiento alarmante del subempleo urbano y la marginalidad social.

IMPERIALISMO Y SUBDESARROLLO*

[. . .] Tras este bosquejo conviene que veamos más de cerca —y asociándolas a algunos aspectos fundamentales de la fase monopolista— las relaciones entre el imperialismo y el subdesarrollo:

1. El imperialismo contribuye a ampliar el mercado mundial y acelera —no determina— la integración de los países dependientes de América Latina a ese mercado, obligándolos a jugar un nuevo papel en el sistema. Hasta hace unas décadas —bastaría examinar las cifras del comercio exterior o de los movimientos internacionales de capital para comprobarlo— Latinoamérica conserva un grado relativamente mayor de independencia. Pero a partir del momento en que se expande la gran industria y el imperialismo se configura plenamente con base en el dominio de los monopolios, se produce una situación en la cual Latinoamérica empieza, definitivamente, a especializarse como proveedora de materias primas, alimentos, y, en segundo término, mercados y aun mano de obra barata (al principio esto es, sin embargo, menos importante) para los países industriales [. . .] En la primera fase del imperialismo, Latinoamérica adquiere claramente el carácter de una economía tributaria; Chile se convierte esencialmente en productor de cobre, Bolivia de estaño, México y Perú de plata y otros minerales, Brasil y Colombia de Café y Argentina y Uruguay de carne y cereales.
2. El imperialismo acelera de momento el desarrollo del capitalismo en los países dependientes, pero a más largo plazo lo estorba y no abre ya las perspectivas de cambio que fueron características del modelo clásico, o siquiera, de lo que podría denominarse la versión neoclásica del desarrollo capitalista, es decir, las formas que el proceso adopta

* Este texto es una versión corregida y ampliada de la intervención verbal del autor en el Encuentro Ítalo-Latinoamericano organizado por el Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea, que tuvo lugar en Roma, en la tercera semana de septiembre de 1972, y que se publicó por primera vez en el número 14 de la revista *Problemas del Desarrollo*, correspondiente a mayo-julio de 1973.

en los últimos países que logran un desarrollo independiente. En vez de remover ciertos obstáculos que antes pudo sortear con éxito, el capitalismo será a menudo en Latinoamérica la causa de insalvables dificultades, que habrán de entrelazarse con ciertas relaciones precapitalistas que el nuevo modo de producción no podrá liquidar fácilmente ni entonces ni más tarde. Pese a todo ello el modo de producción capitalista se extiende, crece con rapidez el mercado de trabajo, aumenta el número de trabajadores en el campo y las ciudades y se generaliza la explotación de la mano de obra asalariada, a partir de la movilización creciente de una oferta que siempre rebasa la capacidad del sistema para absorberla, lo que, por cierto, vuelve especialmente penosas las condiciones de las grandes masas;

3. Un tercer rasgo del proceso que a nuestro juicio vale la pena subrayar, consiste en la ausencia de un centro dinámico propio y, en particular, de una industria realmente nacional. La construcción ferroviaria y el fomento portuario y de la navegación marítima, por ejemplo, impulsan el desarrollo, pero sobre todo aceleran la integración de la economía latinoamericana al mercado mundial y a las exigencias del naciente imperialismo; el auge minero de fines del siglo XIX y principios del XX responde también, esencialmente, a las necesidades de la industrialización de los grandes países capitalistas; y así, sucesivamente. Y en cuanto a la industria, o sea el factor dinamizador por excelencia del proceso de desarrollo, Latinoamérica nunca dispondrá de una industria propia que le permita absorber sus recursos productivos a un nivel medianamente satisfactorio. En un principio la naciente industria tendrá que ceder ante la competencia de las manufacturas extranjeras; y entonces y después, dependerá de empresas que operan en el extranjero y que desde fuera proveen a nuestro países de los bienes que requiere el desarrollo dependiente, y aun en la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones, en que se avance en la producción interna de bienes de consumo y en la fabricación de ciertos bienes de producción, las cosas, en el fondo, no cambiarán, pues las industrias más dinámicas e importantes seguirán en el extranjero, y las que se establezcan en el país dependiente estarán también supeditadas al capital y aun a menudo bajo el control extranjero. Precisamente por ello, lejos de que la industria sea la nueva fuerza que acelere un desarrollo nacional independiente, será el factor

agudizador del subdesarrollo y la dependencia, porque, opere fuera o dentro del territorio nacional del país sometido, será esencialmente una industria extranjera, un eslabón de una cadena ajena, una condición para aprovechar los recursos productivos internos, no como más convenga al país en cuyo territorio existan tales recursos, sino como sea mejor para los intereses de las potencias metropolitanas.

4. Todo lo anterior tenderá a traducirse —y éste será un nuevo rasgo del subdesarrollo— en forma de explotación sumamente irracional de los recursos, esto es, en sistemas de explotación que ni siquiera aseguren ya la discutible “racionalidad” capitalista de antaño. Recursos que hasta entonces permanecieron relativamente ociosos o no se utilizaron, empezarán a ser aprovechados a partir de esta nueva situación histórica. Se abrirán nuevas minas, se pondrán en cultivo campos antes no explotados, surgirá un nuevo sistema de transportes, pero la expansión de las fuerzas productivas no utilizará adecuadamente los recursos disponibles —empezando con la abundante mano de obra— ni responderá a las más ingentes necesidades de cada país latinoamericano. Lo que ocurre en los transportes demuestra dramáticamente, por ejemplo, cómo las vías de comunicación no se construyen para comunicar los centros estratégicos de los países de que se trata, los que con frecuencia siguen aislados por largo tiempo; lo que se busca es articular mejor y relacionar más estrechamente a las economías dependientes con el mercado mundial en expansión y con las potencias que empezarán a explotar, ahora directamente, los recursos de los países subdesarrollados.
5. Otra consecuencia fundamental que muestra hasta dónde el imperialismo entraña una ruptura histórica profunda que rompe la continuidad del proceso latinoamericano y desgarrar su economía, consiste en que la iniciación de tal etapa significa la importación súbita del monopolio, o sea, de una forma de organización que alterará, inevitable y profundamente, los procesos de integración característicos de la economía dominada. Lo que aquí se da es una situación que expresa cómo el imperialismo irrumpe a los países dependientes no como fruto de un desarrollo interno, digamos natural, que hubiese generado por sí mismo la concentración de capital y el monopolio, sino de la inserción de las economías

subordinadas —que apenas inician su desarrollo propiamente capitalista— a los nuevos imperios económicos donde el régimen de libre competencia ha creado ya el monopolio. A partir de allí se configurará una compleja situación en la cual, en el marco del capitalismo del subdesarrollo se yuxtapongan y entrelacen desde formas arcaicas de producción hasta talleres artesanales, pequeñas manufacturas, empresas medianas y grandes monopolios extranjeros que operan con nuevos métodos de organización, técnicas más modernas y eficientes y una gran capacidad para influir directa e indirectamente en el proceso económico y, por lo tanto, en lo que podría llamarse la dinámica del subdesarrollo.

En realidad todo el sistema de decisiones económicas resentirá la creciente influencia del capital extranjero, y sin perjuicio de que el Estado deje sentir su autoridad al adoptar ciertas medidas o de que éstas dependan directamente de empresas privadas nacionales, la burguesía extranjera y sobre todo la norteamericana, poco a poco irá afirmando su dominio hasta llegar a ser en ciertas áreas clave, más que la propia burguesía nacional, la que a través de las corporaciones multinacionales y mediante otros mecanismos, de hecho determine cómo estructurar la nueva economía y cómo vincularla al mercado exterior y, en consecuencia, la que en buena medida frustre el ejercicio de la soberanía nacional y vuelva imposible que cada país elija su camino y decida libremente cómo encauzar su desarrollo.

6. En fin, bajo el imperialismo cambia la importancia cuantitativa y aun el carácter y la naturaleza de los movimientos internacionales de capital, cambian también los aspectos tecnológicos del desarrollo y los países dependientes son sometidos a una nueva estructura financiera en la que, a diferencia de lo que acontecía en la época cuando las bolsas de valores eran el centro del mercado internacional de capitales, ahora se combinan estrechamente la inversión nacional y la extranjera, las colocaciones directas de capital y los créditos, los bancos privados y las instituciones financieras del Estado, los bancos centrales y una compleja red de organismos financieros internacionales. En el fondo lo que en todo ello está presente como factor decisivo es la concentración y centralización del capital a niveles nacionales e internacionales sin precedente, que incluso desbordan a menudo los marcos y sobre todo las formas

de expresión del capital monopolista, estudiadas por los clásicos del imperialismo, y que, por otra parte, contra lo que a menudo postulan los propagandistas de la inversión extranjera, en vez de significar una “ayuda” financiera que compense la supuesta y en cierto sentido real escasez de capital en los países subdesarrollados, agudiza la insuficiencia de recursos financieros y ahonda los desajustes de la balanza de pagos, pues generalmente entraña una succión de excedente de los países pobres hacia los ricos que confirma que, bajo el capitalismo, el papel real de éstos es explotar a aquéllos y no el de ayudarlos a realizar su desarrollo [. . .]

LA OLIGARQUÍA*

QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA OLIGARQUÍA

[. . .] Lo primero que debe quedar claro es que carece de fundamento tender a asociar el concepto de oligarquía a *ciertas formas concretas de dominación* conocidas a lo largo de la historia, y más aún considerar —a partir de un corte arbitrario del proceso social— que con el capitalismo se extinguen las oligarquías y los gobiernos antidemocráticos. Para conocer la configuración y aun para determinar la existencia misma de una oligarquía, es necesario conocer cuál es la composición social de quienes la forman —su contenido específico—, qué grupos juegan los roles hegemónicos y de qué mecanismos y formas de acción se valen para ejercer el poder. Lo que no puede hacerse es convertir los rasgos característicos de una determinada oligarquía en un estereotipo al que, a partir de cierto momento, debiera ajustarse universalmente el desarrollo social. La naturaleza, el modo de integración, las relaciones entre los elementos que la componen, el carácter de los “intereses creados” tradicionales y su posición ante las fuerzas que en un momento dado los desplazan, todo ello y otros aspectos del funcionamiento de una clase dominante y en particular de sus sectores propiamente oligárquicos, cambia en cada formación social y aun de una etapa a la siguiente en el curso de un mismo sistema. Las oligarquías esclavistas fueron diferentes de las feudales y éstas distintas a las que ha creado el capitalismo; mas el que unas fueran más cerradas o inflexibles que otras o el que su dominio haya girado en torno a una clase social determinada, no significa que las de hoy no sean incluso plutocracias más poderosas que las de cualquier época anterior.

* Fragmentos del ensayo incluido en el libro *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.

[. . .] Bajo los más diversos regímenes políticos puede haber oligarquías, sin que ello quiera decir, como hemos visto, que unas deban ser idénticas a otras. Aun a partir de su significado etimológico y del sentido en que emplearon el término Aristóteles y otros filósofos griegos, la oligarquía es el dominio de la minoría, un dominio que obedece a que esa minoría es la poseedora de la riqueza y no a que, quienes ejerzan el poder sean, naturalmente, superiores a los demás. Es decir: frente al hecho específico y en cierto modo irrelevante de qué grupos formen una minoría y de qué mecanismo empleen para imponerse sobre otros, lo esencial es comprobar si existe o no tal minoría y si, en su caso, detenta realmente una porción sustancial de la riqueza que le permita, de un modo u otro, hacer prevalecer sus intereses. Por ello podría afirmarse que en toda sociedad de clases en la que existe un régimen de propiedad privada de los medios de producción, una pequeña fracción de la clase dominante —que aun en su conjunto es obviamente minoritaria— controla la mayor parte de dichos medios y, en general, de la riqueza social, lo que le permite, mediante el empleo de los más diversos métodos, ejercer el poder político.

Hay aquí una interrelación fundamental, inherente a una sociedad en la que una clase minoritaria es la dominante. Sin esa pequeña pero poderosa oligarquía dicha clase difícilmente podría ejercer su dominio, pues éste se dispersaría en un amplio y heterogéneo frente social, incapacitado en su conjunto para concentrar y ejercer eficazmente el control de los principales medios de producción. Podría decirse, en consecuencia, que si bien las modernas oligarquías han nacido del desarrollo del capitalismo y de la propia evolución de sus clases dominantes, la supervivencia de éstas ha llegado a depender, a su vez, de que tales oligarquías sean —y lo sean, además, con éxito— el principal vehículo del poder capitalista.

A medida que el proceso de desarrollo se diversifica y torna más complejo, que las actividades económicas se entrelazan, que las economías nacionales se integran, como parte de un todo, al mercado mundial capitalista y la producción y el capital se concentran, y que a consecuencia de todo ello se acentúa la desigualdad del desarrollo y ahonda la diferenciación social y aun la estratificación dentro de cada clase, en el seno de la clase dominante va configurándose un segmento

privilegiado que, en lo fundamental, es aquel a través del cual ejerce su dominio la burguesía.

La teoría clásica del capital financiero y de la oligarquía

Entraña un grave error, como se sabe, tomar una teoría —cualquiera que ésta sea— como un molde, como un esquema prefabricado al que necesariamente deba sujetarse la realidad, en vez de recoger de ésta lo que sea esencial y pueda servir para explicarla. Cuando se trabaja a partir de teorías especialmente sugestivas que incluso han abierto nuevas brechas a la ciencia, resulta especialmente difícil resistir a la tentación de usarlas como llaves maestras, y aun examinarlas de cerca para tratar de distinguir lo que en ellas es general, común a ciertas situaciones históricas, de lo que es específico, o sea propio de un contexto determinado y aun de una problemática nacional concreta. Al intentar tal cosa además, se corre siempre el riesgo de tomar el rábano por las hojas, de considerar como principal lo que en el mejor de los casos es accesorio, y de confundir ciertos rasgos concretos, característicos del país o del caso estudiado, con los elementos básicos de la formulación teórica de que se trate [. . .]

Las nuevas formas de combinación del capital y la formación de la oligarquía

Si en los grandes países industriales capitalistas hay nuevas situaciones que es menester tomar en cuenta, en los países subdesarrollados, cuya problemática no fue, por lo demás, estudiada especialmente por los clásicos del imperialismo, resulta aún más necesario determinar con rigor el proceso que a través de la concentración del capital lleva a la formación y, en su caso, a la dominación de una oligarquía, a la que sería incluso poco serio suponer —no digamos atribuir gratuitamente— caracteres idénticos a los de la oligarquía financiera norteamericana o europea de principios de siglo.

Si la oligarquía surge y se desenvuelve no como una fuerza autónoma sino como parte orgánica de la clase dominante, y ésta, a su vez, resulta de las leyes que condicionan el proceso capitalista y del marco histórico específico en que toma cuerpo el capitalismo del subdesarrollo, parece inevitable que su génesis, su composición, sus formas

de integración, sus interrelaciones y los mecanismos empleados para ejercer su dominio sean diferentes [. . .]

Todo ello, naturalmente, altera las formas de combinación o entrelazamiento del capital; y lo que en otro contexto pudo haber sido una nítida, bien definida relación y aun un franco dominio de la banca sobre la industria, aquí se escinde, multiplica y aparece como una relación de capital nacional y extranjero, público y privado, monopolista y no monopolista, comercial y agrícola, industrial y mercantil, comercial y financiero, industrial y bancario, etc.; como un conjunto de relaciones cuyo contenido se modifica profundamente por la dependencia estructural y el marco todo en que se da la acumulación de capital y se produce el subdesarrollo. A guisa de ejemplo podría recordarse que una alta proporción de las más modernas y dinámicas industrias manufactureras son grandes consorcios transnacionales o en el mejor de los casos empresas “mixtas” que no sólo no están controladas por la banca mexicana sino que ni siquiera dependen de los grandes bancos de sus respectivos países de origen; otra importante proporción de industrias y servicios está en manos del Estado, y tampoco dependen de la banca privada o siquiera de la gubernamental; y lo mismo acontece en tratándose de la mayor parte de los negocios de empresarios privados mexicanos, que teniendo a menudo estrechas relaciones con la banca nacional y aun extranjera no son, sin embargo, propiamente hablando, controlados por una o por la otra.

Pero tan claro como que esas y otras diferencias comprueban que el capitalismo no es un proceso que se repita simplista y mecánicamente de un país al siguiente, debiera ser para nosotros que, cualquiera que sea el alcance de tales diferencias, hay naturalmente leyes económicas cuya acción se deja sentir en las más diversas situaciones. Por lo que atañe, concretamente, a la oligarquía y su papel histórico acaso lo esencial sea percatarse de que su aparición no es accidental ni obedece a la ausencia de una política democrática; a que unos gobiernos tiendan a alentarla más que otros; a que la riqueza y el ingreso sociales se repartan más o menos inequitativamente, ni, en resumen, a hechos circunstanciales de tal o cual naturaleza. La presencia de una oligarquía no es tampoco algo que Lenin y los teóricos del imperialismo hayan inventado caprichosamente: es el resultado inevitable del desarrollo del capitalismo monopolista, y lo es no sólo porque el proceso de concentración conduce indefectiblemente a que una minoría se

adueñe de buena parte de la riqueza de la sociedad sino, en un sentido más amplio, porque la oligarquía es uno de los polos —el otro es el de miseria y explotación de las grandes masas— en que históricamente desenlaza la dinámica central del capitalismo, en que culmina el largo proceso de explotación de trabajo asalariado que empieza a desenvolverse bajo el régimen de libre concurrencia, pasa de ahí, dialécticamente, a la concentración y el monopolio, se vuelve una economía que crece en condiciones más y más desiguales y acaba en un capitalismo de estado, y poco después, monopolista de estado, en el que el grado de avance en la socialización de la producción desborda incluso a los grandes monopolios privados, lanza al Estado a participar directa y permanentemente en el proceso económico, y acentúa como nunca antes las contradicciones del sistema, al polarizarse interna e internacionalmente la sociedad en dos clases y dos regímenes sociales antagónicos e irreconciliables: la burguesía y el capitalismo, de un lado, y el proletariado y el socialismo, por otro.

En nuestra opinión, sólo desde esta perspectiva es posible comprender la naturaleza, la composición, el verdadero alcance y el papel económico y político de la oligarquía considerada en su conjunto y no únicamente a través de uno o varios de los sectores que la integran [. . .]

Con los elementos anteriores y utilizando algunos criterios complementarios, podremos comprender mejor qué es y cómo opera la oligarquía en un país subdesarrollado como el nuestro. Entre tales criterios cabría destacar:

- 1) La oligarquía expresa principalmente las modalidades que en un país determinado adopta el desarrollo capitalista y la forma en que éste se integra a la economía global del sistema;
- 2) La oligarquía no es simplemente un grupo de capitalistas ligados entre sí por lazos sociales de diversa naturaleza o intereses económicos comunes, o un conjunto de empresas privadas poderosas en buena parte monopolistas que operen en diversas áreas; si bien en cada institución o empresa hay individuos que personifican a la oligarquía, ésta es una categoría económica que los engloba y los trasciende;
- 3) La oligarquía absorbe buena parte del ingreso y sobre todo del excedente, y controla, por lo tanto, los principales medios de producción y la mayor parte de la riqueza social;

- 4) Ejerce una gran influencia, que en ciertos campos suele ser decisiva, sobre la burguesía en su conjunto, y aun en la ideología dominante, en la pequeña burguesía y en amplios sectores del pueblo;
- 5) Mantiene estrechas relaciones y en no pocos casos depende, directamente, del capital monopolista extranjero; pero aun en aquellos otros en los que no tiene relaciones directas con dicho capital, depende también de él, por el sólo hecho de ser parte de una burguesía y de una economía *estructuralmente subordinada al imperialismo*;
- 6) Se configura y sustenta, en lo fundamental, en un complejo entrelazamiento de la producción y el capital, que si bien suele manifestarse como una fusión de la banca y la industria que recuerda ciertas formas clásicas de combinación, generalmente rebasa a éstas y se expresa en formas más diversificadas y complejas;
- 7) Se apoya no solamente en el capital privado sujeto a su control, sino en el cada vez mayor capital del Estado y en la inversión y el gasto públicos, pues si bien el patrimonio estatal se maneja conforme a un estatuto jurídico distinto al de las empresas privadas, constituye parte fundamental del capital y del régimen capitalista;
- 8) En fin, participando o no en forma directa en el aparato del Estado —generalmente lo hace a través de miembros de capas medias de la burguesía que se han convertido en administradores públicos más o menos profesionales—, influye poderosamente en la esfera económica y a la postre siempre consigue que la política oficial en su conjunto no sólo no lesione sino que beneficie sus intereses y contribuya a preservar el sistema capitalista.

O sea que, si por “oligarquía financiera” hemos de entender la que resulta de la fusión tradicional entre la banca y la industria, podría decirse que sólo una parte, probablemente pequeña, de la oligarquía mexicana podría considerarse como tal. En cambio, si el carácter “financiero” se hiciera proceder esencialmente, no de una forma concreta de combinación del capital que incluso suponga el control directo de parte de los bancos sino del hecho de que bajo el capitalismo monopolista se combinan las más diversas actividades y aun se ensamblan en los grandes consorcios la función propiamente productiva y la financiera, y en un sentido más amplio, de que las mayores concentraciones de capital descansan en un complejo aparato de intermedia-

ción “financiera” —del que desde luego forma parte la banca pero también el Estado y otros intermediarios— es indudable que, en ese sentido, podría con toda propiedad designarse a la oligarquía en su conjunto como “oligarquía financiera” [. . .]

LA OLIGARQUÍA MEXICANA

La oligarquía mexicana no es una herencia del porfiriato ni un grupo conservador ligado a los viejos terratenientes; es un cuerpo cambiante del que forma parte el sector privilegiado de grandes capitalistas, lo que no significa que todos y cada uno de los miembros de esa oligarquía sean, por fuerza, quienes detentan las más grandes fortunas de la nación. Aunque son ellos quienes seguramente predominan en número y los que ejercen mayor influencia en el seno de la oligarquía, de ésta y aun de sus grupos más íntimos suelen también formar parte otros miembros prominentes de la burguesía, que, pese a no ser grandes capitalistas, son dueños de medios de producción importantes, y sobre todo, personas que en el sector público y privado tienen acceso a los principales centros de decisión y mantienen un íntimo contacto con los más poderosos grupos capitalistas.

La oligarquía mexicana no es tampoco una entidad aislada ni, como algunos suelen sugerir, una o un conjunto de elites de diversa naturaleza; es parte de la clase dominante y, como tal, es un complejo de fuerzas e intereses que mantienen una constante relación o comunicación entre sí y con otros segmentos —lo que no quiere decir que todos sus componentes se conozcan y tengan estrechas conexiones—, y a la que se puede, si bien cada vez con mayores dificultades, tener acceso desde posiciones burguesas más o menos destacadas.

La oligarquía, en fin, es fruto a la vez del desarrollo y del subdesarrollo del país, de lo que éste tiene de independiente y de dependiente, de público y de privado, de influencias nacionales y extranjeras. No es una isla en el mar de los negociantes privados: es el estrato principal de la burguesía mexicana y por lo tanto el que ejerce realmente el poder desde dentro y fuera del gobierno; es además un cuerpo cambiante cuya composición y el peso relativo de sus componentes van respondiendo al nivel de desarrollo, a los desplazamientos y

cambios de rumbo que éste experimenta y a la creciente diferenciación social y económica que lo acompaña [. . .]

La oligarquía mexicana y el capital extranjero

A menudo se piensa que el sector más importante de la oligarquía consiste en los grandes consorcios extranjeros y en los grupos de capitalistas nacionales que, directamente, dependen de ellos. Y aunque es manifiesto el enorme poder que en la economía capitalista mundial se concentra en las corporaciones monopolistas transnacionales, no es fácil determinar el papel que las mismas juegan en la configuración y aun la medida en que pueden o no considerarse parte integrante de la oligarquía en un país subdesarrollado. En México, desde luego, operan varios centenares —probablemente cerca de un millar— de empresas extranjeras de cierta importancia, entre las que podrían listarse sin dificultad unos 100 consorcios incuestionablemente poderosos y que ejercen gran influencia tanto en la industria como en el comercio de bienes y servicios, e incluso en las finanzas, la política y la cultura.

Dado el carácter, sin embargo, de tales empresas, así como la forma y condiciones en que operan tanto a escala mundial como, específicamente, en México, sería preferible —sin que ello implique dudar de su naturaleza oligárquica— no considerarlos como parte integrante de la oligarquía mexicana, tanto porque en rigor no lo son como porque el hacerlo volvería imposible situar a ésta como tal y comprender su papel, su significación y aun el tipo de relaciones que mantiene con el capital extranjero. Ciertamente es que en los países del “tercer mundo” y aun en el conjunto del sistema capitalista, el peso de los grandes monopolios internacionales es tal, que a menudo de ellos dependen las decisiones económicas de mayor trascendencia y aun la suerte de países enteros, incluso en tratándose de cuestiones que podrían suponerse reservadas al ejercicio exclusivo de la soberanía nacional. Mas el que los monopolios se integren en la economía de las naciones atrasadas y, en otro sentido, contribuyan a desintegrarlas y aun a desgarrarlas desde dentro, no los vuelve parte orgánica de lo que, estrictamente, es la oligarquía doméstica.

Mas, ¿no llevará esta exclusión del capital internacional a poner en duda la existencia misma de la oligarquía mexicana?, ¿no nos quedaremos tan sólo con un puñado de “pobres” capitalistas nacionales, en

el fondo subordinados y que en general sirven y a la postre quedan a la zaga del capital extranjero?² Hay dos cosas que deben distinguirse claramente: una es si las oligarquías de los países capitalistas subdesarrollados son realmente independientes, y la otra la de si, siéndolo o no, existen. A juicio del que esto escribe es tan obvio que tales oligarquías —como las burguesías de que forman parte— son profunda e inevitablemente dependientes, que no vale la pena siquiera discutir aquí esta cuestión, que por lo demás ha sido ya examinada en otra parte del presente volumen.³ Su historia toda comprueba y el presente lo confirma sin lugar a dudas, que al margen del carácter de sus relaciones con el capital extranjero y de los cambios que inevitablemente sufren el régimen de dependencia, la oligarquía y la burguesía, y en una perspectiva más amplia el capitalismo del subdesarrollo en su conjunto, son categorías estructuralmente dependientes; pero al mismo tiempo: fenómenos reales de cuya existencia no puede dudarse [...]

En resumen: entre la oligarquía mexicana y el capital oligárquico extranjero hay una relación estrecha e indisoluble que refuerza, mutuamente, a ambas. Los más altos círculos de la burguesía nacional tanto públicos como privados se apoyan en los gobiernos y empresas del exterior, que especialmente significan fuentes de financiamiento y de divisas, acceso a técnicas modernas y a más voluminosas ganancias, posibilidades de abrir centros de trabajo, y eventualmente incluso de contar con soportes políticos y aun militares, a los que puede recurrirse en situaciones de emergencia. Para los grandes monopolios internacionales, a su vez, el contacto estrecho y en ciertos casos la asociación con la alta burguesía mexicana significa negocios más fáciles, y, en general, mayor receptividad y mejor acogida a sus

² “La palabra *oligarquía* —escribe Bravo Bressani refiriéndose a Perú— no nos parece [...] muy apropiada para designar al grupo de ‘nacionales’ que participan en el poder con otras fuerzas más poderosas, porque este grupo ‘nacional’ carece de capacidad autónoma de decisión y no es homogénea ni permanente.” “El poder real, escapa a nuestro análisis porque huye siempre hacia atrás, trasladándose al final al exterior [...]”. “En suma, lo que queda en nuestras manos y que consideramos como ‘oligarquía’ existe y al mismo tiempo no existe. Para los que están por debajo de ella, aparece como una realidad casi palpable, para los que penetran dentro, ella se esfuma, para los que están por encima se ofrece como una resistencia a lo cual hay que tener en cuenta o como una garantía que asegura la efectividad de la acción exterior [...]” Jorge Bravo Bressani, “Mito y realidad de la Oligarquía”, *La oligarquía en Perú*, autores varios, Lima, 1969, pp. 82, 86 y 87.

³ Véase el interesante ensayo de Jorge Carrión.

propuestas y programas de inversión, mayor estabilidad, una política más favorable a sus intereses, y, en última instancia, menores tropiezos y problemas y más jugosas ganancias en perspectiva. La oligarquía nacional y la extranjera son, pese a formar parte de una misma clase, dos entidades diferentes entre las que, inevitablemente, suelen aflorar divergencias y aun producirse ciertos conflictos; pero es tan íntimo el contacto entre ellas y están tan entrelazados sus intereses, que en la actual fase del capitalismo podría sostenerse que sin el apoyo de una se volvería imposible la supervivencia de la otra. La oligarquía mexicana, concretamente, no podría sobrevivir sino en el marco histórico de la dependencia del imperialismo. La posibilidad de convertirse en una fuerza autónoma, que a la manera de las burguesías clásicas pudiera impulsar y dirigir un capitalismo nacionalista, se frustró desde hace mucho tiempo y es ya irrealizable; es una débil, extemporánea y utópica aspiración de independencia, que paradójicamente exhibe más bien la debilidad y aun la invigencia histórica del nacionalismo burgués; es una divisa verbalista y demagógica que la burguesía, queriendo capitalizar en su provecho las luchas que el pueblo ha librado, hasta ahora sin éxito, por su plena emancipación, se empeña en hacer creer a las masas que ésta es posible en el marco del capitalismo y el imperialismo [. . .]

EN TORNO AL CAPITALISMO LATINOAMERICANO*

HETEROGENEIDAD ESTRUCTURAL Y CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

III

[. . .] El concepto de heterogeneidad estructural ha sido empleado en Latinoamérica por diversos autores, aunque con un alcance y desde una perspectiva diferentes a los antes considerados. La CEPAL, por ejemplo, lo utiliza en varios estudios, haciéndolo también Aníbal Pinto, quien al plantear la cuestión “[. . .] a la luz de la experiencia de las economías centrales [. . .]”, considera que “[. . .] parece evidente la tendencia a largo plazo hacia la ‘homogeneización’ de los sistemas, que se produce prácticamente en todos los planos [. . .]” El autor recuerda que si bien hasta hace poco tiempo, a partir de esa experiencia se pensó que “[. . .] el nuevo ‘polo’ establecido alrededor de la industria y proyectado ‘hacia adentro’ iba a cumplir una función homogeneizadora [. . .]”, la verdad es que más que un progreso en tal dirección, en “[. . .] la estructura global se perfila un ahondamiento de la heterogeneidad de la misma [. . .]”⁶ Pinto hace consistir esencialmente el problema en fuertes desniveles de productividad, lo que en su versión original más socorrida se expresa en el ‘enclave’, y que en la actualidad toma cuerpo en un modelo multisectorial, —en el que destacan el sector moderno y el primitivo— cuyas condiciones contrastan en forma dramática y en el que es fácil apreciar la importancia que este último sigue teniendo en la generación del producto y, sobre todo, como fuente de ocupación [. . .]

¿Cómo ubicar en el contexto del subdesarrollo a países capitalistas atrasados que parecen tener mayor grado de homogeneidad que otros, y cómo, a la vez, situar a aquellos que, no siendo subdesarrolla-

* Fragmento de la intervención del autor, en torno a la obra: *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, Nuestro Tiempo, México, 1973 en el libro editado por el IIEC-UNAM, 1975.

⁶ A. Pinto, “Heterogeneidad Estructural y Modelo de Desarrollo Reciente en América Latina”, en *Inflación, raíces estructurales*, México, 1973, pp. 108 y 109.

dos, mostraron en ciertas etapas y aún hoy exhiben rasgos que podrían considerarse propios de una 'heterogeneidad estructural'? ¿No incurriríamos en un grave error al identificar como países desarrollados a algunos que no lo son, tan sólo por parecer menos heterogéneos, o al tomar como rasgos típicos del subdesarrollo formas de heterogeneidad que estuvieron y aún están presentes en países capitalistas que incluso nunca fueron subdesarrollados?

[. . .] Porque una cosa es indudable: los modos de producción 'puros' nunca han ni podrían haber existido; son abstracciones, abstracciones fundamentales para el análisis teórico del desarrollo de la sociedad y de las que no puede prescindir la ciencia social, pero que si bien captan elementos esenciales de la realidad, no son ni pretenden ser expresiones directas y exactas que mecánicamente reflejen situaciones históricas específicas. Por ello me parece que estaríamos de acuerdo en que una formación socioeconómica determinada no supone un modo de producción único y, por ende, un tipo exclusivo de relaciones sociales de producción o un nivel uniforme de desarrollo de las fuerzas productivas; pero tampoco supone la presencia simultánea de dos o más modos de producción entre los que, a la manera propuesta por los dualistas, ninguno prevalezca sobre los demás. En cada formación concreta hay un modo de producción *dominante* y, subordinados directa o indirectamente a él, formas o residuos de sistemas de producción históricamente anteriores que, por múltiples razones, no han sido totalmente destruidos o, cuando son nuevos, aún no han logrado imponerse al sistema imperante [. . .]

Es decir, si aceptamos que un nuevo sistema de producción se gesta siempre en las entrañas y a consecuencia de la agudización de las contradicciones de un viejo orden social, tendremos, lógicamente, que aceptar también que, sobre todo en etapas iniciales del desarrollo de aquél —y a menudo aún en fases avanzadas— el fenómeno de la heterogeneidad está presente como algo inevitable [. . .]

Quizá tendemos a menudo a pensar, y a veces incluso a dar por supuesto y aun a tratar de aplicar mecánicamente, la idea de que el capitalismo no sólo se interesa en destruir sino que de hecho liquida con rapidez las relaciones precapitalistas, pues éstas entrañan un obstáculo que es preciso remover. Tal inclinación es comprensible toda vez que, en efecto, en algunos países y en ciertas etapas ello fue

así, especialmente en la variante histórica que solemos considerar como clásica. Aun en ésta, empero, con frecuencia no reparamos en que la disolución de las viejas relaciones de producción fue un proceso histórico lento y accidentado, especialmente en la agricultura.⁸

En efecto, en plena revolución industrial y ya bien entrada la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el capitalismo llevaba nada menos que un siglo de haberse impuesto en Inglaterra, seguían presentes no pocos rasgos precapitalistas. Aun a principios del XIX, o sea más de medio siglo después de una industrialización sin precedentes, Engels señalaba que “[. . .] el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco”.⁹

Aún en 1867, cuando el capitalismo alemán y en general el del occidente europeo había logrado avances indiscutibles, Marx escribía:

[. . .] Nuestro país, como el resto del occidente de la Europa continental, no sólo adolece de los vicios que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también de los males que supone su falta de desarrollo. Junto a las miserias modernas nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas* [. . .]¹⁰

[. . .]¿Hasta dónde, en tal virtud, podríamos considerar la heterogeneidad estructural como un rasgo fundamental o incluso como una de las causas principales del subdesarrollo? ¿No será más bien que, estando sin duda presente tal heterogeneidad, más que un atributo específico del subdesarrollo sea uno de los rasgos característicos de toda formación social, especialmente en ciertas etapas de su desenvolvimiento? [. . .]

Para comprender el origen de la heterogeneidad, a la vez que las causas del desarrollo y el subdesarrollo, se requiere ubicar el problema

⁸ Marx recuerda que “El régimen capitalista de producción sólo se hace extensivo en la agricultura de un modo lento y desigual, como puede verse en Inglaterra, que es el país clásico del régimen capitalista de producción en la agricultura [. . .]” *El capital*, México, 1947, t. III, vol. II, pp. 725-726.

⁹ Marx y Engels, *Obras escogidas*, t. II, p. 111.

¹⁰ Prólogo a la primera edición alemana de *El capital*, t. I, vol. I, p. 7.

en el marco de una formación social concreta; pues, el proceso histórico consiste, en esencia, en el desarrollo y el desplazamiento dialéctico, casi siempre revolucionario, de una formación determinada a otra superior. El concepto de formación social es totalizador, como dice Lenin, sintético.¹⁸

Gracias a él, es posible conocer el modo de producción dominante y las formas peculiares en que, en su caso, se entrelazan con los residuos de modos de producción previos que le están subordinados. Mas a fin de que una categoría científica como la de *formación social* sirva para ubicar y, por lo tanto, para explicar adecuadamente lo anterior, se requiere que se trate de un fenómeno específico, concreto, bien definido y dotado de un contenido propio, es decir, que no sea un concepto abstracto, intemporal e inespacial, sino la expresión de un fenómeno histórico en continuo proceso de cambio.¹⁹

A nuestro juicio esto es lo fundamental [. . .] A la manera como lo hace Marx en *El capital* y de hecho en toda su obra teórica, debemos situar con precisión la época particular en que nos hallamos, aquella en la que queremos centrar nuestra atención, y comprender que sus caracteres más importantes expresan a su vez, principalmente, los que son propios del modo de producción dominante.

Pero cuidémonos de no caer en una burda y peligrosa simplificación. Cuando expresamos que no es la producción *en general* lo que ha de permitirnos comprender las relaciones y por lo tanto las contradicciones básicas del subdesarrollo, no se trata de que podamos impunemente ignorar o menospreciar la significación de lo que es

¹⁸ Véase: V. I. Lenin, *¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas?*, Moscú, 1947, p. 17. “[. . .] el análisis de las relaciones sociales materiales permitió . . . observar la repetición y la regularidad y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de formación social. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de los fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico [. . .]” *Ibid.*, p. 17.

¹⁹ “Marx y Engels llamaban método dialéctico —por oposición al metafísico—, sencillamente al método científico en sociología, consistente en que la sociedad es considerada como un organismo vivo, que se halla en desarrollo continuo (y no como algo mecánicamente cohesionado y que, por ello, permite toda clase de combinaciones arbitrarias de elementos sociales aislados) y para cuyo estudio es necesario hacer un análisis objetivo de las relaciones de producción que constituyen una relación social determinada, estudiar las leyes de su funcionamiento y desarrollo [. . .]” *Ibidem.*, p. 50.

común a ella en los más diversos regímenes sociales. Tal abstracción “[. . .] tiene un sentido [precisamente]. . . porque pone. . . de relieve los elementos comunes [. . .] Sin embargo, estos caracteres *generales* o estos elementos comunes [. . .] se articulan en la realidad muy complejamente y se despliegan en distintas determinaciones”²⁰ [. . .]

Éste es el meollo del problema. Si hemos de entender lo que es esencial en la estructura del subdesarrollo, debemos comenzar por comprender que no basta lo general para explicárnoslo: es menester avanzar de ahí a lo particular. Más aún: tampoco podemos tomar la situación de heterogeneidad como la categoría principal y por lo tanto como el marco central en que deba descansar y encuadrarse nuestro análisis. Es preciso ir más lejos, elevar el nivel de abstracción y, sin desconocer, desde luego esa heterogeneidad, sino incluso como condición para explicar su razón de ser y lo que es más característico de ella, trabajar en torno al modo de producción dominante. Lo que vuelve sumamente difícil el proceso es que aún después de determinar que tal modo de producción es el capitalista, nada nos autoriza a pensar que éste deba comportarse en condiciones idénticas o siquiera análogas a aquellas que fueron propias de otros países y otras épocas [. . .]

Lo que de nuevo nos remite al concepto totalizador y dialéctico de la formación social, pues es ésta la que hace posible apreciar la unidad en la diversidad o, en las palabras de Lenin, establecer “[...] qué es lo que diferencia a un país capitalista del otro y ...qué es lo común para todos ellos”.²²

[. . .] Lo que aquí subrayamos no es original: expresa una ley del desarrollo de las sociedades que su descubridor enuncia en términos que, por su importancia decisiva para nuestro análisis, [. . .] quisiera reproducir textualmente:

En todas las formas de sociedad —escribía Marx en su famosa *Introducción* de 1857— existe una determinada producción que decide del rango y de la importancia de todas las otras [. . .]²⁴

²⁰ K. Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, 1857, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, Argentina, 1969, pp. 28 y 33.

²² V. I. Lenin, *¿Quiénes son los ‘amigos del pueblo’?* *op. cit.*, p. 17.

²⁴ K. Marx, *Introducción. . .*, *op. cit.*, pp. 58 y ss.

[. . .] Con base en lo anterior podríamos concluir que el elemento central en la estructura socioeconómica y concretamente en la determinación del subdesarrollo de nuestros países no es, desde hace mucho tiempo, lo que queda de precapitalismo o de arcaísmo, sino más bien lo que hay de capitalismo, de un capitalismo deforme, dependiente, parasitario y que apenas es un remedo de aquel al que, con base en la experiencia inglesa y en plena y pujante fase competitiva, aludían Marx y Engels, hace 126 años, en el *Manifiesto Comunista*.

[. . .] bajo el capitalismo del subdesarrollo, aun en aquellos países donde las tasas de explotación alcanzan niveles increíblemente altos, la plusvalía no se convierte automática o siquiera fácilmente en capital. Todo el modelo clásico de la acumulación de capital se subvierte: una parte sustancial del excedente se envía permanentemente al extranjero, otra aún mayor es dilapidada por la burguesía y los sectores intermedios que la sirven; incluso el Estado, pese a contribuir sin duda a activar el proceso económico, al mismo tiempo desperdicia, a través de una costosa burocracia y múltiples gastos improductivos, una proporción no deleznable del potencial de crecimiento, y por ser un estado burgués que generalmente no compete con la empresa privada, en el fondo se interesa mucho más en mantener altas tasas de ganancia que en lograr altas tasas de crecimiento económico [. . .]

CAPITALISMO MONOPOLISTA, DEPENDENCIA Y SUBDESARROLLO

[. . .] tengo la impresión de que una falla común en múltiples estudios consiste en que al tratar de ubicar históricamente el origen del subdesarrollo, la dependencia suele verse como si, más que una categoría histórica y por lo tanto una variable, fuera una constante. A veces se tiende a pensar que el destino de nuestros países se resolvió esencialmente, y para algunos incluso en su totalidad, en la época colonial. Se olvida que, sin poner en duda su significación, aquélla fue en todo caso una etapa, si se quiere larga y sombría, que desde luego ejerció una profunda influencia en la fisonomía que hoy muestran nuestros países, pero que sería un error convertir en el centro de todo el proceso histórico moderno y ver lo que hoy es Latinoamérica, no como el fruto dialéctico de tal proceso sino como reflejo pasivo e inevitable de la conquista y el coloniaje, o sea de un ya lejano pasado

precapitalista. Y a la inversa, quienes más se preocupan por descubrir las formas que en nuestros días adopta la dependencia —como podría ser el caso de Theotonio Dos Santos, que ahora nos acompaña— acaso den a veces la impresión de que, llevados por el encomiable afán de descubrir lo que es más característico de nuestros días, no toman debidamente en cuenta lo acontecido en fases previas y en particular en los inicios de la etapa monopolista.

La dependencia es un hecho histórico que acompaña al desarrollo de nuestros países desde el momento mismo en que son conquistados en el siglo XVI. La economía colonial latinoamericana es una economía tributaria, siempre subordinada a intereses ajenos. Pero bajo el imperio del capital mercantil, como ocurre sobre todo hasta fines del siglo XVIII, las relaciones entre los países dominantes y los dominados son diferentes. Así como los viejos imperios no son lo mismo que el moderno imperialismo, en tanto las relaciones capitalistas no llegan aún a imponerse, el proceso de formación del mercado internacional es también distinto al que habrá de producirse a partir del momento en que ese mercado, que empieza a formarse desde siglos atrás, se vuelve propiamente capitalista. El momento en que esto ocurre no es cuando se comercia entre dos o tres países aislados, sino cuando el capitalismo como sistema se instaure a escala mundial y cuando, por lo tanto, la economía latinoamericana, o al menos las principales de la región, se convierta también en capitalista.

Sería difícil y riesgoso, sin una comprobación empírica adecuada, proponer un periodo preciso en que tal hecho se produce. Pero con el margen de error que en estas cuestiones es inevitable, acaso podría pensarse en que al menos en varios países el capitalismo deviene el modo de producción dominante en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente en el momento en que se inicia el tránsito de la fase competitiva a la monopolista en el desarrollo del capitalismo de los países más maduros o avanzados.

Por eso es importante, en mi concepto, no limitarse a considerar los cambios recientes en el desarrollo del imperialismo o, concretamente, del fenómeno de la dependencia, como suele hacerse por algunos autores que, haciendo caso omiso de la dinámica central del proceso capitalista y sus contradicciones más importantes, se limitan a contrastar lo que suponen más característico del llamado “modelo

de crecimiento hacia afuera” con el de “crecimiento hacia adentro”, que según ellos toma cuerpo en el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones. Y lo grave no es sólo que se tome prestado un herramental analítico inadecuado, del tipo del que, por ejemplo, se han servido la CEPAL y la OEA en ciertos estudios, sino que se le emplee acríticamente, sin reparar en sus más graves limitaciones, bajo el efecto alienante del tecnocratismo burgués, al margen casi siempre de los problemas fundamentales y como si quisiera acomodarse la realidad a esquemas prefabricados [. . .]

El problema de la dependencia, concretamente en la fase monopolista, ha sido objeto de casi constante inquietud en Latinoamérica.

Al margen de las interesantes apreciaciones que de él se encuentran en los clásicos del imperialismo: en Lenin desde luego, pero también en Luxemburgo y Bujarin. Está presente en Martí, quien especialmente en la etapa en que vive en “las entrañas del monstruo” escribe páginas clásicas al respecto. Lo está también en el historiador chileno Francisco Encina y en el vibrante alegato nacionalista de Ugarte; lo hallamos en Ingenieros y en Mariátegui, en Mella y Sandino, en Luis Carlos Prestes, en el pensamiento de Bassols y de Lázaro Cárdenas, en Salvador de la Plaza, en la poesía de Neruda y de Guillén, y, en general, en la plataforma de la izquierda latinoamericana de los años treinta y cuarenta. Reaparece, enriquecido por la práctica revolucionaria en la obra de Fidel Castro y del comandante Guevara, de Carlos Rafael Rodríguez y Raúl Roa, y se reitera, una y otra vez, en las Declaraciones de La Habana, en el testamento político de Marighela, en los mensajes del presidente Allende y en las proclamas estudiantiles de vanguardia de todo el continente. E incluso en aquellas formulaciones que hoy pudiéramos considerar más endebles, más insuficientes o unilaterales, más esquemáticas y menos analíticas hay sin duda avances, contribuciones y aciertos que sería injusto y erróneo menospreciar; hay un caudal de información y, visto en su conjunto, un esfuerzo que se desenvuelve con cierta continuidad a lo largo de decenios y que si bien no tiene el refinamiento o la precisión de algunos estudios posteriores, aporta valiosos elementos para comprender una realidad que aún no conocemos suficientemente y que es preciso comprender mejor [. . .]

En México, por ejemplo, pese a no pocas realizaciones importantes y aun vistosas, los treinta años del porfiriato demuestran que si bien es innegable que bajo tal régimen político se promueve el desarrollo y se consolida el capitalismo, al final de la dictadura no sólo sigue presente la dependencia sino que, visiblemente, se ha agudizado. La etapa que se abre con la revolución de 1910, o si se prefiere con la Constitución de 1917 y que concluye hacia fines de los veinte, vuelve a poner de manifiesto que si bien cambia el patrón de la dependencia, ni con una violenta revolución democrático-burguesa como la mexicana es posible, en pleno imperialismo, sentar las bases de un desarrollo capitalista independiente. Y lo mismo podría decirse de la experiencia del movimiento balmacedista en Chile, de los gobiernos de Irigoyen o Batlle en Argentina y Uruguay, o del saldo del aprismo en Perú. Incluso los intentos más radicales de los años treinta, como el de Lázaro Cárdenas en México y el Frente Popular en Chile, o el movimiento contra Machado en Cuba, todos, independientemente de su mayor o menor significación, acaban por demostrar que no es una teoría abstracta y sin apoyo en los hechos sino una realidad concreta la que se encarga de confirmar, una y otra vez, que lo que carece de fundamento no son las posiciones de la izquierda sino los alegatos de la burguesía y las ilusiones pequeñoburguesas de no pocos intelectuales liberales que, pese a todos los tropiezos, siempre están dispuestos a renovar su fe en el capitalismo [. . .]

Pero pasemos a otra cuestión. ¿A qué nivel debemos situar el fenómeno de la dependencia? ¿Se trata realmente de una categoría histórica o simplemente de un concepto formal? “No pienso que la categoría dependencia —aclara Cardoso—, [y] (estoy usando esta expresión sin atribuirle una dimensión diversa de la expresión *concepto*), tenga el mismo *estatus* teórico de las categorías centrales de la teoría del capitalismo. La razón de esto es obvia: no se puede pensar en la dependencia sin los conceptos de plusvalía, expropiación, acumulación, etcétera [. . .]” (p. 107). A nuestro juicio, en efecto, no podríamos dar al fenómeno de la dependencia el rango de las categorías fundamentales para explicar el modo de producción capitalista. Pero la razón que aduce Cardoso parece discutible y ambivalente, pues si bien es cierto que no se puede pensar en la dependencia sin tomar en cuenta otras categorías, a partir de tal consideración tampoco

podría sostenerse que ello demuestra que no se trata de una categoría histórica, tan objetiva, legítima y esclarecedora como otras empleadas por el materialismo histórico. Es decir: el que su empleo suponga o remita a otras relaciones y fenómenos conexos no le resta significación ni, menos aún, validez. Y en rigor otro tanto podría decirse respecto a las categorías que Cardoso denomina *centrales*: ¿O es que podríamos hablar, por ejemplo, de la plusvalía, sin el *concepto* de explotación o el de acumulación capitalista? ¿Podríamos hablar de imperialismo sin el *concepto* de monopolio y sin tomar en cuenta los cambios en la composición del capital y la evolución del capitalismo? Mucho más convincente parece la posición del autor cuando, al fin del párrafo antes citado, expresa que: “la idea de la dependencia se define en el campo teórico de la teoría marxista del capitalismo”. Creo que todos aceptaríamos esto, aunque al postularlo se vuelve a considerar a la dependencia como una “idea”, más que como un fenómeno histórico, como una realidad que sufre cambios profundos bajo el capitalismo y, concretamente, en la fase imperialista [. . .]

¿Por qué piensa Fernando Henrique en primer lugar, que la posibilidad de la industrialización en las llamadas “áreas periféricas” del capitalismo no fue prevista por la teoría clásica del capitalismo y del imperialismo? ¿No ocurrió más bien, durante mucho tiempo, que tanto en grupos conservadores como radicales incluso se esperó vanamente que el sólo desarrollo del capitalismo haría posible el progreso y, concretamente, la industrialización? ¿No incluso, el propio Lenin, advirtió con claridad —por otra parte— que la expansión imperialista no sólo no significaría el estancamiento sino que traería consigo el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas precisamente en los países en los que penetraran los monopolios y el capital extranjero. ¿No fueron concretamente etapas de ese proceso aquellas en que, con el concurso y a veces incluso bajo el control del capital del exterior, se desarrolló la industria minerometalúrgica, la agrícola, la de energéticos y ciertas manufacturas ligeras, hasta culminar en la producción de bienes durables de consumo y aun de capital? ¿No sería más correcto, en tal virtud, decir que cada cambio del patrón de división internacional del trabajo dio lugar, concretamente en los últimos cien años, a un reacomodo en las relaciones entre los países dominantes y los dominados, que más que asignar a estas áreas,

actividades fijas determinadas —la agricultura, las actividades primarias en general, el comercio o ciertos servicios— les reservó siempre una posición subordinada e inferior a la que retenían para sí las potencias imperialistas?

Por todo ello no entendemos en qué base Cardoso su opinión de que “[. . .] el nuevo carácter de la dependencia [. . .] no choca con el desarrollo económico de las economías dependientes [. . .]” [. . .] Sin dejar de reconocer que cada cambio en los patrones de la dependencia tiene importancia y que los más recientes, sobre todo, debieran examinarse con el mayor rigor, no comprendo cómo un autor como Fernando Henrique llega al extremo de pensar que la dependencia no es ya un obstáculo al desarrollo latinoamericano; y no lo comprendo porque creo que si hay una etapa en la que la dependencia haya chocado con el desarrollo es precisamente la actual. En efecto, por encima del más o menos rápido crecimiento del ingreso de nuestros países, que fundamentalmente expresa aumentos de producción y productividad debidos a la cada vez mayor explotación de las masas, acaso como nunca antes está presente el drenaje constante de buena parte del potencial de crecimiento, el intercambio desigual, el peso decisivo de los monopolios internacionales en la defectuosa y a menudo antieconómica asignación de los recursos, la tendencia a una inflación crónica, el endeudamiento en espiral, las deformaciones cada vez más profundas del aparato productivo, la hipertrofia del llamado sector terciario, el parasitismo de múltiples servicios, la incapacidad de la burguesía nacional y extranjera para convertir en capital una parte sustancial de la plusvalía de que se apropian y los tropiezos del propio Estado, a la zaga casi siempre de la empresa privada, para impulsar el proceso de acumulación y contrarrestar los más graves desajustes y contradicciones y, como resultado, el aumento masivo del desempleo y el ensanchamiento de la brecha económica, tecnológica y científica que separa al subdesarrollo de los países capitalistas dominantes [. . .]

¿Cuáles son, por ejemplo, hoy día, las formas principales que adopta la relación entre el capital monopolista extranjero y la burguesía de nuestros países, y cómo se manifiestan tales relaciones tanto en el ámbito de la empresa privada como en el de la empresa pública, el del gobierno y, en un sentido más amplio, el funcionamiento todo del Estado? ¿No estaremos tendiendo a ver, en ciertos desacuerdos me-

nores, por lo demás explicables y aun inevitables, fuentes o signos de posibles contradicciones cuyo alcance real es mucho más limitado que el que suele atribuírseles no sólo por ciertos voceros e ideólogos burgueses sino incluso en el movimiento obrero y aun en organizaciones de izquierda? [. . .]

[. . .] ¿Aceptaríamos que el hecho de que el patrón de industrialización cambie en el marco del “modelo” sustitutivo de importaciones, entraña un cambio cualitativo en el proceso capitalista? ¿Qué cambios de tal naturaleza, entonces, debiéramos señalar en la fase monopolista y por qué? ¿Cuál es el alcance de un cambio cualitativo? ¿Será uno que implique el desplazamiento de un modo de producción por otro más moderno, que a partir de ahí se vuelve el dominante y por lo tanto aquel que imprime sus caracteres fundamentales a una formación socioeconómica determinada? ¿Debiéramos considerar un cambio cualitativo, de alcance propiamente estructural, al que se produce cuando el capitalismo evoluciona de la fase propiamente competitiva a la monopolista? ¿O pensaríamos más bien que en cada etapa del imperialismo se dan cambios de tal envergadura? Por mi parte estoy convencido de que si no somos más precisos en el estudio de esas etapas y de lo que es fundamental en cada una de ellas, corremos el riesgo tanto de no advertir la significación y sobre todo la concatenación histórica de ciertos hechos, como el de no prestarles la atención que merecen.

[. . .] no solamente debiéramos tratar de periodizar con mayor rigor, sino de comprender mejor el curso que sigue el capitalismo en cada etapa de la fase histórica imperialista. Creo que el herramental con que trabajamos —al menos por lo que hace al que habla— es muy insuficiente. A menudo damos incluso la impresión de manejar y aun de trasladar en forma más o menos mecánica explicaciones que, aun siendo básicamente correctas, no toman en cuenta, o sólo lo hacen muy parcialmente, lo que acontece en la parte del sistema que forman los países subdesarrollados.

Pensemos, por ejemplo, en el esquema de la crisis general del capitalismo que sobre todo ciertos autores soviéticos han propuesto desde hace años. ¿Aceptaríamos las etapas que en él se sugieren como las más adecuadas para ubicar el subdesarrollo? ¿Debiéramos tomar todas y cada una de las modalidades que adoptan, digamos las relaciones interimperialistas, y extenderlas a nuestros países para explicarnos

los cambios en los patrones de la dependencia? ¿Sería teóricamente correcto trasladar del panorama europeo posterior a la gran depresión o a la segunda guerra, rasgos que acaso no estén presentes en la compleja urdimbre del subdesarrollo, porque constituyen formas específicas de operación de ciertas leyes? Y ¿qué decir de simplificaciones como las que, sobre todo a partir de ciertos trabajos de la CEPAL y de algunos economistas liberales, repiten sin asomo de espíritu crítico ciertos estudiantes de economía, como aquélla del crecimiento “hacia afuera” y “hacia adentro”, que a partir de datos parciales secundarios y sin tomar en cuenta los factores histórico-estructurales de mayor importancia, convierte el complejo desarrollo latinoamericano en un proceso tan simple como aquel otro que, a la manera rostowiana, lo vuelve un simple y sencillo tránsito de lo “tradicional” a lo “moderno”? Todo ello revela que debemos trabajar más a fin de superar tales simplificaciones e introducir en el análisis del subdesarrollo los aspectos fundamentales del fenómeno capitalista, empezando por el examen riguroso del proceso de acumulación, y continuando con los cambios en la estructura de clases, los factores que los determinan, el papel del Estado y del capitalismo de Estado, en particular; los cambios en las relaciones con el exterior, tanto en el ámbito de las transacciones propiamente comerciales como en el movimiento internacional de capitales y el funcionamiento del sistema en su conjunto.

[. . .] si en ciertos casos se ha hecho un uso inadecuado de la dependencia como concepto y aun como categoría histórica fundamental para ubicar el problema del subdesarrollo sobre todo en la fase imperialista, es obvio que el camino a seguir no consiste en prescindir de esa categoría sino en utilizarla correctamente, del mismo modo que la rabia no se cura matando al perro. Algo muy distinto, en cambio, es considerar la dependencia como una mera variable externa —como suelen hacerlo los economistas más convencionales— o asignarle el carácter de un simple modo de articulación o entrelazamiento de los países subdesarrollados con un capitalismo exterior un tanto abstracto o con alguna actividad específica a la que a veces se le atribuye una significación desmedida. Lo que debemos comprender es que en la dependencia se expresa algo mucho más profundo, a saber: la dinámica misma del capitalismo del subdesarrollo, pero claro, no como un fenómeno aislado sino como un hecho que se produce en el marco

de relaciones y contradicciones de un sistema económico global. La dependencia es una expresión particularmente aguda del desarrollo desigual del capitalismo, que como sabemos tiende a acentuarse bajo el imperialismo.

Y no deja de ser interesante que incluso ciertos investigadores que mantienen o al menos simpatizan con posiciones científicas y políticas avanzadas, parezcan no advertir que las leyes del desarrollo social, tanto las generales como las especiales, no operan de manera idéntica en dos contextos históricos distintos, lo que no resta, en modo alguno, validez a dichas leyes. Pues bien, si se comprende que el capitalismo no se desarrolla en condiciones análogas en Inglaterra y en Alemania, en Francia, Rusia y el Japón, sino que en cada caso adopta ciertas modalidades particulares, tiene que entenderse también que la dependencia, sobre todo a partir de la iniciación de la fase imperialista, es uno de los fenómenos históricos que habrá de influir profundamente en la generación del subdesarrollo y aun de modificar el funcionamiento de ciertas leyes.

EVALUACIÓN DE CONJUNTO DE “PROBLEMAS DEL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO”

[. . .] hasta hace pocos años entrañó un indudable avance tratar de ver los problemas del desarrollo latinoamericano en una perspectiva de conjunto. Necesitábamos conocer mejor lo que había de común y a la vez de diverso en nuestras economías, y para ello resultaba en cierto modo obligado tomar el subcontinente en su totalidad, incluso porque ya había —aunque casi siempre de corte monográfico— numerosos estudios al menos sobre cada uno de los países principales de la región. Pero a medida que se avanza en el estudio del capitalismo latinoamericano, va siendo indispensable volver sobre ciertas cuestiones fundamentales a otros niveles. Se requieren estudios más concretos y más rigurosos, así como trabajar sobre periodos más cortos, sin perjuicio de que cada uno de ellos se vea como parte de una etapa histórica más amplia, como por ejemplo la etapa actual del imperialismo. Porque nos sucede algo que es sintomático: si bien todos tenemos una conciencia cada vez más clara acerca de que vivimos bajo el capitalismo y de que la presencia de este sistema tiene que ver decisivamente con el fenómeno del subdesarrollo, nuestros estudios dejan todavía con

frecuencia la impresión de un capitalismo —permítaseme la expresión— abstracto, libresco, cuyas modalidades parecen corresponder más a ciertos esquemas elementales que a la compleja realidad histórica que lo condiciona. Y aunque cada vez consideramos también más obvio que es preciso ahondar en el estudio de cada etapa del proceso capitalista y que no basta hablar convencionalmente de crecimiento “hacia afuera y “hacia adentro” o de centrar nuestra atención en los cambios que experimenta la inversión extranjera o siquiera el fenómeno más complejo y profundo de la dependencia, si no se traba estrechamente con el curso en verdad sinuoso de la acumulación de capital y de la estructura de clases que emerge y el que a la vez condiciona al capitalismo del subdesarrollo. Y acaso esa actitud contribuya a explicar que, pese a que concretamente en el último siglo, Latinoamérica ha vivido en el marco, alrededor y bajo la influencia del capitalismo monopolista, por desgracia son todavía muy pocos los estudios socioeconómicos que al menos se percatan de este hecho histórico fundamental.

En fin, creo que también nos haría mucho bien ser más modestos, ocuparnos de cuestiones más concretas y someter a la crítica y la autocrítica nuestras formulaciones, convencidos de que a menudo no son aún tesis probadas sino más bien hipótesis iniciales, que, entre otras cosas reclaman ser puestas a prueba frente a la realidad. Es cierto que parece más atractivo y vistoso hablar de los problemas latinoamericanos en general que ahondar en el estudio de problemas más concretos, digamos de alcance nacional y a veces aún más restringido. Pero si en la presente etapa queremos hacer incluso contribuciones teóricas de cierta significación, si queremos lograr mayor precisión en nuestro análisis y reapreciar autocríticamente nuestras posiciones, si queremos elevar el nivel de abstracción y enriquecer las hipótesis con que hemos venido trabajando, debemos volver a la realidad concreta, a las condiciones específicas que el capitalismo adopta en cada uno de nuestros países, y sin dejar, desde luego, de prestar atención a cuestiones más generales y a aspectos de la teoría que nunca debiéramos descuidar, a partir de una estrecha relación entre teoría y práctica podemos aspirar a un conocimiento más preciso, más riguroso y que, independientemente de su mayor valor académico, sea una base sólida para avanzar en el proceso político y para fortalecer la lucha revolucionaria [. . .]

¿Qué tipo de cuestiones podríamos tener especialmente en cuenta para avanzar en nuestro trabajo de investigación?

1] La primera podría consistir en la convicción de que los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo son estructurales, afectan las relaciones mismas de producción y se desenvuelven más allá de las fronteras de la ciencia social burguesa y, específicamente, del cuerpo de análisis micro y macroestático de la economía neoclásica y keynesiana todavía en boga en las universidades latinoamericanas.

2] El vasto y complejo marco en que tales problemas se plantean ayuda a comprender por qué, desde luego, los mismos no pueden ser debidamente examinados en planos puramente empíricos, sino necesariamente integrados en un análisis teórico riguroso que sustituya los viejos conceptos formales de la ciencia convencional por categorías históricas que expresen y ayuden a situar los fenómenos reales de mayor importancia.

3] A partir del momento en que el desarrollo y el subdesarrollo se conciben dialécticamente, o sea como dos caras contrapuestas de un mismo proceso histórico, estamos en condiciones de poder comprender el papel contradictorio que el capitalismo ha jugado en la historia moderna y, más específicamente, los factores que originan y mantienen el subdesarrollo. Desde luego; para lograr tal cosa es menester prescindir de los modelos y esquemas convencionales y reformular las relaciones analíticas sobre las que descansan, introduciendo nuevas y más significativas variables y, sobre todo, incorporando al centro del análisis los factores propiamente estructurales que la ciencia burguesa deja de lado, subestima y coloca más allá de sus fronteras.

4] A nuestro juicio sólo en esa perspectiva es posible descubrir los hilos conductores del proceso económico y, por consiguiente, las relaciones y contradicciones fundamentales que nos expliquen por qué nuestros países son lo que son. En la práctica por desgracia, aun en la propia izquierda caemos a veces en posiciones endebles y unidimensionales. Es decir, si bien se habla de contradicciones de todo orden y a menudo se sugiere en forma un tanto mecánica que tienden a agudizarse, lo cierto es que con frecuencia no se sabe con precisión en qué consisten ni por qué se intensifican o agravan [. . .]

5] ¿Cómo auxiliarnos para trabajar sobre esas contradicciones, sea a partir de ciertas hipótesis o a veces prescindiendo de ellas y tratando de descubrir del examen directo de determinados aspectos del proce-

so elementos que permitan llegar a conclusiones iniciales más o menos burdas, susceptibles, claro está, de modificarse y enriquecerse más adelante? Yo diría que debiéramos tener presente la conveniencia de utilizar al máximo la información disponible, no sólo la información estadística —como ocurre en muchas monografías— sino toda aquella que incluso pueda ayudar a ponderar mejor, a reagrupar y aun a corregir las fallas de los datos numéricos existentes [. . .]

La verdad es que a menudo los números suelen usarse, más que para apoyar en ellos el análisis teórico o la comprobación histórica, para ilustrar, para definir mejor el alcance de ciertos fenómenos, para concretizar, todo lo cual no deja, sobre todo a ciertos niveles, de tener interés y aun importancia. Pero aun en aquellos casos en que el investigador dispone de datos precisos y aun de modernas computadoras a su alcance, al menos en el campo de la ciencia social es imposible prescindir de la abstracción, de la apreciación directa de la realidad y, más de lo que pudiera creerse a primera vista, aun del elemental pero útil método de la prueba y error, a través de aproximaciones sucesivas a los problemas que más nos interesan [. . .]



CAPITALISMO, ATRASO Y DEPENDENCIA EN AMÉRICA LATINA*

LA INVALIDEZ DE LA TEORÍA BURGUESA

[. . .] Si bien [el profesor Myrdal. . .] no es un mero apologista del capitalismo [. . .], sino un economista que trata de ser objetivo y rebasar los marcos académicos más estrechos, lo cierto es que no escapa a un subjetivismo que, en el fondo, denuncia su posición ideológica y su adhesión a la filosofía y la teoría burguesas. “[. . .] la metodología de la ciencia social —nos dice— es en su mayor parte metafísica y seudobjetiva [. . .]” Y, tras esta sin duda justa aunque ambigua caracterización, añade: “Puesto que la ciencia social no es nada más que sentido común altamente sofisticado, debemos comenzar [. . .] intentando caracterizar la concepción del mundo de la gente común y corriente de nuestra sociedad [. . .]” Myrdal parece querer escapar a un empirismo elemental, pero al hacerlo vuelve a dejar constancia de su incapacidad para apreciar la realidad histórica objetiva cuyo estudio es el centro de la ciencia social: “Los hechos no se organizan a sí mismos en conceptos y teorías —escribe— sólo porque se observen: en verdad, excepto dentro de la estructura de conceptos y teorías, no hay hechos científicos, sino sólo caos [. . .]” De aquí sólo hay un paso a concluir que “La única forma, en consecuencia, en que podemos bregar por la ‘objetividad’ en el análisis teórico es exponer los valores abiertamente, hacerlos conscientes, específicos y explícitos y permitirles determinar la investigación teórica.”³ La objetividad en la ciencia social no tiene, para el profesor Myrdal, ningún otro sentido. Se limita a establecer claramente las premisas o juicios de valor que presiden una investigación.

En el fondo tal posición no escapa a algunas de las fallas que su autor advierte en otros. Se queda a la mitad del camino. Cae en un

* Fragmentos de los comentarios sobre el trabajo de Antonio García. *Atraso y dependencia en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*, en la sesión del Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, 17 de abril de 1973.

³ Myrdal Gunnar, *Objetividad en la ciencia social*, México, 1969, pp. 10, 13, 18, 114.

eclecticismo confuso y oportunista —todo es causa de todo—; repite no pocas de las más superficiales críticas hechas a Marx, cuya teoría del valor y de la plusvalía tienen para él el mismo carácter metafísico y teleológico que la mano invisible de Smith y las etapas del crecimiento de Rostow.⁴ Considera que la lucha de clases es una noción errónea y censura a los “radicales ignorantes” que atribuyen a los capitalistas responsabilidad en el subdesarrollo, sin reparar en que los reaccionarios son los pueblos [. . .] (*The Challenge*, Nueva York, 1970, p. 301). Y, a la cómoda manera keynesiana, abraza la ilusión de que el estado capitalista sea capaz de abolir incluso las contradicciones más graves del capitalismo.

Qué lejos está todo ello de la concepción materialista y del concepto de objetividad que subyace a la segunda tesis de Marx sobre Feuerbach: “El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*.”⁵

Todo lo cual revela que la “teoría alternativa” del desarrollo, del profesor Myrdal, no ofrece realmente una alternativa a los países capitalistas más atrasados. Si bien no se limita a comparar en forma mecánica unos cuantos indicadores cuantitativos, al no dar la debida atención a las relaciones sociales de producción, deja de apreciar el peso del capitalismo y del imperialismo en el subdesarrollo, y con mayor razón las contradicciones fundamentales que afectan el proceso económico y la estructura social, y la forma en que se expresan en la lucha de clases.

Y lo mismo podría decirse de otros teóricos burgueses: de los sociólogos Parsons y Merton, verbigracia, que bajo la influencia de Weber y Durkheim trabajan a partir de conceptos formales y de abstracciones sin contenido a los que a menudo escapan los elementos esenciales de la realidad y de los fenómenos que pretenden explicar, como ocurre con la “acción social” o sea la unidad en que, según

⁴ Véanse: *An American Dilemma*; *Asian Drama* y *The Challenge of World Poverty*.

⁵ Marx-Engels, *Obras escogidas*, Editorial Profreso, Moscú, t.u., p. 401.

Parsons, descansa todo el sistema social; pero una unidad que no se desvuelve en el mundo de los conflictos y contradicciones reales sino en el marco de un “modelo” y conforme a valores y “patrones de comportamiento” preestablecidos, más allá de los cuales sólo queda una compleja realidad que, en la medida en que desborde al “modelo” teórico, resulta ajena e intrascendente para la ciencia.

En resumen, lo que esencialmente invalida a la teoría social burguesa es su incapacidad para entender la dinámica del proceso histórico, de un proceso que no puede comprenderse si se concibe como algo abstracto, a partir de juicios apriorísticos y a menudo incluso de meros prejuicios, y no del estudio de hechos y relaciones sociales reales. El haber penetrado en el estudio de estas relaciones y de las contradicciones en que se expresan en una formación social concreta y no en la sociedad en general; el haber reparado en la importancia de la explotación capitalista y llevado la sociología a planos estructurales permitió al materialismo, como decía Lenin, descubrir las leyes fundamentales que rigen el proceso social y elevó a la sociología al nivel de una verdadera ciencia.⁶

CIENCIA SOCIAL E IDEOLOGÍA

La tendencia a despojar a la ciencia social de contenido ideológico no es nueva. En la economía, la filosofía y la sociología la encontramos ya en los teóricos del equilibrio (Walras, Pareto y otros) que conciben a la economía como una ciencia “pura”, propiamente matemática; en el positivismo de Comte, que asigna a la ciencia la función de descubrir ciertos hechos más que de explicar sus causas; en la escuela histórica alemana de Windelband, Rickert y otros, que defiende la neutralidad de las ciencias sociales y que, preocupada por “individualizar” el conocimiento, acaba negando la existencia de leyes del desarrollo de la sociedad. Esto se advierte, además, en Weber y Durkheim, cuya influencia en la sociología funcionalista contemporánea es indudable. Weber, a quien algunos de sus defensores suponen ajeno a todos los *ismos*, cae en un metodologismo al que esencialmente interesa librar a la ciencia de contenido político e ideológico. Los juicios científicos

⁶ Véase, “Quiénes son ‘los amigos del pueblo’”, *Obras completas*, Buenos Aires, 1969, t. I, pp. 150-151.

son para él neutros; no son juicios de valor ni postulados que se basen en leyes del desarrollo histórico: son medios de conocimiento que el investigador construye a partir de “tipos ideales”, de “modelos mentales”, que en rigor no expresan tanto realidades objetivas, sino en última instancia, enfoques individuales que, de paso, llevan la ciencia “pura” incluso a la impura ideología que Weber rechaza verbalmente, y que en la práctica identifica con la concepción marxista.

En fin, Manheim, partiendo de las formulaciones historicistas, contrasta las ciencias naturales y las culturales, y en tanto ve en aquéllas ciencias genuinas, capaces de establecer verdades objetivas y universales, considera que las teorías sociales —incluyendo, desde luego, el marxismo— sólo pueden ofrecer conocimientos limitados, parciales y en parte inevitablemente erróneos e insuficientes que expresan posiciones e intereses de clase y grupos determinados, de donde resulta un pensamiento inadecuado que adopta la forma particular de *ideología* en los grupos dominantes defensores del orden establecido y de utopía entre quienes lo cuestionan y aspiran a destruirlo. Pero, trátese de una u otra, la realidad es siempre deformada y carente de objetividad porque nunca se expresa en forma de una verdad absoluta.¹⁰

El problema no es, en modo alguno, sencillo. Y aunque el intento de ciertos autores de despojar a la ciencia social de ideología, en la práctica sólo ha significado a menudo sustituir una ideología por otra, no es fácil comprender las relaciones entre lo que es propiamente científico y lo meramente ideológico.

Tan sólo en el dominio de la economía —no digamos en el más vasto y complejo de toda la ciencia social— se advierten posiciones y enfoques muy diversos. Mientras la señora Robinson, por ejemplo, escribe que “la economía [la materia enseñada en las universidades. . . y postulada en destacados artículos] ha sido siempre, en parte un vehículo de difusión de la ideología dominante en cada periodo y en parte un método de investigación científico [. . .]”,¹¹ el no menos prominente profesor Schumpeter considera que si bien la “economía política y el pensamiento económico” —concebido como un conjunto de técnicas instrumentales— es independiente y objetivo.¹² El propio Schumpeter,

¹⁰ Karl Manheim, *Ideology and Utopia*. Londres, 1936.

¹¹ *Economic Philosophy*, Londres, 1952, p. 1.

¹² Véase: J. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Nueva York, 1954, pp. 37-38.

sin embargo, piensa que “es absurdo” considerar ciertas teorías posricardianas como “teorías condicionadas ideológicamente” y advierte “una tendencia dominante a abandonar la connotación clasista de las categorías de tipos económicos”; reconoce una ventaja en tal proyección y cree que la teoría de la utilidad marginal “es una construcción de análisis puramente científico sin connotación política alguna [. . .]”¹³ lo que claramente muestra que no obstante su penetración, no repara en que tal teoría divorció a la ciencia económica del estudio de las relaciones de producción y sentó las bases de una teoría de la distribución que, a diferencia de la teoría de Ricardo, acabaría defendiendo la explotación capitalista.

Incluso en el campo marxista, autores como Lange aceptan que en la presente etapa del capitalismo “los economistas burgueses consiguen [en campos tales como la política monetaria, el estudio del ciclo, la teoría del crecimiento, la estadística económica, la econometría, la programación y la contabilidad social] un progreso científico real, por más que fragmentario.”¹⁴

Aunque, en rigor, como observa Dobb, tales “análisis” son a menudo tan sólo estructuras puramente formales sin contenido económico alguno, cuya “neutralidad” y carácter “suprahistórico” derivan en gran parte de su desconexión con la realidad misma, hasta el punto de hacer dudar muy seriamente sobre su carácter de teorías económicas capaces de explicar ciertos fenómenos sociales, ya que se limitan a establecer unas cuantas relaciones elementales, más o menos obvias, que a veces no pasan de ser meras tautologías.¹⁵

Althusser, por su parte, también en el campo del marxismo, contrasta radicalmente la ciencia y la ideología hasta volverlas antitéticas, contrapone la ciencia y el Marx científico y materialista a la filosofía, y el Marx humanista, considerando que la ideología es un “sistema de representaciones” de imágenes, mitos, ideas o conceptos que cumple sobre todo una función social práctica, pero que, a diferencia de la ciencia no tiene una función teórica, en el sentido de “reproducir” conocimientos (*La revolución teórica de Marx*). Se ha criticado a Althusser por establecer antítesis abstractas y antidialécticas, por no com-

¹³ Véase: L. Meek Ronald, *Economía e ideología*, Barcelona, 1972, pp. 310-311.

¹⁴ *Ibidem*, p. 332.

¹⁵ M. Dobb, *Theories of Value and Distribution since Adam Smith*, Londres, 1973, pp. 4, 1 y 12.

prender la íntima relación entre la filosofía y la ciencia, por no entender el papel de la lucha de clases en ambas y, en forma general, en la forja de las teorías sociales y por hacer de la “ruptura” que él advierte en el desarrollo del pensamiento de Marx a partir de 1845, una línea absoluta y tajante que menosprecia la ya importante contribución que entrañan los *Manuscritos* y otros trabajos del 44, y sobre todo, que impide apreciar en conjunto unitariamente la evolución del pensamiento de Marx.¹⁶ Que Althusser ha ido demasiado lejos al divorciar la ciencia y en particular la ciencia social de la ideología —no reparando en la estrecha relación que suele haber entre ellas—, parece indudable. Y el origen del error puede estar en la creencia de que toda ideología deforma y falsea la realidad. “En las sociedades de clases —dice— la ideología es una representación de lo real, pero necesariamente falseada, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa; y es tendenciosa porque su fin no es el dar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social en que viven, sino por el contrario ofrecerles una representación mistificada [. . .] para mantenerlos en su lugar en el sistema de explotación de clase.”¹⁷

[. . .] El problema parece ser que no es posible “desideologizar” la ciencia social, ni acertado pensar que, por fuerza, la ideología, cualquiera que sean su origen, su alcance y contenido social deba ser una forma de representación que falsee y deforme la realidad. “El problema de la determinación social y de clase es el más importante para concebir debidamente la esencia del proceso del conocimiento y, particularmente, del conocimiento social.”²⁰ [. . .]

DE NUEVO SOBRE EL FENÓMENO DE LA DEPENDENCIA

[. . .] A menudo he recordado a varios ilustres latinoamericanos, desde el cubano y universal José Martí y el historiador chileno Francisco Encina, hasta Ugarte, Ingenieros, Mariátegui, Mella, Bassols, quienes

¹⁶ Véase: Maurice Cornforth, “Some comments on Louis Althusser’s reply to John Lewis”, *Marxism Today*, Londres, mayo de 1973, pp. 139-147.

¹⁷ L. Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Argentina, 1972, p. 55.

²⁰ L. N. Moskvichov, *The End of Ideology Theory: Illusions and Reality*, Editorial Progress Publishers, Moscú, 1974, pp. 114 y 119.

mucho antes de que la dependencia se convirtiera en el centro de una supuesta teoría sobre el tema se ocuparon de ella y comprendieron su significación. Esta vez me limitaré a recordar el lugar que ocupa en la teoría leninista del imperialismo, pues no faltan quienes, aun reconociendo su importancia para situar correctamente el fenómeno del atraso, se refieren a ella con vacilaciones y parecen creer que su significación en la ciencia social es simplemente fruto de la inquietud de ciertos pensadores heterodoxos, sin reparar en que se trata de una cuestión fundamental en el más ortodoxo análisis marxista-leninista. Marx y Engels hacen ya apreciaciones de gran interés sobre el tema tanto en sus planteamientos relativos a la ley del desarrollo desigual como a la internacionalización o desnacionalización de la industria que resulta del desarrollo del mercado mundial y de la creciente concentración del capital que caracteriza los últimos años de la fase premonopolista. Pero lo que aquí quiero destacar son algunos pasajes de la obra de Lenin, que seguramente nos ayudarán a comprender mejor el origen del subdesarrollo, y que sin duda comprueban que fue uno de los primeros marxistas interesados seriamente en explicar el fenómeno de la dependencia.

Ya en 1908 y 1909, al ocuparse del colonialismo y de las formas que éste asume en la India e incluso en China y Persia; de la guerra de los boers y de los países de los Balcanes, Lenin distingue los pueblos “tutelados” de los “formalmente independientes”. Unos años más tarde, en 1914, en su defensa del derecho de los pueblos pequeños a la autodeterminación, critica a Rosa Luxemburgo por confundir la ausencia de ésta, y por tanto el alcance de la lucha por reivindicarla, con la dependencia económica. Y para subrayar significación a la diferente naturaleza de ésta, comenta: “No sólo los pequeños Estados sino también Rusia, por ejemplo, dependen por entero, en el sentido económico, del poderío del capital financiero imperialista de los países burgueses ‘ricos’ ”.⁴⁷

En *El socialismo y la guerra*, escrito a mediados de 1915, señala con precisión cómo las seis principales potencias capitalistas se han apoderado y dominan a gran parte del mundo. Y en los mismos días escribe: “El capital se ha hecho internacional y monopolista. El mundo

⁴⁷ V. I. Lenin, *Obras completas*, t. xv, p. 233 y t. xxi, p. 319.

está repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan con el gran saqueo y con la opresión de las naciones. Así está organizado, en la época del desarrollo superior del capitalismo, el despojo de cerca de mil millones de habitantes de la tierra por un puñado de grandes potencias. Bajo el capitalismo —añade— no puede existir otro tipo de organización [...]”⁴⁸

A lo largo de 1915 y 1916, o sea en la etapa en que realiza los estudios que culminan en su ensayo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin se ocupa frecuentemente de la dependencia y ve en “la explotación de unos países por otros no [un rasgo secundario sino] una grave contradicción de la fase imperialista”. Incluso critica a Kautsky y a quienes conciben un capitalismo “sano” y “pacífico”, libre de tal explotación y le “*contraponen* el saqueo financiero, los monopolios bancarios, las componendas de los bancos con el poder estatal, la opresión colonial, etcétera; *contraponen* esto como se contrapone lo normal a lo anormal, lo deseable a lo indeseable, lo progresista a lo revolucionario, lo esencial a lo casual [. . .]” “Se trata -dice- de un nuevo proudhonismo. El viejo proudhonismo sobre una base nueva y en nueva forma. Reformismo pequeño burgués: en favor de un capitalismo limpio, acicalado, moderado y pulcro.”⁴⁹

En uno de sus *Cuadernos sobre el imperialismo*, al recordar la importancia que en esta etapa histórica adquieren las exportaciones de capital, a los países independientes y a las colonias y “países financieramente dependientes”, objeta de nuevo a Kautsky por no advertir el papel y la inevitabilidad de estos últimos. Aun suponiendo, comenta, que aquéllas sean mayores. “¿Demuestra esto que son “innecesarias” las colonias y las redes de dependencia financiera? No, pues 1] incluso con relación a los países independientes (tomando el conjunto de las exportaciones) aumenta la parte que corresponde a los cárteles, trusts, el *dumping* [. . .]; 4] “El beneficio extra proveniente de las ventas privilegiadas y de monopolio compensa el escaso beneficio de las ventas ‘normales’ [. . .]” 6] “La elevada técnica de la industria concentrada y la ‘elevada técnica’ [. . .] de la opresión del capital financiero están inseparablemente enlazadas bajo el capitalismo. K. Kautsky quiere destruir estos lazos, ‘embellecer’ el capitalismo, tomar lo bueno

⁴⁸ *Ibidem*, t. XXII, pp. 447-448.

⁴⁹ *Ibidem*, t. XLIII, p. 103.

y arrojar lo malo [. . .]” En resumen, “el capital financiero [. . .] no es una excrecencia accidental del capitalismo, sino continuación y producto suyo, imposible de desarraigar [. . .]” Y entre sus rasgos principales, aparte de los bien conocidos, destaca “una red financiera de vínculos y dependencias [. . .]”⁵⁰ Lo que claramente demuestra que Lenin considera a ésta como consustancial al imperialismo.

En trabajos posteriores es aún más explícito. “El capital financiero —dice citando a Hilferding— no quiere la libertad, sino la dominación”. “La época imperialista —observa en el mismo ensayo— transformó a todas las ‘grandes’ potencias en opresoras de una serie de naciones [. . .]” Y en un estudio posterior va aún más lejos y afirma: “[. . .] el imperialismo es la explotación de cientos de millones de seres de las naciones dependientes por un puñado de naciones ricas [. . .]” Es tan importante la dependencia en la configuración del poder monopolista de la oligarquía financiera que, en otro pasaje, Lenin caracteriza a ésta como “una oligarquía financiera que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción: tal es —subraya— la manifestación más notable de este monopolio.” Lo que en más de un sentido permitiría hablar —como lo he sugerido en otro estudio— no sólo de un régimen de competencia sino de una dependencia propiamente monopolista.⁵¹ Desde otra perspectiva, apunta: “[. . .] es necesario hacer notar que el capital financiero y su política exterior, que es la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, originan diversas formas transitorias de dependencia estatal. No sólo existen los dos grupos fundamentales de países —los que poseen colonias y las colonias—, sino también es característico de la época las formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal son políticamente independientes, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática.”⁵²

Como seguramente se habrá observado a juzgar por los variados términos que emplea para referirse a ellos, Lenin no da a la depen-

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 183-185.

⁵¹ Alonso Aguilar M., “El capitalismo del subdesarrollo”, en *Mercado interno y acumulación de capital*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974.

⁵² V. I. Lenin, *op. cit.*, t. XXIII, pp. 283, 384, 421 y 480 y t. XX, p. 252.

dencia ni a los países que la padecen un alcance uniforme. A veces habla de naciones dominantes y dominadas, opresoras y oprimidas, ricas y pobres, poderosas y débiles, avanzadas y atrasadas, civilizadas y “semicivilizadas”, altamente desarrolladas y no desarrolladas. Cuando alude claramente a países independientes y dependientes, califica a ambos de diversas maneras. A los primeros suele referirse como países formalmente independientes, económica o financieramente independientes, políticamente independientes, realmente independientes. En cuanto a los segundos, o los llama a secas *dependientes*, o los considera económica o financieramente dependientes, y a veces diplomática y militarmente dependientes. En ocasiones considera en conjunto las diversas manifestaciones de la dependencia, como por ejemplo, en su famoso ensayo *El imperialismo*, en el que divide a las “naciones atrasadas” en coloniales y “financieramente dependientes”, y califica a éstas como un “engaño” de las potencias imperialistas, “las cuales, con apariencia de Estados políticamente independientes, crean Estados que son totalmente dependientes de ellas en el sentido económico, financiero y militar”. Lo que lo lleva a pensar que “en la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que una unión de repúblicas soviéticas”.⁵³

En otras palabras, Lenin comprende sin lugar a dudas que las naciones dependientes no podrán liberarse económicamente bajo el capitalismo, pues como dice, refiriéndose concretamente a las colonias: “No es posible arrancarlas de la dependencia del capital financiero [. . .]”⁵⁴ Y la tesis no es sólo válida y profundamente lógica sino coherente con las bases mismas en que descansa la teoría del imperialismo, pues es el propio Lenin quien con mayor penetración subraya el hecho, cuyo rango es el de una ley del desarrollo capitalista, de que la desigualdad tiende a acentuarse como nunca antes bajo el imperialismo, lo que implica la creciente dominación y dependencia. En efecto no es casual que la primera guerra traiga consigo la “Reducción del número de Estados que son potencias mundiales [y], aumento del número de Estados débiles, dependientes, que son saqueados y repartidos”, [pues] “no sólo los países coloniales y derrotados han pasado a un estado de dependencia [. . .]” Y, recogiendo la opinión de un

⁵³ *Ibidem*, t. xxiii, pp. 207 y 296.

⁵⁴ *Ibidem*, t. xxiii, p. 458.

dirigente comunista alemán según la cual: “hoy quedan sólo dos potencias en el mundo que pueden actuar independientemente: Inglaterra y Norteamérica”. Lenin señala: “Pero en lo financiero sólo Norteamérica es absolutamente independiente.”⁵⁵

Lo que, de paso, deja ver claramente que Lenin no circunscribe la dependencia a los países económicamente atrasados, lejos de ello advierte que tal condición puede afectar a países capitalistas con muy diversos grados de desarrollo. Lo que le permite comprender el fenómeno de la dependencia es su conocimiento profundo del capitalismo y el imperialismo. A menudo repara en la “extrema desproporción en el ritmo de crecimiento de los distintos países”, y advierte que “la desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo [. . .]”, una ley cuya influencia se intensifica debido a que “El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan las diferencias en el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial [. . .]”⁵⁶

En resumen, el fenómeno de la dependencia no sólo no es extraño a la teoría leninista del imperialismo sino que forma parte, orgánicamente, de ella. Y si bien Lenin centra su atención en el funcionamiento de los países altamente desarrollados del sistema, ofrece numerosos elementos que explican o al menos contribuyen a entender mejor los problemas básicos de los países atrasados. Tal ocurre, en particular, con sus observaciones sobre la dependencia, cuestión sobre la cual nos entrega algunas tesis fundamentales todavía vigentes y que sin duda han auxiliado y seguirán sirviendo a quienes tratan de explicar el subdesarrollo desde la perspectiva del materialismo dialéctico e histórico. En efecto, Lenin opone a la utopía burguesa de la igualdad de las naciones bajo el capitalismo, la desigualdad, el enfrentamiento de países dominantes y dominados y la explotación de éstos por el capital financiero de aquéllos, además, desde luego, del propio. Comprende que la dependencia no es sino la otra cara de la dominación

⁵⁵ *Ibidem*, t. xxxiii, pp. 327, 342 y 343.

⁵⁶ *Ibidem*, t. xxii, p. 448 y t. xxiii, pp. 394-395. “[. . .] el capitalismo se desarrolla en forma desigual, y la realidad objetiva nos muestra, junto a naciones capitalistas altamente desarrolladas, una serie de naciones económicamente poco desarrolladas o no totalmente desarrolladas[. . .]” Hablar, por lo tanto, de la “libertad económica de todas las naciones [. . .] es un engaño”, una “hipocresía repugnante”, *Ibidem*, t. xxiv, pp. 62 y 201.

imperialista y que, como aquélla, persistirá mientras haya capitalismo. Advierte con claridad que la dependencia es un fenómeno complejo en que suele entrelazarse la subordinación económica, política y militar. Se da cuenta de que la dependencia tenderá a agudizarse en la fase imperialista y de que si bien el capital monopolista acelerará el desarrollo del capitalismo, lo hará a costa de una creciente inestabilidad, del agravamiento de las contradicciones del sistema y acentuando la desigualdad, al no poder destruir, siquiera a la manera del capitalismo clásico, las formas de producción más atrasadas.⁵⁷

Comprende que una lucha democrática consecuente y que se desenvuelva en el marco de una estrategia revolucionaria tiene un contenido antiimperialista, pues acentúa las contradicciones capitalistas; pero al mismo tiempo y con no menos lucidez, subraya que el reformismo es incluso una forma de dependencia política e ideológica. Y no admitiendo la contemporización con el enemigo postula: “Estamos libres de la dependencia imperialista y hemos levantado ante el mundo entero la bandera de la lucha por el derrocamiento completo del imperialismo”[. . .]⁵⁸

⁵⁷ “El capitalismo financiero —observa Lenin a este respecto— no liquida las formas inferiores [menos desarrolladas, atrasadas] del capitalismo, sino que emerge de ellas, sobre ellas [. . .]” *Obras completas*, t. XLIII, p. 184.

⁵⁸ *Ibidem*, t. XXIX, p. 385.

DESCOMPOSICIÓN DEL CAMPESINADO, MERCADO INTERNO Y SUBDESARROLLO*

[. . .] Aun a riesgo de repetir lo que para muchos debe ser, seguramente, bien claro, conviene plantear ciertas cuestiones sin las cuales sería imposible evaluar con objetividad el desarrollo del mercado interno, concretamente en el caso de México.

[. . .] El mercado es una categoría histórica compleja, un fenómeno que surge con la economía mercantil y la acompaña a lo largo de su desarrollo; que bajo el capitalismo se extiende, ramifica y desenvuelve con mayor celeridad que nunca antes, y que incluso subsiste en la fase de transición al socialismo y aun en las etapas iniciales de esta formación, aunque a partir de entonces sin tener ya el carácter de regulador central del proceso económico [. . .]

El mercado y el desarrollo no son dos cuestiones diferentes; son en rigor un mismo fenómeno visto desde dos ángulos distintos. Así como no puede haber desarrollo capitalista sin mercado, éste no podría expandirse sin la influencia decisiva del proceso de acumulación de capital. Con frecuencia se ha dicho que tal es la razón por la cual, a lo largo de *El capital*, Marx nunca trata por separado el problema del mercado.²

[. . .] el “mercado interior para el capitalismo” [. . .] aparece en Europa a partir del siglo XVI, precisamente al ser gran parte de los campesinos expropiados de su tierra y de sus medios de producción. Esta situación que sin duda conduce a grandes masas campesinas a la

* El presente texto se elaboró a partir de una conferencia dictada por su autor en el Seminario sobre Problemas del Desarrollo de América Latina, organizado por el Institute for Development Research, en Copenhague, Dinamarca, en mayo de 1973.

² “El ‘mercado interior’ para el capitalismo —escribe Lenin— se crea por el propio capitalismo en desarrollo, que profundiza la división social del trabajo y descompone a los productores directos en capitalistas y obreros. El grado de desarrollo del mercado interno es el grado de desarrollo del capitalismo en el país [. . .]” V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, México, 1971, p. 47.

ruina, lejos de ser un obstáculo insuperable para la producción capitalista es una condición histórica de la misma.³

¿A qué obedece que el empobrecimiento del campesinado juegue ese papel y no, como parecería más lógico, el inverso? Esencialmente a que los medios de producción de que es despojado no se destruyen o desaparecen: quedan en manos de una burguesía rural en formación que los empleará como capital, que los incrementará considerablemente, ampliando su capacidad de consumo, y que al concentrarlos podrá incluso enriquecerse como nunca antes. Incapacitado para producir con sus viejos instrumentos, el campesinado, por su parte, tendrá que vender como mercancía no ya el producto de su actividad sino su propia fuerza de trabajo; y, no siendo ya un productor independiente sus necesidades tendrán que satisfacerse, cada vez más, mediante la compra de bienes y servicios en el mercado, todo lo cual traerá consigo una creciente división del trabajo y una mayor diferenciación de la industria y la agricultura.⁴

Lo anterior no significa que el desarrollo del mercado no tropiece con obstáculos y trabas de diversa naturaleza ni tampoco que se desenvuelva armoniosa y suavemente, sin sufrir desajustes y aun fuertes desequilibrios y profundas contradicciones. Los restos de precapitalismo —la usura, ciertas formas de servidumbre, la comunidad indígena tradicional, la tienda de raya, los sistemas de pago en trabajo o en especie, la pequeña producción de tipo individual y familiar, el monopolio comercial e industrial como expresión de privilegio y no de desarrollo del proceso de acumulación de capital, y aun la ilusión de querer preservar formas de producción anacrónicas que el propio capitalismo tiende a relegar y a destruir—, constituyen obstáculos que frenan el desarrollo del mercado capitalista, sobre todo en los países subdesarrollados [. . .]

³ “La expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice, sino que además, crea el mercado interior.” K. Marx. *El capital*, México, 1916, t. I, vol. II, p. 837. En términos muy similares, Lenin señala: “El apartamiento del productor directo de los medios de producción, es decir, su expropiación, que marca el paso de la producción mercantil simple a la capitalista [y que es condición necesaria de ese paso] crea el mercado interior.” *ob. cit.*, pp. 45-46.

⁴ “Comparado con el campesino medio, el proletariado rural consume menos —y además emplea artículos de peor calidad, patatas en vez de pan, etc.— pero compra más”. V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 167.

[. . .] Aun en el contexto del subdesarrollo, sin embargo, las fuerzas productivas se expanden y las relaciones capitalistas se propagan de múltiples maneras, hasta llegar a prevalecer sobre las viejas relaciones mercantiles. Incluso en aquellos casos en que dominan el latifundio y otras formas tradicionales de tenencia de la tierra, la renta mercantil cede ante la influencia cada vez mayor de la propiamente capitalista y las nuevas relaciones se introducen aun en los tipos de explotación aparentemente más cerrados y refractarios al proceso [. . .]⁸

La acumulación capitalista, como se sabe, no sólo permite sino que requiere de una sobrepoblación relativa, de una sobreoferta de mano de obra para poder desenvolverse. De ella y de sus oscilaciones en relación con la fuerza de trabajo ocupada depende en buena medida el nivel de los salarios, la tasa de explotación y de ganancia y por lo tanto la distribución social del ingreso.⁹ Pero cualquiera que sea la magnitud de esas oscilaciones, y —podría añadirse, aun la influencia que el optar por unos u otros métodos de producción ejerza sobre el nivel de empleo— “[. . .] la población obrera crece siempre más rápidamente que la necesidad de explotación del capital [. . .]”¹⁰

Y cuando en una fase subsecuente el capitalismo se impone como el nuevo modo de producción y empieza a desarrollarse como tal, lo esencial no es tampoco el número o la proporción en que participen, ahora específicamente los obreros de las grandes industrias —aunque desde otros ángulos el desarrollo de la industria moderna es importantísimo—, sino la medida en que se extienda y profundice el régimen de trabajo asalariado, cualquiera que sea la forma, el nivel o las condi-

⁸ “En general, es equivocado pensar que se requiere una forma especial de posesión de la tierra para que aparezca el capitalismo agrícola [. . .] ninguna particularidad de la posesión de la tierra puede, atendida la esencia misma de la cuestión, representar un obstáculo insuperable para el capitalismo, que adopta formas diversas de acuerdo con las distintas condiciones agrícolas, jurídicas y los usos particulares.” V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* [. . .], pp. 311-312.

⁹ “. . . si la existencia de una superpoblación obrera es producto necesario de la acumulación o del incremento de la riqueza dentro del régimen capitalista, esta superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación de capital, más aún, en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción [. . .]” K. Marx, *El capital*, t. I., vol. II, pp. 713-714.

¹⁰ K. Marx, *Ibidem*, p. 728.

ciones en que se venda la fuerza de trabajo.¹¹ Vale la pena subrayar especialmente esta última cuestión porque en Latinoamérica se tiende, con frecuencia —y sobre todo se tendía erróneamente hasta hace unos años— a identificar el capitalismo con ciertas formas supuestamente aisladas de producción moderna, en vez de comprender que la base de tal régimen de producción es la compraventa de fuerza de trabajo, en las múltiples formas que ésta adopta, particularmente bajo el capitalismo del subdesarrollo [. . .]

Al llegar a esta parte de nuestro ensayo podría aducirse, incluso aparentemente con razón, que es obvio que los empresarios agrícolas contribuyen de múltiples maneras a la expansión del mercado y que ello no tiene siquiera por qué recordarse cuando se postula que son los campesinos pobres y los trabajadores del campo quienes, por el contrario, inhiben y frenan ese proceso debido a que carecen de poder de compra.²⁵ No repetiremos aquí las explicaciones teóricas generales hechas en la primera parte de este texto [. . .]

¹¹ “[. . .] las formas de trabajo asalariado, son diversas en el más alto grado en la sociedad capitalista, envuelta por todos lados por los restos y las instituciones del régimen precapitalista. Sería un error profundo pasar por alto esta diversidad; sin embargo, en este error caen quienes razonan. [. . .] que el capitalismo ‘se ha encerrado en un rincón de un millón o un millón y medio de obreros y no sale de él’. En lugar del capitalismo, aquí se presenta sólo la gran industria maquinizada [. . .] iqué arbitraria y artificialmente se delimita aquí a este millón y medio de obreros en un ‘rincón’ especial, que supuestamente no está ligado por nada a los demás dominios del trabajo asalariado!” V. I. Lenin, *Ibidem*, p. 576.

²⁵ A propósito de la forma en que a partir de un enfoque parcial, teóricamente inaceptable y en el fondo apologético se tiende a ver en la demanda y aun en la capacidad de consumo de ciertos estratos medios y altos de la burguesía el centro del mercado y del proceso de desarrollo, en el estudio del CDIA a que hemos hecho frecuente referencia, abundan expresiones tan reveladoras como éstas: “[. . .] gran parte de la demanda efectiva total, y por ende del desarrollo económico general, descansa sobre una parte relativamente pequeña de la población; “[. . .] el desarrollo descansa sobre aquella mitad de la población que, con un consumo medio familiar de \$2,100 mensuales, realmente ‘alimenta’ el desarrollo”. (*Op. cit.*, t. I, p. 441, “prácticamente, como ya señalamos arriba [. . .] el desarrollo económico de todo el país descansa sobre la mitad restante de la población, mientras la contribución de la primera mitad al mismo es mínima”. (*Ibidem*, p. 454. Lo que claramente demuestra que, para ciertos investigadores, lo esencial en el proceso de desarrollo no es quien trabaja y crea la riqueza que circula en el mercado, sino quién la consume en mayor proporción, sin siquiera reparar en el origen de la capacidad de consumo de los ricos. Véase “El proceso de acumulación de capital”, en *México: riqueza y miseria*. 1973.

Pues bien, ¿cómo y por qué los asalariados rurales ejercen una influencia decisiva sobre el mercado interior, en la presente etapa del desarrollo capitalista mexicano? Veamos:

- 1] En primer lugar no sólo generan el 57% de la producción agrícola que corresponde a las explotaciones “multifamiliares” medianas y grandes sino, casi seguramente, la mayor parte de la que proviene de los predios “familiares”, lo que permite estimar que no menos del 70% y aun quizás tres cuartas partes del producto total, descansa en el empleo de trabajo asalariado [...]
- 4] Hemos dicho, líneas arriba, que en la agricultura mexicana hay actualmente unos 4.5 millones de asalariados; ahora conviene conocer sus principales características:
 - a) La mayor parte de los trabajadores son jornaleros no calificados que realizan tareas relativamente sencillas: cultivos, limpias, riegos y diversos tipos de recolección durante lapsos cortos y, a menudo, eventuales. En las fincas medianas y particularmente en las grandes, sin embargo, se utilizan también trabajadores más calificados: tractoristas, operadores de trilladoras y combinadas, mecánicos, choferes, capataces, etc., cuya ocupación es más estable y, en algunos casos, incluso permanente.²⁸

²⁸ Según estimaciones para 1960, la proporción de trabajo asalariado en los ejidos, medida en días-hombre, sólo representaba el 13% del total, contra el 41% en los predios privados menores de 5 hectáreas y el 66% en los mayores de esa superficie. (CDIA, *op. cit.*, t. 1, p. 585) Aunque no disponemos de datos precisos al respecto, con base en informes recientes (1971-1972) obtenidos directamente en los valles del Yaqui y Mayo en Sonora, y en menor escala en la región del Fuerte, Sinaloa, podría pensarse que la participación del trabajo asalariado es quizá muy superior a la antes señalada, probablemente no inferior a un 25 a 30%, y el porcentaje de ejidatarios que trabajan como asalariados quizás también mucho más alto que el 25.4% estimado en el estudio antes mencionado. (P. 587.)

“El salario real de los jornaleros es más bajo que el de hace 20 años [...] Constituyen el estrato más desvalido de la sociedad rural, se encuentran desorganizados y no sólo carecen de tierra sino de instrumentos de lucha.” Juan Ballesteros Porta, *El Perfil de México en 1980*, t. 3, p. 40. Al respecto, el CDIA estima que si bien los salarios mínimos rurales subieron entre 1948-1949 y 1958-1959, no llegaron al nivel que tenían veinte años atrás, lo que en nuestro concepto, erróneamente, se atribuye “a la paulatina sustitución de la mano de obra por la maquinaria agrícola. [...]” (*Op. cit.* t. 1, pp. 605 y 606) cuando en realidad es fruto de la creciente explotación del trabajo asalariado.

- b) En términos generales, los jornaleros rurales son más jóvenes y probablemente más productivos que quienes trabajan por su cuenta,²⁹ y aunque en su mayor parte radican en las regiones en que prestan sus servicios, en las épocas de recolección, sobre todo de productos que absorben gran cantidad de mano de obra, proceden en una alta proporción de otras entidades [. . .]
- c) Aunque recientemente ha empezado el gobierno a reconocer el derecho de los trabajadores del campo a organizarse sindicalmente, los intentos de organización han tropezado hasta ahora con obstáculos insuperables, y los trabajadores rurales nunca han gozado de la protección que les otorgan la Constitución y las leyes laborales.
- d) El campesinado, sin embargo, no sólo estimula el desarrollo del mercado interno al desplazarse de unas zonas rurales a otras. La mayor parte del excedente demográfico se transfiere del campo hacia las ciudades, creando en éstas una sobreoferta de mano de obra barata. Entre 1940 y 1960, las actividades agropecuarias abastecieron al resto del sistema con 1,068,000, trabajadores asalariados, que para 1970 deben haber sobrepasado en conjunto la cifra acumulada de 1,600,000, de los que más de una mitad son absorbidos por la capital de la República, Guadalajara, Monterrey, Puebla, León y Ciudad Juárez.
- e) El alto ritmo de crecimiento económico y demográfico en el sector no agrícola y la creciente demanda de productos agropecuarios procedentes del mismo, parecería haber traído consigo una cada vez mayor demanda de mano de obra en el campo y un sustancial aumento de los salarios rurales. Empero, la disponibilidad casi ilimitada de mano de obra, el bajo nivel de preparación de los jornaleros, la ausencia de organización gremial y, desde luego, de organización política —pues los trabajadores y campesinos pobres siempre se ven obligados a apoyar al partido oficial—, determinan condiciones de vida muy precarias [. . .]
- f) El que la oferta exceda generalmente a la demanda en el mercado de trabajo no es un hecho casual ni tan sólo un aspecto de la política económica. Lo que a él subyace es un rápido

²⁹ Véase: CDIA, *op. cit.*, t. I, p. 559.

crecimiento demográfico, que en rigor constituye una ley del desarrollo propia de ciertas etapas del proceso capitalista [. . .]

Desde el punto de vista del desarrollo del mercado y de la economía capitalista en general, por consiguiente, el papel del campesinado y de los trabajadores rurales es *producir lo más posible* dentro de ciertas condiciones técnicas y sociales, y *consumir lo menos posible* tanto en el campo como al emigrar a los barrios bajos de la ciudad o sea generar un excedente que permita acelerar la formación de capital en la agricultura y en el resto del sistema, y sobre todo la concentración del mismo y en un sentido más amplio del ingreso, en poder de las fracciones más poderosas de la burguesía nacional y extranjera [. . .]

Lo que claramente comprueba que el bajo nivel de consumo de las masas y en particular de los trabajadores rurales y de los campesinos recién llegados a las ciudades, *crea* la creciente capacidad de compra de la burguesía, o sea contribuye decisivamente a aumentar la demanda global tanto a través de la inversión pública y privada, como de la exportación y el consumo de los estratos privilegiados [. . .]

La situación de que hablamos ha permitido, además, aumentar las exportaciones, o sea un sector de la demanda que en ciertos momentos ha jugado incluso un papel más dinámico que el de la inversión doméstica, y coadyuvado, en consecuencia, a elevar la capacidad de importación,³³ [. . .] a acelerar el proceso de sustitución de importaciones e incluso a abastecer directamente a decenas de industrias agrícolas y variadas manufacturas en las que operan millares de establecimientos, que ocupan a aproximadamente 250 000 trabajadores y producen cerca de 25 000 millones de pesos al año, [. . .]

En resumen podría decirse que la población rural y el desarrollo agrícola que fundamentalmente ella promueve, directa e indirectamente estimulan la expansión del mercado capitalista, sobre todo a través de los mecanismos siguientes:

³³ Aunque en años recientes ha descendido la importancia relativa de las exportaciones agropecuarias respecto de las ventas totales, en 1970 todavía representaron poco más del 54%, destacando principalmente las de algodón, legumbres, café, ganado vacuno, azúcar, diversas frutas y productos pesqueros.

- 1] Destrucción cada vez mayor de las viejas comunidades y de las supervivencias económicas y culturales de tipo precapitalista [. . .];
- 2] Abastecimiento de mano de obra barata a las actividades agropecuarias y, aun en mayor escala al resto del sistema económico;
- 3] Creciente movilidad de esa mano de obra [. . .];
- 4] Mantenimiento de una sobreoferta de trabajo tanto en el campo como en las ciudades, que inevitablemente se traduce en un alto volumen de desempleo y subempleo, [. . .];
- 5] Sostenimiento de una tasa de crecimiento de la producción agrícola, que permita alimentar a una población que crece de prisa [. . .];
- 6] Fomento de la exportación para satisfacer la demanda externa de ciertos productos y para contribuir a generar una parte sustancial de las divisas en que a su vez descansa la capacidad de importación de bienes de capital y productos intermedios;
- 7] Aumento general del poder de compra y aun de la necesidad de la población rural de bienes de consumo y producción de parte de los agricultores propiamente capitalistas [. . .];
- 8] Demanda cada vez mayor de múltiples servicios públicos y privados;
- 9] Traslado de una parte considerable del excedente agropecuario hacia la industria, el comercio y los servicios [. . .]

El énfasis con que hemos tratado de demostrar que los productores y asalariados rurales, en particular los más pobres, contribuyen decisivamente a la expansión del mercado interior, no debiera confundirnos y hacernos pensar que dicho mercado se desenvuelve sin tropiezos, y guiado por una sabia “mano invisible” al impulso de una creciente división del trabajo, que en el mundo moderno parece no encontrar obstáculos insalvables. Nada de eso. Si bajo el capitalismo avanzado el proceso económico es anárquico, inestable y sujeto a fuertes altibajos y profundas contradicciones, bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado interno nunca se desenvuelve en condiciones siquiera medianamente racionales, nunca lo hace en forma que pudiera comprobar la armonía y los mecanismos de ajuste automáticos previstos en la famosa Ley de los mercados de Say o en el modelo de crecimiento equilibrado sugerido por el profesor Nurkse.

Incluso podría decirse que aun los factores que a primera vista más influyen en el proceso de desarrollo lo hacen de manera contradictoria, o sea, actuando a la vez como palancas y frenos. El bajo nivel de los salarios rurales, por ejemplo, si bien abarata la mano de obra y permite obtener altas tasas de explotación, limita sin embargo el poder de compra de las masas rurales y en buena parte deprime el nivel de salarios en los sectores no agrícolas y, de nuevo, la capacidad de consumo de los mismos. El capital extranjero, por su parte, si bien suele introducir nuevas técnicas y mejores métodos que elevan la productividad y la producción, concretamente en el sector agropecuario, sustrae y drena, el propio tiempo, una parte sustancial del excedente, con lo que resta impulso y vuelve más difícil la acumulación de capital. En fin, el hecho de que las altas tasas de plusvalía en el sector agropecuario no se traduzcan, como en el modelo clásico, en una rápida acumulación de capital sino más bien en la combinación del consumo suntuario y capacidad productiva ociosa, aunque por un lado eleva y diversifica la demanda, alentando a corto plazo el crecimiento de múltiples actividades, simultáneamente distorsiona los patrones de consumo, distrae y malutiliza recursos productivos escasos y, a largo plazo implica una dilapidación del potencial productivo que obstaculiza gravemente el proceso de desarrollo. Pero el que la expansión del mercado se vuelva más inestable y contradictoria y el subdesarrollo se agudice fundamentalmente a consecuencia de la explotación desmedida de los trabajadores rurales y urbanos, de la extrema concentración de la riqueza y de la dependencia y la incapacidad de la clase dominante para conducir un desarrollo nacional realmente autónomo, es algo muy distinto a la ausencia de mercado interno y a la supuesta incapacidad de los asalariados para contribuir a su crecimiento, y, en general, al desarrollo capitalista.

LA CIENCIA Y LOS CIENTÍFICOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA*

[. . .] Por fortuna, empieza a comprenderse que no es trasladando mecánicamente lo que se dice y hace en las universidades extranjeras como podremos conocer y resolver nuestros más graves problemas. Comienza a recorrerse el largo y difícil camino que va de una ciencia social acartonada, formalista, eminentemente subjetiva, acrítica y aun apologética, a una ciencia social que, a través del estudio sistemático y serio de la realidad, intenta descubrir tanto las causas históricas del atraso como el camino de la liberación definitiva.

El haber roto con ciertas posiciones teóricas falsas es un gran paso adelante que no debiéramos menospreciar. La ciencia social de vanguardia es ya un baluarte en la lucha contra el funcionalismo mecanicista, contra el historicismo superficial, contra el subjetivismo arbitrario y voluntarista, el tecnocratismo y la tendencia a construir, a partir de esquemas y modelos cada vez más alejados de la realidad, una teoría general de la sociedad y de su desarrollo, que, haciendo caso omiso del tiempo y el espacio en que se desenvuelve el proceso social, pretende sustituir los avances concretos, si se quiere todavía modestos pero fundamentales de la verdadera ciencia social, por principios inviolables rígidos, supuestamente universales y eternos, que a la postre resultan inaplicables e irrelevantes tanto para cualquier país, en particular, como para el mundo abstracto e inexistente al que intentan referirse.

Pero tan importante como reconocer los avances es tener conciencia de las fallas y limitaciones de los esfuerzos renovadores. El rechazo de los convencionalismos, de las tergiversaciones y verdades a medias de la ciencia social burguesa, si bien indispensable, no basta para abrir una nueva alternativa teórica, y menos aún para trazar una estrategia revolucionaria.

* Fragmento de la respuesta a la revista *Desarrollo Indoamericano*, de Colombia, 1973. Se publica en México en *Problemas del Desarrollo*, núm. 16, y luego en el libro *El compromiso del intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1979, pp. 128-135 y 138.

El haber trabajado en los últimos años en busca de una explicación global del subdesarrollo latinoamericano ha sido, sin duda, importante. Nos ha permitido ver a nuestros países en una perspectiva de conjunto, conocer lo que tienen de común y comprender mejor los factores históricos que determinaron su atraso. Parecería que, por fin, empezamos a entender el papel que han jugado el capitalismo y el imperialismo en la generación del subdesarrollo, y las razones por las cuales el sistema nunca pudo desenvolverse, en Latinoamérica, con el vigor y a la manera en que lo hizo en otros países y otras épocas. La convicción de que el capitalismo no es capaz de liberar a nuestros pueblos de la explotación y la miseria no es suficiente, sin embargo, para abrir el camino de la emancipación definitiva.

Para transformar la realidad social hay que conocerla a fondo. Para conocerla hay que pasar —como en un proceso de aproximaciones sucesivas— de lo general a lo particular, de la apreciación del todo y su dinámica global al estudio concreto de sus partes y sus interrelaciones. El rebasar las fronteras nacionales de cada uno de nuestros países fue necesario y útil; mas ahora, provistos de mejor instrumental analítico y de la visión totalizadora de que antes carecíamos, hay que volver al fenómeno nacional y ahondar en él hasta conocer sus entrañas, pues sólo así podrán surgir planteamientos teóricos capaces de promover con éxito el cambio estructural. Sin una teoría o con una teoría social subjetiva no llegaremos lejos. Y la verdad es que en nuestro trabajo hay todavía bastante subjetivismo, falta a menudo un conocimiento más preciso de hechos fundamentales, se tiende a caer en el esquematismo y aun en el dogmatismo; se advierte la influencia negativa de las teorías burguesas, las que en vez de ser sometidas a una crítica sistemática se siguen utilizando en múltiples estudios, y a consecuencia de todo ello resulta imposible comprender la forma en que operan las leyes que rigen el proceso social latinoamericano, y muy difícil actuar sobre las contradicciones en que se expresa, y a la vez, engendra el subdesarrollo.

Hemos dicho que para transformar la realidad hay que conocerla. Pues bien, para conocerla hay que entregarse a la tarea de transformarla, pues sólo en la lucha, en el cotejo y la acción cotidianos para modificar las relaciones de fuerzas en favor de quienes buscan el cambio, en el intento de superar los más serios obstáculos y las más graves contradicciones, se puede conocer a fondo la realidad y actuar

con éxito frente a los intereses sociales y políticos empeñados en preservar el actual orden de cosas.

La imperiosa necesidad de reforzar el trabajo teórico no significa, pues, que primero debamos redondear una teoría y luego enfrentarnos a los problemas prácticos. La teoría y la práctica no son dos fases sucesivas de un proceso que se desenvuelve linealmente; son dos elementos inseparables que se entrelazan e influyen recíprocamente y que sirven, uno al otro, de punto de apoyo. La ciencia social, cuyo objeto de estudio es siempre una realidad multiforme y cambiante, nunca será una ciencia completa, acabada, sino un cuerpo teórico en continuo proceso de cambio y de adaptación a nuevas condiciones históricas. Mas aun teniendo plena conciencia de ello, acaso los tropiezos recientes en la lucha revolucionaria latinoamericana han obedecido en parte a la falta de planteos teóricos rigurosos, que una ciencia social militante puede y debe formular.

¿Cuál debiera ser el papel de estos científicos? Aunque parezca ocioso subrayarlo, acaso la primera tarea a cumplir debiera ser la de empezar a crear una tradición científica propia, una escuela latinoamericana de trabajo intenso, estudio sistemático, rechazo de la improvisación, la pedantería, el diletantismo y la rutina; elevación de los niveles académicos y formación de disciplinas que ayuden a preparar investigadores jóvenes conscientes de que la verdadera ciencia social no es un trampolín ni una escalera para asegurar éxitos fáciles, casi mezquinos, sino una palanca que puede contribuir grandemente a que nuestros pueblos vivan mejor.

Una segunda tarea que reclama la atención de los científicos de izquierda es la crítica a la teoría social burguesa. "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas —escribían Marx y Engels hace más de un siglo—, las ideas dominantes." En efecto, las ideas que más circulan en nuestras universidades, en la mayor parte de los centros de estudios, en los partidos reformistas, en vastas porciones del movimiento obrero, y desde luego, en el gobierno, se basan en teorías y dogmas burgueses que los voceros de la clase en el poder tratan de convertir en supuestos ideales del pueblo.

Probablemente tendemos a menospreciar la significación de la crítica a las posiciones teóricas burguesas porque no hemos llegado a adquirir plena conciencia de su arraigo en nuestros círculos académicos. En muchas escuelas de economía se sigue enseñando acríticamente

te a Keynes, a Samuelson e incluso a Marshall y los exponentes de la “economía del bienestar”, como si se diera a los estudiantes a leer y aprender de memoria un catecismo. El gusto por las fórmulas ha llegado a tales extremos que, a sabiendas de que poco a nada sirven para explicar los problemas básicos del subdesarrollo, no faltan los “expertos” que reducen la teoría del desarrollo a la presentación, casi siempre elemental y apologética, de una sucesión de modelos matemáticos divorciados de la realidad de la dependencia y el atraso. En cambio no se trabaja sobre Rosa Luxemburgo, Bujarin o Dobb, y aún se desconocen las principales aportaciones económicas de Lenin. Y lo mismo ocurre en otras áreas de la ciencia social, en las que se presta más atención a Talcott Parsons, a Rostow, a Merton, Lipset o el profesor Toynbee, e incluso a otros autores extranjeros de tercera y cuarta fila que a los más serios científicos latinoamericanos.

La crítica científica no es una actividad puramente académica ni algo que sólo tenga que ver con las ideas: es también una forma de acción política que supone la fusión de la teoría y la práctica, el contacto estrecho con la realidad y con quienes se esfuerzan por transformarla. La ciencia social no puede divorciarse de la lucha social. Por eso tiene razón el profesor Bernal cuando señala que lo que hoy se requiere “[. . .] es menos técnicas elaboradas y más valor para atacar, antes que evadir, los problemas centrales”.

El curso que están tomando las cosas en Latinoamérica, el auge del militarismo y los recientes golpes fascistas asestados por las fuerzas más reaccionarias de la burguesía local y extranjera en Bolivia, Uruguay y, hace apenas unos días, en Chile, son hechos que dramáticamente revelan que la decisión de contribuir, a través de la ciencia y la lucha, a transformar profundamente la sociedad en que vivimos, en el código del pentágono y los gorilatos latinoamericanos es ya un grave delito que se paga con la libertad y aun con la vida.

Sería un error desdeñar y aun subestimar lo que en tales condiciones puede hacerse en la universidad para fortalecer, sobre todo en el terreno ideológico, la lucha revolucionaria. Pero también lo sería —y acaso más grave— no comprender que incluso en este terreno, las batallas decisivas habrán de librarse y tendrán que ganarse fuera de la Universidad.

Bibliografía de Alonso Aguilar Monteverde*

I. Libros individuales**

- Esquema de derecho bancario*, tesis profesional, México, Editorial Bolívar, 1944.
- El panamericanismo: de la doctrina Monroe a la doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965, y New York, en inglés, Monthly Review Press, 1968.
- Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, UNAM, 1967.
- Dialéctica de la economía mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1968.
- Economía política y lucha social*, México, Nuestro Tiempo, 1970.
- Problemas estructurales del subdesarrollo*, México, UNAM, 1971.
- Mercado interno y acumulación de capital*, México, Nuestro Tiempo, 1974.
- Hacia un cambio radical*, México, Nuestro Tiempo, 1975.
- Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, México, Nuestro Tiempo, 1976.
- Capitalismo y revolución en México*, México, Nuestro Tiempo, 1977.
- Teoría leninista del imperialismo*, México, Nuestro Tiempo, 1978.
- La crisis del capitalismo*, México, Nuestro Tiempo, 1979.
- Orígenes del subdesarrollo*, selección de José Consuegra, Bogotá, Colombia, Plaza & Janés, 1982.
- Estado, capitalismo y clase en el poder en México*, México, Nuestro Tiempo, 1983.
- Wirtschaftliche Krisenprozesse in Lateinamerika*, Mit einem Nachwort von Dr. habil. Dieter Klein, Berlin, Verlag Die Wirtschaft, 1988.
- Defensa de nuestra soberanía nacional y popular*, México, Nuestro Tiempo, 1989.
- El capitalismo del subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 1990.
- Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, México, Nuestro Tiempo, 1996.

* Incluye gran parte de lo que hasta ahora ha producido y publicado el autor aunque todavía quedan muchas lagunas. En general no se han incluido muchas publicaciones extranjeras. La mayor parte de la información fue proporcionada, revisada y ampliada por el propio autor, y ordenada, complementada y pasada en limpio por Agustín González Mendoza.

** Los libros que más han circulado en México son: *Dialéctica de la economía mexicana* (29 ediciones), *México: riqueza y miseria* (18), *El milagro mexicano* (17), *Problemas del capitalismo mexicano* (9), *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (6), *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital* (6) y *Economía política y lucha social* (5). Tanto de los libros individuales como de los colectivos han sido reeditados capítulos completos o fragmentos en libros y revistas de América Latina y otros países, los cuales no están aquí señalados, e incluso se han reproducido libros completos.

II. Participación en libros colectivos

- “Introducción General”, en *Estructura económica y social de México*. Presentación e Introducción General, por Raúl Ortiz Mena y Alonso Aguilar M., México, Nacional Financiera S. A. Fondo de Cultura Económica, 1951.
- “Sus últimas preocupaciones”. Coordinación con ayuda de Ángel Bassols B., de *Narciso Bassols, en memoria*, México, s.e., artículos y discursos, 1960.
- Respuestas del MLN a encuesta de Sol Arguedas en *¿Qué es la izquierda mexicana?*, México, s.e., 1962.
- Preámbulos en *Narciso Bassols. Obras*, antología, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- “La acumulación de capital”, *México: riqueza y miseria*, con Fernando Carmona, México, Nuestro Tiempo, 1967.
- “La causa de Vietnam es la nuestra”, *Vietnam, crimen del imperialismo*, México, Nuestro Tiempo, 1968.
- “Obstáculos al desarrollo económico latinoamericano”, *Desarrollo y desarrollismo*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Galerna, 1969.
- “Problemas y perspectivas de un cambio radical”, *El milagro mexicano*, México, Nuestro Tiempo, 1970.
- “La apertura democrática”, *Los estudiantes, la educación y la política*, México, Nuestro Tiempo, 1971.
- “La oligarquía”, *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, con Jorge Carrión, México, Nuestro Tiempo, 1972.
- “Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano”, *América Latina: dependencia y subdesarrollo*, Introducción, selección y notas de Antonio Murga Frasinetti y Guillermo Bolis, Costa Rica, Centroamérica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1973.
- Coordinación, introducción y exposición para *En torno al capitalismo latinoamericano*, México, Seminario de Teoría del Desarrollo, cuadernos núm. 1, IIEC-UNAM, 1975.
- Coordinación, presentación y participación en *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina*, México, Seminario de Teoría del Desarrollo, cuadernos núm. 2, IIEC-UNAM, 1976.
- “Introducción al ciclo sobre Problemas de la Transición al Socialismo en América Latina”, y coordinación de *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, México, Seminario de Teoría del Desarrollo, cuadernos núm. 3, IIEC-UNAM, 1976.
- “El nacionalismo, el Estado burgués y la ley de inversiones extranjeras”, presentación y coordinación de *Política mexicana sobre inversiones extranjeras*, México, Seminario de Teoría del Desarrollo, cuadernos núm. 4, IIEC-UNAM, 1977.
- “Capitalismo monopolista y crisis”, “Anarquía y desigualdad”, “El desempleo, creación capitalista”, “Inflación, devaluación, más inflación”, “Atraso y explotación en el campo” y “La vía mexicana al socialismo”, *Problemas del*

- capitalismo mexicano*, con F. Carmona y J. Carrión, México, *Estrategia/Nuestro Tiempo*, 1977.
- “Las últimas décadas del pensamiento burgués”, “El capitalismo opulento del John Kenneth Galbraith” y “La invalidez de la teoría burguesa”, *Crítica a la teoría económica burguesa*, coordinador Arturo Guillén, México, Nuestro Tiempo, 1978.
- “Respuesta de Estrategia” y “Resumen”, *La reforma política y la izquierda*, encuesta, México, Nuestro Tiempo, 1979.
- “La ciencia y los científicos sociales en América Latina”, *El compromiso del intelectual*, Introducción y selección M. Guerra y E. Maldonado, México, Nuestro Tiempo, 1979.
- “La lucha contra el fascismo” y “Palabras en el aniversario”, en *La República Democrática Alemana vista por mexicanos*, 30º Aniversario de la RDA, México, Sociedad de Amistad México-RDA, 1979.
- “Factores socioeconómicos que afectan la soberanía de nuestros pueblos”, compilador de *Nuestra América, en lucha por su verdadera independencia*, México, Nuestro Tiempo, 1981.
- “La crisis y la nacionalización de la Banca”, *La nacionalización de la Banca, la crisis y los monopolios*, México, Nuestro Tiempo, 1982.
- “La crisis económica actual y el Tercer Mundo”, compilador de *La crisis del capitalismo y los países subdesarrollados*, México, Nuestro Tiempo, 1982.
- “¿Qué hacer frente a la inflación?”, *La inflación en México*, México, Nuestro Tiempo, 1984.
- “Democracia, libertad y derechos individuales”, *El Socialismo es así. La República Democrática Alemana*, México, Nuestro Tiempo, 1984.
- “Empecemos a reescribir nuestra propia historia”, *Cultura, historia y luchas del pueblo mexicano*, México, Nuestro Tiempo, 1985.
- Prólogo y selección para *Raúl Roa, el canciller de la dignidad*, México, Nuestro Tiempo, 1985.
- “Acerca de la naturaleza de la actual crisis”, *Naturaleza de la actual crisis*, México, Nuestro Tiempo, 1986.
- “Estrategia del capital extranjero” y “Estrategia del capital extranjero en México”, *El capital extranjero en México*, México, Nuestro Tiempo, 1986.
- “La historia y los historiadores”, coordinación y prólogo en *Pensamiento político de México*, t. 1, México, Nuestro Tiempo, 1986.
- “La sociedad mexicana de entonces”, coordinación y prólogo en *Pensamiento político de México*, t. 2, México, Nuestro Tiempo, 1987.
- “Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy”, *Hagamos cuentas... con la realidad*, con Fernando Carmona, México, Nuestro Tiempo, 1991.
- “Elementos de una alternativa teórica y política latinoamericana”, *América Latina: Hacia una nueva teorización*, coordinado por Fernando Carmona, México, IIEC-UNAM, 1993.

- “Algunos grandes problemas y qué hacer frente a ellos”, *Lo Social: clave del desarrollo humano*, Caracas, Venezuela, Fondo Latinoamericano de Ediciones Sociales, CLAT, 1993.
- “Reestructuración del capital en los principales grupos empresariales mexicanos”, *La reestructuración mundial y América Latina*, t. III. Perspectivas de la integración, coordinadora Josefina Morales, México, IIEC-UNAM, 1994.
- “Jesús Silva Herzog como economista”, *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar*, Centenario del Natalicio, México, IIEC-UNAM/Fondo de Cultura Económica, 1994.
- “La gente, para él, era lo principal”, *Se llamó Lázaro Cárdenas*, Testimonios del centenario del natalicio del General Lázaro Cárdenas, México, Grijalbo, 1995.
- “Crisis, reestructuración, neoliberalismo y desarrollo”, coordinación, presentación y prólogo en *México y América Latina: crisis-globalización-alternativas*, México, Nuestro Tiempo, 1996.
- En preparación un libro que recogerá el ensayo: “Soberanía nacional y unidad regional en el contexto de la globalización”, 1997.

III. Obras proyectadas, compiladas y editadas bajo su cuidado*

- Enrique Cabrera, de la medicina social al socialismo*, Prólogo, comentarios y compilación de AAM, testimonios y antología, México, Nuestro Tiempo, 1971.
- Dobb, Maurice, *Marx como economista*, México, Nuestro Tiempo, 1977.
- Engels, Federico. *Objeto y método de la economía política*, selección y prólogo AAM, México, Nuestro Tiempo, 1978.
- Narciso Bassols, pensamiento y acción*, Prólogo, estudio introductorio y selección de AAM, Antología, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

IV. Estudios para empresas privadas, instituciones y dependencias gubernamentales mexicanas**

- “El Estado y la Banca mexicana”, versión inicial para discusión, Nacional Financiera, S. A., 1951.
- “Algunos problemas del desarrollo económico de México”, material de discusión, elaborado con Raúl Ortiz Mena, Nacional Financiera, S. A., 1951.
- “Bancos de depósito”, folleto, Nacional Financiera S. A., 1951.
- “Las inversiones norteamericanas en México”, recuento para un seminario, 1952.
- “Fomento y financiamiento de la ganadería y de la industria empacadora de carnes”, estudio, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1953.

*El maestro Aguilar Monteverde realiza, desde la fundación de la Editorial Nuestro Tiempo, una larga e intensa labor editorial; lo cual implica, además, la presentación, introducción y promoción de múltiples obras.

** Como consultor y asesor, redactó otros estudios que se presentaron o publicaron por diversas instituciones, sin su nombre.

- “Aspectos de la pesca del Golfo de México y el Caribe”, estudio, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1954.
- “Fomento y financiamiento de la marina mercante mexicana”, estudio, Comisión de la Marina Mercante, 1954.
- “Cómo financiar a la Constructora de Carros de Ferrocarril, al inicio de sus operaciones”, estudio para dicha empresa, 1954.
- Diversos textos para una Comisión Revisora del Funcionamiento del Sistema de Crédito, 1954.
- “Propuesta de reforma al sistema bancario”, informe, Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Redactor de gran parte del texto, pero en la comisión revisora fueron miembros también Jorge Barrera Graf, Daniel Kuri Breña y Felipe Pasos, 1954.
- “Sistema de autotransportes en la ciudad de México”, dos estudios, 1954-1955.
- “Fomento y financiamiento de la avicultura”, estudio, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1955.
- “El problema algodoner”, varios estudios, incluyendo el “Proyecto de Intervención de la delegación mexicana a la XV Reunión del Comité Internacional Consultivo del Algodón”, Washington. Para el Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1955-1956.
- “Perspectivas del comercio exterior de México en 1956”, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1956.
- Notas sobre la conveniencia de expedir una Ley de fomento y diversificación del comercio exterior de México, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1956.
- “¿Qué es el Mercado de Valores?”, “Estructura del Mercado de Valores en México”, y “Tendencias del Mercado de Valores de renta fija”, estudios, Comisión Nacional de Valores, 1957.
- “Las inversiones extranjeras y el desarrollo económico de México”, publicado por la Confederación de Cámaras Industriales y en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. IX, Núm. 1-2, enero-junio, estudio-ponencia de la Cámara Textil del Norte al IV Congreso Nacional de Industriales, 1957.
- “Estructura y tendencias de la oferta y demanda de servicios de hospedaje en México”, dos estudios; el primero para Crédito Hotelero, 1957, y el segundo como parte de una investigación sobre el turismo, para el Fondo de Garantía y Fomento del Turismo, en 1958.
- “Tendencias y problemas generales de la agricultura mexicana y capital e inversión agrícolas”, estudio, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1957.
- Proyecto de un estudio sobre “El desarrollo económico del noroeste”, 1957.
- “Un grave problema socioeconómico: la concentración de la tierra en el noroeste de México”, 1957.
- “El mercado nacional de tractores, con especial referencia al noroeste de México”, estudio, Siderúrgica Nacional, S. A., 1958.
- “Hacia una nueva política de importaciones”, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1958.

- Varios proyectos de resolución y una recapitulación sobre la “Evolución del Mercado de Valores y su contribución al desarrollo económico del norte de México”, estudios, Comisión Nacional de Valores, con motivo de la Primera Reunión Regional para el Fomento del Mercado de Valores, 1958.
- “Problemas económicos del noroeste de México”, Sonora, Baja California y Baja California Sur (agregado posterior Sinaloa), Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1959.
- “Problemas económicos de Sonora”, 1959.
- “El mercado nacional de camiones de carga y pasajeros”, estudio, Diesel Nacional, 1959.
- “Criterios generales para determinar la capacidad de absorción del Mercado de Valores”, estudio, Secretaría de Hacienda y Crédito Público (redacción de AAM, en el examen del problema participaron también Manuel Sánchez Cuén y Práxedes Reyna Hermosillo), 1959.
- “La nueva política económica y el mercado de valores”, y otros estudios, Comisión Nacional de Valores, 1959.
- “La industria del cemento en México”, elaborado con motivo del proyecto de construir una nueva planta, 1960.
- “El mercado nacional de maquinaria textil”, estudio y propuesta de reorganización de Siderúrgica Nacional, S. A., 1960.
- “Tendencias de la oferta de máquinas de coser”, Siderúrgica Nacional, S. A., 1960.
- “El mercado nacional de motores diesel, de 100 HP a 335 HP”, Diesel Nacional, 1960.
- “Las Sociedades Financieras”, estudio, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1960.
- Proyecto de reformas a la Ley de Instituciones y Organizaciones Nacionales de Crédito, reforma a la Ley del Banco de México y a otras, en las que participó con Manuel Sánchez Cuén y Práxedes Reyna Hermosillo, 1960.
- “Sugerencias para impulsar el comercio exterior”, Consejo Nacional de Comercio Exterior, 1961.
- “El mercado de valores de renta fija: con énfasis en el sector de papel hipotecario”, publicado parcialmente en la revista ESCA, Escuela Superior de Comercio y Administración del Instituto Politécnico Nacional, estudio, Asociación de Bancos Hipotecarios, 1964.
- “Financiamiento del comercio exterior de México”, estudio, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., 1964.

V. Otros estudios no publicados

- “Problemas y tendencias recientes del desarrollo latinoamericano”, para un libro, 1962.
- “Desarrollo económico de América Latina a partir de la Segunda Guerra Mundial”, para un libro, 1964.
- “El precio del desarrollo económico”, ensayo para un libro en proyecto, 1965.

VI. Cursos de economía y proyectos académicos en la UNAM

- Proyecto de programa para el curso de "Problemas económicos de México", 1958.
- Proyecto para establecer una sección o Instituto de Comercio Internacional, 1961.
- "Apuntes de problemas económicos de México"*, en mimeógrafo, 1964.
- "Apuntes de teoría y técnicas de la planificación económica", en mimeógrafo, 1964-1965.
- Proyecto de creación de un sistema de Seminarios Permanentes, 1967.
- Programa del Seminario de Desarrollo de América Latina, 1967.
- "La economía y los economistas", material para la reforma académica de la Escuela Nacional de Economía, UNAM, 1967, revisado y considerablemente ampliado, en el libro *Economía política y lucha social*, 1970.
- Preparación de diversos materiales para el Seminario de Desarrollo Económico y Planificación, 1968-1969.
- Plan y calendario de trabajo, proyecto del Seminario de Teoría del Desarrollo, 1971.

VII. Ensayos y artículos recogidos en distintas publicaciones

- "La Banca y el Mercado de Capitales en México", más de cien breves artículos en *El Mercado de Valores*, secc. El Mercado, Nacional Financiera, México, julio de 1946-noviembre de 1948.
- "Los Bancos y la industrialización", y "Qué pasa en los Estados Unidos", *Política*, director Luis Correa, núms. 1-2, México, junio y julio, 1947.
- "Bolsas y Mercados de Valores", estudio, *El Mercado de Valores*, secc. El Mercado, Nacional Financiera, S. A., México, enero-octubre, 1949.
- "El crédito a la industria", 1949.
- Alrededor de 20 artículos, secc. "¿Avances? ¿Retrososos?, una semana de hechos", México, *El Nacional*, México, 1950.
- "El México de Frank Tannenbaum", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. III, núm. 4, México, octubre-diciembre, 1951.
- "Una etapa crítica: el Mercado de Capitales en México, 1900-1910", 1952, véase *Problemas estructurales*. . ., 1971.
- Prólogo al estudio de Ramón Ramírez Gómez, "La posible revalorización del oro y sus efectos en la economía mexicana", México, ENE-UNAM, 1961.
- "La revolución cubana en marcha", revista *Siglo Veinte*, agosto, 1963.
- "El marco histórico del desarrollo latinoamericano", *Investigación Económica*, vol. XXIV. Núm. 95, México, tercer trimestre, y publicado también como folleto, ENE-UNAM, 1964.
- "Defendamos a la Universidad Michoacana de San Nicolás", desplegado, 1966.

* Los apuntes, consisten en una grabación de las clases por sus alumnos y fueron parcial y rápidamente revisados por el autor.

- “Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano”, en español *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, núm. 3, México, 1967, fue elaborado originalmente para *The Developing Economies*, Tokio, 1968, véase también *Problemas estructurales*. . . , 1971.
- “Los estudiantes defienden los derechos de todo el pueblo”; “El movimiento estudiantil debe triunfar” y “La libertad de los presos políticos, condición esencial para resolver el conflicto”, textos en apoyo al movimiento estudiantil, en folleto o en desplegado, 1968, y en el apéndice de *Tres culturas en agonía*, varios autores, México, Nuestro Tiempo, 1969.
- Ampliación y actualización de “El proceso de acumulación de capital”, *México: riqueza y miseria*, 4ª edición, 1970.
- “Algunos problemas teóricos y prácticos del subdesarrollo”, 1970, véase *Problemas estructurales*. . . , 1971.
- “Crítica y autocrítica”, apéndice para *Dialéctica de la economía mexicana*, 2ª edición, 1972.
- “El camino está a la izquierda, no ‘arriba y adelante’, apéndice de *El milagro mexicano*, 3ª edición, 1973.
- “Desempleo, acumulación de capital y mercado interno”, 1973, véase *Mercado interno*. . . , 1974.
- “Reflexiones sobre la Revolución Mexicana”, apuntes para un seminario y un posible libro, 1974, un fragmento se publica en *Estrategia*, Núm. 69, México, mayo-junio, 1986.
- “De nuevo, sobre algunas de nuestras tesis”, en el libro *Estado, capitalismo y*. . . , 1983.
- “Un hombre poco común”, en *Ricardo J. Zevada visto por sus amigos*, México, 1983.
- “México: una vez más, los hechos se impusieron a las palabras”, comentario, semanario *Protesta*, Buenos Aires, Argentina, 20 de enero, 1995.
- “Mi imagen del Che”, homenaje por los 30 años de la muerte del Che, en revista *Casa de las Américas*, núm. 206, La Habana, Cuba, enero-marzo, 1997.

VIII. Colaboraciones especiales en otras revistas

- 1951-1953, *Índice*, secc. “La Economía Mexicana”, ocho artículos sobre tendencias, problemas y posibilidades de nuestro desarrollo, núms. 1-8, julio de 1951-junio de 1953, trimestral, editores: Alonso Aguilar Monteverde y Narciso Bassols Batalla, México.
- 1956-1959, *Guión*, editor Narciso Bassols Batalla, México,
- “La política económica del gobierno”, núm. 5, 1956.
- “Fantasía y realidad de las inversiones extranjeras”, núm. 10, 1957.
- “Problemas básicos de nuestra agricultura”, núm. 12, 1957.
- “¿Con la Revolución o contra ella?”, núm. 14, 1957.
- Opiniones en diversos asuntos para encuestas y entrevistas, núms. 15, 25 y 29, 1957 y 1958.

- “Narciso Bassols: sus últimas preocupaciones”, núm. 39, 1959, y en *Narciso Bassols, en memoria*, 1960.
- “Los presos políticos y las libertades democráticas”, núm. 43, 1959.
- 1960-1963, *Política*, director Manuel Marcué Pardiñas, México, alrededor de cincuenta artículos periodísticos, quincenal.
- 1966-1967, *Cuadernos Americanos*, Don Jesús Silva Herzog, México.
- “A cincuenta años de la Revolución Mexicana”, año xxv, noviembre-diciembre, 1966, y *Política*, 1967.
- “¿Una OEA más fuerte o una América Latina más débil?”, mayo-junio, 1967.
- “Tenía una inquebrantable fe en México”, segunda época, núm. 6, vol. CCLXIII, noviembre-diciembre, homenaje a don Jesús Silva Herzog, 1985.
- 1969-1995, *Problemas del Desarrollo*, IIEc-UNAM, México.
- “El capitalismo opulento de John Kenneth Galbraith”, núm. 1, octubre-diciembre, 1969.
- “Dependencia y subdesarrollo en América Latina”, núm. 4, julio-septiembre, 1970.
- “El capitalismo del subdesarrollo”, núm. 8, julio-septiembre, 1971 y recogido en otras publicaciones y otros países.
- “Cuba: prosigue la batalla del desarrollo”, núm. 9, octubre-diciembre, 1971.
- “Más deudas, menos recursos para financiar el desarrollo”, comentario sobre la Tercera reunión de la UNCTAD, núm. 12, agosto-octubre, 1972.
- “La ciencia y los científicos sociales en América Latina”, núm. 16, noviembre-diciembre-enero, 1973-1974, respuestas a las cuestiones planteadas por la revista colombiana *Desarrollo Indoamericano*, véase también *El compromiso del intelectual*, 1979.
- “¿Ha avanzado el marxismo en los últimos 25 años?”, *Monthly Review*, Nueva York, por el 25º aniversario de la revista, y en *Problemas del Desarrollo*, núm. 18, mayo-junio, 1974.
- “Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario”, núm. 23, agosto-octubre, 1975, y en *Capitalismo y revolución. . .*, 1977.
- “Sobre algunos problemas del desarrollo”, núm. 80, enero-marzo, 1990, 20º aniversario de la revista.
- “La economía mexicana: cambios, nuevos problemas y perspectivas”, núm. 100, enero-marzo, 1995, 25º aniversario de la revista.
- 1974-1993, *Estrategia, revista de análisis político*, Publicaciones Sociales Mexicanas, bimestral, Dirección Colectiva: Alonso Aguilar Monteverde, Ignacio Aguirre, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Gastón Martínez y otros, México.*
- 1974-1975
- “Unas palabras sobre *Estrategia*”, “El viejo desarrollismo ha muerto”, “¿Por qué estamos como estamos?”, “Capitalismo hoy”, “Problemas, obstáculos

* Trabajos que originalmente aparecieron en esta revista. Señalamos los que sabemos que se recogen en libros, pero, además, otros fueron reproducidos en varios países. También son del autor algunos breves comentarios, notas y mensajes sin firma.

y contradicciones de clase”, “¿Reformismo o lucha revolucionaria?”, núm. 1, diciembre 1974-enero 1975.

El capitalismo mexicano: “La fase actual del capitalismo en México”, “Teoría y desarrollo del capitalismo monopolista de Estado”, “El capitalismo monopolista de Estado en México”, “El financiamiento público”, núm. 2, marzo-abril.

Crisis y capitalismo de Estado: “La crisis económica y el capitalismo monopolista de Estado”, “Crisis cíclicas, crisis general y capitalismo monopolista de Estado”, núm. 3, mayo-junio.

“Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital”, núm. 4, julio-agosto.

“La izquierda, la lucha revolucionaria y la sucesión presidencial”, núm. 5, septiembre-octubre.

“Bosquejo de un programa antimonopolista”, núm. 6, noviembre-diciembre. 1976

Las discrepancias no son obstáculo a la unidad. “Nacionalización y capitalismo monopolista de Estado”, núm. 7, enero-febrero.

“La invasión de tierras”, “El problema de las fases en la lucha por el poder”, núm. 8, marzo-abril.

“Algunos rasgos de la actual crisis capitalista”, núm. 9, mayo-junio.

“Capitalismo monopolista de Estado, subdesarrollo y crisis”, núm. 10, julio-agosto.

“Neolatifundismo en el noroeste”, núm. 11, septiembre-octubre.

Varios ensayos en *Problemas del capitalismo mexicano*, núm. 12, noviembre-diciembre, y también *Estrategia*/Editorial Nuestro Tiempo, 1977.

1977

“Expropiación de latifundios en Sonora”, “Unidad, alianzas y lucha de clases”, núm. 13, enero-febrero.

“Capital monopolista y empresas estatales”, “La II Declaración de La Habana, guía de la revolución latinoamericana”, manifiesto latinoamericano, núm. 14, marzo-abril.

“Situación y perspectivas de la economía mexicana”, “Juan Marinello: militante de la cultura y la revolución”, núm. 15, mayo-junio.

“Exigencias de un programa revolucionario”, núm. 16, julio-agosto.

“Vigencia de la teoría leninista del imperialismo”, un capítulo de *Teoría leninista del imperialismo*, 1978, 60 aniversario de la Revolución de octubre, núm. 18, noviembre-diciembre.

1978

“Inflación y crisis”, núm. 19, enero-febrero.

“Tesis básicas de *Estrategia* sobre el capitalismo mexicano”, núm. 20, marzo-abril.

“Crisis, reforma política y lucha de clases”, núm. 21, mayo-junio.

La unidad: propósito permanente de *Estrategia*: "El problema de la unidad", "El capital monopolista y la oligarquía" y "Origen y desarrollo del capitalismo mexicano", núm. 22, julio-agosto.

"Hacia un programa agrario revolucionario", núm. 23, septiembre-octubre.

"La lucha antimperialista. Problemas y perspectivas", núm. 24, noviembre-diciembre.

1979

"El Estado y la burguesía", núm. 27, mayo-junio.

"El Estado, los bancos nacionales y el capital monopolista", núm. 28, julio-agosto.

"El Plan Nacional de Desarrollo Industrial", núm. 29, septiembre-octubre.

"La crisis actual del capitalismo", núm. 30, noviembre-diciembre.

1980

"Unidad sí, pero con independencia y proyección revolucionaria", núm. 31, enero-febrero.

Dimensión de la crisis capitalista: Introducción, "La crisis actual y sus causas", "La burguesía mexicana y la crisis" y "En resumen. . . ¿qué hacer?", núm. 32, marzo-abril.

"La crisis del capitalismo en América Latina", núm. 33, mayo-junio.

El capitalismo mexicano hoy: I. "Las fuerzas productivas", núm. 36, noviembre-diciembre.

1981

El capitalismo mexicano hoy: II. "Las relaciones de producción", núm. 37, enero-febrero.

El capitalismo mexicano hoy: III. "El Estado y las relaciones de producción", núm. 38, marzo-abril.

"El México de entonces y el de ahora, 1910-1981", núm. 42, noviembre-diciembre.

1982

"El sistema socialista", núm. 43, enero-febrero.

"La crisis del imperialismo norteamericano y la estrategia de Reagan", núm. 44, marzo-abril.

"La crisis y la nacionalización de la banca", núm. 48, noviembre-diciembre, y en *La nacionalización de la Banca. . .*, 1982.

1983

"El sistema socialista", núm. 49, enero-febrero.

"El Plan Nacional de Desarrollo", núm. 52, julio-agosto.

"Empecemos a reescribir nuestra propia historia", núm. 54, noviembre-diciembre, y en *Cultura, historia y luchas. . .*, 1984.

1984

"El sistema socialista", núm. 55, enero-febrero.

"Sólo organizados y unidos venceremos", núm. 60, noviembre-diciembre.

1985

“Unidad y discrepancias en el seno de la clase dominante” y “Fidel Castro: mensaje a los pueblos latinoamericanos”, núm. 63, mayo-junio.

“Queremos conocer mejor la realidad nacional” y “La deuda externa y nuestra lucha por la independencia”, núm. 65, septiembre-octubre.

1986

“México: país de la desigualdad”, núm. 72, noviembre-diciembre.

1987

“La lucha política se prepara día a día, no se improvisa”, núm. 74, marzo-abril.

“El valle del Yaqui: tendencias, problemas y perspectivas”, núm. 75, mayo-junio.

“Sobre algunas de nuestras fallas y cómo corregirlas”, núm. 76, julio-agosto.

“Nuestros derechos fundamentales”, núm. 77, septiembre-octubre.

1988

“Empieza a cobrar vida el Movimiento del Pueblo Mexicano”, núm. 81, mayo-junio.

“La venta de empresas paraestatales en México” y “Más conciencia, más organización y más fuerza”, colectivo, núm. 82, julio-agosto.

1989

“Hacia un programa político del pueblo”, núm. 85, enero-febrero.

1990:

“Una hora difícil, de profundos cambios y nuevos retos”, núm. 91, enero-febrero.

Nuestra América ¡Defendamos nuestra soberanía!, “La defensa de nuestra soberanía, nuevo frente central de lucha”, núm. 92, marzo-abril.

1991

“Importancia política de un programa popular unitario”, núm. 97, enero-febrero.

“Elementos políticos y teóricos de una estrategia alternativa latinoamericana”, núm. 98, marzo-abril.

“Fase actual en la lucha de nuestro pueblo”, núm. 99, mayo-junio.

“La economía hoy. Pese a las cuentas alegres. . . los hechos hablan”. “La lucha por nuestra liberación, treinta años después”, núm. 100, julio-agosto.

“La economía hoy. Producción e inversión se recuperan” y “Nuevas realidades, nuevas tácticas y métodos de lucha”, núm. 101, septiembre-octubre.

“Los grandes grupos empresariales se refuerzan” y “Vivimos una hora difícil”, núm. 102, noviembre-diciembre.

1992

“¿Reforma o contrarreforma agraria?”, “Internacionalización, desarrollo y libre comercio” y “Cuba: guerra en tiempos de paz”, núm. 103, enero-febrero.

“¿Dónde quedaron los neoliberales y los verdaderos reaccionarios?”, núm. 105, mayo-junio.

“Los desafíos de la integración latinoamericana”, núm. 106, julio-agosto.

“Las elecciones en 1994, un reto para el pueblo mexicano”, núm. 107, septiembre-octubre.

“Hacia una propuesta popular”, “Así se quiere enseñar nuestra historia” y “A eso llaman democracia”, núm. 108, noviembre-diciembre.

1993

Entrevista a Cuauhtémoc Cárdenas (con la colaboración de Ana Francisca Palomera), “Algunos grandes problemas y qué hacer frente a ellos”, y “Contribución a la forja de una propuesta popular”, núm. 109, enero-febrero.

“La sucesión presidencial de 1994”, núm. 110, marzo-abril.

“Hacia una propuesta nacional de las fuerzas democráticas. 1. El proceso de desarrollo: realidad y política. En busca de una nueva estrategia de desarrollo”, núm. 111, mayo-junio.

Entrevista a Gilberto Bosques, (con la colaboración de Ana Francisca Palomera), “Hacia una propuesta democrática de alcance nacional. Algunos problemas del desarrollo y qué hacer frente a ellos”, y “Apoyo ciudadano a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas”, núm. 112, julio-agosto.

“Elementos para una propuesta democrática nacional”, “Cuauhtémoc Cárdenas 94. Apoyo ciudadano a su candidatura”, núm. 113, septiembre-octubre.

“Hacia una propuesta democrática: economía y política mexicana”, núm. 114, noviembre-diciembre.

1993-1995, América Libre, Director: Frei Betto, Brasil-Argentina.

“Crisis y reestructuración del capitalismo en América Latina”, núm. 2, abril-mayo, 1993.

“Los retos del pensamiento revolucionario en Nuestra América”, núm. 7, julio, 1995.

IX. Ponencias e intervenciones en encuentros, congresos y otras reuniones nacionales e internacionales *

Intervención en la III Reunión de la CEPAL, “La necesidad de hacer un mejor uso de los recursos financieros”, Montevideo, Uruguay, 1950.

Intervenciones en la V Asamblea General de las Naciones Unidas, una en el debate sobre “Desarrollo Económico” y la otra, sobre “Pleno empleo”, Nueva York, 1950.

“Causas y síntomas de la situación de emergencia”, *Investigación Económica*, tomo XI, México, segundo trimestre, conferencia, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 28 de febrero, ciclo organizado por la Sociedad de Estudios Mexicanos, 1951.

* Ha impartido además conferencias, charlas y cursillos sobre diversos aspectos del desarrollo en instituciones científicas y culturales en otros países, que se recogen en memorias y algunas revistas. Y decenas de conferencias en universidades de la mayoría de las entidades de la República Mexicana, de las que sin embargo, en general se carece de textos.

- “El Mercado y el desarrollo económico”, *Investigación Económica*, tomo XII, México, primer trimestre, conferencia, Cursos de Invierno de la Escuela Nacional de Economía, UNAM, 12 de febrero, 1952.
- “La inversión extranjera”, Círculo de Estudios Mexicanos, intervención en la Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, marzo, 1955.
- “Cooperación económica internacional”, Intervención en la sesión plenaria del Congreso de Estocolmo para el Desarme y la Cooperación Internacional, en calidad de presidente del Círculo de Estudios Mexicanos, 1958.
- “Bassols y los problemas económicos nacionales”, en *Narciso Bassols, en memoria*, 1960, discurso, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 24 de agosto, 1959.
- “Política económica de la Revolución Cubana”, conferencia, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 1 de junio, 1960.
- “Homenaje al maestro Narciso Bassols”, palabras a un año de su muerte, ciudad de México, 24 de julio, 1960.
- “Desarrollo económico y lucha antimperialista en América Latina”, ponencia, Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, México, marzo, 1961.
- Informe sobre la sesión de Nueva Delhi, de la Presidencia del Consejo Mundial de la Paz, al Gral. Lázaro Cárdenas, 1961.
- Intervención, en nombre del MLN, en la Conferencia de Solidaridad con Cuba, leída por Clementina Batalla de Bassols, La Habana, Cuba, 1962.
- “América Latina y la Alianza para el Progreso”, publicada en Chile y otros países latinoamericanos y en inglés por *Monthly Review*, conferencia, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 1963.
- “Homenaje al Dr. Enrique Cabrera”, parte en *Enrique Cabrera. . .*, 1971, intervención, Movimiento de Liberación Nacional, ciudad de México, enero, 1964.
- “Homenaje a Enrique Cabrera”, en *Política* y fragmentos en *Enrique Cabrera*, 1971, intervención, Centro Médico Nacional, 30 de enero, México, 1964.
- “Paul A. Baran, economista ejemplar”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, México, octubre-diciembre, palabras, homenaje en la Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 13 de mayo, 1964.
- “Vigencia del pensamiento de Narciso Bassols”, en *Investigación Económica*, núm. 95, vol. XXIV, México, tercer trimestre, palabras en homenaje, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 30 de julio, 1964.
- “Planificación del desarrollo económico”, *Investigación Económica*, vol. XXIV, México, 4º trimestre, núm. 96, ponencia revisada, V Congreso Internacional de Planificación, ciudad de México, octubre, 1964.
- “Desarrollo económico, planificación y liberación nacional”, ponencia, Simposio Científico de Pekín, 1965.
- Participación en el Seminario *Bases para la Planeación Económica y Social de México*, Escuela Nacional de Economía, Cuernavaca, Morelos, 1965, véase en libro de Siglo XXI, 1966.

- Participación, Coloquio sobre Integración Económica y Social de América Latina, véase revista *Universidad de México*, octubre, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1965.
- “Cooperación rural y desarrollo agrícola de México”, ponencia, Simposio sobre Cooperación Rural y Desarrollo, Tel Aviv y Jerusalem, Israel, 1965.
- “Obstáculos al desarrollo económico latinoamericano”, *Investigación Económica*, ponencia, III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, México, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 1965; Colombia, *Desarrollo Indoamericano*, 1966; en *Desarrollo y Desarrollismo*, 1969, y en otras.
- Relatoría General y otras resoluciones de la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 1965.
- “Diez lecciones de la revolución cubana”, en *Problemas del Desarrollo*, núm. 15, México, agosto-octubre de 1973, intervención, Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales “José Martí”, 26 de julio, 1967.
- “¿Sobrepoblación o subdesarrollo?”, ponencia, Conferencia sobre Problemas del Desarrollo, Colorado State University, 27 de agosto-1 de septiembre, 1967.
- “Marxismo y subdesarrollo”, intervención, primer centenario de la publicación de *El capital*, auditorio Justo Sierra, UNAM, 13 de noviembre, 1967.
- “Dependencia, independencia y desarrollo” y “Condiciones políticas del desarrollo”, intervenciones, Congreso Cultural de La Habana, Cuba, 1968.
- “Los intelectuales y la Revolución”, en *Monthly Review*, intervención, Congreso Cultural de la Habana, 1968.
- “Cambios estructurales, etapas históricas y desarrollo económico en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, intervención, Seminario sobre Periodización en la Historia de México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1968.
- “Diez años después: racionamiento y crecimiento acelerado”, intervención, X Aniversario de la Revolución Cubana, Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Cubano, enero, 1969.
- Conferencia, IV Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, Maracaibo, Venezuela, 1969.
- “Sobre el pensamiento económico de Lenin”, en *Problemas del Desarrollo*, núm. 4, México, julio-septiembre, intervención, Homenaje a Lenin, Auditorio “Justo Sierra”, UNAM, 4 de julio, 1970.
- “Homenaje al maestro y doctor Guillermo Montaña”, intervención, Dirección del Hospital General de la Ciudad de México, 1971.
- Intervenciones sobre temas teórico-históricos, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, 1972-1980.
- “Estrategia del desarrollo económico de México”, texto, Seminario Afro-latinoamericano sobre Estrategia del Desarrollo, Instituto Africano de Desarrollo y Planificación, Dakar, Senegal, septiembre, 1972.

- "Imperialismo y subdesarrollo", *Problemas del Desarrollo*, núms. 14 y 20, México, IIEC-UNAM, 1973 y 1974-1975, de la intervención verbal, Encuentro Ítalo-Latinoamericano, Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea, Roma, septiembre, 1972.
- Debate sobre *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, Seminario de Teoría del Desarrollo, 27 de marzo, 1973.
- "Desarrollo económico en México", intervención, Universidad Libre, de Berlín, RFA, 1973.
- "Acumulación de capital y otros problemas del desarrollo", intervención, Segunda Conferencia sobre Latinoamérica, Copenhague, Dinamarca, 1973.
- "Descomposición del campesinado, mercado interno y subdesarrollo", texto basado en conferencia, Seminario sobre Problemas del Desarrollo de América Latina, Institute for Development Research, Copenhague, Dinamarca, mayo, 1973.
- "Sobre el papel del economista", *Problemas del Desarrollo*, núm. 16, noviembre 1973-enero 1974, palabras ante la generación 1969-1973, Escuela de Economía, Universidad Autónoma de Puebla, 1973.
- Comentario sobre Prebisch y la CEPAL, Seminario de Teoría del Desarrollo, 1973.
- Ponencia, Primer Encuentro Latinoamericano de Historiadores, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1975.
- "En el 58 Aniversario de la Revolución soviética", en *Estrategia*, núm. 6, México, noviembre-diciembre, intervención, Instituto de Amistad e Intercambio Cultural México-URSS, A. C., 3 de noviembre, Teatro de la Danza, 1975.
- "Sobre la economía y los economistas", *Problemas del Desarrollo*, núm. 25, febrero-abril, 1976, intervención en la entrega de diplomas de la generación Independiente, Unificada y Democrática 1971-1975, Escuela Superior de Economía, Instituto Politécnico Nacional, 1975.
- "La lucha contra el fascismo", en *Estrategia*, núm. 11, México, septiembre-octubre, conferencia, para recordar el triunfo ante el fascismo, Teatro Jiménez Rueda, ciudad de México, 3 de mayo, 1976.
- "Algunos rasgos de la actual crisis capitalista", *Estrategia*, núm. 9, mayo-junio ponencia, seminario La Crisis del Sistema Capitalista Mundial y las Perspectivas del Nacionalismo Latinoamericano, CENDES/CLACSO, Caracas, Venezuela, 10 al 14 de mayo, 1976.
- "A los jóvenes economistas", en *Estrategia*, núm. 14, México, marzo-abril, 1977, intervención, Instituto Politécnico Nacional, ciudad de México, 12 de diciembre, 1976.
- "Significación del asalto al Moncada", en *Estrategia*, núm. 17, México, septiembre-octubre, intervención, Instituto Mexicano Cubano de Relaciones Culturales "José Martí", Teatro Gorostiza, ciudad de México, 25 de julio, 1977.
- "El ciclo económico y su desarrollo en la postguerra", comentario, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, septiembre, 1977.

- “La crisis del capitalismo, los países subdesarrollados y el Nuevo Orden Económico Internacional”, ponencia, VII Encuentro de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, Quito, Ecuador, 3-7 de septiembre, 1978.
- “Teoría de la crisis general del capitalismo”, ponencia, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, sesiones de discusión, 12 de enero, ciclo sobre Teoría del Imperialismo, 1979.
- “The capitalist crises and the development process in Latin America”, ponencia y participación como profesor invitado, Seminario sobre Problemas del Desarrollo Económico, UNITAR/ONU y la Academia de Ciencias de la URSS, para funcionarios del servicio exterior de países afroasiáticos, 1980.
- “Latinoamérica, la crisis capitalista y el Nuevo Orden Económico Internacional”, *Estrategia*, núm. 39, mayo-junio, reflexiones, Coloquio Latinoamericano sobre el Programa para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, Universidad de las Naciones Unidas, de Tokio, Japón y el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, de Cuba, celebrado en La Habana, 2 al 5 de junio, 1980.
- “Cuba... este pueblo merece la victoria”, en *Estrategia*, núm. 35, México, septiembre-octubre, intervención, XXVII Aniversario del asalto al cuartel Moncada, Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales “José Martí”, ciudad de México, 24 de julio, 1980.
- “La Asociación de Economistas del Tercer Mundo y los problemas del subdesarrollo”, material preparatorio para el II Encuentro de Economistas del Tercer Mundo, 1981.
- “La crisis económica actual y el Tercer Mundo”, ponencia, II Encuentro de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, 1981; en inglés *Development and Peace*, 1981; en francés *ISSUES*, y en *La crisis del capitalismo y los países subdesarrollados*, México, 1982.
- Informe de la Comisión Relatora de la Comisión número 1 del II Encuentro de Economistas del Tercer Mundo, *Granma*, 27 de mayo, en la memoria del II Encuentro y en otras, 1981.
- “Vietnam: un país diez veces más bello”, en *Estrategia*, núm. 40, México, julio-agosto, intervención, en nombre del Comité Mexicano de Solidaridad con Vietnam, Auditorio del Congreso del Trabajo, ciudad de México, 16 de mayo, 1981.
- “Factores internos y externos en las estrategias del desarrollo”, Ponencia en varios idiomas y en *Estrategia*, núm. 41, México, septiembre-octubre, Coloquio, Organización de Solidaridad con los Pueblos Afroasiáticos y la Asociación Francesa de Amistad y Solidaridad de los Pueblos de África. Universidad de Ciencias Sociales de Grenoble, Francia, 6 al 10 de julio, 1981.
- “Factores socioeconómicos que afectan la soberanía de nuestros pueblos”, en *Nuestra América, en lucha...*, 1981, ponencia, Primer Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de los Pue-

blos de Nuestra América. Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 4 al 7 de septiembre, 1981.

- “The Strategy of Transnational Corporations and its Meaning for Underdeveloped Countries”, *Development & Socioeconomic Progress*. Special Issue, Cairo, 1982, Afro-Asian People’s Solidarity Organization. Second International Conference on the Role of Transnational Corporations and Economic Development Strategies, Addis Abeba, Socialist Ethiopia, 28 april-4 may, 1982. (“Estrategia de las empresas transnacionales en los países subdesarrollados”. Se recogió parcialmente en el ensayo “Estrategia del capital extranjero”, en *El capital extranjero en México*, 1986.)
- “La lucha del pueblo guatemalteco es también la nuestra”, en *Estrategia*, núm. 50, México, marzo-abril, intervención, acto de solidaridad con el pueblo guatemalteco, Museo Universitario del Chopo, ciudad de México, 31 de enero, 1983.
- “Vigencia del marxismo-leninismo”, en *Estrategia*, núm. 51, México, mayo-junio, intervención, Centenario de la muerte de Carlos Marx, Sociedad de Amistad México-RDA, Escuela Superior de Economía, IPN, 23 de marzo, 1983.
- “Aspectos de la vida y la obra de Jesús Silva Herzog”, en *Estrategia*, núm. 64, México, julio-agosto intervención verbal, Mesa Redonda, ENEP-Acatlán, UNAM, 30 de mayo, 1985.
- “Crisis y estrategias de desarrollo en América Latina”. En *Estrategia*, núm. 57, México, 1984 y en *Development and Peace*, vol. 6, núm. 2, 1985, ponencia, en varios idiomas. VIII Seminario Internacional sobre Problemas de los Países en Desarrollo, Instituto de Relaciones Internacionales e Integración Socialista, Academia de Ciencias, Varna, Bulgaria, 26 de mayo-12 de junio, 1984.
- “Población y explotación imperialista”, en *Estrategia*, núm. 59, México, septiembre-octubre, intervención, Conferencia Internacional de Población de las Naciones Unidas, ciudad de México, agosto, 1984. En representación de la Organización para la Solidaridad con los Pueblos Afroasiáticos de El Cairo.
- “La RDA: 35 años de lucha y de avances revolucionarios”, en *Estrategia*, núm. 60, México, noviembre-diciembre, intervención, 35º Aniversario de la fundación de la República Democrática Alemana, Sociedad de Amistad México-RDA, Palacio de Bellas Artes, ciudad de México, 9 de octubre, 1984.
- “Crisis del capitalismo en América Latina”, intervención, Seminario del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial y el Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEC-UNAM, La Habana, Cuba, septiembre 11-13, 1984.
- “Acerca de la naturaleza de la actual crisis”, en *Naturaleza de la actual crisis*, 1986, ponencia, coloquio internacional Caracterizaciones sobre la crisis actual, México, 27 de septiembre-1 de octubre, 1984.

- “Regarding the Nature of the Present Crisis”, International Symposium on World Current Economic Crisis, Benghazi, Libia, noviembre, 1984.
- “La historia es nuestra y la hacen los pueblos”, en *Estrategia*, núm. 62, México, marzo-abril, intervención, 63 Aniversario de la fundación del Partido Comunista de Chile, Poliforum Cultural Siqueiros, ciudad de México, 30 de enero, 1985.
- “La deuda: un problema político que reclama la acción de nuestros pueblos”, *Estrategia*, núm. 65, México, septiembre-octubre, intervención, Encuentro sobre la Deuda Externa de América Latina y el Caribe, La Habana, Cuba, 30 de julio-3 de agosto, 1985.
- “Soberanía, independencia y democracia”, en *Estrategia*, núm. 67, México, enero-febrero, 1986. ponencia, II Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de Nuestros Pueblos, La Habana, Cuba, 30 de noviembre-2 de diciembre, 1985.
- “Una reflexión en torno a la crisis, la deuda y el NOEI”, en *Estrategia*, núm. 71, México, septiembre-octubre, intervención, Seminario del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, La Habana, Cuba, 26-28 de marzo, 1986.
- “La lucha por la paz y el desarrollo, tarea inaplazable de los mexicanos”, en *Estrategia*, núm. 78, México, noviembre-diciembre, palabras en el 38º Aniversario de la fundación de la RDA, ciudad de México, septiembre, 1987.
- “Urgen acciones concretas en favor no sólo del desarme, sino también del desarrollo”, intervención, Encuentro Internacional de Berlín por la creación de Zonas Libres de Armas Nucleares, 21-22, junio de 1988.
- “39 años de lucha por la paz y el bienestar social de la RDA”, saludo al pueblo de la RDA, SAMRDA, 1987.
- “A 70 años de la Revolución de Octubre”, en *Estrategia*, núm. 78, México, noviembre-diciembre, intervención, ciudad de México, 5 de noviembre, 1987.
- “La deuda, la crisis y hacia dónde avanzar”, en *Estrategia*, núm. 79, México, enero-febrero, y en inglés por *Development & Socio-economic Progress*, AAPSO, Issue No. 43, Twelfth year, octubre-diciembre, 1988, ponencia, IV Congreso de Economistas Latinoamericanos y Caribeños, La Habana, Cuba, 23-26 de noviembre, 1987.
- “La concepción económica del Che Guevara”, en *Estrategia*, núm. 79, México, enero-febrero, 1988, intervención, Palacio de Convenciones, La Habana, Cuba, 26 de noviembre, 1987.
- “Lázaro Cárdenas: retrato inédito”, en *Estrategia*, núm. 80, México, marzo-abril, 1988, intervención en la presentación de *Cárdenas: retrato inédito*, de Luis Suárez, México, Grijalbo, noviembre, 1987.
- “La reestructuración del capital en México, 1982-87”, versión preliminar para discusión, coloquio internacional El Crack de 1987 y el futuro de la economía mundial, IIEC-UNAM, 3-5 de agosto, 1988.

- “Sobre la importancia política del trabajo cultural”, en *Estrategia*, núm. 83, México, septiembre-octubre, intervención, 25º Aniversario de la fundación del Centro Cultural y Social “José Martí”, Atlixco, Puebla, 20 de agosto, 1988.
- “Paz y desarrollo, condiciones del progreso”, en *Estrategia*, núm. 84, México, noviembre-diciembre, palabras y declaración en el 39º Aniversario de la Fundación de la RDA, ciudad de México, septiembre, 1988.
- “La responsabilidad del intelectual progresista en nuestros países”, en *Estrategia*, núm. 86, México, marzo-abril, intervención, Encuentro de Intelectuales, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 6 de febrero, 1989.
- “Desarme y desarrollo”, en *Estrategia*, núm. 87, México, mayo-junio, intervención, reunión de Consulta sobre el Cuarto Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Viena, 21-22 de abril, ONUDI y la OSPAS, 1989.
- “Narciso Bassols: 30 años después”, intervención, en *Estrategia*, núm. 88, México, julio-agosto, y en *Homenaje a la memoria del maestro Narciso Bassols*, México, UNAM, trigésimo aniversario de su muerte, Aula Magna del Palacio de Minería, UNAM, ciudad de México, 27 de julio, 1989.
- “Martí y el Che en la lucha por la liberación de nuestra América”, en *Estrategia*, núm. 89, México, septiembre-octubre, ponencia, Simposio Internacional José Martí contra el panamericanismo imperialista, La Habana, Cuba, 28-30, septiembre, 1989.
- “La crisis capitalista en América Latina, algunos nuevos rasgos”, en *Estrategia*, núm. 90, México, noviembre-diciembre, ponencia, Seminario Internacional sobre Crisis, deuda y perspectivas de desarrollo en América Latina, La Habana, Cuba, 15-17 de noviembre, X Aniversario del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, 1989.
- “Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy”, revisado y ampliado en *Hagamos cuentas... con la realidad*, 1991, ponencia, Simposio Internacional Teoría y realidad de América Latina: 20 años de Pensamiento Económico-Social Latinoamericano, IIEC-UNAM, 26 de febrero-1 de marzo, 1990.
- “El Pensamiento económico-político latinoamericano y los grandes retos de hoy”, ponencia ante la Academia Mexicana de Economía Política, 1990.
- “El panamericanismo y la lucha por nuestra independencia”, en *Estrategia*, núm. 93, México, mayo-junio, intervención, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ciudad de México, 26 de abril, 1990.
- “A propósito de la crisis agrícola de México”, en *Estrategia*, núm. 96, México, noviembre-diciembre, comentario a la presentación del Lic. Fernando Paz Sánchez del trabajo “La sinrazón de la crisis agrícola de México”, ante la Academia Mexicana de Economía Política, -Ciudad Universitaria- UNAM, 4 de octubre, 1990.
- “Elementos de una alternativa teórica y política latinoamericana”, la segunda parte en *Estrategia*, núm. 98, México, marzo-abril, y completa en *América*

- Latina: hacia una nueva teorización*, 1993, ponencia, ciclo internacional Los Estados Unidos y América Latina: teoría y realidad de la globalización, ciudad de México, 26 de febrero-1 de marzo, 1991.
- "América Latina: en el umbral de un nuevo siglo", en *Estrategia*, núm. 104, México, marzo-abril, intervención, Coloquio Nuestra América ante el V Centenario, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 5-8 de febrero, 1992.
- "Hacia una estrategia alternativa", en *Estrategia*, núm. 106, México, julio-agosto, intervención, Reunión Internacional sobre Alternativas Sociales en América Latina, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, ciudad Universitaria, México, 20-23 de mayo, 1992.
- "Reestructuración del capital en los principales grupos empresariales mexicanos", en *La reestructuración mundial y América Latina*, 1994, ponencia, II Ciclo Internacional del IIEC-UNAM, Reestructuración Internacional: desafíos y alternativas para América Latina, 25-28 de mayo, 1992.
- "Conversaciones con el general Heriberto Jara", en *Estrategia*, núm. 107, México, septiembre-octubre, intervención en la presentación de *Conversaciones con el general Heriberto Jara*, de Carlos Zapata Vela, México, Costa Amic, 1992, Centro Universitario del Libro, julio, 1992.
- "Algunos grandes problemas y qué hacer frente a ellos", en *Trabajo y Democracia Hoy*, núm. 10, año 2, noviembre-diciembre, en *Estrategia*, núm. 109, enero-febrero, México, 1993, y en *Lo Social: clave del desarrollo humano*, 1993, intervención, conferencia de la Central Latinoamericana de Trabajadores, Cuernavaca, Morelos, 15-20 de noviembre, 1992.
- "Jesús Silva Herzog como economista", en *Problemas del Desarrollo*, núm. 92, México, enero-marzo, 1993, y en *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar*, 1994, ponencia, homenaje en el centenario de su nacimiento, IIEC-UNAM, 18 de noviembre, 1992.
- "En busca de una nueva estrategia de desarrollo", en *Estrategia*, núm. 110, México, marzo-abril, intervención, mesa redonda Alternativas Económicas, Facultad de Economía, UNAM, 19 de febrero, 1993.
- "Algunos problemas y nuevas formas de lucha del pueblo mexicano", intervención, IV Encuentro Latinoamericano y del Caribe, La Habana, Cuba, 25-28 de enero, 1994.
- "El derecho al desarrollo es fundamental, pero convertirlo en realidad reclama grandes esfuerzos y profundos cambios", en revista *Tricontinental*, como "La acción popular determinará el progreso", año 30, núm. 135, septiembre, 1996, contribución al Encuentro Internacional sobre Desarrollo Social, La Habana, Cuba, 18-20 de noviembre, 1994.
- "El 'breve siglo XX', inicio y fin de una época histórica", en *Desarrollo Indoamericano*, núm. 101, Colombia, julio de 1996, comentario sobre Erich Hobsbawm, *The Age of Extremes. History of the World, 1914-1991*, 1994, en sesión del Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, 1995.
- "Narciso Bassols, pensamiento y acción", en *Problemas del Desarrollo*, núm. 103, México, octubre-diciembre, intervención, presentación de una colección

de libros sobre el Pensamiento Político Mexicano del siglo XX, Fondo de Cultura Económica, Auditorio Jesús Silva Herzog, ciudad de México, 6 de julio, 1995.

Palabras en el homenaje a Moisés T. de la Peña, organizado por la Academia Mexicana de Economía Política, México, septiembre, 1995.

“Homenaje al doctor Arnaldo Orfila”, en *Problemas del Desarrollo*, palabras, 99 años de vida de Orfila, Siglo XXI Editores, Feria Internacional del Libro, Palacio de Minería, ciudad de México, febrero, 1996.

“Hoy, como hace 35 años en Playa Girón, el triunfo está a nuestro alcance”, intervención, Velada Conmemorativa, 35º Aniversario de la victoria, Centro Cultural San Ángel, ciudad de México, 15 de abril, 1996.

Palabras en memoria de Guillermo Toriello, Federación Latinoamericana de Periodistas y la Asociación por la Unidad de Nuestra América, ciudad de México, 24 de abril, 1997.

“Un pueblo sin memoria es un pueblo sin conciencia de su historia”, en *Problemas del Desarrollo*, núm. 111, intervención en la presentación del libro *México en Guerra, 1846-1848*, Museo de las Intervenciones, ciudad de México, conmemoración de los 150 años de la intervención norteamericana, 7 de agosto, 1997.

“Narciso Bassols, un verdadero revolucionario”, palabras en el centenario de su natalicio, UNAM, México, 22 de octubre, 1997.

X. Documentos de algunos esfuerzos organizativos

1954-1959, Círculo de Estudios Mexicanos.

“¿Qué va a tratar la delegación mexicana a Río de Janeiro?”, por el Consejo Constituyente del Círculo de Estudios Mexicanos, en *Excelsior*, México, noviembre, en la revisión de este texto participó también Jorge Carrión, 1954.

“En defensa de nuestra independencia económica”, 1955.

“Lo que espera el pueblo de México de la reunión de White Sulphur Springs”, 1956.

“La reforma liberal y la nacionalización de la industria petrolera”, *Cuadernos del CEM*, núm. 7, México, julio, 1957.

“Se necesita una ley sobre inversiones extranjeras”, en *Excelsior*, México, abril, 1957.

“Urge la ley sobre inversiones extranjeras”, *Excelsior*, México, noviembre 22, 1957.

“Llamado a la Cordura”, *El Universal*, México, 1958.

“El Círculo de Estudios Mexicanos y la cooperación internacional”, *Excelsior*, México, 13 de julio, 1958.

“El Congreso de Estocolmo y la cooperación económica internacional”, 1958.

“Problemas del norte de México”, *Excelsior*, México, 1958, en la obtención de materiales para este texto colaboraron, entre otros, Ángel Bassols Batalla

- y Jorge L. Tamayo, así como las delegaciones del Círculo en La Laguna y Monterrey.
- “Aún es tiempo de encontrar soluciones”, *Excelsior*, México, 1959.
- 1961-1965, Movimiento de Liberación Nacional. En estos años, y sobre todo en el trienio en que fue Coordinador general del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), Alonso Aguilar Monteverde redactó múltiples textos y participó, además, en la elaboración de otros propiamente colectivos. Entre aquellos que él redactó podrían mencionarse:
- “I Conferencia Regional del MLN”, en *El MLN en marcha*, 1962.
- “Análisis de la situación y perspectivas de nuestra lucha”, intervención en el Primer Pleno del Consejo Nacional, 1963.
- “El MLN y la sucesión presidencial”, en *Política*, México, 15 de agosto, ponencia, para la mesa redonda Sucesión Presidencial, Asociación Mexicana de Periodistas, 1963.
- “¡Reforcemos nuestra lucha!. Plan de reestructuración del Movimiento de Liberación Nacional”, varios editoriales y artículos para *Liberación Nacional*, órgano del MLN, así como informes al Consejo Nacional y las circulares de la Comisión Ejecutiva, 1965.
- “Estructura social y lucha revolucionaria”, informe y propuesta al Consejo Nacional del MLN, 1965.
- 1987-1997, Movimiento del Pueblo Mexicano: Múltiples textos para el Movimiento desde su fundación hasta la actualidad, a partir de 1987; Cuarenta editoriales para *En Marcha*, México, agosto de 1987-diciembre de 1990; Y, algunos documentos individuales y colectivos que circularon entre los miembros, 1987-1993.
- 1993-1994, Comité Nacional Ciudadano, redacción de varios textos de apoyo a la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas. Y breves artículos para el boletín *Acción Ciudadana Independiente*, México, 1994.
- 1995-1998, Asociación por la Unidad de Nuestra América-México, Documentos básicos, agosto-septiembre de 1995. Diversos artículos, reflexiones y notas en los primeros 15 *Boletines de la AUNA México*, y en varios cuadernos de información, septiembre de 1995-diciembre de 1997. Artículos y notas para la revista *Imágenes de Nuestra América*, en sus primeros 5 números, 1998.

Otros aspectos de su obra

Intervenciones con motivo de reconocimientos y distinciones: En diversos actos, por ejemplo al recibir el doctorado Honoris Causa en Ciencias Económicas, de la Universidad Humboldt, de Berlín, y la Medalla Haydée Santamaría, en La Habana, por su contribución al desarrollo cultural latinoamericano, nuestro autor hizo intervenciones que posteriormente se publicaron.

Entrevistas y declaraciones: entre 1954 y 1997, fue entrevistado en numerosas ocasiones en México y otros países sobre temas económicos y políticos

nacionales e internacionales, y a la vez redactó o participó en la elaboración de múltiples declaraciones. En este recuento, sin embargo, se prefirió no mencionarlas, tanto porque no se tiene un registro de ellas como porque se carece de la mayor parte de los textos de las mismas.

Este libro se terminó de imprimir el mes de noviembre de 1998 en Talleres Gráficos de Cultura, S. A. de C. V. Av. Coyoacán 1031, 03100 México, D. F. Su tiro consta de 1,000 ejemplares.

Alonso Aguilar Monteverde, investigador pionero sobre el desarrollo del capitalismo mexicano y el subdesarrollo latinoamericano, ha trabajado durante más de medio siglo en la problemática central de la acumulación, el financiamiento del desarrollo y la estructura económica y social de México. En 1962 se incorporó al Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, desde donde replanteó la interpretación del desarrollo latinoamericano, la formación de la clase dominante-dominada mexicana, la relación entre el imperialismo y el subdesarrollo; y fundó en 1972 el Seminario de Teoría del Desarrollo, el cual dirigió durante ocho años.

La vida y obra de este autor es una expresión viva del compromiso de un intelectual con la liberación de nuestra América y va del análisis a la praxis política. Destaca su participación en la dirección del Movimiento de Liberación Nacional en los años sesenta, en la dirección de la revista *Estrategia* (1975-1993), en la activa solidaridad con la Revolución cubana y actualmente en la Asociación por la Unidad de Nuestra América.

La magnitud de la obra de Alonso Aguilar (18 libros individuales, coordinación de 12 libros colectivos, contribuciones en otros 38 libros, decenas de artículos en revistas especializadas y centenares de artículos de difusión), nos obligó a seleccionar sólo trabajos de Economía Política y presentarlos en dos tomos, dejando de lado sus reflexiones y experiencias sobre la lucha y la práctica política por la liberación de México y de nuestra América. Este primer volumen incluye la antología de sus trabajos entre 1948 y 1974. Estamos seguros de que su lectura invitará a conocer su obra, a ampliar los horizontes históricos y a profundizar en el compromiso del intelectual con la realidad y el poder.



9 789684 272156



BIBLIOTECA "MTRD. JESUS SIL

HB87 A57



24454

